

EL GODO

La apasionante historia de un médico en la alta edad media



Víctor J. André Lectulandia

El Godo cuenta la vida de Martín, un joven de origen goda que se ve obligado a salir de su aldea en las profundas montañas de León para buscar a su padre y convertirse en sanador.

A lo largo de su vida irá viajando por una Hispania convulsionada por las intrigas entre los reyes visigodos. Conocerá desde joven a Don Pelayo y participará con él en la batalla de Guadalete, en donde los musulmanes vencerán al rey Don Rodrigo e invadirán la península ibérica dando fin al reino visigodo. Aprenderá de los árabes la medicina de su época y por el camino varias mujeres marcarán su destino, que llegará a su cenit cuando vuelva a combatir al lado de Don Pelayo en la batalla de Covadonga tras la que se fundará el Reino de Asturias.

El Godo es una novela que, con un gran rigor histórico, nos muestra la vida de un médico de la época y las tribulaciones, amoríos y avatares que acontecían en la España del siglo VIII.

Lectulandia

Víctor J. Andrés

El godo

ePub r1.0
Titivillus 28.11.17

Título original: *El godo*
Víctor J. Andrés, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

LA caza estaba en marcha.

El corzo, más que correr, saltaba. La altura de la nieve hacía que cada vez que aterrizaba, se hundiera hasta su panza. De suaves aunque potentes movimientos, su elegancia al desplazarse era a todas luces insuficiente contra el implacable avance de la manada. Aunque más lento de manera individual, el lobo contaba con una ventaja: la eficiencia de su táctica de desgaste y su impecable estrategia.

Hasta seis lobos llegó a contar Martín. Los veía cómo rodeaban a media altura el valle, evitando meterse en el fondo donde la capa de nieve era más gruesa. A la vez, hacían que el corzo no tuviese ninguna alternativa más que la de correr por el llano, teniéndose que esforzar a cada paso que daba para salvar la blanda nieve. Era una carrera a vida o muerte, quizás para ambos bandos porque ese enero del año 700 estaba resultando especialmente crudo. Los lobos, capitaneados por un enorme macho gris, aparecían delgados. Sin duda, dependían de esa presa para poder sobrevivir otra semana en el frío invierno de la montaña leonesa. Aunque delgados, su carrera era uniforme, no eran velocistas, lo suyo bien podía denominarse una carrera de resistencia, y en ella el lobo era maestro.

El valle se estrechaba poco a poco, lo que hacía que las trayectorias de presa y cazadores se aproximaran. En aquel momento, una loba de color castaño descendía a toda velocidad por la ladera derecha en pos del ungulado. Su carrera parecía casi suicida: sorteaba piedras y matas semienterradas por la nieve, por varias veces pareció desequilibrarse, pero proseguía como hipnotizada tras el elegante corzo. Apenas tres pasos mediaban entre ambos cuando la loba arremetió feroz; el corzo con un portentoso salto lateral esquivó la arremetida. La loba acabó rodando por la nieve a enorme velocidad sin duda sorprendida por la inesperada y audaz maniobra. Se levantó cansinamente, y jadeando de forma notoria, volvió a sumarse a la carrera de forma menos violenta sin perder de vista el objetivo. Tenía que recuperarse y estaría rezagada un buen rato, aunque eso no quería decir que no tuviera aún una función que cumplir. Sabía que otro comando de la manada habría ocupado su lugar y estaría hostigando nuevamente al corzo y si este comando también fallaba, habría otro y otro detrás de este. La táctica del lobo no permitía ningún despiste ni ninguna tregua a la presa. Siempre habría un cánido dando el relevo a un compañero mientras todo el grupo acompañaba más relajado en la caza.

Martín, en su privilegiada atalaya, divisaba bien las maniobras de ambos contendientes. Conocía perfectamente el valle y sabía que un poco más adelante la orografía obligaba a girar a la derecha hasta estrecharse definitivamente en unas pequeñas hoces en las que solían acumularse grandes capas de nieve. Si el corzo no quería verse acorralado —pensaba— tendría que remontar ligeramente una colina situada a su izquierda para introducirse por un pequeño paso ubicado entre dos

enormes rocas. Era el paso que conducía al aprisco de su amigo Alvar, al que iba a visitar Martín cuando se distrajo con la cacería. El corzo, leyendo perfectamente el terreno y esquivando la acometida de un segundo lobo, viró para comenzar a subir la colina. Con una potencia descomunal que siempre dejaba extasiado a Martín cuando la presenciaba, la carrera del corzo pasó a ser más ágil y tremendamente efectiva. Cuesta arriba, el corzo era una máquina de correr, solo superada por su primo pequeño, el rebeco. Ganando metros sobre tres de sus perseguidores que ahora sí corrían unidos, el escalador corzo triscaba con insolencia por la colina, casi sin esfuerzo aparente.

De pronto Martín comprendió por qué el lobo era el principal depredador de la montaña. El jefe de la manada y otro lobo corrían ya por la cumbre de la loma a cortar el paso de su presa. Martín lo vio con claridad, el corzo no llegaría al paso, no podría superar a los dos lobos que en lo alto corrían a rodearlo.

El primer contacto del lobo con el corzo fue en realidad un ligero golpe; lo único que consiguió fue que el corzo variara la dirección de su carrera. Esquivó al agresor que solo llegó a lanzar una dentellada al aire; pero al variar la dirección de su carrera dejaba a la izquierda el paso que le habría salvado, y en su lugar se dirigía a las hoces que sin duda estarían bloqueadas por la enorme nevada. Martín comprendió que era el fin del corzo. El animal solamente podía oponer su carrera a los dientes, y se dirigía a un entorno en el que no podría correr. Los lobos, como conscientes de que la caza se aproximaba a su fin, estaban especialmente cautos y aunque no aflojaban el paso, parecía que también sabían que todo era cuestión de breves momentos, pues tarde o temprano el corzo se encontraría con un paredón de nieve y rocas, y entonces, solo le quedaría volverse sobre sus pasos e intentar cruzar la línea de ataque de los lobos. Y así fue, el corzo llegó al formidable cerrado, intentó saltarlo apoyándose dos veces contra la piedra. Eran saltos imposibles, saltos excepcionales, pero inútiles. Entonces se dio la vuelta para verse rodeado de lobos que, presa de la excitación por la caza y sin duda por el hambre, salivaban visiblemente. Tan solo unos pocos pasos separaban a los dos bandos. Los lobos abiertos en abanico menos la loba que se acercaba cojeando ligeramente por detrás del grupo, y el corzo piafando aterrado de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Y entonces se acabó la tregua. Un enorme lobo acometió contra el corzo, este lo salvó pero solo para encontrarse con el jefe de la manada que clavó sus dientes en los cuartos traseros. El corzo porfió lanzando patadas y saltando; pero era en vano. El poderoso lobo no aflojaba la presa mientras un segundo lobo saltaba para morder el robusto cuello con intención de asfixiarlo.

Tan absorto estaba Martín con la caza que tardó unos instantes en darse cuenta de que unos nuevos protagonistas entraban en escena. Por el paso al que no dejaron los lobos que accediera el corzo, acababan de aparecer tres mastines que se dirigían sin dudar contra la manada. Eran los mastines de Bernardo, el padre de Alvar. Debían estar en el aprisco de detrás de la loma cuando detectaron a los lobos. Un atávico y

ancestral odio guiaba a los mastines contra los lobos. Era algo que no había que enseñarles. El afán protector de los mastines hacía que allá donde se encontraran, salieran a la lucha. Nada como un buen ataque para defender un rebaño. Los pastores y las gentes de la montaña lo sabían y por ello los apreciaban tanto. Aunque no todos los trataban igual. Unos los alimentaban escasamente porque pensaban que así al tener hambre, se volvían más fieros. Y otros, entre los que se contaba el padre de Alvar, los alimentaba bien y por ello tenía los perros más grandes y robustos del valle. Entre ellos destacaba Oso, el poderosísimo macho jefe. Dentro del escalafón de los mastines era difícil mantener más de dos machos en un grupo, ya que las peleas entre ellos para delimitar su estatus, eran tan violentas que frecuentemente acababa el contendiente más débil con heridas gravísimas que le conducían en la mayor parte de los casos a la muerte. Esto es así porque el mastín nunca cede. Otros perros humillan al verse derrotados; pero el mastín solo humilla por incapacidad física, es decir, porque no puede ya ni moverse a causa del alcance de las heridas que le ha infligido el contrario.

El trío de mastines que se dirigía hacia los lobos lo constituían una hembra, un macho joven, que no habría tenido arrestos para retar a Oso, y el mencionado Oso. Era este un enorme macho más pesado que la práctica totalidad de los hombres del valle. Todos tenían las orejas y el rabo cortados desde que eran cachorros para evitar zonas de presa fácil de los enemigos. Además los tres iban pertrechados con los elementos típicos de defensa: llevaban riñoneras de piel que protegían sus partes blandas de los mordiscos del lobo, ya que el lobo ataca los riñones y los testículos; portaban carrancas, unos collares con pinchos para protegerse de los mordiscos, porque el lobo gusta colgarse del cuello de sus presas. Y en el caso de Oso, su armamento se veía aumentado con un petral de cuero del que sobresalía un enorme clavo de hierro de más de un palmo.

Martín tuvo una pronta ocasión de constatar cómo funcionaba el petral, ya que Oso en su sorprendentemente ágil carrera, pese a su corpulencia, literalmente arrolló a la loba que permanecía unos metros detrás de la manada y que no se percató hasta el último momento de lo que se le venía encima. Fue un ataque brutal, el mastín la derribó con un golpe tremendo de su pecho, que al ir armado con el petral y el pincho, dejó una herida en su lomo. La loba salió despedida varios metros a la derecha de la trayectoria del perro. Allí fue atacada por Dala, la mastina, que literalmente le partió el espinazo de un tremendo mordisco. Los lobos solo entonces se dieron cuenta de lo que les venía encima. Dos de ellos salieron al encuentro de los mastines. Uno se encontró frente a frente con Oso. Al elevar los dos cánidos el cuerpo para intentar tener el máximo de altura para el ataque, el petral y la corpulencia de Oso volvieron a imponerse. Tras el tremendo encuentro, el lobo, alcanzado de lleno por el clavo del petral, quedó ensartado en el arma del contrario. Así, herido de muerte, cayó en mala postura y Oso no desaprovechó su ventaja, y de un formidable mordisco con sus enormes fauces, prácticamente partió en dos a su

adversario. En ese momento los gruñidos de ambos contendientes eran lo único que se oía en el valle. Ya enfrentados en parado los dos bandos, y aun teniendo un miembro más el grupo de los lobos, la contienda estaba casi decidida. El mayor peso de los perros, las defensas que portaban y su mejor alimentación hacía que no hubiese dudas en el enfrentamiento.

La manada intentó escapar, pero se encontró que la trampa que les permitió acosar al corzo, se cerraba ahora alrededor de ellos. Tenían que atravesar las líneas de los mastines y eso no parecía fácil. Oso directamente atacó a la manada y hasta tres lobos se enzarzaron con él en un tremendo caos de dientes y sangre. Más pequeños, los lobos eran ágiles y temibles adversarios, acostumbrados a luchar con presas mucho más pesadas, fuertes y valerosas, como los jabalíes. Dala y Sol, los otros mastines, atacaron a la vez al segundo lobo más grande que se defendía escapando rápidamente. Oso enganchó a un lobo del corvejón con su enorme mandíbula, y movió la cabeza de lado a lado un par de veces hasta que se oyó un chasquido que, sin lugar a dudas, indicaba que había astillado el hueso del lobo. El macho líder de la manada aprovechó el momento para atacar a su vez a Oso; de una dentellada con sus impresionantes colmillos, se colgó de los belfos de Oso. Este abandonó a su presa para ponerse a rodar intentando zafarse del ataque del lobo. Ambos contendientes estuvieron unos segundos rodando por la nieve hasta que Sol se unió a la lucha pegando un enorme empujón al lobo. Con seguridad, de haber portado un petral armado con pincho, habría acabado allí la aventura del lobo. Los lobos restantes iniciaron la retirada mientras Dala se ensañaba con el lobo cojo al que había atacado instantes antes Oso.

Tres de los seis lobos consiguieron escapar. Fue un mal día para los depredadores ya que no solo perdieron a la mitad de sus efectivos, sino que además habían gastado unas energías preciosas en la caza y en la lucha. Martín pensó que esa manada o tenía mucha suerte y encontraba alguna presa fácil o lo iba a pasar muy mal para poder sobrevivir.

Los mastines, tras una tímida persecución totalmente inútil por la gran velocidad del lobo, quedaron emitiendo su ronco ladrido como avisando a todo el valle de su presencia.

Bernardo y Alvar aparecían por el paso entonces y Martín se apresuró a acercarse a ellos.

—¡Alvar! ¡Alvar!

—¿Has visto a los lobos, Martín?

Jadeando por el esfuerzo, Martín llegó hasta Alvar con la alegría pintada en su rostro. Había sido, de largo, el espectáculo más emocionante que había presenciado nunca.

—¿Has visto a Oso? —gritaba Alvar no menos emocionado.

—Tremendo, él solo se ha cargado a casi toda la manada, Alvar. Aunque Sol ha sido un escudero ejemplar.

Mientras, Bernardo acababa con la vida del exhausto y herido corzo que a fin de cuentas había sido la víctima del conflicto. Oso, aún manchado de sangre, se acercó a Alvar. Parecía mentira cómo mudaba la expresión. De ser un perro con los ojos inyectados en sangre y una larga hilera de dientes que mostraba amenazadores en la reyerta con los lobos, pasaba a ser un animal con ojos caídos y expresión apacible con los muchachos. Alvar le acarició la enorme cabeza y se interesó por las heridas que los colmillos del lobo como cuchillos le habían dejado en los belfos. Bernardo con un jirón de carne del corzo se acercó a Oso y lanzando al aire el pedazo observó cómo se movía el perro a por el sabroso manjar que su dueño le ofrecía.

—No ha sido nada. Prácticamente ni se ha enterado de que está herido —dijo con conocimiento.

—¡Hola, Martín! —saludó mientras desordenaba el pelo del chico—. Ayuda a Alvar y traed a Recia. Los lobos nos han regalado un hermoso corzo y no lo desaprovecharemos.

Bernardo tenía uno de los seis caballos asturcones que había en el valle. El resto pertenecían a Segismundo, jefe del clan.

—Claro, Don Bernardo. ¡Vamos, Álvar!

Amigos y compañeros de correrías, Martín casi le sacaba la cabeza a Alvar aunque solo se llevaban dos meses de diferencia. Ambos vivían en el valle, aunque se dedicaban a trabajos distintos. A pesar de su corta edad, nueve años, se desenvolvían bien en ese entorno hostil. Así, Alvar solía salir a pastorear las cabras de sus padres mientras que Martín era un excelente recolector de miel, plantas, hongos y demás productos que se pudieran encontrar en los bosques. De hecho, Martín se encontraba subido en las ramas de un árbol cogiendo muérdago cuando fue testigo de la cacería.

—¡Ha sido algo tremendo! —la excitación de Martín aún continuaba.

—¡Bestial! —confirmaba un Alvar no menos excitado.

—Y ahora además tendréis las pieles de los lobos. Ha sido un buen día ¿eh, Alvar? —apostilló Martín.

—¡Martín, para un poco! Con ese andar de cabra que tienes, no hay quien te siga de cerca y me falta el aire —se quejó Alvar.

Fibroso y larguirucho, Martín tenía fama entre los chicos del valle por ser resistente e incansable. Aunque en general todos los muchachos estaban acostumbrados a la durísima geografía de su entorno, en el caso de Martín parecía que realmente tuviese sangre de rebeco. Trepaba y triscaba hasta lugares de difícilísimo acceso con una facilidad que rayaba la insolencia. Carecía por completo de vértigo y en muchos casos hasta de prudencia. Por eso mismo, acostumbraba a llevar las rodillas o las manos o los codos magullados y con erosiones; pero eso no le arredraba y seguía encaramándose a donde ningún otro habitante, incluso adulto, llegaba. Esta característica hacía que alcanzase las plantas esquivas, las que se encontraban recónditas, las que eran más difíciles de recolectar y generalmente más apreciadas. Unido a su inseparable zurrón, de cualquiera que fuese la naturaleza de su

paseo, acababa llenándolo ya fuera de bayas, de frutas o, como en el caso de hoy, de muérdago.

Martín recogía plantas y hongos que su madre, Ximena, le enseñaba con paciencia. Ximena era una especie de matrona y curandera que aliviaba los dolores y achaques de los habitantes del valle. En realidad, hasta vecinos de otros valles a veces desafiaban lo escarpado de los puertos para acudir a pedirle consejo y remedios para sus más diversos males. Muchas veces le pedía a Martín que le consiguiera tal o cual planta para elaborar una tisana o un emplasto. Pero aunque no lo hiciera, cada vez que Martín salía a pasear, buscaba las plantas a las que más uso se daba. En el caso del muérdago se reunían varios factores: por un lado Ximena preparaba unas cataplasmas especiales para los dolores reumáticos que generalmente aquejaban a los más mayores del valle, por otro lado, el muérdago siempre fue una planta mágica que, aunque los sacerdotes cristianos desdeñaban, el pueblo en general no dejaba de adquirir para ocasiones especiales.

Y es que la religión era algo importante, pero a la vez bastante complejo en esos oscuros y recónditos valles. Escasamente romanizados por la brutalidad de la resistencia montañesa, los visigodos tampoco tuvieron un especial interés por los habitantes de ese pequeño trozo de territorio que habían heredado tras la caída y desaparición del gran y vasto Imperio Romano. Ciertamente era que, de vez en cuando, un eremita o un sacerdote cristiano se asomaba a los valles y establecía una especie de iglesia. Pero la mayoría de las veces estaban de paso y tras un corto periodo de tiempo que solía durar unas pocas semanas, continuaban camino, sin duda, buscando lugares más acogedores y menos rígidos sobre todo climatológicamente hablando. Esto en realidad se celebraba con alborozo por la mayoría de los vecinos del valle, ya que la extrema severidad de alguno de estos curas perturbaba a una población asustadiza y crédula en los temas de los dioses. Solo recordaba Martín a un sacerdote que hubiera vivido largo tiempo en el valle, fue Don Atilano. Era un cura alegre y rollizo que oficiaba el culto cristiano sin imponer la doctrina católica. En realidad, hacía la vista gorda la más de las veces cuando observaba a algún parroquiano realizando prácticas religiosas ajenas a su iglesia y que los otros sacerdotes denunciaban como supercherías de aquel pueblo de bárbaros montañeses. Ese tipo de detalles, hizo que los habitantes del valle le tomaran cariño y, lo que en realidad era más importante a términos prácticos, ofrecieran respeto. Desgraciadamente un día de primavera, recordaba Martín cómo Leocadia, la mujer que vivía con Don Atilano, acudió llorando a su casa llamando a voz en grito a Ximena. Martín y su madre acudieron prestos a la casa de Leocadia y allí en el jergón, con la misma cara de bonachón que había tenido en vida, yacía el sacerdote como descansando. En realidad nunca más se despertaría. Se le había ido la vida durmiendo. Fue un entierro concurrido y se hizo venir a un sacerdote a propósito para el mismo. Para ello mandaron a Alfonso, el joven más rápido del valle, a que buscara en las poblaciones de los llanos, en las estribaciones de las montañas. Tardó casi cuatro días en regresar

y volvió con un joven sacerdote pulcramente tonsurado y con cara de pocos amigos, montando un pequeño asno que, con un trote cansino, apenas alcanzaba a Alfonso que corriendo le precedía. Tal como había venido el joven sacerdote se fue, no sin antes anatemizar a los habitantes del valle llamándoles herejes, bárbaros y lindezas por el estilo. Todo, porque los vecinos, por medio de ofrendas y regalos, ampliaron la sobria ceremonia que ofició el cura. Además, exigió que Alfonso le sirviera de nuevo de guía para el regreso a su pueblo.

Cuando regresó Alfonso no se cansaba de hablar de lo que había visto al otro lado de las montañas. Aunque en realidad, los que no se cansaban de escuchar embobados era la chiquillería del pueblo entre los que se encontraba Martín. Por las noches soñaba que ya era mayor y que era el más rápido del valle, por lo que le encomendaban misiones de mensajería a múltiples lugares y conocía otros pueblos e incluso la ciudad de León que estaba a más de cinco días de viaje a pie. Por el día, con la ilusión reciente, corría montaña arriba como si le persiguieran los lobos intentando emular la gran aventura de Alfonso y prometiéndose que, en unos pocos años, él sería quien contaría sus experiencias por ese mundo ignoto de allende los puertos.

El padre de Martín, sencillamente, no se sabía quién era. Ximena nunca lo dijo y Martín no lo echaba en falta al haber carecido siempre de él. Contaban en el clan que Martín debió de ser engendrado durante las fiestas del solsticio de verano. Fiestas en las que el aguamiel corría con generosidad y en las que no era difícil adivinar los movimientos de las parejas detrás de las matas que había alrededor de la enorme pira de leña que, según una ancestral tradición, celebraba el triunfo de la luz sobre la oscuridad en esa noche, la más corta del año.

Se podía decir que la infancia de Martín había sido feliz y que era un chico ajeno al dolor y la tragedia. Disfrutaba de la libertad que daba su estatus de recolector y como su madre era venerada y querida por todos, nunca faltó un plato caliente en la mesa. Varias veces, vecinos especialmente agradecidos por alguna cura que juzgaban milagrosa, le regalaron pollos o gallinas, e incluso una vez un pastor que salvó un pie de una espantosa infección gracias a los cuidados de Ximena, les regaló una cabra y un urogallo que había cazado.

Pero este pequeño mundo de Martín iba a cambiar drásticamente.

II

JADEANTES y alegres se acercaban Martín y Alvar a la casa de este último, prestos a sacar a Recia, la yegua, tal y como les había pedido Bernardo, el padre de Alvar. Viéndoles llegar salió a su encuentro Carola, la madre de Alvar.

— ¡Martín, hijo, corre a tu casa! Tu madre está enferma.

A Martín se le demudó el semblante. Su madre llevaba un par de días quejándose de un dolor en el vientre; pero eso, había observado, le solía acontecer coincidiendo con la fase de la luna llena. Después de dos o tres días de molestias, volvía a la normalidad. Ahora percibía que no era eso, ya que la luna estaba aún en cuarto creciente aquel día.

Voló más que corrió, hacia su casa. A pesar de que el hogar de Martín estaba un poco en las afueras de la aldea, recorrió el trayecto como una exhalación evitando apoyarse más de lo necesario en los pequeños charcos de hielo que salpicaban aquí y allá el camino. Al llegar, observó que incluso con el penetrante frío de la tarde, había gente a la puerta. Pasó como un rayo entre ellos mientras se daba cuenta de la cara de preocupación que se reflejaba en los rostros de los vecinos. Dentro, muy pálida y con evidentes síntomas de fiebre, yacía su madre. A su lado aplicándole en la frente un paño que envolvía un poco de nieve, estaba Munia, la gran amiga de Ximena en el valle.

Al verle entrar, Ximena sonrió y levantó una mano llamándolo con voz tenue:

—Martín, acércate.

Martín se apresuró a cogerle la mano notando cómo a pesar del frío intenso, su madre ardía y tenía la frente perlada de sudor. También percibió cómo una tiritona incontrolable recorría su cuerpo. Se tumbó a su lado para, en un impulso primario ofrecerle su calor, aunque en realidad fue ella la que le caldeó a él. Sin decirse nada, Martín disfrutó de la compañía de su madre y del calor de su hogar.

A diferencia de sus vecinos, la casa de Martín y Ximena no olía a animales. Siempre había un rescoldo encendido en el lar que caldeaba la única estancia que componía su hogar. Y como preparaba y secaba multitud de preparados compuestos de hierbas y plantas, el aroma en aquel hogar era algo singular mezcla de manzanillas, romeros, tomillos y regaliz. Solo muy de vez en cuando, el olor variaba y se hacía pesado. Era cuando preparaba su madre raras combinaciones de mezclas con algún mineral como el azufre. No obstante, por lo general, se respiraba un ambiente fresco y limpio. El contraste con las otras viviendas era notable. Martín arrugaba la nariz cuando entraba en algunas en donde, además de los vecinos, encontraba cabras o gallinas compartiendo el techo de la casa. En muchos casos, necesitaba unos minutos para acostumbrarse al fuerte y penetrante olor a orín y pasto que se respiraba en esas casas y daba gracias por no tener que vivir en esas

condiciones.

En realidad era una adaptación necesaria al medio. En los crudísimos inviernos, cualquier fuente de calor era bien recibida y los animales generaban grandes dosis del mismo. Además, los orines y excrementos de los animales, mezclados con una fina capa de heno seco, se usaban para cubrir el suelo; al fermentar, elevaban la temperatura. Por otro lado, el retener a los animales más valiosos dentro del recinto, hacía que las alimañas no los atacaran en las largas noches invernales, principalmente cuando el hambre azotaba el valle.

Ximena siempre se opuso a que los pocos animales que tenían —la cabra, tres gallinas y un gallo—, estuviesen dentro de la casa. La razón muy clara: eran pocos para caldear y además se comían las hierbas que ella colgaba para secar dentro de todo el recinto. Por ello, adosado a la casa, naciendo del mismo muro, tenían un pequeño establo cubierto y cerrado con una pesada puerta a prueba de lobos.

Munia sacó a Martín de su ensoñación y cubrió con cuidado a Ximena que se había quedado dormida.

—Está muy enferma, Martín. Le he dado una mezcla de manzanilla y rabo de gato que ella misma me ha hecho preparar; pero no le baja la temperatura y, de vez en cuando, se le nota que sufre de intensos dolores en el vientre.

Martín miraba con preocupación a su madre y sentía la impotencia dentro suyo. Es más, hacía esfuerzos intentando recordar qué medicina podía preparar o administrarle. Repasaba mentalmente cuándo había visto a un enfermo similar y qué utilizó su madre para la cura en ocasiones semejantes. A la vez se prometía mentalmente prestar más atención en el futuro cuando ella preparara nuevos remedios. Paseaba por la habitación mirando los hatillos de plantas que colgaban del techo tratando de recordar las propiedades de cada una.

Sabía que la mezcla de manzanilla y rabo de gato que su madre le había hecho preparar a Munia, no era para la fiebre sino para aliviar los dolores estomacales. El origen de esos dolores no podía ser de la alimentación, ya que ambos comían lo mismo. De hecho era Martín el que de vez en cuando tenía indigestiones, sobre todo en época de recolección de bayas. De cuatro que cogía, solo una o dos llegaban a casa.

Decidió preparar una tisana con corteza de sauce, que servía para bajar la fiebre y calmaba los dolores. La receta la tenía apuntada su madre en unos rollos de paño que guardaba en un arcón de madera de castaño. Ximena sabía leer y escribir y había enseñado a Martín. Eran los únicos habitantes del valle que lo hacían, salvo los esporádicos sacerdotes que por allí pasaban. Aunque no entendía el porqué, Ximena no quería que Martín alardease de ello e incluso prefería que no lo comentara con nadie. Se dijo que su madre debería tener sus razones. Él sabía que había aprendido en Toledo, de donde era originaria. Ximena había llegado al valle con Vicente, el abuelo de Martín, hacía ya quince años. Vicente era un hombre grande y fuerte que levantó la casa donde vivían ahora. Aunque él no llegó a conocerlo, porque murió

antes de su nacimiento, los habitantes de la aldea hablaban con respeto y reconocimiento de Vicente. Hacía ya doce años le encontraron herido de muerte en el bosque al que solía acudir a cortar leña. Tres jóvenes de otro clan del valle, situado más al este, toparon con él y por lo visto entraron en disputa. Nadie sabía las causas de la misma, aunque suponían que los jóvenes, encabezados por Silo, un matón pependenciero conocido por todos los contornos por su cuchillo fácil, debieron afrentarle de alguna manera. Vicente, el abuelo de Martín, recibió cerca de veinte cuchilladas que le dejaron exangüe. Su corazón dejó de latir. Los cuerpos de los tres muchachos yacían sin vida a su alrededor. En uno de ellos aún permanecía clavada la enorme hacha lusitana que acompañaba a Vicente atravesando el pecho de su contrincante y dejándole clavado al tronco de un árbol.

El incidente estuvo a punto de convertirse en una guerra entre clanes; pero al final primó la cordura y se mantuvo la paz. En realidad, el mal nacido de Silo no era apreciado ni en su propio clan y eso contribuyó mucho a que la disputa no fuese más allá.

Revolviendo en el arcón fue desenrollando varios paños. Al final encontró la receta de la preparación que buscaba. Cogió una marmita de cobre y la llenó de agua. La puso al fuego encima de la llama para que se calentase rápidamente. Aplicó una porción de corteza de sauce que su madre guardaba en un estante. Era muy amarga, lo sabía por experiencia propia ya que su madre se la administraba cuando estaba enfermo, así que le añadió un poco de tomillo y un poco de hierbabuena. Puso mucho cuidado en la dosis, la corteza estaba molida y la cantidad exacta estaba descrita en el paño: un cacito del número II; era este un pequeño cubilete de barro que había cocido su madre personalmente. Tenía una gran cantidad de cacitos de distintas medidas. Todos en su base tenían un número romano que iba del más pequeño, el I, al mayor de todos, el VI. En las recetas, Ximena apuntaba la dosis por cacitos de cada componente a utilizar. A veces, si el enfermo era un niño, o un hombre muy grande, variaba ligeramente las dosis hacia arriba o hacia abajo. Los cacitos eran cilíndricos y cabían uno dentro del otro, con lo cual era muy fácil transportar los seis en un mismo espacio. Si una cosa le había inculcado su madre era respetar las dosis, ya que lo que podía curar con una cantidad, con otra mayor podía resultar venenoso y con una menor no cumplir su cometido.

Munia observaba en silencio cómo Martín se desenvolvía por la habitación. Su cara expresaba estupor, sobre todo cuando vio leer a Martín en el paño. Comprendía, en su limitado conocimiento, que Martín estaba siguiendo unas instrucciones que había escritas en ese paño que estaba extendido en la mesa. Además, cuando abrió Martín el arcón, observó que había un libro en el mismo. Nunca había conocido a nadie que tuviera un libro. Ni siquiera los sacerdotes que llegaban al valle llevaban algo más que unos pergaminos.

—Eso es un libro ¿verdad, Martín? —preguntó curiosa.

—Sí, Munia, es un libro de oraciones.

—Nunca había visto uno. ¿Sabes leer?

Martín, concentrado como estaba en hacer la receta, tardó un poco en captar lo que implicaba la pregunta.

—Sí, me enseñó mi madre. Pero, por favor, que esto quede entre nosotros. No sé por qué, pero prefería que nadie lo supiese. Confío en ti que eres su mejor amiga.

—Claro, Martín. Tranquilo, nadie lo sabrá.

Munia era una mujer grande. Nació con una pequeña deformación en la cara: tenía el labio superior abierto y continuamente se le veían los dientes estropeados, ya que prácticamente no podía cerrar la boca. Esa deformación la había dejado soltera y solo su gran fuerza física y su tesón habían hecho que pudiera vivir sola. Bueno, acompañada de sus cabras. Además, tenía un particular siseo en su acento cuando hablaba fruto de su boca partida. Sin embargo, tenía un gran corazón y una admiración sin límites por Ximena, uno de los pocos habitantes del valle que nunca la miró con desprecio o menoscabo. Al final, no era raro verlas juntas e incluso era, de facto, la ayudante de Ximena cuando hacía las veces de comadrona. De hecho, fue la que asistió en el parto a Ximena cuando nació Martín.

Martín sacó el agua de la marmita al ver que ya hervía. Echó un cubilete de corteza de sauce y una ramita de hierbabuena y otra de tomillo seco. Tapó la preparación y la dejó reposar unos minutos. La tisana ya estaba preparada.

Entretanto miraba a su madre que estaba en posición fetal. Lo atribuyó a que tenía frío y avivó un poco más el fuego en el hogar. La visión de su madre enferma le llevó a acelerar el proceso de refrigerar la tisana. Cogió un poco de nieve que había entrado Munia y la aplicó por el exterior del cubilete. Cuando estimó que ya no quemaba, la cogió y se la acercó a su madre. Munia se adelantó y, tomando a Ximena por la cintura, la sentó con cuidado quedándose ella abrazada y sentada al lado. Martín se aproximó y acercó la tisana a los labios de su madre. Esta, entreabrió los ojos y con una débil sonrisa al ver a su hijo, probó un sorbo del brebaje.

Con una ligera mueca tras paladear comentó lentamente:

—Corteza de sauce. Bien, Martín. Gracias por la hierbabuena, ayuda bastante a tomarla.

Martín sonrió mientras le acercaba de nuevo el bebedizo y le decía:

—He leído cuidadosamente las proporciones. Tómatelo todo. Tienes que ponerte bien —rogó amorosamente el niño.

—Tienes que preparar otra —dijo ella con voz débil.

— ¿Cuál, madre?

—Necesitarás hojas de hinojo y cuajada de leche...

En ese momento un punzante pinchazo en el vientre hizo que se doblara por la mitad.

—¡Madre!, ¡Madre! — clamó él. Una lágrima, mezcla de angustia y de impotencia, corría por su cara mientras veía sufrir a su madre.

—¡Hinojo y cuajada de leche, hinojo y cuajada de leche! —se repetía mientras

buscaba el hinojo. La cuajada era algo que solía encontrarse en casa, ya que Munia siempre que les visitaba traía una poca. Sabía que a Ximena y a Martín les encantaba tomarla. Siempre la endulzaban un poco con miel que Martín sabía dónde encontrar. El hinojo tenía un particular aroma a anís. Martín solía ir por el campo masticando una varita del mismo. Del hinojo se utilizaba todo. La parte aérea, flores, hojas, ramas y la raíz, un hermoso tubérculo.

Ya era noche cerrada cuando, tras un elaborado proceso, ya que debía hacer la tisana con agua y luego mezclar una parte con la cuajada, al fin logró tener preparado el remedio.

Los vecinos que estaban en la puerta ya habían vuelto al calor de sus hogares no sin antes ponerse a disposición de Martín para lo que hiciese falta. En unas condiciones tan duras de vida como la que soportaban en ese valle, era toda una declaración de amistad, de cariño y de gratitud. Se notaba que el valle entero estaba sobrecogido por la enfermedad que aquejaba a aquella mujer que tantas veces les había sanado a ellos.

Solo Munia se quedó con Martín. Volvió a ayudar a sentarse a Ximena que deambulaba entre la consciencia y la inconsciencia. Debía estar pasando por agónicos dolores, ya que su delgado y fibroso cuerpo se arqueaba violentamente incluso en los periodos de falta de conocimiento.

—Dale el preparado, Martín —dijo Munia mientras sostenía contra su enorme corpachón a Ximena.

—Toma, madre —mientras acercaba cariñosamente a sus labios el remedio.

Martín pasó aquella noche tumbado en su jergón que colocó al lado del de su madre. Munia prefirió quedarse velando a Ximena y aunque Martín inicialmente también estaba dispuesto a hacerlo, poco a poco fue vencido por el sueño. Al alba, tiernamente zarandeado por Munia, despertó.

—Martín, despierta, tu madre quiere hablarte.

Despejándose de inmediato, se incorporó y se postró al lado de Ximena.

—Dime, madre, ¿estás mejor?, ¿necesitas que te prepare otra cosa? —dijo atropelladamente y casi con lágrimas en los ojos.

Ximena le miró también con las lágrimas aflorándole:

—Mi hombrecito.

Martín la abrazó y notó cómo su madre ardiendo le susurraba al oído:

—Si algo me pasara, debes buscar a tu padre.

Respingó y se separó mirando con estupor a su madre. Eran dos mazazos. Por un lado su madre le decía que era posible que no sanara y por otro que tenía un padre.

—Madre, te pondrás bien —balbuceó tembloroso.

—Martín, tú solo prométeme que lo harás.

—Pero madre, ¿quién es y cómo lo encontraré?

—Se llama Leandro, vive en los valles del río Curuenho — en ese momento un violento espasmo provocó que se abrazara a su hijo que para entonces lloraba

copiosamente. Se rehízo mirándole a los ojos:

—Munia lo sabe todo, hijo. Ahora dame un beso y deja de llorar, ya eres un hombrecito y me estás poniendo triste —dijo con la sonrisa más cálida que Martín la había visto nunca.

La besó y la abrazó largo rato, hasta que Munia la volvió a tumbar en el jergón. Ximena, volvió a entrar en un estado de inconsciencia. Martín miró a Munia y viéndola llorar a su vez, comprendió que su madre no superaría su enfermedad. Se tumbó a su lado pensando que así quizás el espíritu de su madre se quedaría con él.

Ximena no volvió a despertar. Murió esa misma mañana.

El valle entero acompañó a Martín en el entierro. Munia acordó con Segismundo, el jefe del clan, en ocuparse del niño ahora huérfano. Bernardo, el padre de Alvar, cuidaría de las cabras de Munia mientras tanto y por un tiempo.

De vuelta a la casa, para Martín ahora enormemente vacía, Munia le abrazó y le dijo:

—Debes buscar un paño con una marca verde y leerlo. En él tu madre dejó escrito como encontrar a tu padre.

Parecía mentira cómo una mujer tan ruda y fuerte como Munia, a la vez, era tan tierna y amorosa.

Martín abrió el arcón y tras una breve búsqueda entre los rollos de tela que había allí, encontró uno atado con un cordel verde.

Se sentó al lado del fuego, lo extendió y comenzó a leer.

III

«Querido hijo, si lees esto es que ya no me tienes a tu lado, aunque sé que siempre estaré en tu corazón. Nunca te hablé de tu padre; pero en estas circunstancias debes ir a buscarlo y decirle quien eres. Él te contará nuestra historia. Confía en él, es un hombre bueno y recto. Debes buscarlo por los valles altos del río Curuenho. En los pueblos de los valles te darán razón de él. Pregunta por Leandro, el “sanador”. Y recuerda siempre que yo velaré por ti desde el cielo».

MARTÍN releyó la carta tres veces hasta que las lágrimas se lo impidieron. Se quedó entonces mirando los trazos perfectos de la escritura de su madre. Era una escritura para nada cargada, no como el libro de oraciones que empleaba un latín difícil de entender y con unas letras apretadas y de ardua comprensión. Su madre decía que era el latín culto. Era el latín que empleaban los sacerdotes en las misas y que prácticamente nadie entendía puesto que el pueblo hablaba un latín mezclado con lengua visigoda y con palabras propias de los hispanos usadas desde hace siglos. Ximena sin embargo, aunque Martín entendía algo el latín culto, escribía con el lenguaje normal que hablaban en la aldea.

Munia sacó a Martín de la ensoñación en la que se encontraba:

—¿Qué te dice, Martín?

—Dice que debo buscar a mi padre en los valles del Curuenho, y que le llaman «el sanador».

—Podemos preguntar a Alfonso. Seguro que él sabe por dónde quedan esos valles.

—Munia, yo no quiero irme de aquí a buscar a un padre que no ha querido vivir con nosotros —dijo Martín asustado.

Munia miró a Martín comprensiva. Para ella también era difícil dejar que se marchara de su lado.

—Debes confiar en tu madre. Fue la mujer más sabia que he conocido y si ella te envía con él, será por algo. Yo cuidaré de ti si quieres quedarte; pero poco vas a aprender de una ruda cabrera. Yo nunca escribiré, ni prepararé remedios. Solo sé ordeñar cabras y secar pieles. Y eso no es para ti. Además, Ximena me hizo prometer que cumplirías con su última voluntad.

—Yo te puedo enseñar a leer. Y tenemos los remedios de mi madre escritos en los paños. Podemos...

—¡Martín! —dijo Munia, cortándole bruscamente— No es posible. Sabe Dios que eres como el hijo que no tendré nunca. Pero no voy a romper una promesa que le hice a tu madre. Escucha lo que haremos, te acompañaré en el viaje a buscar a tu

padre. Dejaré mis cabras a Bernardo, e iremos juntos.

Martín se abrazó llorando a Munia mientras esta se abrazaba a su vez a él.

—Ya verás, hijo. Tu padre será alguien excepcional. No me imagino a tu madre eligiendo a un bruto cualquiera.

Y así fue de la manera que lo hicieron. Durante veinte días, se ocuparon de los preparativos del viaje. Además, necesitaban que avanzara un poco el invierno, ya que en los puertos el paso sería intransitable. Bernardo, el padre de Alvar, aceptó cuidar de las cabras de Munia; pero además insistió en acompañarlos hasta encontrar al sanador. Quería aprovechar el viaje para comprar unas ovejas y un par de gochos en algún mercado. Carola, la madre de Alvar, le hizo a Martín una capa y unas botas altas de piel de lobo, a la vez que le recordaba mil y una veces que su amigo Alvar estaba en el mundo gracias a la pericia como comadrona de Ximena.

La mañana de la partida, empaquetaron todas las cosas del viaje en dos fardos que portaría Recia, la yegua asturcona de Bernardo. En uno guardaron los paños con las recetas de Ximena y en el otro las pocas pertenencias que se llevaban: los cubiletes de medir, algunas plantas medicinales secas y algo de comida consistente básicamente en unas manzanas secas, unos nabos, pan, castañas y una pieza de cecina de chivo. Un hatillo con ropa de recambio terminaba de completar el equipaje.

La temperatura era realmente gélida aquel día. La helada había teñido de blanco los campos. Con el sol saliendo y empezando tibiamente a calentar, una fría niebla emergía del hielo y se quedaba flotando a ras de suelo. Era un frío que subía del suelo y congelaba los pies. Martín con su capa y sus botas de piel de lobo caminaba caliente y se sentía extrañamente más adulto. Era curioso lo que una vestimenta podía cambiar la percepción que de él mismo sentía como persona.

El grupo del viaje lo formaban Bernardo, el padre de Alvar, Alfonso, el joven más rápido del valle, Munia y Martín. Además se llevaban a Recia y a Dala, la mastina, completamente armada de carranca y petral. Como despensa ambulante, Munia ató una cabra a la yegua, arguyendo que un poco de leche todas las mañanas no les vendría mal a ninguno. Entre risas, los hombres decidieron que la mentalidad práctica de Munia iba a hacerles un poco más agradable el duro camino.

Alvar llamó a Martín y fueron tras la casa. Allí, al lado del aprisco estaban los mastines de Bernardo tumbados en el suelo, ignorando el frío reinante. A su lado, cinco cachorros de casi tres meses correteaban y jugaban entre ellos.

—Martín, escoge un cachorro.

—Alvar, ¿qué dices? Son de tu padre. Los necesitáis para el ganado.

—He hablado con él y está de acuerdo en que te lleves uno. Además tenemos otra perra a punto de parir, así que cachorros no nos faltarán para el próximo año. Estos son hijos de Dala, la mastina, la que os acompaña, así que el cachorro que elijas irá de buena gana con vosotros.

Los cachorros saltaban unos encima de otros en un juego sin fin. De entre todos destacaba un macho de capa color canela con bandas atigradas castañas, y las patas, a

la altura de los espolones, blancas. De repente, como si supiera que se estaban fijando en él, el cachorro paró de jugar y miró a Martín mientras torcía la cabeza levemente a la izquierda. Martín se agachó y el cachorro arrancó a correr hacia él. Al llegar se levantó sobre sus cuartos traseros tirando a Martín al suelo a la vez que le lamía la cara.

Carola, la madre de Alvar, apareció por detrás del cercado.

—Parece que ya has elegido —dijo sonriendo.

—Creo que ha sido él quien me ha elegido a mí —exclamó riéndose Martín.

—Este va a ser tan grande como Oso. Fíjate en las plantas de sus patas, son enormes —apostilló Alvar emocionado.

—Venga chicos, ponedle una cuerda y un collar al cachorro. La partida está preparada para salir.

Así lo hicieron. Tras preparar al cachorro que, contento, se juntó a su madre, los dos amigos se abrazaron y volvieron a jurarse una vez más amistad eterna. El grupo emprendió el ascenso hacia los puertos que separaban el valle del resto del mundo.

Bernardo, el padre de Alvar, y Alfonso, el joven más rápido de valle, iban delante hablando animadamente y tirando de Recia. Munia andaba sola y Martín iba pendiente de su nuevo amigo, el cachorro.

—Deberías ponerle un nombre —le dijo Munia.

—Lo sé. Ahora lo estaba pensando. Creo que lo llamaré Espolones.

El auténtico mastín leonés se caracteriza por tener al menos un dedo de más en los cuartos traseros. Este dedo, llamado espolón, no toca el suelo, al estar levantado unos centímetros y es completamente inútil. En el caso del cachorro, tenía dos espolones en cada cuarto trasero.

Sonriendo, Munia estuvo de acuerdo que el nombre le pegaba a las mil maravillas.

Los dos primeros días fueron fríos y transcurrieron monótonos: coronaron durísimos puertos, hasta tres y luego otros dos. En el último, la capa de nieve le llegaba a Martín casi hasta la cintura. El caminar se hacía difícil y a pesar del intenso frío, todos sudaban copiosamente. Finalmente, al tercer día, al coronar un nuevo puerto divisaron un gran valle y un ancho río. Abajo en el valle ya no había nieve y hacia allí se dirigieron alegres pensando en que al menos no pasarían otra noche bajo el blanco manto que cubría las montañas. Aunque habían dormido en los chozos que los pastores construían en los puertos para pasar las noches de verano, por las noches el frío era muy intenso en la montaña y a la mañana había incluso que esperar un poco para que la nieve se deshelara, ya que el suelo era sumamente deslizante y era muy fácil resbalar y tener una mala caída.

Al llegar al valle, una pequeña y pisada senda indicaba que había tránsito humano por los contornos. Alfonso les comentó que estaban cerca de una aldea de pastores parecida a la suya. Al atardecer divisaron la aldea. El aire olía al humo que, perezoso, salía de las chimeneas. Las casitas eran de piedra con el techado de negra pizarra en

la que aquí y allá aún se divisaban restos blancos y helados de nevadas anteriores. Los mastines, omnipresentes en todos los pueblos de las montañas, empezaron a ladrar con un tono bronco y grave, a la vez que acudían a la entrada del pueblo a recibirles. Dala, la mastina, no parecía en exceso interesada y recibió a los perros con la cortesía típica de estos, oliéndose sus partes. Todo lo contrario hubiera pasado de haber llevado a Oso, ya que seguramente habría acabado el encuentro en alguna pelea entre el macho dominante local y el visitante.

Un vecino de la aldea, conocido de Alfonso, les saludó y tras unas breves cortesías les llevó a un pajar en el que poder dormir. La construcción maciza y oscura estaba parcialmente llena de heno seco y a Martín ese olor le transportó a su casa inmediatamente cuando su madre preparaba infusiones de plantas aromáticas.

Después de acomodar a los animales, la hospitalidad del parroquiano llegó a su cenit cuando les invitó a compartir su hogar en la cena. Por primera vez, después de tres fatigosos días por la montaña, tomaron un plato de sopa que les hizo entrar en calor. Al final de la cena en la que los adultos no pararon de contar anécdotas del viaje, Bernardo, el padre de Alvar, sacó un odre con aguamiel y la velada se prolongó hasta bien entrada la noche.

En la mañana, prosiguieron camino. Según las indicaciones que les habían dado, debían seguir el curso del río durante media jornada. Después debían cruzar unas montañas no muy altas que discurrían a la derecha para ir a un valle paralelo, y desde este cruzar otras colinas hasta llegar a un tercer valle. Este tercer valle lo había excavado el río Curuenho. Tardarían aún en llegar sin problemas un par de días. El camino favorecía el andar: el trayecto era cuesta abajo y los montes a franquear no eran tan escarpados y duros comparados con los que ya habían pasado. Por otro lado, aunque las mañanas eran frías y las heladas no desaparecerían hasta dentro de dos meses, ya no encontraban el riguroso clima de la montaña.

Con el ánimo dispuesto y la comodidad del camino, llegaron como estaba previsto el día segundo: ante ellos el tercer valle. En la primera aldea que encontraron preguntaron por el sanador a una anciana que ordeñaba unas cabras. Esta les informó que aún estaría en su casa, arriba de las montañas. Que pasaba el invierno en un valle alto preparando sus ungüentos y otros remedios y que hasta dentro de un mes, más o menos, no le esperaban. Por lo visto iban a tener que remontar el curso del río hasta las montañas que se adivinaban al fondo.

El río Curuenho tenía las características propias de los ríos de montaña. Rápido y estrecho, discurría entre grandes paredones de roca. La anciana les había indicado que cuando llegaran a una cascada que había a la izquierda del camino, debían avanzar un poco más y ascender en cuanto les fuera posible. Era un camino realmente desnivelado en el que Recia perdió pie varias veces. De hecho, solo su costumbre de andar en las montañas de donde era originaria hizo que la yegua pudiese trepar por la empinadísima ladera. Además, los altos helechos y las ramas del robledal que crecían en el monte, dificultaban aún más si cabe el duro trazado. Coronaron el monte y

divisaron un abrupto valle en el cual brillaba un hilo de agua que alimentaba la cascada que habían dejado atrás. Sin duda, cuando se iniciase el deshielo de las cimas que jalonaban el valle en la parte norte, el nivel del cauce crecería de forma notoria, a juzgar por las patentes marcas que en las rocas había dejado el agua.

Siguieron por la cuerda de la montaña hasta que un suave descenso les hizo llegar a un valle en el que se divisaban unos chozos y una sólida casa de piedra. Al llegar a la casa descubrieron que no había nadie en su interior. Pese a ello, comprobaron que había rescoldos encendidos en la chimenea, es decir, no estaría lejos su morador.

Decidieron quedarse a esperar a que regresara. Descargaron los fardos de Recia y la dejaron pastar en las hierbas que nacían frescas entre los claros de las nieves. Martín y Munia se sentaron en un tronco viejo que servía de escaño en el exterior de la casa y que orientado hacia el sur les permitía disfrutar del tibio sol invernal. Bernardo y Alfonso decidieron por su parte salir al bosque a buscar al sanador llevándose a Dala con ellos.

No había transcurrido aún mucho tiempo cuando Martín, medio dormido por la caricia del sol en su rostro, se vio bruscamente despertado por el contacto de un cuchillo en su cuello.

—Un grito y estás muerto —le susurró una voz.

Martín aterrado miró a su agresor y vio a un hombre barbudo y grande que, con ojos penetrantes, le conminaba a levantarse despacio. Munia estaba plácidamente dormida a su lado y no se enteró de nada. Se lo llevó detrás de la casa, donde no les vieran desde el bosque Bernardo y Alfonso si volvían. Allí apartó el cuchillo de su garganta y le preguntó con voz grave.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

—Me llamo Martín y andamos buscando al «sanador» —dijo con un hilo de voz.

—¿Cuatro personas, cargadas y con animales?

—Me están acompañando. Son buenas personas que me ayudan en la desgracia.

—Explícate.

—Mi madre ha muerto y, en su última voluntad, me pidió que buscara a mi padre. Ellos son vecinos que se han prestado a acompañarme.

—¿Tu padre?

—Sí, en el escrito ponía que le conocen como «*Leandro, el sanador*».

El extraño bajó el cuchillo.

—¿El escrito? ¿Sabes leer?

—Sí, mi madre me enseñó.

—¿Y tu madre se llamaba?

—Ximena.

—¡Ximena! —repitió el extraño—. Nunca me dijo nada —comentó como para sí mismo.

—¿Es usted el «sanador»?

—Sí. Pero aún me has de demostrar tú que eres quien dices ser —sentenció el

sanador.

IV

MUNIA, Bernardo y Alfonso, estuvieron un día descansando en la casa de Leandro. Aunque les acogió y les permitió quedarse, Leandro madrugó y salió de la casa antes del amanecer y no regresó hasta entrada la noche. Prácticamente no habló con ellos. Tan solo confirmó que conocía a Ximena; aunque no quiso hablar más del tema. No es que estuviera enfadado, simplemente parecía confundido.

Munia no quiso dejar pasar la ocasión de conversar a solas con Leandro. Debía cerciorarse de que Martín se quedaba en buenas manos. Tras una breve conversación de la que Martín no llegó a oír nada, Munia volvió, abrazó a Martín y llorando le dijo:

—Creo que te dejo en buenas manos. Tu madre, tal y como te dije, no iba a elegir a un bruto. Es un buen hombre, tal vez un poco huraño; pero creo que acabará queriéndote tanto o más que yo.

—Munia, tengo miedo.

—Lo sé, Martín, yo también tengo. Tienes que confiar en tu madre. Con lo que ella te quería, no te dejaría con cualquiera. Pero te prometo una cosa: dentro de un año, pase lo que pase, volveré aquí a ver cómo estás. Y si para entonces no quieres quedarte, te vendrás conmigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo abrazándola.

Al amanecer, salieron. Martín les acompañó hasta el alto del cerro. Y allí, llorando, observó cómo toda su «familia» se iba loma abajo. Solamente Espolones se quedó a su lado. Cuando ya no se les divisaba, Martín tomó el camino de regreso a la casa. Al llegar constató asombrado que Leandro, el sanador, su padre, ya no estaba. No le había esperado. Fuese a donde quiera que fuese por las mañanas, se había ido dejándole, seguramente hasta el anochecer, al cargo de la casa.

La casa era grande, maciza. De paredes anchas construidas con grandes sillares de piedra. El tejado de pizarra aparecía bien cuidado, limpio de las pequeñas plantas que solían crecer con el tiempo y que provocaban con sus raíces que las humedades penetraran en los hogares. A diferencia de las casas que Martín conocía, la casa de Leandro no tenía un lar central, sino que poseía una chimenea grande con un espacio lateral que guardaba una buena provisión de leña de roble bien colocada. Además había un buen cesto de mimbre, lleno de piñas y escobas secas para utilizar como yesca.

En el techo, grandes atados de plantas se secaban colgados boca abajo. Martín las estudió con detalle y salvo un par de ellas, comprobó con agrado que las conocía todas. En realidad, Leandro guardaba menos plantas de las que Ximena solía utilizar, aunque en cantidades mucho más importantes.

En una esquina había tres arcones; Martín abrió el primero, un arcón tosco de madera de castaño, similar al que su madre tenía en su casa. Dentro encontró una gran cantidad de losetas de pizarra casi todas del mismo tamaño. En un primer

momento, pensó que quizás las guardara para reparar el tejado. Era algo raro, las piedras podían estar perfectamente en el exterior de la casa. Por su misma condición de piedras no se iban a estropear por la nieve ni tampoco los animales las afectarían. Sin llegar a entenderlo cerró el arcón y abrió el segundo, más ancho y más grande y mejor acabado. Era de madera de roble y en las esquinas tenía unas cantoneras de hierro que le daban un aspecto robusto. En el interior encontró unos lienzos que envolvían algo. Cogió el paquete más grande. Era pesado, estrecho y largo. Lo posó sobre la mesa, desató el cordón que lo anudaba y desenrolló el paño para encontrarse con una enorme espada. Martín quedó fascinado. Nunca había visto una, por lo menos, no como aquella. Todos en la aldea llevaban dagas y cuchillos, hasta él tenía uno pequeño que utilizaba para cortar las plantas que recogía; pero esto era diferente. La hoja tenía filo por los dos lados. La empuñadura, en forma de cruz, era lo suficientemente larga para poder asir el arma con dos manos, lo que debido a su enorme peso, debía ser lo más natural. Carecía de ornamentos; pero aún así, su manufactura era excelente. Martín la estudió un buen rato más. Al final la envolvió y la introdujo de nuevo en el arcón. Al lado encontró otros lienzos que contenían dos dagas, un puñal y unos guanteletes. También descubrió en el fondo una cota de malla.

Dejó todo tal y como lo había encontrado. Quien lo iba a decir, un sanador guerrero. Era algo que no se esperaba.

En estos pensamientos estaba cuando se dirigió al tercer arcón. Este era más un baúl. Pequeño y con forma abultada tenía un pequeño pasador. Descorrió el cerrojo y lo abrió, observando que estaba forrado por dentro de una tela que no conocía. Era lo más suave que había tocado nunca y el color, rojo intenso, era brillante como jamás había visto. Dentro había varias cajas pequeñas. Abrió una de ellas y descubrió una serie de herramientas que eran totalmente distintas de las vistas por él hasta entonces. Se trataba de unos cuchillos de una sola pieza. El mango y la hoja formaban un todo. Eran finos y pequeños. Martín fue a coger uno y en esas estaba cuando un vozarrón sonó a sus espaldas.

—¡Ten cuidado! Están muy afilados.

Martín, del sobresalto no acertó a coger bien el cuchillo y, aunque apenas rozó el filo, un brillante surco rojo apareció en la yema de su dedo gordo. Se había cortado casi sin darse cuenta. Nunca había visto un cuchillo tan afilado en toda su vida.

—¿Lo ves? Supongo que Ximena no tenía ninguno como estos, ¿verdad? —preguntó Leandro mientras se aproximaba y le cogía la mano examinándosela.

La sangre corría abundantemente y se veía una fina capa de piel separada.

—Aprieta el dedo por la base y levántalo un poco —dijo Leandro con autoridad mientras buscaba algo en un armario ubicado en una esquina de la casa.

—No te preocupes, no es nada, lo que pasa es que los dedos contienen gran cantidad de sangre —le iba diciendo mientras le cubría la herida con un pequeño lienzo a la vez que le colocaba la otra mano para que apretase en el punto del corte. Luego le miró y, por primera vez, desde que le había conocido, observó Martín cómo

se le formaba en el gesto una pequeña sonrisa.

—¡Gracias! —acertó a decir Martín. La verdad es que todo lo que había hecho Leandro, él ya lo sabía. Su madre le había curado en varias ocasiones y el procedimiento era prácticamente el mismo.

—Veo que además de curioso, eres educado.

—Perdone que haya abierto sus arcones —dijo Martín consciente de que había hecho mal.

—Ya tienes el castigo a tu atrevimiento —dijo sonriendo abiertamente Leandro.

Martín estaba realmente asombrado. ¡Qué distinto era este Leandro del hosco y huidizo sanador que los había recibido! Además, por segunda vez le había sorprendido. Martín se consideraba bueno en el bosque, permanecía siempre atento a los ruidos y movimientos en el mismo. Generalmente esta habilidad le permitía encontrar nidos y madrigueras. Pero tanto el día que llegó, como hacía unos instantes, Leandro le había sorprendido sin que él hubiese percibido su llegada.

—Eso que has tocado y que evidentemente no conocías, es un cuchillo de cirujano —le decía mientras tomaba uno en su enorme mano apareciendo solo un pequeño filo de metal entre sus dedos.

—Se utiliza para abrir la carne. Por eso está sumamente afilado, y por eso sé que nunca lo habías visto, ya que nunca lo hubieses cogido por el filo de haberlo conocido. En fin, supongo que es una lección que ya nunca olvidarás —y volvió a guardar el pequeño instrumento en la caja de dónde lo había sacado Martín.

Sus movimientos eran precisos y cuidadosos. Martín observó además que prácticamente no hacía ruido al desplazarse. Calzaba unas botas de una piel con bastante pelo que no llegó a identificar. Como si se sintiera observado, Leandro se dio la vuelta y quedó mirando a Martín. Su tamaño imponía. Era un hombre alto y fornido. En la base de su cuello, casi tapado por una tupida barba entrecana, se apreciaban unos tendones y músculos bien formados. Pero lo que más le impresionó a Martín era la intensidad de la mirada: sus ojos eran de un gris metálico y su rostro fruncido hacía que unas arrugas se perfilaran a los lados de los ojos. Acababa el conjunto de sus facciones unas pobladas cejas oscuras que destacaban en una tez curtida por los vientos invernales. En ese momento se quitó un gorro de lana que, ahora recordaba Martín, siempre llevó puesto, y descubrió una corta melena de pelo más blanco que castaño. Martín no supo determinar la edad que tendría su... padre. Esta revelación prácticamente le azotó. Leandro debió notar su turbación y rompió el fuego:

—Bien, Martín. Tenemos que conocernos. A los dos nos han impuesto una convivencia que realmente no habíamos pedido —dirigiéndose a avivar el fuego siguió hablando—. Creo que haremos lo siguiente, te preguntaré para conocerte y cuando termine podrás hacer tú lo mismo conmigo. ¿Te parece? Venga zagal, acércate al fuego y siéntate.

Martín asintió mientras se sentaba en un jergón. Leandro, por su parte se quedó

de pie con la chimenea a su espalda, mirándole atentamente.

—La verdad es que te pareces a tu madre —dijo con una nota de afecto en la voz—. Bien, empecemos.

Y así con unas cuantas preguntas que Leandro formulaba concisas y bien encaminadas, Martín le contó prácticamente su vida. Cómo recogía plantas para Ximena, cómo recolectaba miel de los panales que encontraba, cómo estudiaba con su madre remedios... Y lo que más le costó, cómo murió su madre.

—Cólico miserere —dijo lacónicamente Leandro mientras caminaba por la habitación—. No podías hacer nada, Martín, nunca te atormentes por no haber hecho más por tu madre. Hiciste lo que yo mismo habría hecho —y Martín creyó percibir una nota de dolor en la voz de Leandro.

—Bien, creo que es tu turno, aunque intuyo ya tu primera pregunta.

— ¿Por qué nunca he sabido de usted?

—Ya suponía que esa iba a ser tu pregunta, y ciertamente te mereces una respuesta. Pero sucede que esta respuesta es una larga historia que no te voy a contar por el momento. Por ahora y hasta que acabemos las tareas de hoy, tendrás que conformarte con saber que yo tampoco supe que existías —y diciendo esto, se puso un abrigo de pieles de zorro que estaba colgado a la entrada y salió por la puerta. Martín, estupefacto por la respuesta, cogió a su vez el abrigo de lobo que Carola, la madre de Alvar, le había hecho y salió tras él.

El sol estaba en su apogeo y Leandro se dirigía a buen paso hacia el bosque. Espolones, el muy traidor, saltaba a su alrededor.

—Martín, tenemos que hablar acerca de tu perro.

—Se llama Espolones —se apresuró a contestar.

—Espolones ¿eh? Pues bien, Espolones debe ser educado correctamente y para ello tienes tres semanas.

—¿Por qué tres semanas?

—Porque dentro de tres semanas nos vamos. Y Ahora déjalo atado.

—¿A dónde nos iremos? —preguntó Martín mientras amarraba a Espolones a un tronco.

—No creo que sea de tu incumbencia, aunque también debes aprender a pensar antes de hablar. ¿Qué soy, o qué te han dicho que soy?

—Un sanador.

—Y ¿qué hace un sanador?

—Curar a la gente.

—¿Ves mucha gente por este valle?

Martín entendió lo que le quería hacer ver. Además se percató de que, pese a no conocerle y que se encontraba en una situación tan inesperada como él, no le trataba con tiranía, ni siquiera con desdén. Recordaba varios chicos de la aldea que eran severamente tratados por sus padres, incluso había un par de ellos que prácticamente parecían esclavos del progenitor.

En estas cavilaciones andaba Martín cuando llegaron al bosque. Este aparecía aún con los troncos de los robles pelados, cubiertos de líquenes amarillentos que cubrían su corteza. Los helechos secos tapaban el suelo del bosque y solo aquí y allá se apreciaban trochas por las que sin duda discurrían animales del bosque.

La caminata fue larga y en silencio. El paso de Leandro era vivo aún cuando el camino picaba hacia arriba. Martín le seguía de cerca sin dificultad por su largo entrenamiento en la montaña. Se sentía bien andando otra vez por el monte. Además, quería impresionar a su padre, y estaba seguro de conseguirlo cuando este apreciara el aguante y la velocidad de la zancada de Martín.

Cuando llegaron a un pequeño claro provocado por una enorme roca que emergía medio enterrada entre los helechos, Leandro se detuvo y con la mano hizo un gesto a Martín para que parara a su vez.

—Martín, no parece que seas tan buen montañés como presumes. Eres como un rebaño de ovejas andando por el monte —le dijo con una media sonrisa—. Intenta no hacer tanto ruido de ahora en adelante, nos acercamos a la zona de caza y no quisiera que nos oyeran los animales. Como espero que hayas comprobado, el viento está cambiando y ahora lo tenemos detrás, por lo que nos escucharán al mínimo sonido que hagamos.

Martín estupefacto, no supo qué decir. Ahora se daba cuenta: había seguido con facilidad a Leandro, pero ciertamente este se desplazaba con elegancia y pasos firmes con tal levedad que apenas movía las plantas. Mientras, él saltaba los troncos y pisaba las piedras pero sin cuidado, solo pendiente de no perder el ritmo.

Leandro se puso de nuevo en movimiento. Martín observó cómo pisaba con el exterior del pie y cómo esquivaba los helechos y las ramas secas de los árboles para no quebrarlas. Él se propuso hacerlo igual y vio con desesperación cómo la distancia que les separaba se incrementaba paso a paso. Realmente, el mantener su paso se le antojó entonces una proeza.

Prácticamente lo había perdido de vista cuando le encontró parado y algo agazapado. Por simple precaución, Martín se paró a su vez. Sin duda, estaba al acecho de algo que Martín no alcanzaba a ver. Con movimientos suaves le vio empuñar un cuchillo y retroceder muy lentamente y ligeramente encorvado hasta donde se encontraba él.

—Parece que hoy mis lazos le han venido muy bien a la osa.

—¿Una osa? —dijo algo más fuerte de lo que hubiera querido.

—Volvamos, y en silencio —le dijo reconviniéndole.

Ya una vez en el valle, le explicó que se dirigían a unas lazadas que tenía montadas; pero las había encontrado rodeadas de una osa con sus dos oseznos.

—Lástima, nunca he visto a un oso y menos aún dos oseznos.

—Martín, nunca, nunca, nunca abordes una osa con oseznos. Se vuelven muy protectoras y violentas. Hasta los osos macho les tienen respeto. Además, acaban de salir de la hibernación y tienen hambre así que es mejor dejarlo estar.

—Pero destrozará los lazos y devorará las presas.

—Martín, no voy a pelear contra una osa por un conejo. Dejaremos lo de cazar osos para los *comes* y los *duces*.

—No sé quiénes son esos *duces* y *comes*. En mi aldea nadie cazaba osos. A veces un oso se acercaba a las casas, y los mastines salían a su encuentro; pero hasta los perros se mantenían a distancia. De todas formas, el oso, al verse agobiado por los perros, se iba por otro lado.

—Supongo que es la primera vez que sales de tu aldea ¿verdad?

—Sí.

—Entonces tienes que aprender mucho aún del mundo. No te preocupes, te enseñaré lo que pueda —le respondió mientras llegaban a las inmediaciones de la casa—. Entra en la casa y aviva el fuego, esta noche no habrá nubes y tendremos una buena helada por la mañana.

Martín se dispuso a hacer lo que le mandaban. Pero antes de entrar, se dio la vuelta y mirando a Leandro le preguntó algo que le runruneaba dentro suyo desde hacía rato.

— ¿Cómo debo llamarle? Don Leandro, padre...

—No, me llamarás maestro, no quiero dar explicaciones a nadie. Ya se me conoce en muchos pueblos siempre solo, y aparecer este año con un hijo me obligaría a contar muchas historias. Diremos que eres un aprendiz que he acogido. Y ahora haz lo que te he dicho, enseguida entraré.

Entró en la casa, añadió un par de troncos al lecho de brasas que aún ardía en la chimenea. En ese momento entró Leandro con Espolones cogido por un cordel.

—Lo primero que vamos a hacer es educar a este bicho. De nada sirve ser sigilosos nosotros si llevamos al lado a un perro saltarín.

Espolones como queriendo demostrar que esa afirmación era cierta, pegó cuatro saltos hacia Martín, se puso sobre sus cuartos traseros y le lamió la cara.

—Dale una palmada en el morro. Tienes que impedir que se suba. Dentro de un par de meses será el doble de grande que ahora y con ese gesto te tumbará en el suelo. Estos bichos se hacen muy grandes y crecen muy deprisa.

Martín soltó a Espolones y le gritó un ¡NO! que Espolones ignoró por completo, volviéndose a subir y posando las patas delanteras en su pecho. Martín le echó hacia atrás y volvió a gritar ¡NO!

—Toma esta rama, ayúdate con ella —dijo Leandro tendiéndole una pequeña rama seca de escoba—. Verás como con un par de azotes ahora, aprenderá para toda la vida.

Martín así lo hizo y le pegó suavemente un ligero azote en los morros a Espolones la tercera vez que intentó subirse. Al final de casi una hora de gritos y amenazas con la rama, Espolones captó el mensaje y así, cuando Martín le llamaba, acudía meneando por completo el cuerpo pero ya sin alzarse.

—Bien Martín, ya has educado a tu perro —aprobó Leandro con una sonrisa—.

Los próximos días deberás enseñarle a estar parado cuando quieras, a que camine a tu lado e incluso a que esté presto a la pelea cuando tú decidas, no cuando a él le venga en gana. Supongo que ya sabes cómo son los machos cuando crecen, y nosotros en breve iremos por muchos pueblos, todos con un mastín dominante que vendrá a reconocernos. No quiero tener peleas en todos los pueblos de la ceca.

— ¿Qué es la ceca?

—La ceca es una región que está bajo el mando de un *dux*. Ya sabes uno de esos que gusta de ir a cazar osos —dijo riéndose él mismo de su ocurrencia.

— ¿Y los *comes* quiénes son?

—*Los comes* son... como los delegados de un *dux* en esa región. Son los señores de los pueblos, las ciudades o incluso de varios pueblos. Otros *comes*, permanecen junto al *dux* asesorándole o ayudándole en las varias tareas que conlleva la administración de la provincia.

Martín asentía intentando comprender los conceptos de los que hablaba Leandro.

—¿Son como los jefes del clan?

—Martín, sencillamente vuestros clanes no son ni siquiera reconocidos por los *duces* ni los *comes* — le informó sonriendo—. Evitan tener problemas con la gente de las montañas. Estáis lejos de las rutas de paso y además no sois la gente más tratable del mundo. Tenéis vuestras propias reglas y no soléis dejaros intimidar. Todo eso, sumado a que no disponéis de grandes recursos que enriquezcan a la corte, hace que sea preferible dejaros de lado.

Leandro le explicó a Martín cómo, a un entorno de difícilísimo acceso, se añadía el carácter hosco de los montañeses astures, cántabros y vascones, quienes protegidos por sus montañas eran relativamente impermeables a las influencias que romanos primero y visigodos después habían inculcado en el resto de la Península Ibérica. Seguían organizándose por clanes y se reunían en consejos de clanes. Aunque, evidentemente dependían geográficamente de un *dux*, en la realidad, la administración de los visigodos tras alguna intentona que al final se convirtió en sangrientas escaramuzas, los dejó de lado. Tan solo la iglesia, mediante los sacerdotes que aparecían por los valles, había llevado algo del mundo exterior a los habitantes de las montañas.

La sociedad feudal de los visigodos se organizaba de manera que los señores arrendaban las tierras a los aparceros, que las trabajaban a cambio de dar al terrateniente parte de la cosecha. La figura del terrateniente solía coincidir con la nobleza visigótica. Estos nobles tenían su propia guardia personal que además defendía a los aparceros que se ponían bajo la protección del señor. Por ello, el señor de las tierras era prácticamente todopoderoso en su territorio, administrando justicia y los bienes de sus súbditos.

Los comes, o condes, eran a su vez los mandatarios de varios territorios administrados por nobles de menor rango. Algunos *comes* gobernaban grandes territorios o plazas importantes. Otros, permanecían cerca de la corte del *dux*, o

duque, e incluso del rey. Por ejemplo, al frente del fisco del reino estaba el «conde del patrimonio».

El cargo de *dux* o duque solía recaer en familias de larga tradición entre la nobleza visigoda. Lo nombraba el rey consultando casi siempre al Aula Regia, que era un consejo asesor de nobles. El *dux* dominaba una ceca, o región, en las que se dividía el reino y además solía ser un *dux* el aspirante a la corona cuando el rey faltaba.

El asunto de la sucesión del rey dependía del Aula Regia, que elegía entre los nobles. Pero eso estaba cambiando y las conspiraciones por acceder al trono (incluyendo regicidios) y las abdicaciones de reyes en sus hijos, estaban cambiando el orden y las leyes visigodas, creándose así largas y enconadas rencillas entre familias de nobles poderosos.

Todos estos conceptos, explicados con paciencia por Leandro, hicieron que Martín se diese cuenta que el mundo era mucho más grande y más complejo de lo que él nunca llegó a pensar.

—¿Por qué me contáis todo esto, maestro?

—Porque, Martín, prometí que te narraría la historia de Ximena y mía. Y necesitas conocer toda esta información para entenderla. Es una historia complicada.

V

—TE prometí que te contaría mi historia. Nunca se la he referido a nadie y creo que me liberará hacerlo contigo —Leandro tomó aire como disponiéndose a levantar un gran peso y comenzó su relato.

—Estudié medicina desde bien joven y siempre se me dio particularmente bien la cirugía. Empecé como ayudante de mi tío, un médico de la guarnición de Toledo. Con él acudí a varias campañas en donde aprendí a suturar y a amputar con verdadera maestría. Él era soltero y se había hecho cargo de mí al faltar mis padres cuando yo contaba solo quince años. Durante mi época de aprendizaje, hubo varias revueltas de los colonos que protestaban contra los poderes del potentado. Fue época de hambrunas debido a unas pertinaces sequías y el hambre siempre ha provocado grandes rebeliones. En esas revueltas intervenía el ejército del rey que apoyaba a los señores locales para mantener el *status* establecido. Yo acompañaba al ejército con mi tío y atendíamos a los heridos. Poco a poco fui siendo reconocido por mi pericia y mis servicios fueron muy apreciados por los nobles. Tenía una buena reputación como médico de campaña y, en los periodos de paz, aproveché para estudiar cómo elaborar remedios con plantas, ya que prácticamente me diferenciaba de un barbero, de los que además sacan muelas, en que mi experiencia con heridos me daba ventaja. Para ello, recurrí a un judío de Toledo, famoso por su saber como médico.

Respirando hondo, se tomó un tiempo como ordenando sus recuerdos y prosiguió ante la atenta mirada de Martín:

—David, que era el nombre del judío, tenía una hija que seguía sus pasos. Se llamaba Sara. Era una joven muy callada y abnegada que ayudaba a su padre con precisión y siempre con una sonrisa para con los pacientes. Comencé a acompañarlos en sus visitas con distintos enfermos. Procuraba aprender lo máximo de ellos: qué pruebas realizaban para determinar un mal, cómo lo reconocían, qué remedios recetaban, qué dosificación aplicaban a cada persona y cómo elaboraban los preparados.

Leandro miró fijamente a Martín con una leve sonrisa y le dijo:

—Es decir, todas las prácticas que deberás aprender tú.

Martín asintió sintiéndose excitado por la gran responsabilidad que esperaba su maestro de él. Leandro prosiguió:

—En aquella época conocí a Ximena, tu madre. Era la hija de un noble guerrero que, desesperado, llamó a David para que acudiera a visitar a su mujer. La señora sufría un cansancio continuo y no levantaba cabeza. La habían examinado otros médicos godos y únicamente la recetaban sangrías a la vez que le ofrecían amuletos a los que debía encomendarse. Después de examinarla en profundidad, David, el judío, dictaminó que la señora padecía del hígado y le recetó reposo y una dieta rica en

alcachofas, una planta nueva que habían introducido los visigodos en Hispania. Esta planta la ayudaría a depurar los humores del hígado. Por supuesto, prohibió las sangrías que solo conseguían debilitarla más. Tras salir de la casa, le pregunté cómo había definido el diagnóstico. David me comentó que la pista se la dio la coloración amarillenta de los ojos de la enferma. Había comprobado que el tono amarillo en los ojos y en la tez de las personas tenía mucho que ver con los humores de la bilis, que se localizaban en el hígado.

—¿Y mi madre? —preguntó Martín ansioso porque le contara algo de su desaparecida madre.

—Tu madre era la hija de esa señora enferma —respondió Leandro sonriendo abiertamente ante la normal curiosidad del niño.

—Visitamos varias veces la casa de la paciente. Ximena estaba presente siempre, preocupada por la evolución de su madre. Era una chica preciosa —dijo Leandro con la mirada evocando aquellos momentos.

Como si se diera cuenta de que había parado la narración unos instantes, se aclaró la voz y continuó:

—Observamos con alegría que la señora se recuperaba rápidamente. Más o menos al mes de la primera visita, la señora ya nos recibió de pie y con evidentes signos de mejoría. El color blanco en los ojos era el normal y hasta en las mejillas se le empezaba a notar un ligero rubor. Nos sorprendió además con un pequeño refrigerio que había mandado preparar en honor a «sus sanadores», como ella nos llamaba. Tu madre y yo estuvimos conversando toda la tarde. Desde ese momento las visitas a la enferma se convirtieron en la perfecta excusa para verla. Ximena estaba deslumbrada por la curación de su madre y su curiosidad acerca de los temas médicos parecía no tener fin. De hecho, su interés me indujo a estudiar más para poder parecer un erudito en temas de plantas y remedios. Me tenía en un pedestal y yo me sentía tan admirado que hasta me notaba más alto —dijo Leandro exagerando la escena.

Martín echó una franca risotada imaginando la situación. Le agradaba sobremanera oír hablar de su madre. No sabía por qué, pero se sentía bien. Leandro prosiguió:

—Durante cerca de tres meses mantuvimos nuestros encuentros más o menos profesionales. Yo, en realidad, estaba perdidamente enamorado de ella y ella luego me confesaría que también entonces se prendó de mí. Pero claro, yo era solo un medicucho del ejército y ella, sin embargo, era la hija de un noble. Vicente, su padre, tu abuelo, se percató de lo que estaba pasando y un día me llamó a su presencia. En pocas palabras dejó claro que no era un buen partido para su hija y que no debía proseguir con mis encuentros con ella. Aunque ahora pueda parecer duro y cruel, lo entendí. Yo tenía cierto prestigio como médico, aunque mi familia, pese a ser de origen godo, no era noble.

Martín estaba viviendo el relato como si le hubiera acontecido personalmente. Hasta se le notaba un poco apesadumbrado por la postura de su abuelo Vicente.

—Abandoné Toledo debido a una nueva revuelta, esta vez de los vascones. Partí a campaña con el ejército, en función de médico. Durante las luchas que se sucedieron tuve ocasión de tratar de sus heridas a un gran general, miembro del Aula Regia, el consejo de nobles que eligen a los reyes. Tenía una fea herida y pude suturarle bien. El general se quedó tan impresionado de cómo sanó la lesión que, tras acabar la batalla, al volver a Toledo, me llevó con él a la corte del rey.

Martín abrió los ojos grandes como platos. ¡Su padre había estado en la corte del rey!

—Me instalaron en un palacete de Toledo y me presentaron al rey Wamba — seguía su padre, la mirada perdida en la lejanía. — Gané el favor del rey al tratarle un mal de riñón que hacía que apareciese sangre en la orina. Le administré una preparación a base de frutas rojas que me aconsejó David, y, en pocos días, la dolencia remitió. El rey, agradecido y pese a mi juventud, ya que contaba entonces tan solo veinte años, me nombró médico de la corte. Y ahí estaba yo, Leandro, Don Leandro como me llamaban.

Martín volvió a soltar una carcajada de sorpresa. Le parecía increíble que su padre fuera el médico del rey. Leandro comprendía la emoción del niño, aunque le iba a desengañar.

—Martín, en realidad, yo era un farsante. Dependía de David para diagnosticar los males y elaborar los remedios. Por las noches iba a visitarle a él y a Sara y le contaba mis observaciones del paciente. Él las asimilaba y me decía qué mal aquejaba al paciente y cuál era el tratamiento más apropiado. Es más, incluso Sara me preparaba la mayor parte de las veces el remedio que debía administrar. A veces, en casos particularmente difíciles, me hacía volver a visitar al enfermo para hacerle alguna prueba. La realizaba y volvía con el resultado a ver al judío, y este, ya con la confirmación de la prueba, me indicaba cuál debía ser la enfermedad. Así pasé todo un año. ¡Qué duda cabe que aprendí mucho de David! Pero lo que no intuí fue el final: me utilizaron.

Martín notó el dolor que encerraban esas palabras. Leandro había mudado el semblante. Apretaba la mandíbula y se le marcaban los músculos del cuello. Estaba en tensión. Después de unos instantes en el que ninguno dijo nada, Leandro continuó:

—Un día llegó a mi casa un dux. Quería hacerme una consulta sobre su padre. Por lo visto, el hombre era muy mayor y se le había ido la cabeza.

—¿Estaba loco?— preguntó Martín.

—Sí, podíamos decir que estaba loco. Por lo visto, el loco, como tú dices, no paraba de dar alaridos a todas horas y se oían en toda la casa. Día y noche gritaba y maldecía a todos los que se encontraba. Se comportaba violentamente y no reconocía ni a su propio hijo. Lo mantenían encerrado en una habitación y allí era vigilado durante todo el día por tres personas que se turnaban. El dux me comentó que se disponía a celebrar una reunión en su casa a la que acudirían grandes nobles y altos cargos eclesiásticos. Él había ocultado la enfermedad de su padre aduciendo que tras

una mala caída había quedado paralizado. Y ahora muchos de los nobles que le visitarían, amigos de su padre, querrían sin duda verle.

—Pero si no les iba a reconocer —dijo Martín con una lógica aplastante.

—En efecto, Martín. Ese era el problema. El dux no podía dejar que lo viesen en su estado. Quería que su padre tuviese un aspecto digno, no que sus amigos vieran a un loco aullador. Por eso me pidió que le procurase algún tipo de droga que le dejase dos o tres días tan calmado que pareciese un vegetal. Yo, apiadado del caso que me comentaba, le dije que lo estudiaría y le daría una respuesta en breve.

—¿Hay medicinas que hacen eso? —preguntó Martín.

—Yo me pregunté lo mismo que tú y como no sabía la respuesta, se lo consulté a David. David no quiso darme ninguna solución. Cualquier droga que dejase a una persona dos o tres días inactiva, era tremendamente peligrosa para la salud del paciente. Intenté convencerle por todos los medios, pero él se mostró inflexible. Cuando ya me iba, descorazonado por la negativa de David, salió Sara a mi encuentro. Había oído mi conversación con su padre. Me dio un pequeño paquete que contenía unos polvos molidos. Era esparteína, una droga que se extrae de las flores de las escobas. Me dijo que los mezclara con una infusión y que se los diera al enfermo. El corazón del paciente latiría tan lento y flojo que prácticamente parecería que estaba muerto. Alegrementemente, le di las gracias y me lancé a la carrera a casa del dux con la droga. Cuando llegué, me recibió enseguida, le di la droga y le expliqué cómo debía utilizarla. Él me dio las gracias y me despidió pagándome generosamente. Solo al salir de la casa contando los tremises de oro que había recibido por los servicios prestados, percibí el silencio que imperaba en aquel palacete. Fue una percepción que no pude lograr quitarme de la cabeza..., Algo tembló en mí y quise convencerme de no haberlo percibido. Me dije que debía estar durmiendo el enfermo en ese momento.

—¿Y funcionó la droga? —siguió preguntando Martín interesado por la historia.

—Pues verás, Martín —le respondió Leandro suspirando—. Una semana más tarde, por la mañana, me llamaron urgentemente para que pasara a ver al rey —miraba ahora fijamente a Martín—. Al llegar al palacio real, encontré a Wamba postrado en su cama. Un coro de monjes cantaba alrededor del cuerpo lívido del rey. Un sirviente me contó que la noche anterior se había acostado con normalidad después de tomarse una tisana de menta y valeriana antes de ir a dormir, según su costumbre. Tisana que yo mismo le había recomendado tomar hacía ya varios meses para que descansara mejor. Por la mañana le habían encontrado inerte. No reaccionaba a ningún estímulo y por eso decidieron llamarme. Le examiné y comprobé que apenas le latía el corazón y además tenía un pulso errático y débil. Sin duda, estaba agonizando.

Bajó la cabeza sin atreverse a mirar a Martín y con voz queda siguió su relato:

—En ese momento entraron varios nobles del consejo del rey y entre ellos estaba el dux al que le había proporcionado la esparteína. Al verme me miró con un odio

infinito.

—¿Le había dado la droga al rey? —preguntó Martín asombrado uniendo las piezas del rompecabezas.

—Martín, ese dux se acercó a mí y con voz glacial me dijo que era mejor que saliera de la habitación. Así lo hice. Esperé en un salón que había al otro lado de las puertas de los aposentos del rey. Al poco vi llegar al obispo de Toledo, Don Iulianis, que tras hablar con los nobles, decidió administrarle los santos óleos y hacer al rey un hombre de iglesia para que este último acto de su vida permitiera más fácilmente su ingreso en las puertas del cielo. Para ello lo tonsuraron y, en una rápida ceremonia, le consagraron monje.

Leandro se agarró las sienes. Martín le contemplaba sin atreverse a decir nada y le miraba con cariño. Al poco Leandro continuó y supo de su boca que el rey Wamba se debatió dos días entre la vida y la muerte por esa droga infame que, tristemente, él había proporcionado, que los nobles convocaron un consejo urgente para nombrar un nuevo rey en ese espacio de tiempo y que eligieron a Ervigio como sucesor de Wamba.

—Casualmente —esto lo dijo con ironía— Ervigio era uno de los mejores amigos del general... Al tercer día, Wamba inició la recuperación y al sexto día ya podía incluso caminar, pues había eliminado por completo la droga de su organismo. En cuanto se repuso reclamó su trono.

—¡Claro! —exclamó Martín convencido de que era lo justo.

—Lo que pasa Martín, es que lo tenían todo previsto. Al estar tonsurado y haber ingresado en una orden monástica, ya no podía reclamar el trono, porque las leyes godas prohíben que un monje sea rey. Así, Ervigio, ya coronado rey, le envió lejos de Toledo, a Pampliega, al monasterio de San Vicente, para mantenerlo alejado de sus fieles que empezaban a sospechar una conjura.

—¿Y no hizo nada Wamba? —preguntó Martín mientras inconscientemente se ponía del lado del perjudicado rey depuesto.

—Wamba no podía hacer nada. Las leyes eran muy claras y además, las leyes visigodas no están sujetas a interpretación. Si en la ley pone que no se puede ser rey por ser hombre de iglesia, entonces no se puede ser rey.

—Pero es una injusticia.

—Lo sé, Martín. Eso sí, Wamba maldijo a Ervigio aseverando que viviría para verlo morir. Al rey Ervigio que era muy supersticioso, esa maldición le afectó mucho. Además, constató que parte de la nobleza comenzaba a sospechar la treta por la que se había encaramado al poder. Como método para suavizar las cosas, casó a su hija Cixilona con Egica, sobrino del depuesto rey Wamba, uniendo así a las dos grandes familias por medio de este matrimonio.

—¿Y se cumplió la maldición? —como a todo buen zagal, los temas de maldiciones le resultaban muy sabrosos y Martín no era una excepción. Leandro,

sonrió por la preocupación de Martín.

—Pues veras Martín, en este caso, sí. No quiero que pienses que las maldiciones existen; pero realmente Wamba cumplió su promesa de morir después de Ervigio.

—¡Vaya! —exclamó emocionado Martín.

—La verdad es que sucedió bastante tiempo después.

Y ya en tono más relajado, refirió cómo de nuevo le enviaron al ejército, en una clara maniobra para alejarle de la corte donde no faltarían oídos para la historia que siempre podría contar. El dux, la víspera de la partida, pasó a visitarle y le comentó que era mejor para él y, en clara referencia a David y Sara, sus amigos judíos, que permanecieran callados y distantes. Era una velada amenaza.

—Pasaron siete años y Ervigio, el rey, enfermó de gravedad. En su lecho de muerte y viendo que la maldición de Wamba se iba a cumplir puesto que este seguía vivo en el monasterio, mandó llamar a Egica, su yerno, y le propuso un trato. Si se comprometía a cuidar de su familia, abdicaría y le cedería el reino. Tras arrancarle la promesa, ya tranquilo, murió a la mañana siguiente. Egica fue nombrado rey en el año 687 y lo primero que hizo fue mandar llamar a su tío Wamba y pedirle consejo. Wamba aborreciendo como aborrecía todo lo que sonara a Ervigio, le recomendó que alejara del trono a su mujer, Cixilona, hija de Ervigio. Egica siguió el consejo de su tío y convocó incluso un concilio donde, presionando a los obispos que allí se reunieron, le liberaron del juramento que hizo a Ervigio en su lecho de muerte.

Martín, agotado, apenas podía seguir los relatos inacabables de su padre... pero aún pudo retener que se inició así un reinado de terror; que Egica, tirano donde los haya habido, vio conspiraciones por donde no las había y en un arrebato, hizo culpables de su impopular persona a los judíos. Así, se inició una brutal persecución contra ellos durante la cual apresaron a David. Sara logró escapar gracias a que Vicente, el padre de Ximena, la acogió en su casa. David murió poco después en los calabozos de Toledo y Sara pasó a ser parte de las doncellas de su madre, con objeto de ocultarla, aunque en realidad sería su maestra en las artes de la medicina.

Martín recobró de nuevo el interés: volvía a aparecer su madre.

—La hija de tu maestro, fue la maestra de mi madre —dijo Martín asombrado.

—Así es, la vida da muchas vueltas, ¿verdad?

—¿Y qué pasó?

—En el año 693, una parte de los nobles, descontentos del proceder del rey se conjuraron para deponerlo. Entre ellos estaba Vicente, tu abuelo. Pero Egica, que tenía espías por todas partes, lo descubrió e inició una tremenda represión entre los nobles. Tu abuelo Vicente y Ximena, tu madre, tuvieron que huir. Sara les acompañó; pero fueron descubiertos por una guardia del rey. En la lucha que se produjo, Sara murió. Perseguidos como alimañas, al final se refugiaron en los valles donde tú naciste.

—Yo por mi parte, arrepentido en el alma de haberme dejado manejar para tan infame plan, me consagré al estudio de la medicina. Aprovechaba cualquier momento

en el que no se precisaran mis servicios en el ejército, para entrevistar a los curanderos, a los médicos, a los sanadores... a todo aquel que supiera algo del noble arte de la medicina. Deseaba borrar mis pecados curando a los demás.

Leandro tomó aire y continuó el relato:

—Un año, hace ya diez, me dediqué a visitar los valles que hay más allá de las montañas. Había llegado a mis oídos que una curandera en un remoto valle era muy respetada por los prodigiosos remedios que preparaba. Aprovechando que la guarnición en la que prestaba servicio estaría acuartelada durante un mes en León, inicié viaje a las montañas.

Ahora Martín estaba totalmente embelesado.

—Unos vecinos de un valle contiguo —prosiguió Leandro— me indicaron la aldea en la que debía buscar a la curandera. Llegué al anochecer. Era una noche de fiesta en los valles, la noche mágica del solsticio de verano. En una era, en la que perduraba el aroma del heno recién segado, habían encendido una gran pira alrededor de la cual se bailaba y se bebía. Fui bien acogido en la fiesta, y al momento de llegar, ya tenía un odre de aguamiel a mi disposición. Mujeres y hombres bailaban dichosos al son de un tambor, una cornamusa y dos flautines. Y de repente, a la luz cambiante de una hoguera, tuve una aparición. Era Ximena, tu madre, que me miraba al otro lado de las llamas. Estaba tan hermosa como la recordaba.

En este punto Martín sonreía abiertamente. Leandro también sonrió mientras continuaba:

—Casi no nos dijimos nada. No teníamos nada que explicarnos. Nuestros cuerpos se buscaron y yacimos en la mies durante toda la noche. A la mañana siguiente, un correo del ejército apareció en el valle. La guarnición se ponía en marcha urgentemente a sofocar una rebelión en Lusitania. Le pedí que viniera conmigo, pero ella se negó. En ese valle reposaban los restos de su padre y además era aceptada y respetada por los vecinos, los cuales dependían de ella como matrona y curandera. En el ejército solo sería la mujer del sanador, sin voz, sin tener opinión, sin que se le apreciara por sus conocimientos de medicina. Me pidió que me quedara yo...

En ese momento Leandro detuvo su narración. Necesitaba coger aire para recobrar la compostura, ya que estaba un poco emocionado.

—Aún me arrepiento de no haberlo hecho, hijo —le dijo apesadumbrado—. Después de siete largos años en el ejército, me retiré a estas montañas donde vivo. Las primaveras salgo de aquí y recorro muchos pueblos y aldeas para sanar a los enfermos y así purgar mis pecados. Los inviernos los dedico a preparar los remedios con las hierbas y productos que he recogido durante el año. ¿Qué por qué no volví con Ximena? No lo sé. Quizás por orgullo, por no ceder ante una mujer. Quizás tuve miedo de que al llegar al valle, se hubiese casado con otro. No lo sé, estuve a punto varias veces de dejarlo todo e ir al valle; pero por una u otra razón, nunca lo hice..., y no sabes, Martín, cuánto me arrepiento.

En ese momento le miró fijamente a los ojos.

—Perdóname por no haberte conocido antes, intentaré ser un buen padre para ti.

Y diciendo esto, Leandro, se aproximó a su hijo y lo abrazó. Martín, al principio sorprendido, permaneció inmóvil mientras notaba cómo le brotaban lágrimas al recordar a su madre. Tras unos instantes, se abrazó a su vez a Leandro, su padre. Había pasado de ser un niño perdido a notar que tenía mucha suerte, que su vida volvía a estar encarrilada y guiada esta vez por un padre que le quería.

VI

LAS tres semanas que permanecieron en la casa del valle, pasaron volando. Martín aprendió a andar sigilosamente por el campo, a escuchar mientras se desplazaba, a identificar pistas y huellas en el suelo y en las ramas. Leandro, su padre, era un excelente cazador; le enseñó a colocar lazos en las bocas de las madrigueras de las conejeras. Además, aunque apenas le dio tiempo más que de aprender los fundamentos, empezó a practicar con una daga cómo defenderse. Su padre resultó ser un buen maestro.

Por otro lado, Martín se aplicó a fondo con Espolones. Ya obedecía a mandatos básicos como el de parar o tumbarse. Era un perro muy inteligente y crecía a ojos vistos. Leandro, medio en broma, se quejaba que debían poner dos lazos más, solo para alimentarle. Espolones por las noches dormía a los pies de Martín. Alguna noche, se levantaba y acudía a la puerta, en donde gruñía quedamente, percibiendo, con toda seguridad, la visita de alguno de los muchos lobos que moraban por las montañas y que se acercaban a la casa en busca de algo que llevarse a la boca. Por otro lado, cuando iban de caza, aunque se movía un poco por su cuenta para desesperación de Leandro, lo cierto es que resultaba cuidadoso en los desplazamientos por el monte y no espantaba las piezas. Espolones se estaba convirtiendo en uno más de la familia.

Una mañana, después de tomar unas gachas para desayunar, Leandro le comentó a Martín que en dos días bajarían a los pueblos para visitar a los habitantes que vivían en ellos. Leandro tenía una burra que le cuidaba un vecino de la aldea a la vera del río. Durante el duro y largo invierno, estimaba Leandro que el animal estaría mejor en el establo del vecino que en la casa que habitaban en la montaña, que por otro lado carecía de establo para el asno. Por ello, llegó a un acuerdo con el vecino y durante el invierno se despreocupaba del animal a cambio de unos pocos tremises de oro.

Cuando llegaba la primavera, bastaba con bajar al pueblo a por la burra y subir para cargarla con todos los útiles que les iba a hacer falta. Así lo hicieron. Bajaron al poblado donde la llegada de Leandro fue recibida con gran alegría por todos. Esa, como comprobó Martín más adelante, era una de las características de todas las aldeas que ya conocían los buenos oficios del médico.

Después de saludar a prácticamente todos los vecinos, se pusieron al día de todas las noticias, que eran pocas y casi todas de asuntos locales. Las nuevas que llegaban a los pueblos, dependían casi exclusivamente de viajeros de fuera que, generalmente por comercio, se acercaban a las aldeas. A veces, la llegada de un sacerdote o alguna leva militar, cumplía también la función informante de lo que acaecía en el mundo.

Las transacciones económicas entre los vecinos, obedecían al trueque y no al pago con moneda. Prácticamente apenas se utilizaba el tremís, que era la moneda de

los visigodos. La utilizaban cuando algún forastero llegaba a comprar lana o las rarísimas veces que llegaba alguien a vender alguna mercancía, aunque era esta, una faceta más bien extraña, dado el poco poder adquisitivo de las gentes del lugar.

Sin embargo para alegría de Sisebuto, que era el nombre del vecino que le guardaba el pollino a Leandro, este le pagaba un tremís por mes que tuviera la burra. Así, en un año con un invierno largo, como el que acababa de terminar, Sisebuto se hizo con la ingente cantidad de cuatro tremises de oro. Con la particularidad de que tenía el permiso de Leandro para utilizar la burra en trabajos livianos como llevar alguna mercancía o arrastrar un pequeño carro, siempre sin explotar sobremanera al animal. Así, el asno se mantenía en forma y además Sisebuto tenía una doble ganancia, con lo cual procuraba que cuando llegara Leandro a por Estrella, que era como se llamaba la burra, esta estuviera impecablemente alimentada, entrenada y limpia. Todos salían ganando. El nombre de Estrella en realidad se lo puso un hijo de Sisebuto. Martín entendió el por qué nada más verla. La burra era menuda, negra de capa excepto en el frontal de la cabeza, donde destacaba una mancha blanca en forma de estrella. Ahí nació el nombre.

Aprovecharon algunos vecinos para que Leandro les atendiese. Así visitó, acompañado por Martín, a una decena de personas, casi todos ancianos, que se quejaban de dolores en las articulaciones, a los que Leandro recetó unas friegas de una pasta hecha con ajo molido y ortigas mezclado con sebo. Luego le explicaría a Martín que el calor que provocaba las friegas aliviaba sobremanera el dolor y la hinchazón. Solo hubo dos consultas con temas de salud diferentes: una mujer con fuertes dolores de cabeza que se llevó un paquetito de corteza de sauce, y un vecino que no conciliaba el sueño y que recibió una bolsita con una mezcla de valeriana y adormidera.

Martín observó que Leandro, o Don Leandro como le llamaban en la aldea, atendía a los pacientes con mucha delicadeza y cariño. Conocía a todos y los trataba por su nombre, se interesaba por la familia de cada uno de ellos y al final de las consultas no percibía nada como pago. También notó Martín que Leandro estaba feliz, se notaba que disfrutaba aliviando a los demás, era palpable que su trabajo era una vocación y no una imposición.

La sorpresa para Martín vino cuando fueron a recoger la burra: en las alforjas que le habían colocado no había un presente más. Incluso dos gallinas vivas colgaban boca abajo atadas con un lazo por las patas. Leandro se despidió de Sisebuto con un abrazo y volvieron al valle.

Cuando llegaron a la casa, descargaron a Estrella de los presentes recibidos de los vecinos tales como las gallinas antes reseñadas, las uvas y manzanas secas, cebollas, castañas, harina y un par de cuchillos. Asimismo, alguna mujer le había confeccionado un gorro y dos pares de calcetines de lana. Martín quedó emocionado por la variedad de presentes y al comentarlo con Leandro, este se limitó a encogerse de hombros y aseverar que la gente, aunque pobre, era agradecida. No ponía de quien

era cada cosa ni importaba. Había veces que el enfermo no podía pagar los servicios de Don Leandro, quien por otra parte no pasaba ninguna minuta. Le contó a Martín que hubo un caso en un pueblo no muy lejano de donde estaban, en el que un parroquiano, dos años después de la consulta, le había dado dos conejos como pago, excusándose por no haberle podido dar nada anteriormente. Según le comunicó Leandro a Martín, era algo muy emocionante sentirse tan querido y respetado.

Durante los siguientes tres días prepararon el equipaje para salir de viaje. Debían llevar solo una muda de recambio compuesta por unos pantalones más frescos que los que ahora llevaban y unas sandalias de suela de esparto que se ataban a las piernas mediante unas tiras de cuero. De ahora en adelante, los días serían cada vez más calurosos y no planeaban volver hasta finales del otoño. Así mismo, llevarían unas camisolas de lino y los chaquetones. Cogieron jabón elaborado por el mismo Leandro con sebo, hierba saponaria y sosa. También, ya dentro del capítulo profesional, metieron los cuchillos de cirugía en una cajita de madera y hueso. En un saco de arpillera para que respirara bien, según indicaciones de Leandro, introdujeron una enorme variedad de plantas secas, raíces, polvos minerales, tiras de lino para hacer vendajes e incluso unas piedras brillantes que Leandro le dijo se llamaba cuarzo. Al preguntar acerca de las propiedades de ese mineral, Leandro le contestó que solo lo llevaban con efecto mágico. Por lo visto hay ocasiones en las que una afección se cura por sí misma dándole tiempo; pero el enfermo no lo concibe y necesita pensar que está siguiendo un tratamiento para su mal, entonces, a modo de talismán, Leandro le daba una piedra de cuarzo que el paciente debía portar encima en cualquier situación. Con el tiempo, la dolencia remite y el enfermo lo atribuía a las buenas artes del médico que, por medio de la piedra, le ha curado. Como constataría Martín muchas veces a lo largo de su vida, todas las tretas son válidas si al final se consigue la curación del paciente.

Por último, Leandro tomó una bolsita de cuero y la llenó de monedas que sacó de debajo de un tablón cercano a la chimenea. Martín le miraba embobado, ya que jamás había visto una hasta que estuvo con Leandro en el pueblo. Leandro se apercibió de ello y le alcanzó una para que la viera y la tocara. El tremís de oro, que era el nombre de la moneda, por un lado tenía un relieve tosco de la cara y busto del rey, Ervigius, que era en este caso el que la había mandado acuñar. Por el reverso, había una cruz y el nombre de la ceca donde había sido fabricada, en este caso Ispalis. Leandro le comentó que, en muchas ocasiones, para determinar por la suerte algún dilema, se echaba la moneda al aire y se elegía un lado de la moneda, de tal forma que ganaba el que había elegido la parte que quedaba visible, o bien la cara, o bien la cruz. A esta forma de apuesta se le llamaba «echar a cara o ceca», o bien a «cara o cruz». También le comentó que había otras monedas dependiendo del rey que reinara en el momento y de la ceca donde se emitiera; pero que todas valían lo mismo.

—¡Martín! —exclamó Leandro mirando fijamente a su hijo—, si alguna vez me pasara algo, aquí debajo de este tablón, puedes encontrar muchas más monedas. Te

pueden sacar de un buen apuro, de hecho, tendrías las suficientes para ser un hombre rico. A lo largo del tiempo he podido reunir un buen número de tremises. Prácticamente no utilizo el dinero, ya has visto cómo la gente de los pueblos me obsequia con lo que tienen y con eso me basta para vivir. Además, todos los años atiendo a un buen número de nobles que me pagan con monedas y las voy guardando. Lo único que te pido es que no comentes esto con nadie, la avaricia humana es capaz de todo.

Muy serio, Martín asintió con la cabeza, entendiendo que esas monedas eran también tuyas para cuando pudiera necesitarlas, aunque no sabía muy bien cómo utilizarlas ni qué hacer con ellas. Pero aún así comprendió que Leandro, el maestro, su padre, había confiado en él. Y eso fue para el niño un orgullo y un placer. Se sintió tratado como una persona mayor y se prometió nunca traicionar la confianza que había depositado en él.

Por supuesto, durante esos tres días tuvieron que comerse las dos gallinas con que les habían obsequiado en el pueblo. No podían dejarlas solas en la casa durante tantos meses. Leandro las peló, las trocó y las colocó en una olla con algunos nabos, una col picada y una pata de cecina de chivo. Por último añadió un buen puñado de garbanzos. Dejó el puchero durante toda la mañana en el fuego con todos los ingredientes metidos en agua. Martín después del segundo plato creía que iba a reventar. La carne de la gallina se deshacía y el caldo tenía un sabor estupendo. Realmente Leandro se había superado. Y para postre, de una orza que guardaba en un rincón, sacó una estupenda melimela, que no era otra cosa que manzanas conservadas en miel. Martín pese a que su cuerpo le decía que ya estaba lleno, no pudo evitar la tentación de comerse una dulcísima manzana.

Martín se dijo que probablemente nunca sabría qué era lo que comían los reyes, pero estaba seguro de que nada comparado con el banquete que se había dado. Sin casi poder moverse y ante la sonriente mirada de Leandro, prácticamente se dejó caer en su jergón, mientras pedía a su padre que le permitiera descansar un poco de la paliza gastronómica que se había dado. No tardó ni cinco minutos en quedarse dormido. Leandro se acercó y le tapó un poco, mientras meneaba la cabeza pensando cómo cambiaba la vida en un instante. Había pasado de ser alguien con una vida solitaria y triste, a tener un hijo al que educar y por el que desvivirse, y descubrió con alegría que le gustaba esta nueva faceta suya.

VII

PARTIERON por fin de viaje. Estrella, la burra, iba bien cargada aunque portaba relativamente poco peso. Espolones iba suelto pero le habían colocado un collar de piel alrededor del cuello con objeto de poder atarlo al llegar a las poblaciones. De todas formas ya estaba pasando su fase de cachorro juguetero y alocado y comenzaba a portarse realmente bien. De hecho, cuando se cruzaban con algún caminante, se quedaba, protector, junto a Martín gruñendo quedamente. En esos momentos Martín le acariciaba un poco el morro y le hablaba con voz tranquila para serenarle. Por un lado le preocupaba que atacara a alguien y, por otro, se sentía orgulloso del apego que su perro tenía por él. Además Espolones había crecido mucho y, aunque aún había de ensanchar, ya se perfilaban sus enormes proporciones; cuando bostezaba, asomaba una impresionante fila de muelas y dientes en una boca que, totalmente abierta, bien podía contener la cabeza de Martín.

Martín, en contra de lo que Leandro e incluso algún vecino le comentó, decidió no cortar las orejas ni el rabo a Espolones. Él había visto correr al lobo y había observado cómo, lanzado a la carrera, equilibraba su cuerpo con la cola; quizás eso le hacía tan veloz y ágil en el monte. Además, no iba a dedicarlo al cuidado de rebaños, con lo cual el corte por precaución para las peleas con los lobos estaba descartado. Y como justificación final, en realidad la que más le había motivado a tomar esa decisión, estaba el que le daba pena hacer daño a Espolones. Y encima le hacía mucha gracia observar cómo movía el rabo cuando se acercaba a él. No, era totalmente impensable el cortarle nada a Espolones.

Leandro lo entendió y respetó la decisión de Martín. A fin de cuentas era su perro y su responsabilidad. Además, descubrió que no era capaz de negarle nada a su hijo, quien por otra parte cumplía fiel y eficazmente con sus obligaciones.

Durante el camino, charlaban de todo un poco. Leandro llegó a llamar a Martín «Don Por Qué», ya que su curiosidad le inducía a utilizar continuamente esa pregunta cuando hablaba de casi cualquier cosa. El afán de aprender de Martín sorprendía y agradaba a su padre. Además, Leandro descubrió que Ximena le había enseñado muy bien: leía latín con bastante fluidez, siempre que la letra no estuviera muy adornada, lo que tristemente era frecuente. En el monte, si bien no alcanzaba la destreza de su padre, era un buen elemento: se desplazaba con mucha agilidad y potencia para su corta edad y Leandro no dudaba que en tres o cuatro años sería él quien habría de pedir a su hijo que le esperase. Además conocía muy bien las plantas y aprendía rápido las nuevas que Leandro le mostraba. Por supuesto, de cada planta que cogían hacían un pequeño examen de conocimientos de la misma y en un par de ocasiones le había sorprendido Martín con alguna aplicación que había aprendido con Ximena y que él no conocía.

En este viaje, Leandro decidió tomar la ruta del Valle del Silencio en el Bierzo. Para ello fueron en dirección a Astorga. Antes de llegar, pararon en varios pueblos y aldeas. Allí pasaban consulta a los vecinos que así lo deseaban. Casi todas las consultas eran casos leves de golpes, heridas o dolores de las articulaciones. En alguna ocasión, Leandro visitó a algún enfermo al que le dio remedios paliativos, aunque luego confesaba a sus parientes la inminencia de la muerte del paciente. En estas ocasiones, Leandro se encerraba un poco en sí mismo y pasaba un buen rato antes de que Martín consiguiera que volviese a ser él mismo. Leandro, en una ocasión, le confesó a Martín que le resultaba muy duro sentirse tan impotente ante el avance de las enfermedades y que eso le motivaba para seguir estudiando allá donde fuera.

Por fin, una lluviosa mañana avistaron Astorga.

—Mira Martín, ahí tienes tu primera ciudad.

—Vaya, es enorme. ¡Y tiene una muralla de piedra! — exclamó alborozado Martín.

—Sí, es un cruce de caminos muy importante y tiene muchos muchos años a sus espaldas. Por favor, cuando estemos dentro, no te separes de mí. En estas ciudades hay ladrones especializados en robar a los viajeros poco avisados que cruzan sus puertas.

Martín se sintió un poco mal por el comentario de Leandro acerca de su candidez, aunque comprendió que era por su bien.

—Cuando estemos cerca, ata con un buen nudo a Espolones con Estrella para que no se suelte.

Al fin llegaron ante las imponentes puertas de la ciudad. Un enorme tráfico de carretas y personas desfilaba por la calzada. Un guardia en la puerta cobraba una tasa a los comerciantes que entraban en la ciudad.

Martín y Leandro pasaron sin problemas y, una vez dentro, se dirigieron a una posada que frecuentaba Leandro. Fueron muy bien recibidos por el dueño, Iulianis, que por lo visto conocía desde hacía años a Leandro.

—Bienvenido, Don Leandro. Es un placer tenerle de nuevo por aquí.

—Hola, Iulianis. Te presento a Martín, mi discípulo.

Iulianis lanzó una rápida mirada a Martín y no le prestó mayor atención.

—Tengo disponible su habitación de siempre, Don Leandro —dijo servil el posadero.

—Gracias. Añade una cama más para Martín, por favor, y encargarnos de mi burra y del mastín. Vamos a dar una vuelta por la ciudad.

—Claro, Don Leandro —y a continuación encargó a un zagal que apareció detrás de Iulianis que se ocupara de llevar la burra al establo de la posada.

Martín y Leandro se dirigieron al centro de la ciudad. Había un monasterio al lado justo de la catedral y hacia él se dirigían. Martín estaba impresionado. Un enorme bullicio reinaba en las calles. Nunca había visto tanta gente junta y vestida de manera

tan dispar. Vio monjes tonsurados tocados de largos hábitos; mujeres que debían ser de la nobleza, con hermosos y coloridos vestidos; gentes del campo que llegaban a vender sus productos...

Pero, sin duda, lo que más impresionó a Martín fue ver a los soldados. El casco con orejeras que se ataba por debajo de la barbilla, una cota de mallas por encima de una camisola que les llegaba hasta casi las rodilla y unas botas de piel atadas a la pierna con tiras de cuero entrecruzadas, todo creaba un efecto intimidante. Además, la espada y una daga al cinto y la lanza y el escudo en la mano, los convertía en unos personajes merecedores de ser respetados.

Un par de estos bragados soldados pasaron apresurados a su lado, hablando con voces graves y andando con pasos largos y contundentes. Uno de ellos le miró fugazmente con unos ojos oscuros y peligrosos hasta que desvió su mirada en el momento en el que una lozana y joven mujer apareció por una de las esquinas. Martín creyó entonces que el soldado voceaba aún más al hablar, quizás para hacerse notar a los ojos de la muchacha. Tras cruzarse con ella debieron comentar alguna cosa jocosa, puesto que ambos se rieron de forma ostentosa mientras se alejaban calle abajo.

—Generalmente, la gente tiende a ocultar sus carencias tras una postura bravucona —dijo Leandro sacando a Martín de sus pensamientos—. Piensan, en su ignorancia, que una conducta agresiva y envalentonada les hace parecer más importantes de lo que son y así creen que pueden dominar una situación.

Martín asistía absorto a la disertación que Leandro le estaba dirigiendo sin siquiera cambiar el paso ni mirarle.

—Esos dos soldados con los que nos hemos cruzado y que tan fascinantes parecen resultarte, por ejemplo. ¿Te has fijado en cómo han variado su comportamiento cuando se han cruzado con la muchacha?

Martín asintió, asombrado de que Leandro se hubiera dado cuenta.

—Si algo me ha enseñado la experiencia, es que si quieres ser un buen médico debes aprender a estudiar la condición humana. Muchas veces intentarán engañarte y tú debes descubrir la verdad acerca de una persona por cómo se comporta, no solo por lo que te dice. Por ejemplo, esos dos soldados, si fueran tus pacientes, te mentirían acerca de sus verdaderos padecimientos. Sobre todo si están en presencia de un compañero; intentarán no parecer enfermos o doloridos por no demostrar debilidad. En su círculo de amistades, está mal visto un comportamiento aprensivo; por el contrario, se mostraran siempre altaneros e incluso ofensivos. Debes cuidarte de ese tipo de personas, especialmente si tienen alguna clase de poder. Por el contrario, una persona que habla por sí misma sin fijarse en quien le acompaña y sin dejarse influir por lo que pensarán de él los demás, es una persona digna de confianza. Observarás que ese tipo de personas te mirarán a los ojos al hablar y afrontarán con entereza los problemas y, sobre todo, no te engañarán tanto para lo bueno como para lo malo.

—¿Por qué me contáis todo esto?

—Soy tu maestro, ¿no? Pues esta lección es de las mejores que puedo inculcarte. Estudia a la gente: fíjate en cómo se comporta, si cambia o no en presencia de otros, si es arrogante o timorato... Todos los detalles son importantes, tanto para ser médico como para relacionarse bien en la vida. Esos datos pueden serte de gran utilidad para salvarles de algún mal o incluso para salvarte a ti mismo.

Martín se estremeció un poco al escuchar a Leandro, tan vehemente, hablando de las personas. Nunca creyó que fuera tan importante estudiar al prójimo y se prometió permanecer alerta cuando conociera a otras personas.

En estos pensamientos estaba, cuando llegaron a unas enormes y pesadas puertas. Leandro llamó a las mismas con una aldaba en forma de argolla que colgaba a media altura. Casi de inmediato, una pequeña portezuela que nacía en medio de la gran puerta se abrió asomándose a ella un fraile que, con mirada inquisitiva, les observó con fiereza.

—Sí, ¿qué desean? —inquirió con una voz atiplada que no casaba en absoluto con su porte desafiante.

—Por favor, comuníquese al abad Juan que Leandro, el sanador, ha venido a verle.

Al oír el nombre del abad, el monje pareció suavizarse y, cediéndoles el paso, les hizo esperar en un enorme claustro.

El claustro era cuadrado, tenía una cuidada huerta en el centro. En ella se afanaban tres jóvenes monjes entrecavando la tierra, mientras otro par de frailes esparcían estiércol en los caballones.

Un enorme fraile asomó entonces por el fondo del pasillo del claustro. Llevaba los brazos abiertos mientras una sonrisa franca dejaba entrever una dentadura perfecta. Al llegar a un también sonriente Leandro, se abrazaron dándose grandes manotazos en la espalda. Era como ver a dos osos peleando ya que eran dos de las personas más grandes que había visto Martín en su vida. Tras unas palmadas más, se separaron y procedieron a las presentaciones.

—Juan, este es Martín, mi discípulo.

—¡Hola, caballere! —dijo el abad mirándole desde aquella tremenda altura en donde tenía los ojos.

Martín en realidad no sabía cómo debía tratar al abad, así que se decidió por una pequeña reverencia mientras usaba el tratamiento de Don Juan.

—¡No seas tan formal, hijo! Puedes llamarme solo Juan. Ni siquiera abad. Los tratamientos solo sirven para confundirnos y nos alejan del camino de la humildad. Estoy seguro que Leandro, tu maestro, también te apea del tratamiento, ya que es uno de los hombres más humildes y francos que he conocido.

Martín constató que el abad parecía proseguir con la conversación que unos minutos antes había mantenido con Leandro. Se dio cuenta que otros maestros, por no decir padres, trataban con suficiencia y distancia a sus discípulos o hijos, mientras que en su caso, era tratado como un igual, con respeto y, lo que era más importante,

con afecto.

El abad les condujo a la enfermería mientras seguía hablando animadamente con Leandro.

—Vienes poco por aquí; pero siempre a tiempo. Tenemos en la enfermería a un noble que sin duda agradecerá tus buenas artes y no las de un puñado de monjes que casi solo podemos darle tisanas tranquilizantes y buenas palabras.

—Te esfuerzas en parecer un lego en la materia — replicó Leandro.

—Y lo soy querido Leandro, lo soy. Seguro que tu discípulo me supera en artes médicas. Pese a mis buenas intenciones, mis oficios en la medicina se reducen a prestar apoyo moral a los enfermos; pero, de verdad, en muchas ocasiones desearía saber tanto como tú para poder aliviar el sufrimiento de quienes acuden a estos muros en busca de ayuda.

—Pero el dar apoyo a los enfermos muchas veces hace que las enfermedades se superen mejor —replicó Leandro.

—Lo sé, lo dijo Isidoro de Sevilla en sus «Etimologías» —y a continuación el abad citó de memoria—: *«El cuidado de los enfermos debe ponerse en manos de un monje sano y de vida observante que pueda dedicar toda su solicitud a los enfermos y cumpla con mayor diligencia todo lo que exija la enfermedad»*.

—No conozco a ningún monje más sano y más observante de la vida que tú, querido Juan.

—El observar es a veces una terrible herencia, ya que se aprecian mejor las carencias y en mi caso y en las de mis queridos hermanos, es patente que nuestras carencias en temas médicos son enormes —se lamentó el abad.

—Nada podéis recriminaros. En realidad no sois médicos. Solo atendéis a los enfermos y les prestáis ayuda dentro de vuestras posibilidades. Todo el mundo sabe que desde que Isidoro de Sevilla lo promulgó, los monjes debéis pasar tres meses en la enfermería del monasterio para el cuidado de enfermos.

—Y es una gran propuesta. Hace que nos demos cuenta de lo efímero de la vida y de lo mucho que podemos aportar al prójimo con nuestros cuidados. Pero aún así, deberíamos tener alguna escuela de medicina en donde poder formar a los mejores de nosotros.

Con esta conversación llegaron hasta la enfermería del monasterio: era una gran sala en donde varios jergones aparecían alineados. Una luz tenue penetraba por los angostos huecos que había en las paredes a modo de ventanas. El aroma de unas ramas de espliego distribuidas por la sala inundaba todo el espacio.

Martín contó treinta jergones y otros tantos pacientes. Seis monjes se encargaban de los mismos. Uno, afanoso, preparaba tisanas en una pequeña cocina. Otro limpiaba indolente el suelo con una escoba. El resto atendían a una serie de enfermos. Al ver entrar el abad, todos se afanaron en sus quehaceres con renovados bríos.

Uno de los monjes se acercó al abad y obsequioso le dio los buenos días. Juan le miró sonriendo y le presentó a Leandro.

—Leandro este es el hermano Fernando. Está aquí por recomendación de nuestro querido obispo Indacio.

—Hermano Fernando —saludó Leandro.

—Querido abad —dijo Fernando ignorando a Leandro— creo que sería mejor que yo dejara la enfermería. No quisiera contraer ninguna peste de estos muertos de hambre. Soy un hombre de Dios y no merezco esta suerte.

—Esta suerte, querido hermano en Dios, es la que debe cumplir todo monje. Lleváis aquí una semana y os recuerdo que el periodo de servicio en la enfermería es de tres meses.

—No soy un monje normal. Mi destino es llegar algún día al obispado y no comprendo cómo me puede ayudar el ponerme enfermo respirando el mismo aire que estos despojos humanos.

Juan miró severamente al hermano Fernando y le respondió no menos severamente:

—Ciertamente no sois un monje normal. Cualquiera de los hermanos que han ingresado en el monasterio, lo han hecho por voluntad propia con el deseo de estar más cerca de Dios. Por lo que veo en vos, fray Fernando, solo deseáis estar cerca del poder terrenal. Vuestro protector Indacio lo ha comprendido así y os ha mandado aquí a que aprendáis a tener algo de humildad para con vuestros semejantes.

—Mis semejantes también son los nobles que tan celosamente tratáis en vuestros aposentos —dijo ladinamente el fraile.

—Bien sabréis que mis aposentos son una celda tan pequeña y fría como las demás. Simplemente he destinado a mi despacho a nuestros ilustres visitantes por las connotaciones políticas que los envuelven. Pero, en todo caso, no son asuntos de vuestra incumbencia. Por favor, volved a vuestros deberes y no temáis, Dios no hará que enferme aquel que se da a los demás sin pretender nada a cambio —concluyó con un leve tono de ironía el abad.

El monje, reprendido y humillado, miró con ira a su superior y dándose la vuelta de forma airada salió de la sala con pasos largos.

—Veo que la política lo inunda todo, hasta los monasterios —comentó Leandro.

—Sí. ¡Cuánto más tranquilo estaba en San Pedro de Montes con mi tío Valerio! —suspiró el abad Juan—. Allí tan solo nos ocupábamos de estudiar, de orar y de procurar sobrevivir —dijo riéndose y con una nota de añoranza.

Durante toda la mañana, estuvieron visitando a los enfermos de la sala. Cuatro eran graves y de ellos uno no viviría para ver un nuevo día, según Leandro. Así que los monjes procedieron a administrarle los Santos Óleos. A Martín le impresionó la sobriedad de Leandro y cómo le admiraban los monjes al verlo proceder. Él procuró no estorbar, aunque se sintió útil en un momento en el que Leandro le pidió que le diera un cuchillo de sajar pequeño para abrir una herida purulenta. Durante la pequeña operación, asistió procurando no perder detalle y sin mostrar repugnancia mientras el humor viscoso salía tras la fina incisión que practicó Leandro. Después de

drenar todo el líquido, limpió el cuchillo con vino y agua limpia y se lo devolvió a Martín para que lo guardara de nuevo. Este lo cogió con cuidado para no cortarse con la afilada hoja y lo devolvió a su lugar en un pequeño cofre.

Cuando terminaron con los enfermos de la sala, Juan los condujo a su despacho esta vez ya solos, sin la compañía de los frailes.

—Vamos a ver ahora a nuestros ilustres invitados —les dijo antes de entrar—. Veo que tu discípulo es realmente prudente y atento, no podía ser menos estando con tan buen mentor. Os ruego la máxima discreción con estos invitados porque, en realidad, creo que hay razones políticas de alto estado para justificar su presencia en este monasterio.

Y realmente eran unos invitados ilustres y no menos terribles sus circunstancias personales.

VIII

EL despacho del abad era amplio. Había una enorme mesa central de madera de nogal. Alrededor de la misma se disponían unos personajes sentados en sillas altas con tapicería de terciopelo carmesí. En el centro de la mesa, un gran sillón con brazos y respaldo labrados indicaba el lugar principal. Se sentaba en ella un hombre con un vendaje que le tapaba los ojos. Aún desde la lejanía y a pesar de su incapacidad para ver, se adivinaba en él un porte altivo y distinguido. A su lado, un joven de unos veintipocos años charlaba con él. En la otra esquina de la mesa, una hermosa dama hablaba con los que, sin duda, eran sus dos hijos: un varón de unos veinte años y una bella joven de unos quince.

Todos se volvieron hacia la puerta cesando en sus conversaciones cuando entró el abad con Leandro y Martín.

Juan se adelantó mientras se levantaban todos de las sillas menos el hombre del sillón.

—Por favor, siéntense. Quiero presentarles a un ilustre médico que, por ventura de nuestro Señor, hemos tenido la fortuna de que nos visitara tan oportunamente. Don Leandro y Martín, su discípulo, son de total confianza y respondo personalmente por ellos.

Y volviéndose hacia Leandro, le presentó a los que se hallaban en el despacho:

—¡Don Leandro! Tengo el honor de presentarle a Don Roderico —dijo mientras el joven que permanecía al lado del hombre cegado hacía una leve inclinación de cabeza.

—Tengo plena confianza en este hombre santo; pero por favor, no quiero usar el nombre godo de Roderico sino el hispanorromano de Rodrigo. —Dijo con voz grave.

—Don Rodrigo. —Saludó inclinando la cabeza Leandro.

—El que aquí a mi lado ven es mi padre Don Teodofredo —dijo Don Rodrigo mientras el hombre de la venda en los ojos se erguía un poco.

Leandro se inclinó una vez más, si bien Don Teodofredo no podía apreciar el saludo. El abad Juan acabó las presentaciones:

—Estos ilustres visitantes son Doña Luz Vítula Fernández y sus encantadores hijos, Pelayo y Adosinda.

La dama ladeó ligeramente la cabeza a la vez que una suave sonrisa iluminaba sus bellas facciones. Sus hijos, corteses, iniciaron una leve inclinación. Aunque en el caso de Pelayo sus ojos penetrantes estudiaron escrutadores a Leandro y a Martín, quizás buscando señas de un posible peligro.

Realmente la apariencia de Leandro que llegaba del viaje con unos ropajes carentes de ningún ornato, contrastaba vivamente con las floridas y carísimas vestimentas que lucían los nobles que en esa habitación se encontraban. Sin embargo

nadie comentó nada al respecto.

—Creo que sería una gran ocasión para usted, Don Teodofredo, que un hombre docto en la medicina como es Don Leandro pudiera ver el alcance de sus heridas —dijo Juan dirigiéndose a la figura que inmóvil permanecía sentada en el sillón principal.

—Creo que nadie puede hacer nada ya por mis ojos, amable abad. Sin embargo espero que sus buenas artes, al menos puedan aliviar algo mi dolor —respondió con una voz cansada pero altanera el personaje del sillón.

—Padre, yo estaré a tu lado —dijo Don Rodrigo mientras apoyaba una gran mano en el hombro del herido.

—Permitidme, pues —rogó Leandro acercándose.

A continuación procedió con cuidado a quitar el lienzo de lino que cubría los ojos de Don Teodofredo. Unas enormes quemaduras cubrían lo que otrora fueron las cuencas de los ojos. Ahora solo existía piel quemada que dejaba una feísima cicatriz de color rojo intenso. Leandro se inclinó bastante para observar las heridas. Era evidente hasta para Martín que Don Teodofredo sería ciego de por vida. Simplemente no había ojos que curar. Salvajemente se los habían quitado por el método de quemárselos con hierros candentes hasta que la carne alrededor se había fusionado entorno a los globos oculares.

Leandro pidió al abad que trajeran agua fría y limpia en un recipiente y agua hirviendo en otro. Entonces se dirigió a Martín y le dijo que le buscara en el botiquín del monasterio cera de abejas, manzanilla y caléndula.

Martín salió raudo hacia la enfermería. Al llegar, pidió las tres cosas que le habían encargado al hermano Venancio que les había seguido atento durante la visita de los heridos comunes. Este precedió a Martín hasta una pequeña sala en donde gran cantidad de hierbas colgaban boca abajo para secarse.

—Aquí está la manzanilla y la cera de abejas —dijo tendiéndole un manojo de flores secas y un pequeño bote de barro—. La caléndula no sé identificarla, el experto es el hermano Juan y el hermano Vicente; pero no están ahora —se disculpó el fraile.

—La caléndula es una flor amarilla grande. También se la conoce por azucena —dijo Martín mientras buscaba por la habitación—. Ah, ahí está —exclamó señalando un gran ramo seco que boca abajo pendía de una viga del techo.

—Buen maestro tenéis, Don Martín, y buen alumno se ve que sois —comentó no sin admiración el monje.

Martín no supo ni qué decir. Don Martín, sonaba bien. Nunca se le había ocurrido que su saber de plantas fuera a ojos de otra persona motivo de admiración; pero comenzó a comprender por qué se veneraba tanto la presencia de un médico. Para la inmensa mayoría de la gente, las plantas no pasaban de ser eso, plantas. Solo unos pocos sabían aplicar las propiedades que esas plantas tenían para sanar o aliviar los males.

Volvió Martín a la sala a la vez que el abad y otro monje llegaban con el agua fría

y el agua hirviendo. Entretanto Leandro había dispuesto varios útiles en la mesa: un almirez, unos paños de lino y una cuchara reposaban pulcros a un lado de la misma.

Por un lado, depositó en un vaso manzanilla seca y le agregó un poco de agua hirviendo para preparar una tisana. A continuación, sumergió el recipiente de barro que contenía la cera de abeja en la olla de agua hirviendo, evidentemente quería licuar la cera. En el almirez machacó la caléndula con un poco de aceite de oliva. Vertió la masa oleosa que había en el almirez en el tarro que contenía la cera y con la cuchara procedió a remover la mezcla al principio con dificultad y después, a medida que la cera se fundía por el calor, con mayor velocidad.

—Martín, sigue removiendo lentamente y con cuidado —ordenó mientras se dirigía de nuevo al vaso de manzanilla.

Lo olfateó y extrajo las ramas del agua. A continuación empapó un lienzo en el agua de manzanilla.

—Don Teodofredo, voy a limpiarle las heridas con manzanilla —anunció mientras se acercaba al herido.

Con extremado cuidado, aplicó en pequeños toques el líquido sobre las quemaduras. El rostro del paciente se contraía de dolor aunque no escapaba de su boca el más mínimo sonido.

Poco a poco, una sucia capa amarillenta de piel muerta mezclada con lo que debían ser secreciones del propio ojo mutilado fueron quedando adheridas al lienzo. Cambió el lienzo por otro limpio y acabó, por fin, de limpiar las heridas.

Entonces se acercó a donde Martín que seguía removiendo y sonrió con aprobación.

—Gracias, Martín —dijo mientras cogía el recipiente de barro con la mezcla de cera y caléndula. A continuación lo introdujo brevemente en el agua fría para que no quemara. Con la cuchara sacó parte del contenido del tarro y lo amasó levemente.

—¡Don Rodrigo! Este unguento debe aplicarse sobre los ojos de su padre todos los días durante un mes. Le ayudará a que sus heridas cicatricen además de aliviar la hinchazón y el dolor de las quemaduras —dijo dirigiéndose al hijo de Don Teodofredo que asentía interesado.

A continuación se acercó al herido y colocó con mucho cuidado un poco del unguento en cada cuenca. Procedió después a colocar una venda limpia que ató con un nudo detrás de la cabeza.

—Ciertamente refrescante —susurró con voz aliviada el paciente mientras comenzaba visiblemente a relajarse después de la dolorosa manipulación a que había sido objeto.

—Siento que el proceso haya sido molesto; pero había que limpiar bien la herida. Ahora la cicatrización debería ir paulatinamente a mejor y la caléndula hará que se acelere y que resulte mucho menos penosa.

—Gracias, no olvidaré sus buenas artes. Si alguna vez precisa algo de mi persona no dude en hacérmelo saber. Ahora partiremos hacia Córdoba por la vía romana que

lleva a Mérida; pero el mundo no es grande y espero poder devolverle el favor algún día —afirmó Don Rodrigo de forma vehemente mientras ayudaba a levantarse a su padre.

—Ruego nos disculpen pero me gustaría poder dormir un poco ahora que el dolor se ha aplacado tan notablemente —dijo Don Teodofredo—. Por favor, Rodrigo, guíame.

El abad se ofreció a acompañarles hasta los alojamientos.

Cuando hubieron salido, Leandro se dirigió a la madre que, con sus hijos, permanecían callados.

—Puedo ayudarles a ustedes en algo.

—Gracias Don Leandro. En comparación con la pena por la que cruza Don Teodofredo, nuestros males no pasan de ser nimiedades.

—Todos los males son eso, males. Y si puedo aliviarles, será un placer para mí ponerme a su disposición.

Al final resultó que, debido a algún alimento que habían ingerido, padecían una pequeña indigestión. Leandro les recetó unas infusiones de eneldo y anís.

Martín en todo momento observó cómo Pelayo permanecía serio y protector al lado de su madre.

Cuando acabó la consulta se despidieron cortésmente y al fin quedaron solos Martín y Leandro mientras se acercaba el abad Juan.

—Realmente ha sido una gracia de Dios el haberos enviado precisamente ahora, Leandro.

—¿Siempre alojáis tan ilustres personajes? Porque se ve que se trata de familias nobles.

—¿Solo nobles? Don Teodofredo es nieto del rey Chindasvinto. Por ello era aspirante al trono.

—¿Al trono? ¿Es que el rey Egica ha muerto?

—No, aunque su estado de salud ha hecho que comparta el trono con Witiza, su hijo, y dux de Gallaecia de donde vienen todos estos visitantes prácticamente huyendo.

—¿Líos en la corte?

—Fijaos, estando Egica en tan apocado estado, Don Teodofredo, apelando a su ilustre linaje, ha intentado coronarse rey buscando apoyos entre los nobles; pero Witiza, enterado de sus planes, ha acabado bruscamente con sus pretensiones cegándolo de por vida.

Leandro, viendo la cara de extrañeza de Martín, le explicó que las leyes godas prohibían que el rey fuera ciego. Por ese motivo, a lo largo de las dinastías godas, algunos aspirantes al trono habían corrido la misma suerte que Don Teodofredo.

Juan siguió explicándoles cómo se desarrollaban los acontecimientos en la corte.

—El rey Egica ha promulgado un «*regni concordia*», por el cual comparte el trono con su hijo Witiza. Y Witiza es un libertino que no agrada a todos los nobles.

Ha elegido Tuy como capital y desde allí gobierna con despotismo y mano de hierro. Además son famosas sus cuitas amorosas. Se ha granjeado grandes enemigos porque no es capaz de comportarse y se encapricha continuamente de las mujeres más dispares.

—Como Doña Luz, ¿no? —preguntó Leandro.

—El caso de Doña Luz es bastante trágico. Como has podido comprobar es una mujer muy hermosa. Desde hace varios años, Witiza está encaprichado de ella. Doña Luz le rechazó porque estaba enamorada de Favila, duque de Cantabria. Al final, Luz y Favila se casaron en secreto y tuvieron a Pelayo y Adosinda. Sin embargo, Witiza siempre aspiró a poseer a Doña Luz. Un desgraciado día, ante casi toda la corte, Witiza volvió a sacar el tema de Doña Luz. Favila que se encontraba en la estancia con su hijo Pelayo se encaró con Witiza y este utilizó su bastón con empuñadura de oro para pegarle un tremendo golpe en la cabeza que lo mató en el acto, en presencia de Pelayo aún muy joven para poder defender a su padre. De esto hace ya casi cinco años. La presión a la que se vio sometido Witiza en la corte fue tal que se olvidó por el momento de Doña Luz; pero ahora, al acceder al trono compartido, su posición se ha hecho aún más fuerte y, tras el incidente de Teodofredo, viendo la impunidad en que se mueve Witiza, la familia de Doña Luz decidió abandonar la corte desterrándose a sus dominios en Tiñana, en las tierras astures.

—Ahora entiendo esa mirada desconfiada y atenta de su hijo Pelayo —observó Leandro.

—Sí, Pelayo tras presenciar la muerte de su padre, se dedicó al estudio de las artes guerreras, sin duda esperando vengar a su padre algún día. Se ha hecho un paladín de gran talento. En este viaje ha hecho gran amistad con Rodrigo ya que también apoyaba la pretensión de su padre, Teodofredo, en acceder al poder. Ya se sabe, un enemigo en común une a la gente.

—Veo que las intrigas de palacio siguen cobrándose víctimas inocentes —dijo doliente Leandro.

—En estos tiempos difíciles todas las instituciones están dominadas por arribistas con más o menos escrúpulos que se rodean de gente que solo les dicen lo que quieren oír. En la misma iglesia está pasando. Fíjate en el hermano Fernando, solo quiere aspirar a llegar hasta Toledo para estar con el obispo Don Oppas, hermano de Witiza. La familia del rey Egica está copando los estamentos de poder del reino y eso está dividiendo a los nobles en dos facciones. Temo que esto pueda conducirnos a una guerra civil.

—Querido Juan, hace ya bastante tiempo que los manejos políticos son continuos; pero creo que a nadie le interesa una guerra civil.

—¡Dios te oiga, Leandro, Dios te oiga!

IX

MARTÍN había vivido y conocido más mundo en los tres meses que llevaba con Leandro que en toda su anterior vida. Había pasado de vivir en un cerrado valle de alta montaña a tener cada noche un techo en un sitio distinto. Era algo tan excitante que se sentía pleno a la vez que se daba cuenta de que el mundo era algo complicado y extraño. Sin embargo parecía que la suerte, después del tremendo zarpazo que había sido la muerte de su madre, le había acogido bajo su manto por haberle colocado bajo el cuidado de Leandro.

En estos pensamientos andaba Martín cuando llegaron a las cercanías de la posada en donde un gran tumulto se concentraba.

—Don Leandro, al fin regresa —saludó el posadero nada más les vio acercarse.

—¿Cuál es la causa de tu premura, amigo? —preguntó Leandro.

—Es ese perro cabezota que han traído con ustedes.

—¿Qué le pasa a Espolones? —preguntó excitado Martín.

El posadero apenas le dirigió una mirada y contestó directamente a Leandro.

—No nos ha dejado acercarnos a la burra. Cada vez que lo intentamos gruñe y se cruza en nuestro camino. Casi estábamos ya tentados de llamar a la guardia para que se deshiciera de él pero he preferido esperar.

—Habéis hecho bien —contestó Leandro mientras Martín ya corría hacia donde habían dejado a Estrella y Espolones.

Y ahí estaba. Estrella aún permanecía cargada al lado de una de las paredes de la posada y Espolones tumbado indolente ente ella y el mozo de la posada que, a unos cuatro o cinco pasos, le dirigía mil y una maldiciones al perro, mientras la gente se agolpaba comentando lo acontecido a los curiosos que llegaban preguntando.

Al aproximarse Martín, un parroquiano le cogió del hombro y le detuvo.

—¡Quieto, zagal! Desde aquí ya lo ves perfectamente. Ese perro está loco y podría matarte. No sé qué hace la guardia que no aparece.

Martín se soltó de la mano del hombre y siguió acercándose rápido. Al verle, Espolones se levantó y le saludó moviendo el rabo a la vez que emitía un leve aullido con algún que otro gallo, que demostraba su corta edad. El joven de la posada miró a Martín estupefacto mientras este a la carrera se acercaba al perro y le acariciaba la cabeza.

—¡No me ha dejado acercarme a la burra! —dijo enfadado el mozo—. Me gruñía enseñándome los dientes cada vez que lo intentaba. Incluso cuando mi amo ha venido a ayudarme con un palo nos ha sido imposible alejarle.

Leandro, que se acercaba con el posadero, miró con reprobación a este, que optó por excusarse diciendo que velaba por los intereses de Don Leandro y que no creía que un simple chucho fuese más importante que guardar la burra. De hecho, ni

siquiera había previsto designar un sitio especial para el perro.

Martín comprobó que Espolones presentaba un corte en la cabeza cerca de la oreja derecha con un poco de sangre seca.

—Ni siquiera con el palo pudimos acercarnos —dijo con voz apesadumbrada el mozo de la posada.

—¡Buen perro! —dijo Martín a Espolones mientras se abrazaba a él— ¡Indícame dónde está la cuadra! — se expresó con voz autoritaria al mozo que se apresuró a acompañarle.

—¡Vamos, Estrella! —dijo cogiendo de la cabezada a la burra mientras Espolones miraba fijamente aún al mozo—. ¡Déjalo, Espolones!

Llevó a Estrella a la cuadra, la descargó y comprobó que el pesebre estuviera lleno. Dejó a Espolones atado en un poste cerca de ella. El mozo de la posada observaba atentamente.

—Siento haber pegado a tu perro. Me obligó mi amo —se quejó contrito.

Martín miró fijamente al mozo. Era un chico mayor que él, de unos trece o catorce años. Vestía bastante desarrapado y estaba notablemente flaco. Por lo que parecía, su vida no debía ser en absoluto fácil.

—Supongo que no tenías elección —se expresó Martín procurando rebajar la tensión.

—Nunca había visto nada igual. Se cruzaba delante de nosotros y, cuando intentábamos acercarnos, nos gruñía y nos miraba con los ojos rojos y los dientes asomándole por debajo de los belfos. Era aterrador. Sin embargo, en cuanto nos alejábamos un poco, se tumbaba como si nada hubiera pasado. Eso sí, vigilándonos siempre.

—Es un perro de primera.

—Sí, lo es. —Reafirmó con admiración el mozo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Martín.

—Lorenzo.

—Acércate, Lorenzo —le invitó mientras acariciaba a Espolones que no quitaba ojo al mozo—. ¡Vamos! No te hará nada. Deja la mano baja, Espolones la olerá para reconocerte.

El mozo, visiblemente nervioso, hizo lo que Martín le decía. Se aproximó y, con la mano derecha inerte, dejó que Espolones le olfatease con aquella enorme y húmeda nariz.

—Háblale tranquilo y sin gritar. Tenéis que haceros amigos.

—¡Hola, Espolones! Perdona lo de antes —decía con la voz algo atiplada mientras con mucho cuidado le acariciaba la cabeza.

Espolones no parecía contento; pero no se mostró hostil con el otrora maltratador.

—Ahora dale agua y algo de comer.

El mozo se apresuró a acercar al perro un pozal con agua.

—No sé qué darle de comer.

—En la cocina seguro habrá huesos de sobra. Y quizás alguna cecina de esas que se quedan tan duras y secas que ni el mejor de los caldos puede ablandar.

—A mí no me los darán. La cocinera es la mujer de mi amo y solo me dan de comer una vez al día —dijo avergonzado Lorenzo.

Martín se reprochó el haber pensado que la facilidad de su vida era extrapolable a los demás.

—Tranquilo, iré yo a por ella. Indícame donde están las cocinas.

Lorenzo llevó a Martín por la parte trasera de la posada. Una vez allí, abrió una oscura puerta de donde escapó un aroma a cocido que hizo que gruñese la barriga de Martín. Nuevamente pensó que si a él, que tomaba tres comidas al día, le gruñía la barriga... qué sería de Lorenzo.

Al entrar en la estancia una enorme mujer le dirigió una severa mirada.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué haces en mi cocina? ¡Largo de aquí! —gritó mientras Martín escapaba perseguido por un cazo que la mujer le había lanzado. Salió trastabillado a la calle, en donde Lorenzo, divertido le miraba.

—Ya has conocido a mi ama. Doña Francisca es aún peor que mi amo. A veces se olvida de darme la comida al final del día y tengo que buscarla entre los restos. Aunque realmente es de donde me la dan siempre —murmuró riéndose de su propia mala fortuna Lorenzo.

—¿Cómo soportas vivir así?

Lorenzo se encogió de hombros y dijo:

—Nunca he vivido de otra forma. Mi padre me vendió como esclavo cuando tenía seis años y desde entonces he estado aquí. Prácticamente no recuerdo a mis padres, solo sus palizas con un cinturón. A mí y a mis hermanos nos mandaban a pedir limosna a la calle y al cumplir los seis años, cuando ya no dábamos pena, nos vendían. En mi caso, como no se cansa de repetírmelo mi amo, por un par de odres de vino y una hogaza de pan.

Martín volvió a sentirse mal por ser tan afortunado.

—Espérame en la cuadra. Iré adentro y cogeré algo para Espolones y para ti.

—Por favor, no habléis con mi amo de esto —suplicó Lorenzo—. Mañana os habréis ido y me pegará una paliza por molestar a los clientes.

Martín miró a Lorenzo sin entenderlo. Pensaba que podía mediar y que Leandro, con el respeto que inspiraba a todos, sería un buen valedor de ese chico. Y, sin embargo, ahí estaba Lorenzo casi desesperado para que Martín no intercediese por él.

Entró en la posada por la puerta principal y allí encontró a Leandro sentado en una mesa con un gran cacho de pan y una jarra de vino.

—¿Has conseguido dominar a la fiera de Espolones? — comentó divertido. Aunque mudó el gesto cuando vio lo apesadumbrado que llegaba Martín.

—¡Maestro! —era el tratamiento que habían acordado establecer entre ellos en los lugares públicos—. He estado hablando con el chico que cuida las caballerizas. Es un esclavo —dijo con pesar.

—Ya —respondió en voz baja Leandro.

—Le he pedido comida para Espolones y resulta que seguramente es la que le darían al final del día a él.

—Entiendo, Martín.

—¿No podríamos hacer algo? Pero sin que nadie se entere, porque me ha pedido que no dijéramos nada a su amo.

—Es un chico inteligente ese nuevo amigo tuyo. ¿Recuerdas lo que hablamos esta mañana de la gente y cómo abusa de su poder? Pues este es un caso práctico. El posadero, obsequioso y servil con los clientes, es un tirano y un déspota con sus subordinados. Si hablásemos con él del caso de tu amigo, hoy, como estamos delante, trataría a ese Lorenzo con respeto y cariño. Por supuesto, estaría actuando y eso solo haría que acumular en su pequeño intelecto un odio insuperable por ese subordinado que ha provocado que un cliente le llame la atención.

—O sea. Que cuando nos fuéramos...

—Sí, seguramente le daría una paliza de muerte y las privaciones que hasta ahora le parecen llevaderas serían aumentadas.

—Pues debe haber algo que podamos hacer —protestó rebelde Martín.

—Como este caso, vamos a encontrarnos miles a lo largo del camino. Podemos curarles si están enfermos, yo no niego el tratamiento a ninguna persona sea cual sea su condición; pero no podemos meternos en sus vidas ni mucho menos cambiarlas. El mundo es un lugar difícil y cruel.

Martín notó cómo se le saltaban las lágrimas de impotencia.

—Sube a la habitación y lávate un poco con una jofaina que encontrarás allí. Ya llevaré yo algo a Espolones —dijo Leandro comprendiendo el estado en el que se encontraba Martín.

Martín subió a la habitación que le había indicado Leandro. Allí se lanzó a la cama y dejó que su rabia saliera a borbotones convertida en lágrimas. No supo cuánto tiempo pasó; pero al final se lavó la cara y bajó decidido a robar algo de comida para su amigo.

Leandro estaba sentado en la mesa. Si le había llevado algo a Espolones, ya debía haber vuelto.

—¿Te sientes mejor? —se preocupó mientras se hacía a un lado para que Martín se sentara a su lado en el escaño corrido que hacía las veces de asiento.

—Sí, maestro.

—Ya le he llevado algo a Espolones. Conseguí unos huesos de cecina de mulo y unos trozos de pan duro. Allí se quedó contento con esos durísimos huesos. Parece que, cuanto más duros son, más le gustan.

—¡Gracias! —dijo lacónico Martín.

Durante la cena, estuvo callado y guardando disimuladamente cachos de comida entre los pliegues de la ropa. Consiguió algunos trozos de carne y un poco de pan. Cuando estaban acabando de cenar, se disculpó con Leandro diciendo que iba a ver

cómo estaba Espolones. Al llegar a las cuadras vio a Lorenzo sentado al lado de Espolones.

—¡Hola, Martín! Mira, ya somos amigos —dijo mientras acariciaba al mastín.

—Toma, Lorenzo, he podido conseguirte algo de comida.

—Gracias, Martín. Tu maestro estuvo hace un rato y también me trajo algo. Además —dijo ilusionado— me ha dado una moneda.

Y levantando una tabla del suelo, se la enseñó. Martín sonrió.

—Me ha dicho que seguro llegará un momento en el que me será necesaria. Que la guarde mientras tanto.

—Haz caso a mi maestro. Es el hombre más bueno y sabio que conozco.

—Algún día espero poder devolverle el favor —dijo Lorenzo mirando a la nada.

Cuando volvió Martín a la habitación, Leandro estaba en su jergón tumbado de espaldas a la puerta. Martín se acercó y le dio un abrazo a la vez que susurraba:

—Gracias, padre.

X

LA mañana era lluviosa y fría. Tras cuatro horas de camino sin que parase de llover ni un solo instante, los ropajes de Martín y de Leandro ya pesaban un quintal y además hacía mucho rato que calaban. Como decía Leandro en forma jocosa, lo más seco que tenían era la lengua. Y es que a Martín le fascinaba que nada pareciera quitarle el buen humor a su padre y maestro.

Hacía seis días que habían salido de Astorga, tras haber pasado en la ciudad dos semanas, y solo habían hecho que subir y subir. Los puertos no eran ni mucho menos tan escarpados como los de la zona donde había nacido Martín; pero eran largos y, sobre todo, bastante desprotegidos de los cortantes vientos que les azotaban. Estos vientos, junto a la lluvia, hacían del viaje una verdadera tortura. No es que cayese con mucha intensidad el agua, es que no paraba ni de día ni de noche.

Habían visitado varias aldeas en medio de la montaña. Lo curioso es que todas estas aldeas tenían un monasterio. Leandro le contó a Martín que eran monasterios que se habían formado tras el retiro espiritual de un eremita. Los ermitaños tenían muchos seguidores en una época en que la religión estaba cobrando un notable interés entre el pueblo. Muchas personas, inquietas por su salvación en el más allá, seguían a los que ellos consideraban hombres santos. Así, la gente acudía cerca de la cueva o ermita en donde moraba el monje que allí se había retirado, y se instalaban alrededor. A lo largo de los días se juntaban para orar y poco a poco crecía en tamaño el asentamiento hasta formar una comunidad. Se terminaba creando un monasterio en donde antes solo había una roca o un bosque denso. Esto era así porque el eremita original buscaba un sitio lo más despoblado y angosto posible para retirarse a él. Se dio una curiosa paradoja: hubo tal número de seguidores de estos eremitas en toda la zona de los Montes de León que se creó un denso complejo de monasterios. Cosa sorprendente teniendo en cuenta las dificultades de acceso con las que contaban por lo agreste del terreno.

Martín conoció el monasterio de Compludo y su herrería, fundado por Fructuoso. Leandro le comentó que Fructuoso era tan admirado que, cuando se retiró a Compludo, entonces tan solo un lugar en la montaña carente de habitantes, corrió la voz de que un hombre santo habitaba la montaña. La gente, hombres y mujeres, abandonaba todo para ir con Fructuoso a la montaña. Se tonsuraban los hombres y se vestían con una vasta prenda que, a modo de saco, hacía las veces de hábito. Incluso familias de la nobleza, cedieron todos sus bienes y se entregaron a la dura vida del recogimiento en la montaña. A estos seguidores se les llamaba cenobitas.

Las reglas que Fructuoso exigía a sus seguidores no eran en absoluto fáciles de acatar. A la evidente dureza del entorno, se sumaba la oración y la penitencia. Los cenobitas debían trabajar asimismo en la huerta o en la biblioteca de monasterio.

(Fructuoso era conocido porque siempre que viajaba, llevaba consigo varios libros). Cumplían un voto de castidad, por lo cual permanecían separados los hombres de las mujeres, y la comida era realmente escasa como penitencia y como dolorosa realidad, ya que, aunque disponían de huerta, los largos y duros inviernos de la montaña y el aislamiento, no ayudaban en nada a que hubiese variedad ni cantidad de alimentos. Además debían seguir un férreo voto de fidelidad. Se imponían unas penas severísimas para todos los que infringieran alguna de las normas.

Fructuoso se vio tan agobiado por la cantidad de seguidores que le habían acompañado a Compludo que, tras fundar el monasterio y dejarlo bien organizado, se fue buscar una nuevo entorno en el que vivir en soledad. Se trasladó a una cueva al pie de la Guiana, un macizo monte ubicado unos kilómetros más arriba de Compludo. Hasta allí llegaron también multitud de seguidores y tuvo que crear un nuevo monasterio. Volvió a escapar para vivir en soledad; pero su fama era tan grande que, en el momento en el que le localizaban, volvían los cenobitas a acompañarle y así sucesivamente. Llegó a crear casi treinta congregaciones de lo que se dio en llamar Orden de Fructuoso.

Tuvo seguidores destacados entre los que se encontraba Valerio, que convivió con Fructuoso en el monasterio de San Pedro de Montes, cerca de la cueva de la Guiana a la que inicialmente se había retirado Fructuoso. Valerio, hombre muy instruido, se encargó de la biblioteca del monasterio y escribió varios libros, entre los que se encontraba la vida de Fructuoso. Un sobrino de Valerio llegó al que todavía era un monasterio en ciernes y se ocupó del huerto del mismo. Este monje era Juan, el abad que habían conocido en Astorga.

Juan le había pedido a Leandro que visitara a sus hermanos en el lugar en el que empezó su vida monacal. Y sobre todo, le pidió que le contara a la vuelta de su viaje, cómo estaba su querido huerto. Leandro le comentó a Martín que Juan tenía verdadera debilidad por el campo y se encargó de crear el huerto en un lugar en el que los desniveles y las piedras hacían de esa labor toda una odisea. Poco a poco, Juan, apoyado por su tío Valerio, que se quedó como abad tras irse Fructuoso a buscar otro lugar de recogimiento, fue consiguiendo que el huerto creciese y se convirtiera en el aprovisionamiento principal del monasterio. Plantó además castaños, higueras y nogales en el monte anejo e incluso se ocupó de poner un par de colmenas con las que poder obtener una riquísima miel de brezo y cera para las velas.

Años después, Juan fue reclamado por el obispo de Astorga para que se ocupara como abad del monasterio de esa ciudad. Ahora entendía Martín el primor con que se trabajaba en el huerto del monasterio que había conocido. Llegaba a tanto la afición por la horticultura del abad, que no la vivía como un trabajo, sino como una evasión de la durísima vida monástica. Por ello, llegó incluso a dejar de trabajar en el huerto como medida de autopenitencia, delegando esta tarea en otro hermano de la congregación, aunque siempre permanecía vigilante y celoso de su huerto.

Por fin paró de llover. Fue como una bendición. Aprovecharon para quitarse de

encima los abrigos calados de agua. Acababan de coronar un puerto cuando vieron un inmenso valle a sus pies.

—Ese es el valle de Bergidum y mira, Martín, allá se divisa el castro de Bergio, la ciudad a donde nos dirigimos —dijo señalando una distante colina que se levantaba casi en mitad del valle.

El paisaje era realmente hermoso. Un tibio sol que tímidamente asomaba entre las nubes, iluminaba el verde entorno. Allá abajo, en el fondo de valle, un río culebreaba entre peñas y bosques. Y para rematar la belleza del paisaje, un vivísimo arco iris enmarcaba todo el horizonte.

El embelesamiento de Martín acabó bruscamente cuando Espolones, que viajaba a su lado, decidió que era un buen momento para sacudir su enorme corpachón y eliminar el agua que se adhería a su pelo. El efecto fue inmediato, Martín volvía a estar mojado y además de un agua no del todo limpia.

Riéndose, Leandro dijo:

—Lo que te decía Martín, lo más seco la lengua.

Aún no lo sabían; pero esas risas se iban a tornar inquietud y temor en poco tiempo.

XI

CONTINUARON la ruta, ya pendiente abajo, hacia el fondo del valle. Poco a poco, a medida que se aproximaban al río Meruelo, la senda se notaba más pisada debido al uso. Asimismo, alcanzaron a divisar por las laderas de los montes un par de rebaños de ovejas y cabras.

El agua aún estaba muy fría y los viajeros estaban intentando secarse tras las jornadas de lluvia, por lo que discurrieron un buen trecho a la vera del río buscando un vado donde mojarse lo menos posible al cruzarlo.

Al final, encontraron un paso en donde los vecinos de esas latitudes habían colocado unas piedras y unos tablones a modo de improvisado puente. Observaron que junto al mismo, unos pastores habían encendido una hoguera y asaban unas liebres al fuego.

—Martín, permanece atento. No parecen bandoleros pero debemos estar alerta —dijo Leandro mientras asía en corto el cabestro de Estrella.

—Buenos días, huelen bien esas liebres que están asando —saludó cumplidor Leandro dirigiéndose desde lejos a los cuatro hombres que se concentraban alrededor del fuego.

Tras verles llegar, se levantaron los cuatro. A Martín, no sabía por qué, no le gustó la manera que tenían de mirarles. Las posturas que tomaban le hacía recordar a los soldados que había visto en Astorga. No era la mirada de los pastores de las montañas que él conocía, franca y amistosa con los viajeros. Había algo más. Además, todos en la montaña llevaban cuchillos como herramientas para un sinfín de utilidades, pero estos portaban dos cuchillos cada uno, e incluso en el suelo, le pareció adivinar que un arco y una espada aparecían detrás de un zurrón.

—Buenos días, señores —dijo sonriendo y en tono dulzón uno de los pretendidos pastores—. ¿Van muy lejos?

—Realmente, ya casi estamos llegando. Vamos a Bergio.

—Aún les queda casi toda la tarde de viaje. Además, veo que esa burra está muy cargada. Quizás deberían dejar algo para que no les demore la marcha.

Martín, a su corta edad no era un experto en comportamiento humano, sin embargo no le pasó inadvertida la ironía ni el matiz ligeramente amenazador que destilaban las palabras del que ya no creía para nada se tratase de un pastor.

Leandro detuvo la burra a unos diez pasos del cuarteto.

—Gracias por su interés. Estoy acostumbrado a los viajes duros. Soy soldado y me dirijo a Castro Bergidum a mi destacamento —dejó ir Leandro haciéndose el tonto intentando ignorar la velada amenaza que se cernía sobre ellos a la vez que tomaba la identidad de un soldado para tratar de imponer respeto.

—Un soldadito ¿eh? ¡Un godo arrogante me pareces a mí! —dijo el que parecía

el cabecilla mientras el resto reía el desplante.

—Solo queremos cruzar sin problemas —dijo Leandro.

—Ya, pero resulta que este es mi puente —comentó el hombre señalando los tablones.

—Está bien, volveremos por donde hemos venido —insistió conciliador Leandro.

—Ya es tarde —contestó el hombre ya sin disimular su tremendo desprecio—. Habéis interrumpido mi comida y la de mis amigos. Y eso es una descortesía que merece un pago. Así que veremos qué lleváis ahí que nos pueda servir como desagravio.

—Yo creo que lo mejor es que nos quedemos la burra directamente —dijo uno de los ya claramente bandoleros—. Así podrán ir más ligeros.

—Buena idea —asintió el cabecilla mientras sacaba lentamente un cuchillo de su funda.

Los restantes bandidos sacaron a la vez unos largos y afilados cuchillos mientras se abrían en abanico poco a poco.

—No queremos problemas. Por favor déjennos ir en paz —volvió a ofrecer Leandro.

—Nosotros tampoco queremos problemas, solo queremos la burra —dijo riéndose con hilaridad el bandolero—. Y mira, ahora que veo al zagal, nos hace falta un sirviente.

Leandro, en lo que a Martín le pareció un suspiro, cogió el arco de las alforjas de Estrella y, antes de que los rivales supieran qué había pasado, tensaba una flecha en la cuerda.

—Fuera del camino —arrastró esta última frase de forma suave, sin levantar la voz aunque de un modo serio, seco y cortante como el filo de los cuchillos de sajar que portaba en el cofre.

—Eres rápido, soldadito —afirmó el cabecilla asombrado por el giro de los acontecimientos ante lo que le parecía una presa fácil mientras inconscientemente los cuatro echaban un paso atrás.

—Muy rápido, tan rápido que dos de vosotros quedaríais ensartados antes de cubrir la distancia que nos separa —volvió a amenazar Leandro sin dejar de apuntarle con el arco.

—Pero somos cuatro...—manifestó con voz almibarada el bandido.

—Seríais dos cuando llegarais a mí. Y tú no estarías entre ellos —apostilló Leandro enfatizando el tú.

Martín cogió del collar a Espolones, que ya había notado que algo no iba bien y estaba serio, gruñendo quedamente. El cabecilla se percató de que en ese momento, el resultado de la pelea sería nefasto para sus intereses. Les ganaban en número, sí; pero la distancia hacía que ciertamente un arquero del ejército entrenado fuera capaz de lanzar dos flechas antes de que los dos grupos llegasen a las manos. Sería un combate de dos contra uno; aunque el perro era realmente grande y parecía muy obediente del

chico. Además, estaba el importante detalle de que el arquero le había prometido que una flecha sería para él.

—Ahora se van a sentar a comer las liebres y nosotros nos volveremos por donde hemos venido y así nadie se hará daño —trató de finalizar Leandro percibiendo las dudas del cabecilla.

—Quizás en otra ocasión, soldadito —dijo metiendo de nuevo el cuchillo en su funda.

Martín, a una indicación de su padre, cogió a Estrella y dio media vuelta mientras Leandro andaba lentamente hacia atrás sin dejar de apuntar al cuarteto que permanecía quieto viendo cómo la presa que tan felices se prometían, se les escapaba entre los dedos.

A Martín el corazón parecía que se le iba a salir por la boca. Nunca había pasado tanto miedo en su vida. Cuando el bandido mencionó que se lo quedarían como criado..., la adrenalina le había hecho temblar de los pies a la cabeza. Curiosamente notó que Espolones lo había percibido porque el gruñido que amagaba en su boca se había hecho notorio.

En un recodo que hacía el río, cuando estaban ya a una distancia de unos ciento cincuenta pasos de los agresores, bajó el arco Leandro. Se dio la vuelta e instó a que corriera Martín con la burra y el perro. Él corría a su vez mirando de cuando en cuando a los bandoleros que permanecían de pie y cuyos dientes le pareció oír rechinar a Martín.

—Corre, Martín. Debemos cruzar el río y llegar a alguna aldea cuanto antes. Esos cuatro tratarán de cazarnos.

—Pero ¿qué les hemos hecho? —preguntó Martín asustado.

—Nada, hijo. Pero les hemos herido en su amor propio y ya de por sí eran hombres peligrosos antes de eso.

Giraron tras una pequeña fronda de avellanos que había al lado del río y allí, ocultos de la mirada de los bandidos, corrieron ya sin mirar atrás, conscientes de que debían poner cuanta más tierra por medio mejor.

Hasta Estrella, que era de natural remisa a la carrera, parece que entendió la gravedad de la situación puesto que galopaba con un tranco corto pero mantenido.

Siguiendo a la carrera, Leandro se aposentó en una pequeña atalaya desde donde divisaba el camino por el que habían llegado huyendo. Se colocó el carcaj y el arco al lado y sacó la espada que llevaban en las alforjas e instó a Martín a que cruzara el río por un paso que, aunque no muy ancho, apenas seis pasos, le llegaba a Martín a la altura del pecho. Martín cogió a Estrella de la cabezada y cruzó el río cogida a ella. Espolones de dos saltos llegó a la mitad del río y tras nadar brevemente pegó otro salto y llegó a la orilla opuesta donde, por supuesto, se sacudió bien para quitarse el agua del pelaje. Martín estaba tan excitado por la persecución que apenas notó la gélida temperatura del agua.

—Bien, Martín, sigue río arriba, ya os alcanzaré. Debo asegurarme que no nos

siguen.

Nada más cruzar, y por indicación de Leandro, siguieron a la carrera para no volver al lugar en donde sufrieron tan desafortunado encuentro. Leandro, tras unos minutos tendido en una pequeña elevación, comprobó que nadie les seguía y procedió a recoger las armas para cruzar a su vez el río.

Fue entonces cuando escuchó algo. Pero desgraciadamente los inequívocos sonidos de personas corriendo, los percibió en la orilla equivocada. Los bandidos debían haber pasado por el puente que custodiaban y estaban buscándolos por la orilla a la que Martín acababa de cruzar. Leandro no podía vadear el río ahora. Si le descubrían, sería totalmente vulnerable en medio del cauce. Debía ocultarse y jugar sus cartas sorprendiendo a los cazadores que acababan de descubrir el rastro mojado que Martín y los animales habían dejado al cruzar el río.

Martín corría como alma que lleva el diablo tirando de la cuerda de Estrella con Espolones, que se tomaba aquello como una fiesta, corriendo alrededor de él. Detuvo su carrera para ayudar a la burra a pasar por unas frondas, cuando una flecha pasó silbando a su lado. Dejó a Estrella y corrió entre un sotobosque de helechos que tapaban su huida. Llamó a Espolones que se había girado al oír la flecha y gruñía a los bandidos. Tuvo que llamarle dos veces antes de que le hiciera caso y corriese junto a él. Una segunda flecha, esta muy desviada, surgió entre las grandes hojas de los helechos. El arquero lanzaba la flecha por el hueco que Martín y Espolones habían dejado al entrar en el bosque y del que se habían desviado hacía ya casi doce pasos a la izquierda. Eso le indicó a Martín que sus perseguidores estaban aún lejos y no veían por donde escapaban.

Martín procuró pensar en las salidas que tenía. Por un lado le dolía haber dejado a Estrella, pero no hubiera podido escapar con ella. Por otro lado no sabía qué había sido de Leandro y eso, descubrió, era lo que más le asustaba, más incluso que su propia suerte. Por lo menos estaba con Espolones que además ya no corría jugueteando sino que lo hacía muy pegado a él, como consciente de que era el último bastión de defensa de su joven amo.

Decidió jugar más al despiste que a correr como un loco. Leandro le había enseñado a moverse por el monte sin hacer ruido y a acechar a las presas cuando salían de caza. En este caso él era la presa; pero los fundamentos eran los mismos. Si no le descubrían, no le podrían cazar.

Ya en el medio del bosque se dio cuenta que sería fácil seguirle. Los helechos que aplastaba a su paso, dejaban un inconfundible camino que indicaría a sus perseguidores por dónde escapaba. Además, no era lo mismo abrir la marcha que seguir el rastro. Le atraparían en cuestión de unos momentos si persistía en su actitud.

Entonces reparó en una pared de rocas. El farallón, de unos veinte cuerpos de altura, tenía un gran desnivel y además se adivinaba una parte realmente complicada en la zona media de la escalada. Martín no se lo pensó. Trepó por unas rocas laterales al farallón y, de un largo y peligroso salto, se encontró en plena pared. Una grieta

separaba el muro en dos partes. Martín apoyó su espalda contra uno de los laterales y los pies contra el otro. Así, subiendo alternativamente los pies y la espalda, haciendo fuerza unos contra otros, los dos firmemente apoyados en las rocas, subió los cuatro últimos cuerpos hasta coronar la pared. Estaba seguro de que sus perseguidores tendrían que buscar otra opción para perseguirlo. El paso de la grieta era peligroso y solo apto para un cuerpo delgado y flexible, en absoluto para el de un adulto. Si querían acceder al mismo nivel a dónde había subido Martín, debían rodear el macizo de piedras. El problema para los perseguidores es que, además de ser un recorrido bastante más largo, estaba jalonado de un monte bajo casi impenetrable, con multitud de zarzas que convertían el camino en un infierno de pinchos.

Una vez llegó al alto, intentó divisar a sus enemigos y sobre todo a Leandro. Se tumbó en la piedra asomando solo su cabeza al vacío. Vio con claridad un movimiento cercano al farallón. Dos de los maleantes avanzaban a duras penas hasta el pie del mismo. Le faltaban otros dos. Quizás se hubieran quedado con Estrella o quizás se hubieran dividido para atacarle por dos frentes. Otra posibilidad es que los otros dos buscaran a Leandro. Martín estaba seguro de que nadie encontraría a Leandro si él no quería; aunque estaba preocupado porque su padre no sabía nada de él y también estaría buscándole y se arriesgaría a que lo atraparan los bandidos.

Le daban ganas de llorar de pura rabia e impotencia. Tenía miedo a los bandidos, de lo que pudieran hacerle. No concebía la vida como esclavo. Y menos de unos personajes tan desagradables como los bandoleros que no dudarían venderlo al mejor postor. Y también tenía miedo de lo que le pudieran hacer a Leandro. Con gran sorpresa por su parte, descubrió que, en los pocos meses que llevaba con Leandro, este se había convertido en el centro de su existencia. Era un hombre culto y divertido a la vez. Además le cuidaba con cariño. En realidad, en ese momento de extrema tensión, fue cuando se dio cuenta de que sentía un profundo respeto y afecto por su padre.

Los dos maleantes llegaron al pie del farallón y miraron hacia arriba constatando que no podrían subir por la piedra y que no había huellas de que Martín hubiese ido por otra parte.

A Martín le dieron ganas de arrojarles una piedra; pero tenía miedo de enfadarles y además descubrir su posición, aunque por el momento parecía bastante segura. En ese momento, un ruido de ramas quebradas a la derecha de donde permanecía postrado hizo que desenvainara su cuchillo. Era imposible, pensaba Martín, que uno de los bandidos hubiera subido ya por el lateral. Sin embargo, estaba claro que alguien llegaba. Se acercaba notoriamente a donde él estaba. Justo a su lado derecho unos altos helechos mezclados con zarzas le impedían la visión de quienquiera que fuese que llegaba. Aunque por esa misma razón, tampoco el visitante le vería a él. Sin embargo, tras una breve pausa justo al otro lado de los arbustos, estos comenzaron a agitarse violentamente cuando una figura pugnaba por pasar en medio de los mismos.

Martín apretaba su cuchillo en la mano mientras con la otra mano había asido una

piedra. Sabía que no tenía nada que hacer en la lucha contra un adulto y ya era muy tarde para iniciar la huida. Pese a ello, no pensaba entregarse sin luchar. Quizás pudiese herir a su agresor y escapar en la refriega.

De repente, surgió una figura violentamente de entre las matas. Parecía inmune a los pinchos de las zarzas. Se abalanzó sobre Martín sin darle tiempo ni siquiera a que este se levantara. Había cruzado el espeso matorral sin aparente esfuerzo demostrando una fuerza descomunal y una total ignorancia por el dolor de los pinchazos de las zarzas. Nunca se había alegrado tanto de tener a Espolones otra vez a su lado. El poderoso perro, incapaz de subir por la pared, le había encontrado por un camino alternativo. Ciertamente era que habría dejado un rastro en las matas; pero al desplazarse a saltos dentro de las matas y a veces colarse por debajo de las plantas más altas, el paso del perro era muy difícil de seguir en el bosque si no se era un avezado rastreador.

Acarició fuertemente a Espolones mientras este se dejaba caer al suelo mostrando su vientre para que Martín le rascara entre el pecho. Súbitamente, el feliz encuentro pasó a un segundo plano cuando uno de los bandoleros gritó.

—¡Eh, vosotros dos! —gritó dirigiéndose al aire —¡Sabemos que estáis ahí arriba! ¡Gracias por la burra! ¡Por cierto, ya que seguramente lo desconocéis, por el otro lado de la montaña hay un gran precipicio. Solo podréis bajar por donde habéis subido, y ya que me habéis importunado tanto, pienso esperaros por aquí abajo. No tengo prisa soldadito, cuando quieras negociar el cederme a tu esclavo, por aquí abajo nos encontrarás!

Diciendo eso, los dos hombres se fueron del pie del farallón. Martín se sintió feliz. La situación había cambiado en unos pocos instantes. De estar él solo en lo alto de la colina, había pasado a tener la inestimable compañía de Espolones. Además, los bandidos, parecían renunciar a subir por otro lado, de hecho, preferían esperar. Y lo más importante, creían que estaban los dos juntos, es decir, no habían descubierto a Leandro.

Decidió que debía constatar si era verdad que no había otra salida del monte. Se levantó y siguió unos metros más arriba hasta coronar la colina. Efectivamente, un gran cortado hacía imposible el descenso por otra parte que no fuese por donde había subido, o por el lateral por el que Espolones había llegado. Para los bandoleros, sería muy fácil vigilar al pie de la colina ya que prácticamente solo había un lugar por el que volver al llano, y únicamente tenían que montar en él su campamento para tenerlo controlado.

Martín repasó sus opciones. Tenía un cuchillo corto, y poca ropa encima, ya que se había desprendido de parte de ella tras la lluvia para que fuese secándose encima de la burra. Faltaban unas horas para que llegase la noche, sin embargo sabía que sería demasiado fría para pasarla a la intemperie con tan poca vestimenta. Decidió que debía procurarse un refugio para esperar a la mañana.

Aliviado por tener algo constructivo que poder hacer, cortó con su cuchillo

grandes cantidades de helechos que sacudió vigorosamente para eliminar todo resto de agua de sus hojas. Encontró a lo lejos una pequeña oquedad al lado de un farallón de rocas que daba al sudoeste y decidió que allí sería donde construiría su refugio. La roca, pese a que el sol había salido tibiamente hacía solo unas pocas horas tras las lluvias, mantendría algo el calor o por lo menos, pensó Martín, estaría seca. Hasta ella se acercó portando gran cantidad de helechos cortados. En efecto, estaba seca aunque decididamente no estaba caliente. Aún faltaban un par de horas para que el sol se pusiese; pero ya no daría tiempo a calentarla. Colocó los helechos en el suelo de la oquedad, cubriendo una fina capa de arena que había en la misma. Leandro le había explicado una vez que la arena, pese a que parecía un buen colchón porque se adaptaba al cuerpo, le quitaría el calor corporal si permanecía tumbado en ella. Por ello debía aislarse. Los helechos cumplirían esa parte del proceso. Ya tenía lo que se podía definir como cama. Inmediatamente debía poder cubrir el hueco con algo. La helada caía desde el cielo y debía protegerse de ella.

Unas escobas podrían ayudarle. Cortó con grandes dificultades unas ramas; la escoba era una planta muy resistente y era tal su fijación al suelo, que en varias ocasiones las había utilizado para escalar por una ladera muy empinada. Resistían fácilmente el peso de un adulto y además, al ser muy flexibles, permitían trepar ayudándose en ellas. Pero esa misma flexibilidad y dureza, hacía que cortarlas no fuera nada fácil. Debía apoyar el cuchillo en el tallo y desplazarlo a modo de sierra adelante y atrás durante un buen rato hasta que poco a poco quebraba la madera. Las hojas, estrechas, duras y juntas, se habían empleado desde siempre en la construcción de los tejados de los chozos de los pastores. Debía procurarse una estructura para soportar las escobas. Para ello, utilizó tres ramas de un bajo encino a las que quitó todas las pequeñas ramas laterales y todas las punzantes hojas. Las colocó apoyadas en la pared de piedra enterrando ligeramente la base en la arena. A continuación cortó unas largas ramas de zarza. Las empleó a modo de cuerda que enlazaba entre las ramas de encino creando un entramado que, además de sólido, resultaba ideal para colgar de él las escobas, puesto que las púas de las zarzas ayudaban a que las escobas permaneciesen sujetas.

Había finalizado su cobertizo y el sol tardaría ya poco en ocultarse detrás de los montes que separaban el valle de Bergidum de la vecina Gallaecia. Un gruñido de su estómago le indicó que, si quería encontrar algo de comida, debía darse prisa. Se puso inmediatamente a la tarea nada fácil de encontrar algo que llevarse a la boca en un lugar tan pequeño. Las lluvias habían propiciado que unos hongos blancos brotaran en un pequeño prado cerca de la cima. Martín cortó uno de ellos cerca de la base y lo olfateó. Estaba casi seguro a primera vista que se trataba de un champiñón; pero debía asegurarse. Existía una venenosísima seta que se parecía bastante al champiñón cuando ambos estaban en los estadios iniciales. La diferencia era que el champiñón tenía un leve color rosáceo y tenía un perfume ligeramente anisado, mientras que la otra seta olía particularmente mal y además tendía a amarillear.

Tuvo suerte y pudo recoger cuatro hermosos champiñones. Era una seta que podía comerse cruda y que además era deliciosa. Para Espolones, evidentemente, la cosa estaba más difícil. No apreció un cacho de seta que le tendió Martín. Se limitó a olfatearlo y a mirar hacia otro lado desdeñando el ofrecimiento.

Tras la frugal cena, Martín se introdujo, ya con las primeras estrellas saliendo, en su refugio. Para combatir el frío, se había metido entre la ropa unos helechos secos que encontró. Todo ayudaría a aislarse. Al final, cuando estuvo acomodado llamó a Espolones y lo tumbó todo a lo largo a su lado. Vencido por el cansancio de la dura jornada, no tardó en quedarse dormido abrazado a su fiel y caliente perro.

XII

EL frío despertó a Martín.

Abrió los ojos mientras su cuerpo, aterido, se negaba a moverse. Espolones le miró bajo la mortecina luz que se filtraba por el entramado de escobas que hacía las veces de tejado del refugio que se había montado la noche anterior. Aún no había amanecido. Era ese momento en el que ya se divisa al este una luz que anuncia el nuevo día; pero aún el astro rey no ha aparecido. Era ese instante, cuando levanta el día, en el que el frío es más intenso.

Le costó salir del refugio de tan rígidos que se encontraban sus miembros. Una intensa helada le saludó. Las matas aparecían brillantes y tiesas por efecto del hielo que las envolvía. Pese al frío que había pasado, el refugio había cumplido su misión y le había salvaguardado de lo que podía haber sido una noche infernal.

Se asomó al vacío intentando determinar si los bandoleros se habían quedado al pie de la colina como amenazaron o por si, al contrario, se habían retirado tras obtener el botín de Estrella. No pudo ver nada claramente, aunque le pareció discernir una leve luz que podría provenir de unos rescoldos de alguna hoguera casi apagada.

Tenía que decidirse a realizar alguna acción. Si se quedaba arriba, los bandoleros podrían rodear el muro y subir por donde había accedido ya Espolones. Martín no podría escapar ya que por un lado estaba el precipicio y si intentaba bajar por la grieta, sería un blanco fácil para que le derribaran con tirarle cualquier piedra. Además seguramente se habría quedado algún bandido abajo vigilante.

No. Decididamente tendría que bajar e intentar romper el cerco de sus atacantes. Se estiró y saltó unas cuantas veces intentando que su cuerpo entrara en calor. Espolones le miraba mientras movía el rabo sin entender qué hacía su amo. Finalmente se sintió ya activado y comenzó a descender entre las matas. Se decidió por este camino en vez del de la grieta. Si los bandidos aparecían al pie del farallón, no quería presentar ningún blanco fácil.

Comenzó a descender lentamente procurando no hacer ningún ruido tal y como Leandro le había enseñado. Espolones bajaba a su lado. Martín le instaba a que permaneciera muy cerca cuando acechaban alguna pieza y el perro obedecía y caminaba aún más sigiloso si cabe que su amo.

Descendió así hasta el pie del farallón en lo que le resultó una bajada eterna en la que además se pinchó gran número de veces con los molestos pinchos de las zarzas tan abundantes en esa zona. A partir de ese momento debía tener especial cuidado. El sol ya brillaba y los bandoleros sin duda estarían levantados. Se aproximó reptando hasta el confín del pequeño bosque. Y allí, debajo de unas matas de encino y tapado por unos helechos que se había colocado por la ropa a modo de camuflaje, observó el campamento de los maleantes.

Efectivamente había unos rescoldos alrededor del cual se encontraban cuatro fardos de ropa a modo de cama evidentemente vacíos. Estrella permanecía atada a una rama de un chopo cercano. Estaba comiendo unas hierbas que crecían a sus pies y no la habían descargado aún.

La situación extrañó a Martín. Si no habían ido a por él y no estaban en el campamento ¿dónde se habían metido los bandoleros?

Cuando se montaba un campamento siempre debía permanecer alguien de guardia. Este guardia se ocupaba de vigilar el campamento y de que el fuego no se apagase. El estado de la hoguera, en el que las brasas aparecían apenas encendidas, indicaba que hacía muchas horas que nadie se había ocupado de ella. Leandro. No había otra explicación. Debían haber salido a por él.

Rodeó el pequeño prado en el que estaba el campamento siempre protegido por la floresta y se dirigió hacia el río. Allí se ocultó de nuevo tras unos arbustos. Aprovechó para desenterrar unas raíces de regaliz que mascó con deleite. Permaneció muy quieto intentando captar cualquier sonido. Cuando estuvo así un buen rato sin resultados fue a levantarse para avanzar cerca del cauce hasta donde se separó de Leandro. En ese mismo instante un leve ruido hizo que se tumbara de nuevo en el suelo.

Dos personas se acercaban por la vereda del río. Uno llevaba un arco y el otro una espada desenvainada. Reconoció al jefe de los bandoleros portando la espada. Mantenían un paso apresurado y no se preocupaban en absoluto de esconder su presencia.

—Recoge el campamento. Yo desataré la burra. Nos vamos —dijo el jefe.

Recogieron todo de forma apresurada, lo colocaron encima de las alforjas de Estrella y se fueron.

Martín salió de su escondite indicando a Espolones que se quedara tumbado. Se atrevió a acercarse a unas matas entre dos grandes piedras que a unos doscientos pasos de donde estaba dominaban el paisaje al lado del río. Desde allí vio cómo efectivamente los bandidos se marchaban. Se preguntó qué habría sido de los otros dos bandoleros y de Leandro.

En ese momento una mano se posó en su hombro susurrando:

—Martín.

Un tremendo susto y alivio recorrió su cuerpo. Susto porque no se esperaba que nadie le tocara y alivio porque en la voz reconoció a Leandro. Se dio la vuelta y se abrazaron. Leandro estaba totalmente pintado de negro, sin duda para ser invisible en el monte. Tenía una expresión cansada, aunque una gran sonrisa iluminaba su ahora tiznada cara.

Leandro se lavó bien en el río mientras Martín le contó cómo había hecho para escapar de los maleantes y pasar la noche en el cerro.

Y entonces Leandro le contó que tras quedarse en la otra orilla del río y viendo cómo le perseguían, esperó un tiempo y a continuación cruzó el río. No quería

arriesgarse a que le descubrieran:

— Pero necesitaba saber que te encontrabas bien.

Le describió que siguió a los bandidos, que llegó a donde estaba Estrella y que vio cómo allí se separaron los bandoleros, dos se quedaron con la burra, mientras otros dos seguían su rastro por el bosque. Que oyó los gritos que lanzaban, e interpretó, a la vez que intuía que él haría lo propio, que los bandidos pensaban que estaban los dos en lo alto de la colina. Fue como una revelación. Por un lado, constató que él estaba a salvo, por otro que los bandidos no sabían que él se encontraba abajo.

Decidió entonces que había que pasar al contraataque. Se escondió en unas matas y dejó que los bandidos se confiaran y que pasaran las horas. Cuando el día estaba cayendo, el jefe de los bandoleros envió a uno de sus hombres a por los pertrechos que tenían en el otro campamento en donde habían tenido el primer encuentro. A la vuelta de este, montaron el campamento y dispusieron sus pertenencias alrededor del fuego.

— Yo mientras les estudiaba con atención. De los cuatro atacantes, dos eran poco más que meros ayudantes. Obedecían claramente a los otros dos, en especial al que consideraba el jefe, que era el que más había hablado. Eran dos jóvenes de entre veinte y treinta años. Uno de ellos era largo y espigado, aunque flaco y bastante torpón. Se movía arrastrando ligeramente la pierna derecha. El otro joven era fuerte y robusto, tenía las manos enormes hasta el punto que el cuchillo que portaba, casi desaparecía entre su palma. A mí me recordaba a los herreros de los pueblos. Personas acostumbradas a trabajar duramente con las manos. Quizás en un pasado, el joven había sido herrador. El tercer hombre carecía de relevancia física a destacar. Era el que portaba el arco, así que era el más peligroso si le localizaba. Parecía saber manejarlo, por lo que no me extrañaba que hubiese sido un antiguo soldado. El cabecilla era evidente que tenía instrucción militar; llevaba una espada larga y era obvio que estaba acostumbrado a mandar. De ahí que organizase rápido y bien el campamento y hasta repartió los turnos de guardias para la noche. Todos le obedecían prontamente, por lo que supuse que debía ser un hombre bastante estricto.

Siguió hablando con detalles; le explicó a Martín que cenaron y, tras unos instantes de charla, cada uno se dirigió a su lugar para dormir. Que la primera guardia la hizo el arquero y supuso que no la haría tan larga como la de los dos jóvenes. Y así fue. Después, con un puntapié despertó al joven espigado convocándole a la guardia, atizó un poco el fuego y se arrebujó en su lecho.

El joven espigado desde el primer momento no paraba de bostezar. Seguramente, al ser el eslabón más débil de la cadena, le tocaría siempre hacer las guardias más largas y penosas. Se apoyó sentado contra el tronco de un árbol y se tapó con una manta.

—Por dos veces le vi cabecear. Después de la segunda vez, se levantó, seguramente con afán de despejarse y comenzó a hacer una ronda por el campamento. Se acercó al túnel que había en las matas y que conducía a donde tú

estabas, Martín. Allí, asomado, parecía escuchar. Al cabo de un rato de no oír nada, continuó deambulando sin orden alrededor de sus dormidos compañeros. Pasó cerca de donde yo estaba escondido, volviendo a bostezar y se estiró. Era evidente que estaba muy cansado.

—Y allí decidí jugármela —recalcó Leandro.

Narró cómo lanzó una ramita a una mata que estaba a unos cinco pasos de su posición que el chico pareció no oírla. Lanzó una segunda rama, maldiciendo para sus adentros la inexperiencia del bandido. Entonces, sí hubo una reacción; pero no la que Leandro esperaba. El plan de Leandro era que el joven se aproximara al arbusto a ver qué había provocado el ruido. En ese momento Leandro le daría un buen golpe en la nuca con la empuñadura de su espada y tendría el camino libre para acercarse a los durmientes compañeros del bandido. Pero en vez de eso, el joven se echó hacia atrás gritando como un poseso:

—¡Están aquí, están aquí!

—Quedé paralizado por la respuesta tan desproporcionada del joven. Había despertado a todo el campamento por el ruido de una ramita que bien podía haberlo hecho cualquier animal nocturno de los muchos que habitaban el bosque. Advertí que los compañeros se levantaban del campamento y se acercaban. Maldiciendo la mala suerte de tener un miedoso tan grande en el grupo, los otros tres se aproximaron a donde estaba, petrificado, el flaco bandido. Yo permanecía muy quieto a solo tres o cuatro pasos del mismo aún invisible entre las frondas. Al llegar los bandidos junto a su compañero y tras revisar las matas a las que yo había tirado el palito, obviamente sin encontrar nada, el jefe le dio una buena reprimenda acompañada de un golpe con un palo en las costillas.

Doliéndose, el flaco se echó hacia atrás justo enfrente del arbusto tras el que estaba Leandro quedándose allí quejumbroso por el golpe.

—Estaba tan cerca mío —continuó Leandro —que hasta temía respirar para que no me descubrieran. Entonces sucedió el desastre. El chico de las manos grandes según pasaba al lado del flaco le pegó un tremendo empujón de desprecio, enviándolo directamente contra mí. Chocamos y el flaco cayó sobre mi arco que permanecía en el suelo, astillándolo en su caída.

Y Leandro narró cómo entonces no tuvo más opción que defenderse. Con la empuñadura de la espada, tal y como había planeado pero de forma distinta, le propinó un golpe a la altura de la nariz escuchando claramente cómo el hueso del tabique nasal se fracturaba. El chico quedó inerte totalmente tras el encontronazo. Pero el mal estaba hecho.

Los compañeros del bandido no se dieron cuenta inicialmente de lo que había pasado. Felizmente para Leandro, estaban de regreso al calor del fuego y se hallaban a unos quince o veinte pasos cuando comenzaron las hostilidades. Solo el fornido joven estaba más cerca del arbusto, ya que era el que había empujado a su compañero, y se percató de la breve lucha.

Tras la sorpresa inicial, el joven de las manos grandes se lanzó dentro de las matas. No empuñaba ningún arma; pero sus manos y la fuerza de sus brazos por sí solos eran preocupantes. Leandro, que apenas se había incorporado, se encontró con que algo se le venía encima. Si Leandro no hubiera sido a la vez tan corpulento, el agresor le habría tirado al suelo; pero la recia constitución física del médico hizo que el choque de los dos cuerpos se realizara de pie. El joven lanzó un poderoso puñetazo a Leandro que este solo esquivó a medias. Le rozó la oreja y un profundo dolor le hizo darse cuenta de la enorme fuerza del bandido. Se separó ligeramente aturdido y vio cómo el bandolero iniciaba un movimiento para sacar una daga que, a la altura del pecho, llevaba el maleante en bandolera. Entonces Leandro comprendió que estaba luchando por su vida.

Adelantó la pierna izquierda a la vez que, bien apoyado, echó su cuerpo adelante y soltaba su puño derecho sobre la cara de su atacante. El impacto fue brutal y Leandro sintió cómo se le rompía el dedo corazón. El atacante cayó rodando con tan mala fortuna que la daga que llevaba en la mano se le clavó en el nacimiento del cuello. Un manantial de sangre salió inmediatamente mientras el bandido poniéndose las manos en la herida lanzaba alaridos de dolor y de miedo.

Los otros dos compañeros tardaron bastante en reaccionar. Al encontrarse más lejos, creyeron que la pelea que se desarrollaba dentro de las matas era entre los dos jóvenes. Pero los gritos acabaron por convencerles que algo más pasaba. Sacaron los cuchillos y corrieron a los arbustos.

Leandro huyó por la parte de atrás del matorral arañándose a su paso con los encinos. Siguió corriendo todo lo que daban sus piernas sin mirar atrás. Confiaba, como así fue, en que tras encontrar a sus compañeros heridos, los bandidos se demorarán un poco. Cuando reaccionaron los dos bandidos que quedaban intactos, Leandro ya había cobrado una gran ventaja de casi cien pasos, que en el monte y de noche les sería muy difícil recuperar.

—Y así fue. Pude esquivarlos fácilmente. Además, los bandidos, pese a su porte arrogante, estarían pensando que ya solo quedaban dos de los cuatro que eran. Así que no querían tampoco correr riesgos. Poco a poco pasaron las horas mientras jugamos al ratón y al gato por los bosques. Al final les despisté y desanduve el camino. Me tizné la cara frotándome con una cáscara verde de nuez y me escondí cerca del campamento para ver cómo evolucionaban los acontecimientos por la mañana.

Lo siguiente ya lo sabía Martín, fue el encuentro entre los dos.

—¿Qué fue de los dos chicos?

—Bastante rato después, cuando ya me estaba aposentando en el escondite, vi salir al flaco de entre las matas. Lloraba y tenía las manos manchadas de sangre. Debió tocar al herido. Estaba tan asustado que cruzó el río sin duda para huir de sus propios compañeros. Creo que ha abandonado la cuadrilla.

—¿Y el otro?

—Muerto —dijo Leandro con una expresión de abatimiento—. No dejo de repetirme que fue un accidente; pero creo que en realidad era su vida o la mía. Soy médico y mi deber es curar a la gente, no matarla y sabe Dios que daría cualquier cosa porque ese muchacho no hubiese muerto; pero no me arrepiento de lo que hice y volvería a hacerlo. Esa gente quería hacerte daño y eso no puedo tolerarlo. Hasta que supe que no te habían cogido, la espera se me hizo interminable. En varias ocasiones me planteé lanzarme a por ellos. Ensartar a dos con un par de flechas y con la espada luchar contra los que quedaran. Solo el saber que no estabas preso, me hizo plantearme esperar a los acontecimientos y actuar con cautela. Aunque al fin y al cabo, los planes se tuercen y mira, ahora uno de ellos está muerto.

Martín se abrazó a Leandro. La tensión se le estaba pasando y un profundo cansancio se estaba apoderando de todos sus miembros.

Leandro revolvió un poco el pelo a Martín y le dijo:

—Aviva el fuego. Tengo un poco de cecina escondida que cogí de las alforjas de Estrella. Comeremos algo, descansaremos un poco y luego iremos a por nuestra borrica.

—¿Cómo la encontraremos?

—Los bandidos irán a Bergio. Es la única ciudad en donde pueden vender las cosas que nos han robado. Y se van a llevar una gran sorpresa.

XIII

CASTRO Bergidum o Bergio, como también se la conocía, se hallaba en lo alto de una colina achatada. El castro, según le contó Leandro, procedía de los celtas, un pueblo anterior a los romanos. En realidad era una fortaleza edificada en lo alto de una colina. La colina estaba achatada y se había fortificado con una muralla de piedra exterior y otra interior que se rellenaba de tierra. Estas colinas dominaban un valle, por lo que eran fácilmente defendibles. Además, dentro solían tener una fuente que hacía que, en caso de sitio, los defensores no tuvieran preocupaciones por la falta del agua.

Alrededor de Bergio, había crecido un auténtico poblado: múltiples casas aparecían a los lados del camino y ascendían hasta las puertas de la fortaleza. Martín miraba, entre la gente que se amontonaba para entrar en la ciudad, buscando a Estrella y a los bandidos. Aún no sabía cómo pretendía Leandro encontrarla, pero viendo la confianza con la que su padre avanzaba entre la gente, estaba seguro que la hallarían. Leandro, además de la cecina, había sacado la bolsa de monedas de las alforjas de Estrella. Nada más entraron en Bergio, se dirigieron a una posada y cogieron una habitación en donde dejaron a Espolones después de convencer al dueño de la posada con un par de monedas. A continuación salieron a buscar el campamento de la guarnición.

A Martín le sorprendió el bullicio que había por las pequeñas calles de Bergio. Las casas eran circulares y realmente pequeñas, prácticamente eran un chozo de las montañas situado dentro de las murallas. Sin embargo, al llegar donde se establecía la guarnición, la cosa cambió. Había algunas casas rectangulares y el cuartel también tenía planta cuadrangular.

A la puerta del cuartel, en una pequeña plaza, se agolpaba gran cantidad de gente en lo que parecía un mercado. No había realmente orden. La gente exponía los géneros que vendía sin un puesto concreto. Así, un paño o un carro hacían las veces de improvisados comercios.

Leandro pasó entre ellos y fue directamente a donde un hombre con una tupida barba estaba sentado en un taburete de tres patas. Este, de un tirón, sacó con ayuda de unas pequeñas tenazas, una muela de la boca de un cliente. Y dándole una palmada en el hombro exclamó con voz grave y estruendosa mostrando la pieza extraída:

—¡Aquí está la canalla! Se acabó el sufrimiento.

Y dicho esto tiró la muela a un cubo de metal que ya contenía casi una docena de piezas dentales. Cobró una moneda por el trabajo y a grandes voces preguntó por el siguiente.

Leandro le dijo a Martín en voz alta para que le oyese el dentista:

—¡Martín, ni se te ocurra acercarte a preguntarle nada a este matasanos! ¡Es

capaz de sacarte un diente en cuanto abras la boca!

—¿Pero qué demonios...? ¡Leandro! ¡Cuánto tiempo! —dijo el dentista dándose la vuelta mientras se levantaba y se dirigía hacia él.

El abrazo que se dieron recordó a Martín el de dos osos peleando, debido al enorme tamaño de Leandro y a la prominente barriga del dentista.

—Veo que sigues invirtiendo en comida tus monedas —afirmó Leandro riéndose mientras le acariciaba la panza.

—¡Ja, ja, ja! y bebiendo, amigo. Una cosa sin otra, no vale nada.

—Mira, este es Martín. Es mi discípulo. Martín este matasanos tiene el mal gusto de copiarme el nombre, ya que se llama también Leandro.

—Hola, muchachote —saludó el nuevo Leandro mientras despeinaba a Martín con una enorme manaza.

Martín esbozó una sonrisa mientras trataba de imaginar cómo era posible que introdujera esa mano tan grande en la boca de nadie. Leandro, el dentista, se dio la vuelta, recogió el cubo y el taburete y se despidió de la gente que quedaba en la plaza con un austero:

—«Mañana más».

Hablando y riendo entraron en una taberna que había en la misma plaza.

—¿Hay alguien conocido en la guarnición?

—Claro, está Francisco como jefe del acuartelamiento.

—¿Francisco?

—Sí, hombre, al que salvaste de los vascones. ¿Sabes, chaval? —comentó dirigiéndose a Martín— Tu maestro es un verdadero héroe. Hace cinco años, durante una campaña que lanzó el rey contra una revuelta de los vascones, sufrimos una emboscada. La retaguardia del ejército, en donde trabajamos los médicos con los heridos que van llegando del frente, fue atacada. Pudimos escapar por poco; pero tu maestro se quedó para intentar proteger a tres heridos que estaban a su cargo. Cargó con ellos hasta un bosquecillo cercano para intentar esconderlos. Al final, esa noche dos de los heridos murieron por la gravedad de las heridas que tenían; pero uno, Francisco, el que ahora es jefe de la guarnición, no tenía heridas mortales. Al caer del caballo en el ataque, se había partido las dos piernas. Tu maestro, le subió al hombro y llegó hasta nuestro nuevo campamento que se había trasladado más de dos leguas. Tardó casi dos días. Todos le dábamos por muerto o esclavizado. Así que imagínate nuestra sorpresa cuando apareció por el camino portando a Francisco a cuestas. Luego Francisco nos contó que por el camino, Leandro había ido esquivando a los perseguidores creando pistas falsas y que incluso peleó a espada, ya casi en el campamento, contra dos vascones a los que eliminó.

Martín escuchaba embobado la narración. Sabía que su padre había estado mucho tiempo en el ejército, aunque no imaginó que hubiera llegado a luchar. Es cierto que durante las semanas que pasaron en la casa de Leandro, este le había estado aleccionando un poco en el tiro con arco y había comprobado la tremenda puntería

que tenía su padre y la velocidad a la que podía disparar varias flechas en un momento, sin embargo no le imaginaba luchando con espada. Cierto era que, con su gran envergadura, sería un terrible rival solo por el largo alcance que tenían sus brazos, pero si además sabía manejar bien la espada...

—Vayamos a ver a Francisco; tengo ganas de darle un abrazo —dijo el padre de Martín muy animado.

Salieron de la posada en donde se habían tomado un vino y entraron en la guarnición sin que nadie les saliera al paso. Dentro del cuartel se apreciaban dos construcciones más grandes. Una cuadra con caballos y lo que debía ser el cuartel propiamente dicho. Un soldado montaba guardia a la puerta y cuando se acercaron les preguntó qué querían.

—Muchacho, dile a tu jefe que Leandro quiere verle —dijo Leandro, el sacamuelas.

Debió oírles desde dentro porque antes de que el soldado hiciera el más mínimo gesto de entrar a anunciar a los visitantes, una voz contestó desde de la estancia.

—Si no te quedan monedas, no vengas a buscarme a mí para cambiártelas por más dientes. Ya me faltan demasiados —así se expresaba un hombre fornido que salía en ese momento.

—¡Pero que ven mis ojos! ¡Don Leandro! —y diciendo esto se abrazó al padre de Martín presa de una gran emoción.

—Francisco, veo que te acuerdas de mí.

—¿Cómo no voy a acordarme? Si hoy estoy vivo es gracias a mi madre que me trajo al mundo y a ti que me mantuviste en él.

Leandro presentó a Martín y acto seguido entraron a la estancia en donde alrededor de una jarra de vino, y tras recordar nuevamente lo acaecido en la batalla contra los vascones, Leandro le contó lo acontecido con la burra y los bandidos.

—Cada vez hay más bandidos. Muchos soldados que se han licenciado tras las cada vez más escasas guerras, se dedican al pillaje. Suele pasar que cuando vuelven a sus casas, el noble o el monasterio que hay cerca de donde viven, se han hecho con sus pocas tierras y no les queda más remedio que tirarse al monte o venderse como esclavos —explicó Francisco.

—He pensado que seguramente querrán vender el botín aquí, en el mercado de Bergio. Y mis pertenencias son, digamos, inusuales para lo que se suele encontrar en los mercados. No creo que a nadie le interesen unos cuchillos de médico. Aquí tan solo tenéis un barbero sacamuelas —dijo el padre de Martín alegremente dirigiendo la pulla a su colega del mismo nombre.

Leandro, el sacamuelas, simuló ofenderse y contestó:

—Ya te dolerá alguna vez una muela, ya.

—Creo que no habrá problema en encontrar tu mercancía —comentó Francisco.

A continuación llamó al soldado que montaba guardia en la puerta y le ordenó que con unos compañeros fueran a buscar a un tal Leopoldo. También les dijo que, si

hacía falta, lo llevaran a la fuerza ante él.

—Este Leopoldo es un mal bicho que se dedica a comprar material y animales de dudosa procedencia. Seguro que sabe algo —aseveró Francisco.

Siguieron bebiendo y contando aventuras de sus años como soldados, cuando al fin apareció la guardia con el tal Leopoldo.

Era este un hombre bajito y rollizo de mejillas encarnadas. Vestía bien, aunque algo en el modo de moverse, le hacía repulsivo. No paraba de frotarse las manos. Los ojos, porcinos y astutos, hacían ver que era un personaje de armas tomar.

Francisco se encaró con él y directamente le preguntó si alguien le había ofrecido una burra últimamente. La dura mirada de Leopoldo al percatarse de que se podía meter en líos, prácticamente hizo que él sí fuera innecesario.

—¿Y qué si lo han hecho? ¿Está prohibido comprar animales? —dijo con una voz suave y melosa que desagradó vivamente a Martín.

—No juegues, Leopoldo, no juegues —advirtió Francisco al detenido.

—Está bien —dijo mudando el semblante y ofreciendo una cara totalmente distinta—. Vinieron a verme unos viajeros y querían ver si me interesaba una borrica y unos extraños artilugios que portaban. Al final adquirí la borrica —aceptó de forma obsequiosa, en lo que a Martín le pareció una mutación asombrosa en cuanto al carácter; había pasado de la furia y la ira al servilismo más radical.

—¿Cuánto hace de eso y quienes eran esos viajeros?

—Eran dos forasteros, fue hace un rato. Quedaron celebrando la venta en la posada que hay al lado de la iglesia de San Acisclo.

—Creo que iremos a celebrarlo con ellos —expresó Francisco tomando una pesada espada que tenía en un rincón al lado de una lanza y un escudo de madera.

—Quiero recuperar mi dinero —exigió Leopoldo.

—Pues la próxima vez que adquieras algo, cerciérate de que no es algo robado —dijo Francisco sin hacerle más caso.

Llamó a cuatro de sus soldados y todos juntos fueron a la posada que les habían indicado. Nada más entrar tan numerosa comitiva en la posada, los parroquianos advirtieron que aquellos soldados no iban a tomar vinos. Al entrar Leandro y Martín tras los soldados, de la mesa del fondo de la posada se levantaron dos figuras que Martín reconoció en el acto. Eran los bandidos. Leandro les señaló y los guardias procedieron a arrestarlos.

—Hola de nuevo —dijo el padre de Martín a los arrestados.

—¡Soldados! Este hombre nos atacó a mis amigos y a mí. Mató a dos de mis compañeros y nosotros pudimos escapar de milagro —dijo a voz en grito el cabecilla de los ladrones mintiendo como un bellaco.

—Os atacó uno solo contra cuatro, ¿verdad? —dijo con sorna Francisco.

—Iba también el chaval y un perrazo. Nos ensartaron con flechas desde un alto. Estaban emboscados.

—Claro, por supuesto. Y decidme. ¿Qué portabais en vuestro poder que tanto

ansiaban robaros?

—Querían robarnos la burra y nuestras pertenencias.

—¿Qué tipo de pertenencias transportabais? —siguió interrogando Francisco.

—Tan solo los útiles de viaje.

—¿Y qué hay en este cofrecillo? —señaló Francisco mientras inspeccionaba las alforjas que permanecían apoyadas al lado de la mesa en donde estaban sentados los bandidos.

—Son unos cuchillos y otros instrumentos.

—Son muy curiosos. Parecen de los que se usan en medicina. ¿Acaso sois médico?

El bandido sudaba profusamente mientras trataba de encontrar una explicación que pareciese verosímil.

—Si me permitís, Don Francisco —dijo Leandro, el padre de Martín, tratando de no dar por hecho que Francisco era un amigo personal—. Podríais preguntarle qué inscripción se lee en el interior del cofre y para qué se utiliza este instrumento —dijo mientras cogía unas pinzas del interior del cofre.

—No sé leer. Es una herencia de mi padre —improvisó el bandido.

Leandro intervino puesto que sabía que tampoco Francisco sabía leer.

—Pues es muy extraño que este cofre sea herencia de vuestro padre cuando en el interior del mismo pone mi nombre —dijo ya con dureza Leandro, mientras Martín anonadado leía el pequeño texto que había dentro del cofre.

El ladrón, viéndose acorralado, lanzó una terrible mirada a Leandro a la vez que, escupiendo en el suelo, le espetó amenazante:

—Soldadito, ¿eh? Algún día nos volveremos a encontrar.

—¡Arrea! —le gritó uno de los soldados mientras le golpeaba con el palo de la lanza.

El otro bandido, el del arco, prácticamente no había levantado la cabeza del suelo durante el interrogatorio y se dejó conducir mansamente hacia la calle. Pero una vez allí, se zafó de la presa del soldado que lo llevaba y, quitándole la daga, se lanzó a por el padre de Martín que conversaba a la puerta de la taberna con Francisco. Todo sucedió en un segundo. El agresor se acercó a Leandro que, despistado de lo acontecido, no estaba atento a lo que se le venía encima. Cuando estaba a punto de apuñalarlo, un poderoso puñetazo de Leandro, el sacamuelas, dejó fuera de combate al atacante.

Los soldados apresaron de nuevo al bandido no sin antes molerlo a palos con las lanzas y con varias patadas.

Leandro, el padre de Martín, le dio una palmada agradecido a su tocayo. Este, como siempre riéndose y a voz en grito, se dirigió a Martín y le dijo:

—Muchacho, un buen puñetazo hay que darlo siempre con la mano cerrada y guardando algo dentro del puño —explicó mientras abría su enorme manaza en la que aparecía la tenaza de hierro que utilizaba para su oficio—. Hazme caso, zagal. Mira

como tu maestro se partió el dedo —dijo señalando la mano hinchada de Leandro.

Martín había entablillado en el campo el dedo de su padre siguiendo las instrucciones que este le daba. Para ello, había juntado el dedo corazón, el roto, con el anular utilizando una tablilla y una pieza de tela, anudando todo junto después.

Llevaron los presos a la guarnición y allí los dejaron pendientes del castigo que recibirían en breve. Según el código de Alarico II, el robo era uno de los delitos más penados. Así, las penas podían ir desde una multa hasta la horca, en función del material sustraído, de la violencia que se hubiera empleado y de la casta del ladrón.

Los bandidos resultaron llamarse Lope, el cabecilla, y Abundio. Este último, según descubrieron más tarde, era hermano del bandido que resultó fallecido en el asalto. Por eso tuvo el arranque asesino contra Leandro, el padre de Martín.

Por la burra y los utensilios la multa subía a cerca de ochenta monedas. No había nada penado por la sustracción de los ungüentos y remedios preparados que llevaban. Pero curiosamente, la pena máxima se aplicaba sobre la miel. Un verdadero artículo de lujo que Leandro, el padre de Martín, portaba para realizar emplastes y preparados de todo tipo.

Al final se les condenó a ser apaleados por el pueblo, sin llegar a la muerte. Para ello, estarían en un cepo en la plaza de la guarnición durante todo un día, sometidos a los palos, invectivas y maltratos que los habitantes de Bergio quisieran infligirles, siempre y cuando estos malos tratos no les condujesen a la muerte. Además, se les imponía una multa de doscientas monedas. Dado que seguramente no podrían hacer frente a la multa, serían vendidos como esclavos. En el caso de haber sido esclavos, el castigo por esos mismos delitos, les habría conducido a la horca solo por el robo de la miel.

—Ya verás cómo tendrán pocas ganas de robar de nuevo —afirmó con evidente satisfacción Francisco.

—Gracias, amigo —dijo Leandro.

—Te echamos de menos en el ejército.

—¡Ja, ja, ja! Eso ya pasó. Ahora me dedico a cuidar enfermos, no gente herida por hachazos, atravesada por flechas o ensartados por cuchillos. ¿Qué pasa? ¿Tampoco quiere ir mi tocayo?

—Quita, quita. Lo que nos faltaba en el ejército es eso, mala comida, muchas privaciones y encima que nos saquen las muelas —afirmó riéndose Francisco ante la fingida mirada de odio de Leandro, el sacamuelas.

—Tantos años con vosotros y así me lo agradecéis —clamó irónico el sacamuelas.

—No llores, amigo —dijo risueño el padre de Martín—. Te voy a pedir que enseñes tu arte a mi discípulo. De verdad que tengo que reconocer, aunque me duela, que eres un verdadero experto en extraer dientes y muelas. Y no se me ocurre nadie mejor que tú como maestro para Martín.

Martín escuchó con estupor lo que su padre había propuesto a Leandro el

sacamuelas. Aunque viendo la expresión del dentista, era evidente que también a este le había sorprendido.

—Muchacho, ¿tú qué opinas? —preguntó Leandro, el sacamuelas, mientras se inclinaba para hablar con Martín como de tú a tú.

—Si mi maestro cree que es lo mejor para mi, acepto —dijo Martín con decisión.

—¡Ja, ja, ja! Buena respuesta, ¡pardiez! Sea, pues. Mañana, si te parece bien, empezaremos. Te espero poco después del alba en el mismo lugar que me encontrasteis hoy. Y ahora, vamos a tomar unos vinos para celebrarlo —concluyó a voz en grito.

—Tú todo lo arreglas con vino —dijo riéndose el padre de Martín.

Y juntos los cuatro se fueron a la posada en donde estaban alojados Martín y Leandro, no sin antes recuperar a Estrella de los establos de Leopoldo.

Martín estaba nervioso y mientras sacaba a pasear a Espolones dejando a los tres amigos ante unas jarras de vino, pensaba un poco con miedo y un poco con ilusión, cómo se le daría el oficio de sacamuelas.

En algún pueblo, cuando pasaban consulta, había visto a Leandro, su padre, que con alguna dificultad extraía alguna pieza dental; pero no le dio mayor importancia. Ahora veía que su padre en realidad sí le daba importancia al hecho de saber quitar muelas. Y le enorgullecía que quisiera que le enseñase alguien que, evidentemente, sabía más que él de ese tipo de trabajo.

Sí, decidió. Estaba deseando que llegara el nuevo día.

XIV

MARTÍN casi no durmió durante esa noche. Se habían acostado tarde y excepto él, todos se habían retirado de la mesa de la posada con muchos vinos de más. Cuando llegaron a la habitación, Leandro cayó tan largo como era en el jergón. Y casi inmediatamente empezó a roncar. Martín, excitado por la novedad de ir como aprendiz de Leandro, el sacamuelas, no pudo conciliar el sueño más que breves momentos.

No había visto nunca a su padre beber tanto. Evidentemente la compañía de sus dos amigos le había animado a ello. Durante la velada no pararon de contar anécdotas que solo ellos conocían y comprendían. A medida que iban bebiendo más vino, menos posibilidades encontraba Martín de enterarse de algo de lo que hablaban. Al final, solo con recordar una escena o un lugar, los tres viejos amigos estallaban en carcajadas hilarantes. Tanto que, en una de ellas, Leandro, el sacamuelas, se cayó del escaño al suelo entre grandes risotadas. Martín no se explicaba qué podía haber pasado para ello, puesto que en este caso todo empezó cuando Francisco dijo:

—¿Y os acordáis en Pamplona?

Y su padre replicó gritando al acordarse de la historia, cualquiera que fuese, ya entre risas:

—¡Sí! ¡Cuándo regresó el marido de la posadera...!

A partir de ese momento, los tres arrancaron a reír de forma hilarante. Y todo fue ya un estallido de risa general cuando Leandro se cayó del escaño. Hasta Martín se reía sin saber la historia, solo de verles disfrutar de esa manera tan contagiosa. Pero el que de verdad se llevó la palma fue el caído Leandro, el sacamuelas, que aún desde el suelo, se cogía su voluminosa panza y siempre riéndose gritaba:

—¡Callaros, canallas, que no puedo respirar!

A lo cual las risas arrancaban de nuevo aún con más fuerza y con lagrimones por los rostros de los tres. Fue una velada estupenda. Por fin amaneció. Era curioso qué lento discurría el tiempo por la noche cuando querías que llegase el nuevo día y qué rápido pasaba en cambio cuando en realidad anhelabas seguir durmiendo.

Se levantó y se acercó a su padre que seguía roncando en la misma postura en la que cayó algunas horas antes.

—Padre, es la hora de levantarse.

—Hummmm —dijo su padre sentándose en el jergón mientras se cogía la cabeza.

—Puedo ir yo solo. Y así descansáis.

—¿Tú solo? —dijo medio dormido Leandro.

—Me llevaré a Espolones. Él no dejará que nadie me haga nada. Además la plaza está aquí al lado y se ve la calle por la ventana.

Leandro pareció meditar la cuestión.

—Está bien, iré dentro de un rato —cedió mientras se dejaba caer de nuevo en el catre—. Dile al posadero que te dé algo de desayuno.

—¿Subo algo de comer?

—Nooo —rechazó Leandro de forma quejumbrosa.

Martín bajó al salón de la posada y tomó una rebanada de pan de hogaza en el que untó un poco de mantequilla. Ya bien desayunado, pasó a ver a Estrella por los establos. Cuando comprobó que todo estaba correcto, se dirigió a la plaza. Espolones avanzaba fielmente a su lado. Hacía poco que rayaba el sol en el horizonte, la calle ya estaba bastante concurrida. El día se presentaba despejado y, aunque la temperatura era bastante fresca a esa hora de la mañana, se podía adivinar que iban a disfrutar de un día soleado.

Cuando estaba llegando, vio a Leandro, el sacamuelas, que llegaba a la plaza desde una calle lateral. Portaba el taburete de tres patas y el cubo de metal que le viera Martín el día anterior. Además llevaba un zurrón de piel en bandolera.

—Buenos días, muchacho —saludó con su habitual expresión jovial— ¿Y tu maestro? ¿Está quizás indispuerto? —preguntó con picardía—. Leandro nunca ha tenido buenos despertares tras una noche de vinos —concluyó mientras colocaba el taburete en el suelo y dejaba el cubo a un lado.

—Venga, vamos allá. Lo primero que te voy a enseñar son los útiles con los que trabajaremos.

Y acto seguido sacó del zurrón las tenazas que ya había visto Martín y otras tenazas aún más pequeñas. Además le enseñó un pequeño punzón y un cuchillo parecido a los que tenía su padre. Después, pasó a explicarle brevemente para qué se utilizaba cada uno de los instrumentos. Resultó fácil. Evidentemente, las tenazas eran las encargadas de las extracciones. Las pequeñas para piezas pequeñas y las grandes, que aún así eran pequeñas, para las muelas. El punzón lo utilizaba para hacer palanca cuando alguna muela se lo ponía difícil. Por último, el cuchillo era el encargado de cortar alguna encía que ocasionalmente pudiera estorbar la extracción.

—Y ahora fíjate bien, porque uno de los elementos más importantes de un buen dentista es este —dijo mientras levantaba el taburete.

—¿El taburete? —preguntó Martín incrédulo.

—Efectivamente, muchacho. Te pasarás todo el día sentado, así que un asiento es esencial. Además debe ser como este, de tres patas.

—¿Por qué de tres patas?

—Porque nunca cojea —dijo categórico—. Esos asientos de cuatro patas no tienen nunca estabilidad. Ten en cuenta que vamos a estar siempre en plazas de pueblos con desniveles, piedras, arena... Es importante trabajar estable. Y ya basta de cháchara, tenemos un montón de dientes que sacar. Mira la gente que se agolpa alrededor.

En efecto, por lo menos una docena de personas permanecían esperando a que Leandro diera por finalizada la lección.

—Una última cuestión, Martín —dijo aún mientras colocaba el taburete al lado de un sillar de roca que había en la entrada de una casa—. Los dentistas son las personas más odiadas y más amadas del mundo. Un buen dolor de muelas une a plebeyos con esclavos y con reyes. Todos sin excepción odian visitar al dentista; pero a lo largo de la vida, todos acabarán en un momento u otro deseando pasar por sus manos. La gente acudirá a ti con mal humor provocado por el dolor, pero a la vez con miedo a la extracción y a la vez con deseo de que les intervengas y les alivies. No olvides esto porque tendrás que pasar por alto impertinencias, lloros, súplicas, amenazas e incluso promesas. ¡A ver, el primero! —vociferó, sin más, a la nutrida concurrencia que aguardaba.

El primer cliente resultó ser un hombre ya maduro que se quejaba de mucho dolor en un diente. Leandro le abrió la boca, identificó el diente que causaba el malestar y con las tenazas pequeñas sacó limpiamente la pieza al hombre casi sin que a este le diera tiempo a quejarse. Tras cobrar la moneda y ver la sonrisa del hombre, Leandro se volvió a Martín y le dijo escueto:

—Fácil —mientras sonreía.

Llevaban ya siete pacientes atendidos cuando apareció Leandro, el padre de Martín, por el fondo de la plaza. Espolones le descubrió y se levantó para ir a buscarlo.

—¿Qué, Martín? ¿Aprendes algo de este ogro insensible al vino? —dijo por todo saludo el padre de Martín.

—¡Ja, ja ja! —se rio el sacamuelas sin volverse mientras manipulaba una muela algo pertinaz a abandonar la boca del paciente—. Me han dicho que esta mañana estabas algo indispuerto. Te sentaría mal algo que comiste o bebiste —dijo sardónico.

—No volveré a beber con vosotros, no tenéis fin.

—Estas desacostumbrado, esa vida de retiro que llevas no puede ser sana —dijo mientras se reía a la vez que mostraba la muela ya sacada al paciente—. Oye, si no quieres que te atienda algún problema dental, corre y ve a buscar a Francisco, a ver si nos acompaña a comer. Estoy hambriento y el zagal seguro que también lo estará.

—No me hables de comer —respondió el padre de Martín mientras ponía cara de angustia.

—Venga, pregúntale. Pasea un poco que te dé el aire.

Cuando Leandro, el padre de Martín, se hubo marchado, Leandro, el sacamuelas, le pidió a Martín que observase dentro de la boca del siguiente paciente que ya atendía. Era una mujer de unos treinta años que tenía la boca muy grande y abierta mientras mantenía una expresión temerosa en el rostro.

—¿Ves aquí detrás cómo la encía está morada y, sin embargo, no hay muela? —preguntó el sacamuelas a Martín mientras con el punzón señalaba una zona de la boca de la mujer.

—¡Sí! —dijo Martín tras asomarse y observar una tumefacción muy patente en la mandíbula inferior.

—Pues bien, ese morado lo provoca una muela que está escondida debajo. Está empujando y provoca ese dolor y la inflamación.

—Entonces, si no ha salido, no se puede sacar —dijo Martín.

—En realidad podríamos abrir con el cuchillo y sacarla. Lo que sucede es que, a veces, están cogidas al hueso y la operación es muy, muy dolorosa.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Martín.

—Pues preguntaremos a la señora —dijo Leandro, el sacamuelas, mientras dejaba que la mujer cerrara la boca y les mirara con la cara asustada.

—¿Ha entendido que la operación es muy dolorosa? —le preguntó Leandro a la señora—. En verdad, ¿el dolor es realmente insoportable? ¿O por el contrario es un dolor fuerte pero que se puede tolerar? Mire se lo digo porque a veces duele unos días y se para el dolor. Es más, en ocasiones este dolor aparece a lo largo de los años y a veces sale la muela. Otras, es cierto que la muela no emerge y se queda dentro causando unos dolores terribles. ¿Cuál es su caso?

—La verdad es que el año pasado estuve unos días con dolores y al cabo de dos semanas se pasaron. Ahora, desde hace tres días, me está molestando bastante.

—¿Tanto como para que le abramos la carne con un cuchillo y escarbemos para sacarla? —dijo crudamente Leandro.

—No, desde luego que no —y diciendo eso la mujer se levantó del sillar con cara asustada.

—¡Señora! —dijo Martín—. Tengo aquí unas semillas de adormidera —las sacó de una bolsita pequeña de piel que portaba alrededor del cuello con un cordel—. Tómese unas pocas y verá cómo se le alivia bastante el dolor —comentó mientras le tendía unas negras bolitas a la mujer.

La mujer miró sorprendida al dentista Leandro, como consultándole por tan inesperado tratamiento con tan extraño sanador. Leandro, el sacamuelas, se encogió de hombros y mirándola fijamente le dijo:

—Es el discípulo del mejor médico que conozco. Seguro que sabe de lo que habla.

—Si le duele mucho tómese unas pocas directamente. Si en cambio el dolor es permanente pero no muy agresivo, póngalas en infusión con agua hirviendo. Le ayudará además a dormir —le recetó amablemente Martín, un poco azorado por haber tomado la iniciativa, pero seguro del tratamiento.

La mujer tomó las semillas de la mano de Martín y le dio las gracias aún extrañada de que un mozalbete pareciese saber tanto de medicina.

Cuando su hubo marchado, Leandro, el dentista, le dijo.

—Debes estar muy seguro de las propiedades de esa planta para recetarla así.

—Lo estoy. La he tomado varias veces. Mi madre me la daba cuando me salían las muelas. Hoy, he pensado que sería buena idea traer algunas por si a alguien le dolía la boca también porque una muela estuviera asomando. Por eso, he cogido unas pocas semillas de las que llevamos habitualmente con nosotros.

—Ya veo —dijo Leandro con una muestra de admiración en la voz—. Me estoy dando cuenta por qué te lleva mi tocayo con él. Eres callado, prudente, perspicaz y, además, se nota que te gusta aprender. Has estado realmente atento durante toda la mañana. ¿Te ves con agallas para intentar sacar un diente?

A Martín se le aceleró el corazón inmediatamente. ¿El sacamuelas le estaba proponiendo que sacara él un diente? Debía estar loco. Tan solo había mirado cómo trabajaba. Es cierto que le había preguntado un par de veces por detalles y que la tarea parecía no muy complicada. Pero él tenía unos brazos débiles en comparación con el sacamuelas y quizás no pudiera apretar bien cuando las tenazas cogieran el diente. Decididamente Leandro, el sacamuelas, estaba loco.

—¿Qué piensas, muchacho? Si quieres ser de este oficio, alguna vez tiene que ser la primera.

—Es que no sé si estoy preparado —dijo miedoso Martín.

—Si yo te digo que lo estás, es que lo estás.

—¿Y si no tengo fuerzas para sacar la pieza? Le he visto forcejear con algunas y notaba cómo hacía fuerza.

—Es cierto. Las muelas que están bien plantadas, a veces se hacen de rogar y hay que hacer fuerza. Pero yo te estoy hablando de un diente. Es un trabajo fácil. Con la tenaza pequeña, se coge y se estira hacia arriba. Suave; pero con firmeza. Verás que no hace falta tanta fuerza.

—¿Y cómo sabe que tendremos un cliente con un diente de esas características?

—Porque conozco un caso como el que te he planteado.

Martín estaba anonadado. No solo había aprendido hoy cómo hacían los sacamuelas su trabajo, sino que encima se le presentaba la oportunidad de realizarlo. Por un lado, estaba realmente asustado por la responsabilidad que conllevaba; pero por otro, estaba también emocionado por el apoyo que su maestro, en este caso el Leandro sacamuelas, como se había acostumbrado a pensar en él, le estaba prestando.

—No hablemos más del caso. Está decidido. Te encargarás del diente. Y no temas, estaré junto a ti por si tienes miedo y tengo que ayudarte. Y ahora creo que ya veo a tu padre y a Francisco que vienen por allí —dijo señalando al otro lado de la plaza—. Así que vamos a tomar algo. Me comería un caballo con jinete y todo.

—Pero ¿Estará de acuerdo el paciente en que le saque el diente un niño?

—Por supuesto —dijo riéndose Leandro— En este caso el paciente soy yo —dijo con toda naturalidad mientras recogía el cubo, el taburete y el zurrón como si tal cosa—. Tengo un diente que hace tiempo me quería haber quitado; pero los escudos bruñidos no son muy buen espejo para quitármelo a mí mismo. Cuando vi a tu maestro pensé pedirle que me lo sacara él. Pero ¡qué caramba!, no hay mejor aprendizaje que la experiencia y algo me dice que tú vas a sacármelo con mucho cuidado. Además, tu maestro tiene el dedo roto. Así que no se hable más. Está decidido. Después de comerme al caballo me lo sacas y así, si me duele, pruebo esas bolitas negras que llevas —dijo riéndose mientras ya enfilaba calle arriba al

encuentro de Francisco y de Leandro.

XV

No llegó a comerse un caballo, pero sí casi un cordero entero. Nunca había visto Martín comer a nadie de esa manera ni esa cantidad. Además, por lo menos, se sirvieron cinco jarras de vino en la mesa, de las que se llegaría a tomar casi cuatro él solo. El padre de Martín no comió ni, por supuesto, bebió nada más que una infusión de manzanilla que él mismo le dio al posadero para que se la preparara. Francisco y Martín comieron con apetito, mas nada comparable al del sacamuelas.

Decía Leandro, el sacamuelas, siempre con el humor que le caracterizaba, que estaba comiendo de más por si Martín le hacía daño al sacarle el diente y no podía comer luego en un par de días. En cuanto pronunció esa frase, a Martín se le acabó el apetito. Estaba nervioso y aunque, evidentemente, Leandro, el sacamuelas, lo había dicho en tono jovial y desenfadado, a Martín se le hizo un mundo el pensar que, en efecto, pudiera hacerle daño.

Leandro, su padre, como leyéndole los pensamientos, apoyó una mano en su hombro diciéndole sin palabras que él estaría a su lado para echarle una mano si hiciese falta.

Tras el ágape se dirigieron los cuatro al patio del cuartel para que allí Martín se estrenase como dentista. Leandro, el sacamuelas, convertido en paciente, se sentó en un escaño de madera que discurría a lo largo de una de las paredes y le indicó a Martín que estaba preparado.

Francisco se reía y le decía chanzas a Martín del tipo «Quítale toda la boca para que no coma tanto» o «Ten cuidado, a ver si le sacas uno bueno». Estos comentarios solo hacían que Martín estuviera totalmente tenso y hasta un poco bloqueado.

Su padre, se acercó a él y le dijo:

—Martín, ese gordinflón que tienes ahí sentado confía totalmente en ti. Y yo también. Sé que eres perfectamente capaz de sacar un diente y además con cuidado. Así que no hagas caso de estos dos guasones y piensa solo en el diente.

—De acuerdo —dijo Martín respirando ruidosamente.

—¡Venga, chaval! Cuando quieras —le animó el paciente sonriendo abiertamente.

Martín desechó utilizar el taburete. Aún no era tan alto como para poder trabajar sentado. Se acercó a Leandro, el sacamuelas, convertido en paciente y le pidió que le indicara cual era el diente que le molestaba.

Resultó ser uno de la mandíbula inferior, concretamente el que lindaba con el colmillo derecho. Martín observó que estaba ya un poco roto y que, en la parte que tocaba con el colmillo, se apreciaba una zona más oscura.

Cogió la tenaza pequeña y la enjuagó con un poco de agua. La secó con un lienzo limpio y se dispuso a iniciar el proceso de extracción. Cogió el diente con la tenaza y cuando se aseguró que estaba bien enganchado y que no tocaba la encía inició el

movimiento hacia arriba. Casi al instante notó como el diente se movía un poco; pero fruto del miedo y de la inexperiencia, el diente se le escapó de la presa de la tenaza.

Miró con temor a Leandro, el paciente, por si este se quejaba o le decía algo. Al contrario, escupió un poco de saliva y le animó a que lo intentara otra vez.

Martín volvió a coger el diente con la tenaza y esta vez, al estirar, el diente salió limpiamente con sorprendente facilidad.

Francisco y Leandro, su padre, se felicitaron por la pericia del chaval. Y Leandro, el paciente, se levantó y muy serio, sacó una moneda de su bolsa y se la dio a Martín diciéndole:

—Nunca me habían sacado un diente de forma tan cuidadosa. Ahí tienes como pago por tus servicios.

—Por favor, no puedo cobrar. Aún soy un mero aprendiz y, además, es usted mi maestro.

—Puede que tengas razón, pero yo quiero pagarte. Podemos hacer una cosa si te parece bien —dijo fingiendo reflexionar—. Yo te pago una moneda y tú nos invitas a un trago de vino.

—¡Nooo!, siempre igual —exclamó Francisco mientras se reía de las ocurrencias de su amigo.

—Vas a dejar sin vino las cepas de este valle —comentó jocosamente el padre de Martín.

—¿Qué culpa tengo yo de que hagan un clarete tan sabroso en Bergidum? Además, el vino seguro que es bueno para que cicatrice la herida, por lo menos, seguro que me quita el mal sabor de boca.

—Para eso debería usar salvia. Si quiere, me acercaré a la posada y recogeré algunas hojas que llevamos en las alforjas. Mi madre siempre decía que un enjuague de salvia limpia la boca y desinflama las encías. Además las usaba para tratar las llagas —dijo Martín mientras los tres mayores le miraban embobados.

—Tu aprendiz es todo un maestro —dijo el sacamuelas al padre de Martín con admiración.

Leandro, el padre de Martín, estaba tan anonadado como su amigo por la prescripción del zagal. Él mismo desconocía esa aplicación de la salvia, una planta que por otro lado se empleaba muchísimo para el tratamiento de heridas externas e incluso para las afecciones de garganta tomada en tisana. Por lo demás, no dudaba de la capacidad de Martín para aprender, ni de las facultades de Ximena como sanadora experta en plantas.

—Seguro que la salvia me hará mucho bien. Te tomo la palabra, rapaz. Ve a por esas hojas. Por si acaso no te quedaran, te esperaremos tomando un vino. Con tu tratamiento y el mío, mañana casco nueces con la encía —dijo el paciente sonriendo ya mellado.

Martín no se hizo de rogar y arrancó a todo correr hacia la posada. La carrera le resultó liberadora de toda la tensión que tenía acumulada. Ni en sus sueños más

optimistas habría pensado que se le iba a dar tan bien sacar el diente. Además, había notado el orgullo que su padre había demostrado tras los elogios del paciente. Se sentía exultante y feliz. Espolones corría a su lado con la lengua de medio lado saltando y ladrando como consciente del estado de ánimo de su dueño.

La gente por la calle, se apartaba a su paso. ¿Quién sería ese chaval larguirucho que corría con ese perrazo? Pero Martín no se daba ni cuenta. Se sentía como en una nube. Llegó a la posada y subió a la habitación salvando los escalones prácticamente de tres saltos. Buscó el saquillo de plantas que llevaban en las alforjas y seleccionó el atado de salvia. De esta planta, al utilizarse mucho para las heridas, portaban gran cantidad de hojas. Cogió unas pocas y voló de nuevo hacia la taberna en donde les encontró tomando vino.

—¡Caramba! Además de buen médico, tiene alas. ¿Cómo es posible que ya hayas ido y vuelto muchacho? —comentó Leandro, el sacamuelas.

—¡Ji, ji, ji! —se reía Francisco—. Leandro, tienes que venir a la próxima batalla que tengamos y tienes que traerte al zagal contigo.

—La guerra no es lugar para un muchacho. Aún tiene que aprender mucho antes de ver tanto sufrimiento junto —ponderó el padre de Martín.

—Los años pasan pronto y, dentro de poco, le llamarán en alguna leva —afirmó Francisco.

—Puede; pero mientras tanto, estará mejor ahorrándose las miserias de la guerra.

Y así siguieron hablando largo rato, mientras Martín ensoñaba con enfundarse una cota de mallas y empuñar una espada. Sabía que lo normal era que le llamasen a levadas al cumplir los quince años aunque algunos iban más jóvenes. El ejército necesitaba a todos los que pudieran luchar y no hacía ascos a nadie por cuestión de edad.

Las guerras solían ser revueltas internas entre los nobles o algún pueblo como los cántabros o los vascones que se levantaban contra el rey. Estaban en una época relativamente calmada; pero eso podía cambiar rápidamente y Martín pensó que en cuanto pudiera, le pediría a su padre que le enseñara bien a defenderse.

Al igual que lo había sido su padre, ya soñaba con ser un héroe y visitar ciudades donde se le reconociera como tal.

Aún no sabía que iba a vivir una época convulsa en donde no le faltarían oportunidades de utilizar todo su potencial para salvar la vida de otros e incluso la suya propia.

XVI

DEJABA con sentimientos contradictorios la casa en donde habían pasado otro invierno. Como los anteriores nueve, este lo habían ocupado con gran cantidad de tareas. Por un lado, se habían dedicado a la elaboración de remedios y para ello habían macerado algunas hierbas, machacado algunas otras, e incluso habían molido algunos minerales, como el talco, que abundaba en unas minas cercanas. Por otro lado, habían cortado en diversas formas gran cantidad de paños para utilizarlos como vendajes siempre utilizando como modelo lo indicado en uno de los veinte tomos de las «Etimologías», concretamente el libro «*De Medicina*», del gran obispo y erudito por excelencia del pueblo visigodo, Isidoro de Sevilla: «*según la forma de la herida, debe esta cubrirse con un vendaje con la forma adecuada*». Así, una herida con forma redonda, debía ser cubierta con un paño redondo. Si es alargada, con un lienzo alargado. Martín recortó varios lienzos con gran variedad de formas. Leandro insistía en seguir los dictados de Isidoro y Martín, como buen discípulo, acataba las órdenes de su padre y maestro.

En estos años Martín había crecido mucho; era un poco más alto que su padre, que ya era muy alto de por sí, y había conocido a muy pocos hombres más altos que él. De hecho, lo normal es que sacara la cabeza a los vecinos de casi todas las poblaciones que ya conocía. Había también desarrollado su cuerpo con los grandes viajes siempre a pie y con los frecuentes paseos por el monte. Tenía unos hombros anchos y unos fuertes brazos. Además, aunque su tamaño le dificultaba algunos movimientos, era realmente ágil y seguía desplazándose por el monte como una cabra montés.

Leandro le había explicado a Martín que su linaje procedía de los visigodos, un pueblo luchador que había llegado procedente de lejanas tierras. Allí, los hombres eran grandes guerreros en todos los sentidos, tanto en tamaño físico como en habilidades luchadoras. Aunque llevaban en la Península casi trescientos años y se habían mezclado con los habitantes indígenas, los llamados hispanorromanos, aún había familias godas en las que se apreciaban los orígenes germánicos iniciales. Este era el caso de Martín. Leandro y Ximena pertenecían a dos familias tradicionales visigodas y por sus venas no corría sangre latina, por ello su estatura y porte eran un poco mayor que el de los hispanorromanos, la población más habitual de la Península.

Su padre había resultado además un excelente maestro de armas. Durante los largos inviernos, prácticamente todos los días, se habían ejercitado con gran variedad de armamento. Estos ejercicios hicieron que los brazos y el torso de Martín se desarrollaran de manera excepcional. En todos los sentidos, Martín parecía más un guerrero que un médico. Disponían en la casa de todas las armas personales que se utilizaban normalmente por el ejército. Leandro era un verdadero experto en el tiro

con arco y en el manejo de la espada; y se defendía bien con la honda y con la lanza. Martín, en cambio, era un gran arquero y un buen espadachín como su padre; pero con la honda era un verdadero desastre. Conseguía lanzarla a gran distancia, más incluso que Leandro, pero con muy poca precisión. La lanza no le gustaba, por lo que practicaba muy poco con ella. Con lo que Martín demostraba una maestría endiablada era con unas pequeñas hachas de origen franco y que se utilizaban como arma arrojada de corto alcance. Conseguía acertar a un blanco pequeño, como el tronco de un árbol de un palmo de diámetro, a más de treinta pasos. Y en carrera lanzaba las hachas con una precisión estremecedora a quince pasos. Había cogido tanta confianza con las hachas que en sus paseos monteños siempre las portaba cruzadas en su cinturón. Una vez llegó incluso a cazar un ciervo con ellas. Aunque Leandro le había convencido de que utilizase la siguiente vez el arco, puesto que la piel del animal había quedado bastante deteriorada por la cortante hoja de las hachas.

Leandro había conseguido las hachas de un guerrero agradecido por unas curas durante una batalla, en la época en que era el médico del ejército. Aunque no eran desconocidas para los visigodos, el uso de las hachas lanzables era reducido. Muy pocos soldados las utilizaban y por ello era verdaderamente raro el encontrarlas. Procedían del pueblo franco, residente en la Galia, y allí eran muy apreciadas y más comúnmente utilizadas en la batalla.

Por su procedencia, se las conocía como «franciscas». Las franciscas eran pequeñas y livianas; de palo más corto que las hachas utilizadas para cortar leña, el equilibrio debía ser perfecto para que el vuelo resultara preciso. La hoja tenía una curvatura que formaba una suave S. El impacto, después del vuelo, era brutal y aunque tenía menos alcance y menos precisión que una lanza, era mucho más letal que esta.

Martín estaba encantado con ellas y dedicaba gran cantidad de horas a perfeccionar su uso. En los momentos de relajación, se dedicaba a afilarlas de forma mecánica. Se sentaba con la piedra de afilar en sus piernas y pasaba una y otra vez la hoja humedecida en agua.

Este año no irían a su valle natal. Leandro había decidido que Martín debía conocer Toledo. Decía que ya no podía enseñarle nada sobre medicina y plantas. Por ello debía ampliar sus capacidades en la capital visigoda. Allí se reunían las mentes más capaces de la corte y, además, podían encontrar valiosos libros de medicina.

Martín estaba deseoso de conocer la capital, aunque le apenaba no poder visitar su aldea y no abrazar a su amigo Alvar y a su segunda madre, Munia. Munia había vuelto a visitarle al año de dejarle con Leandro, tal y como prometió, y se quedó gratamente sorprendida. Martín estaba encantado con su padre y además estaba bien cuidado. A partir de ese encuentro, todos los años habían dedicado una semana a visitar el valle de origen de Martín en la escondida montaña leonesa. Allí pasaban consulta a los habitantes y aprovechaban para abastecerse de las exclusivas plantas de montaña que tan bien conocía Martín.

Cuando recordaba su querida montaña, le entraba melancolía. Se acordaba de los lugares donde recogía miel de los panales, de las fresas que crecían al abrigo de las hayas, de las setas que surgían por doquier. A veces, en un mismo día, podía ver cómo a primera hora de la mañana un champiñón en un prado asomaba su blanco y redondo sombrero en forma de pequeña bola y, por la tarde, ya estaba enhiesto y abierto, desafiante con su blanco sombrero entre los verdes prados.

Sabía que no olvidaría nunca su montaña, si bien a la vez deseaba conocer Toledo: la capital, la corte. El rey Witiza, al morir su padre Egica el año 702, se trasladó de Tuy a Toledo, donde tradicionalmente había estado fijada la corte. Hacía de esto siete años. Leandro no sentía ninguna simpatía por la corte y, por ello, había aplazado todo lo posible visitar la ciudad; pero ahora, en el año 709 cuando Martín cumplió los 18 años, decidió que era necesario cambiar de parecer. Quería que su hijo accediese a los libros, que se ilustrara más, que estudiase a Galeno, a Hipócrates, a Dioscórides, que tuviera acceso a todos esos libros y conocimientos que él no podía proporcionarle.

Para el traslado había comprado dos caballos de tiro y un carromato grande en el que empaquetaron todos sus enseres. Dejaban la casa con unos pocos muebles. Habían encargado a Sisebuto, el que cuidaba a la vieja Estrella durante los inviernos, que subiera a la casa de vez en cuando. Leandro le había regalado a Estrella, que ya estaba vieja para el largo viaje que emprendían, y le dejó unos cuantos tremises además como pago por las molestias.

Ya llevaban varios días de camino. El avance de los caballos era constante. Leandro no había escatimado en la compra de los dos animales. Los había comprado en el mercado de ganado de León; los nobles brutos eran dos estupendos animales de ancho pecho y fuerte grupa. Dóciles en el trato, se notaba que estaban acostumbrados al tiro y trotaban incansablemente por las anchas tierras de los páramos. Se veían además favorecidos por las extensas planicies de la Meseta. No existían grandes desniveles y así la distancia se recorría con gran velocidad.

Dormían en posadas en los pequeños pueblos que cruzaban. Leandro decidió no hacer saber su condición de médico para no ralentizar el viaje, por lo que pernoctaban una noche y a la mañana siguiente, con el alba, partían de nuevo. Los primaverales días eran cada vez más largos y aprovechaban esas horas de luz para avanzar sin descanso.

Hacía ya muchas jornadas que Martín estaba en territorio desconocido. El paisaje era llano y salpicado de bosques de pinos y encinas. A diferencia de los territorios alrededor de León, por los que solían desplazarse, había muy pocos ríos; estos eran escasos, anchos y caudalosos en vez de los que conocía Martín, que no llevaban grandes cantidades de agua pero los encontraban a decenas. Los bosques también eran distintos; no encontraba sus queridas hayas, ni los fresnos, ni los enormes castaños; en su lugar, crecía el pino, la encina, algún roble y en las vegas de los ríos el álamo y, sobre todos, el negrillo.

Las flores de primavera también cambiaban, aunque Martín reconocía varias especies de las que se encontraban en el camino. Aprovecharon la temporada primaveral para recoger gran cantidad de amapolas que salpicaban el paisaje con sus pétalos.

En general, podía decirse que Martín se encontraba fascinado y emocionado por su viaje. No sabía qué le depararía la capital. Aunque como viajero experimentado sabía moverse por el mundo, estaba un poco amilanado debido en gran parte al profundo malestar que notaba en Leandro. Se notaba que fantasmas del pasado volvían a visitarle. Había sido una decisión totalmente altruista el ir a la capital. Quería dar a su hijo lo mejor, y si esto se encontraba en una ciudad que le traía malos recuerdos, se los tragaría con tal de proporcionarle a Martín la mejor de las educaciones. Desde que habían iniciado el viaje, permanecía callado y distante, sumido en sus pensamientos y recuerdos. Martín no quiso inmiscuirse en las cavilaciones de su padre y así permanecía callado hablando solo de vez en cuando con Espolones.

El enorme mastín viajaba tumbado en el carromato justo detrás del asiento de ellos. En algunas ocasiones, saltaba al suelo y recorría algunos kilómetros al lado del carro. No obstante, por lo general, prefería ir estirado detrás de Martín, donde siempre recogía alguna caricia.

—Martín, tengo algo que contarte —dijo un día Leandro rompiendo su silencio—. En Toledo hay gente que me conoce y me quiere; pero me consta que también dejé algún poderoso enemigo. Tendrás que andarte con mucho ojo, ya que las envidias, las intrigas y las traiciones están al orden del día entre los nobles.

—Tranquilo, padre, sabré comportarme.

—No dudo de tu comportamiento, Martín; te prevengo sobre el comportamiento de los demás. Aunque disponemos de bastante dinero como para vivir en un palacio, creo que lo mejor será hacernos con una casa amplia pero que no destaque en demasía. La consigna es procurar pasar desapercibidos. Que los nobles, y mucho menos la camarilla de cortesanos que acompaña al rey, no sepan de nosotros. Debemos centrarnos en tus estudios, yo ni siquiera pasaré consulta. Pretendo que nadie me reconozca ni sepa que habito en Toledo de nuevo.

—¿Tan fuertes son esos enemigos padre?

—Lo son, Martín, lo son. Entre los visigodos existe un honor mal entendido que hace que el orgullo genere situaciones extremas. Una familia que se enemiste con otra, aprovechará cualquier ocasión para hundirla.

—¿Y qué tienen contra ti?

—Martín, yo, y por ende tú, somos de familia noble. Nuestros antepasados, si bien no alcanzaron altas cotas de poder, fueron hombres de confianza de diversos reyes. Y eso hizo que tuvieran enemigos, enemigos que hemos heredado. Yo me evadí de esas responsabilidades y de ese orgullo estéril haciéndome médico; sin embargo a pesar de todo me utilizaron en la conjura contra el rey Wamba. Luego

descubrí que el general que me tendió la trampa, era de la familia de un noble al que mi abuelo materno mató durante una pelea. Así son las cosas en la corte, cada uno mira para sí mismo y no se olvida ninguna afrenta. Y esa conducta es autodestructiva, Martín. Te lo digo porque no te faltaran ocasiones para refrenarte. Tú eres mejor que todos ellos juntos y, tarde o temprano alguno de ellos te retará en cualquier aspecto. No debes contestar al envite. Ahí es donde radica el poder, en saber controlar tu orgullo y la inclinación natural que todo hombre tiene en demostrar su superioridad. Créeme, hijo, nunca te lo perdonarían. Te convertirían en un chisme de la corte y tu nombre sería arrastrado por el fango.

—Pero padre, habrá gente buena también.

—Claro que la hay; no obstante en este mundo las malas personas, los vocingleros, los matones y los corruptos tienen todas las de ganar. Se alían entre ellos para sembrar el terror y la discordia. Las personas de bien no hacen lo mismo, con lo cual siempre están en minoría.

—Sabré darle su merecido a quien intente pisarme, padre. No tema —dijo convencido Martín.

—Temo, hijo, porque sé que eres capaz de hacerlo, y eso es lo que debes evitar. Hay que procurar apretar los dientes y salir de la situación sin plantear agravios.

—Pero, padre, eso es cobardía —dijo con énfasis Martín.

—No, hijo. Al contrario. Es más difícil saber salir de una situación con cortesía que hacer un desplante. Eso es lo que intento hacerte ver. No te hagas enemigos. No te hacen falta. Sin embargo, los amigos siempre son bien recibidos.

—Trataré que sea así —dijo Martín con humildad.

—Lo sé, hijo. Te conozco bien y sé que tu corazón es justo. Por eso temo. La justicia no siempre se lleva bien con la prudencia.

Martín meditó durante largo rato los consejos que su padre le había dado. Comprendía la inquietud de Leandro; pero estaba seguro de que sabría hacer frente a las situaciones que le surgieran con moderación y temple.

No contaba con que su cuerpo, joven y pleno de hormonas, también tenía su opinión.

XVII

TRAS llegar a Toledo, después de haber estado residiendo en una posada durante dos semanas, Leandro una mañana llegó con una sonrisa de oreja a oreja y le dijo a Martín que ya había comprado una casa.

La casa era amplia y confortable. Tal y como deseaba Leandro, no se trataba de un palacete; pero en absoluto era un chamizo. Disponía de seis habitaciones alrededor de un patio central; una pequeña arcada protegía el paso entre estancias en caso de lluvia y además tenía un buen establo en donde guardar el carro y los caballos.

Nada más llegar, Espolones husmeó el patio y marcó un par de rincones que debían guardar aromas de otros inquilinos anteriores. A continuación, se tumbó tan largo como era apoyando la cabezota en sus patas delanteras, mirando cómo se iniciaba el reparto de habitaciones y la descarga del carro.

Aparte de sus propios dormitorios y el comedor, destinaron una habitación para cocina, otra para secadero de plantas y elaboración de remedios y una última como almacén.

Martín nunca había tenido habitación propia, de hecho, quitando su aventura con los malhechores en el monte hacía ya tanto tiempo, nunca había dormido solo. Normalmente las casas eran de una sola estancia, así que estaba encantado con su habitación. Tenía un pequeño ventanuco por el que entraba tímidamente la luz. La habitación no era muy grande; pero era suya. Colocó las armas en un rincón y la ropa en un par de arcones. La cama tenía un suavísimo colchón de lana que, cuando Martín se acostaba, le daba la impresión de que quedaría envuelto en él. Era extremadamente mullido y, al principio, acostumbrado como estaba a dormir en jergones de madera con paja e incluso en establos, le costó acostumbrarse a la comodidad de la cama.

A los pies del lecho, colocó el arcón de Ximena. En uno de los viajes a su valle, lo habían recogido. Martín quería conservarlo y además estudiar los paños con las recetas de su madre. Leandro también había leído con avidez los remedios y había corregido sus propias notas con algunas de las dosificaciones que Ximena había registrado. Martín descubrió que, a diferencia de los paños de su madre, su padre utilizaba las pizarras que un día encontrara en un arcón para escribir en ellas. Con la ayuda de un punzón marcaba la blanda piedra. Cuando quería leerla bien, solo tenía que echar un poco de polvo de talco o de yeso sobre la piedra y los caracteres quedaban en bajo relieve perfectamente matizados. Recordaba cómo se reía Leandro cuando le contó la manera en que encontró las piedras y la extrañeza que le produjo que las guardara en un arcón, pensando que eran para la cubierta del tejado.

Decidieron comprar una pareja de esclavos que les ayudaran en las faenas de la casa. Una casa tan grande requeriría un cuidado y una limpieza que ellos no iban a

poder darle debido en gran parte a que querían dedicar el máximo tiempo posible al estudio.

Salieron al mercado de esclavos y allí, nada más llegar, se les ofreció un hombre menudo y educado.

—Señores, ¿no buscarán por fortuna unos esclavos?

—Acabamos de llegar a la ciudad y sí, buscábamos una pareja. ¿Conoce algunos que pudieran interesarnos? —dijo Leandro.

—¿Qué tipo de trabajos estarían buscando para ellos?

—Cuidar de una casa y de los animales que en ella tengamos. Además se ocuparían de la cocina.

—Déjeme que me ofrezca junto con mi señora para esos trabajos, señor —dijo el hombre mientras se inclinaba ligeramente.

—¿Se está ofreciendo como esclavo? —preguntó Martín.

Sabía que en muchos casos, gente que no podía sobrevivir por sus propios medios, se ofrecían como esclavos a algún noble o señor a cambio de la manutención; pero nunca lo había visto hacer.

—Señor, siempre he trabajado en el campo; pero una mala caída desde lo alto de un pajar hizo que me quedara la pierna derecha bastante inútil. He intentado durante dos años sobrevivir de mi trabajo, y aunque me ayudaba mi esposa, no éramos capaces de producir suficiente cosecha para vivir de ello. Así que nos hemos visto obligados a venir a la ciudad a ofrecernos como esclavos. Para llevar una casa y limpiar los establos, me basto y me sobro, y mi mujer Luisa es una estupenda cocinera. Además es muy limpia. Por favor, acójannos, podemos dormir en los establos.

—No, ni hablar —dijo Leandro para sorpresa de Martín a quien el relato del hombre le había enternecido—. No quiero esclavos en casa, he cambiado de opinión —remató dejando patidifuso a Martín.

Y no quedó ahí la cosa, continuó sorprendiéndole cuando le oyó preguntar:

—¿Sería tan amable de indicarme por cuánto podemos contratar sus servicios y los de su señora? Por supuesto dispondrán de su propia habitación y de la manutención.

El hombre miraba con la boca muy abierta a Leandro. No sabía si había entendido bien. Le querían contratar, no tenerle como esclavo, sino como trabajador. Y a su mujer también. Ni en sus mejores sueños había esperado algo así. Por supuesto aceptó. Tras acompañarles hasta la casa para saber en donde se ubicaba, quedaron que al día siguiente se mudarían.

—Me parece que debemos acomodar el almacén en la habitación del secado de plantas, no habíamos contado con que necesitábamos una habitación para ellos —dijo Leandro.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió sonriendo Martín— ¿Por qué no los quieres como esclavos?

—Es una idea que aborrezco. Además, seguro que siendo libres y cobrando un estipendio, conseguimos de ellos más fidelidad y más cariño que siendo esclavos y estando sometidos.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Por cierto, ¿te crees su historia? —preguntó Leandro.

—Sí. Se notaba la vergüenza y la impotencia que sentía cuando la contaba. Este hombre no quería quedarse tullido, para él es como fracasar en la vida. El no poder llevar el sustento a su casa es algo muy duro para un hombre de pundonor. Eso solo lo siente el que tiene vergüenza y principios morales elevados, cualquiera que sea su condición social. Por otro lado, le viste las manos ¿verdad? Son manos duras, fuertes, acostumbradas al día a día trabajando. Y su cara está surcada de arrugas de estar a la intemperie expuesta a los fríos inviernos y a los veranos implacables de aquí en la Meseta, donde el sol no perdona y abrasa en la época de siegas.

—Muy bien, Martín, veo que eres un estupendo analizador de la condición humana —celebró su padre.

Desde que Martín conoció a Leandro, había aprendido a ser como él en el trato y los juicios sobre las personas. Siempre educado, procuraba fijarse en su interlocutor con objeto de entresacar datos de su personalidad, de su oficio, de sus motivaciones... Su padre le había aleccionado bien. Decía que para un médico era vital conocer a su paciente, y cuanto más se fijara en todos los detalles, tanto anímicos como físicos, mucho más fácil sería poder diagnosticar su mal y curarle después.

Por supuesto, a veces fallaba en sus apreciaciones; pero eran las menos. Después de un turno de visitas a pacientes, solían comentar aspectos de uno u otro enfermo a modo de intercambio de pareceres. Descubrió que, de un tiempo a esta parte, casi coincidían en todas sus apreciaciones de las personas que habían pasado por sus manos.

Martín, pese a sus dieciocho años, ya era un médico experto. Se había aplicado muy bien con el cuchillo y, de su etapa con Leandro, el sacamuelas, con el que había estado durante casi un mes aprendiendo, le había quedado una práctica más que notable como dentista. Además junto a Leandro, las pizarras de este y los paños de Ximena, elaboraban un gran número de remedios en su farmacia particular.

Al día siguiente, casi al alba, aparecieron Luisa y Ramón, la pareja de sirvientes. Ambos debían rondar los cincuenta años. Al verlos llegar, Martín se dio cuenta de la forma característica de andar de Ramón. La pierna derecha debía haberse fracturado a la altura de la rodilla. El hueso se debía haber desplazado y después soldado creando una postura anómala. Ramón arrastraba ligeramente la pierna y además no apoyaba plano el pie en el suelo. La cadera se había acostumbrado a balancearse para avanzar y estaba claro que con esa manera de andar no se podía seguir un arado.

Luisa era una mujer pequeña y risueña, con unos preciosos ojos violetas. Era puro nervio y casi desde que llegó a la casa empezó con fervor a recoger los cacharros que

estaban algo dispersos por la cocina en donde acababan de desayunar Leandro y Martín. Casi no portaban enseres, en un fardo que Ramón cargaba al hombro llevaban todas sus pertenencias que se reducían a unas pobres prendas de abrigo para los inviernos.

Leandro le comentó a Luisa que dejara la cocina hasta que se hubieran aposentado y conocieran la casa. Luisa le miró fugazmente y sonriendo contestó mientras seguía trabajando que tiempo habría de conocer la casa; pero que siempre aparecería mejor si estaba toda limpia y recogida.

Leandro y Martín cruzaron una mirada mientras se sonreían. Nunca, desde que vivían juntos, habían tenido un toque femenino en casa, y eso, estaba claro, iba a cambiar desde ese momento. Ramón se los quedó mirando y con una leve sonrisa, se encogió de hombros como diciendo que era mejor no discutir con Luisa.

Martín supo en ese momento que Luisa y Ramón iban a ser parte de la familia.

XVIII

Las semanas pasaban raudas. Martín conocía ya casi todos los rincones de la ciudad. Daba largos paseos con su padre que le contaba vivencias de sus días como médico de la corte mientras le enseñaba Toledo.

Casi todos los días, excepto los domingos, se acercaban al monasterio que había a las afueras de Toledo. Para llegar a él, se cruzaba el río Tajo por un puente por debajo del cual había una pequeña zona en donde los habitantes de Toledo, generalmente los más jóvenes, bajaban a darse un baño en las calurosas mañanas de verano. Justo al otro lado del río, se erguía la otrora fortaleza romana que protegía la entrada de la ciudad reconvertida ahora en monasterio. Allí, en la espléndida biblioteca que poseía, se aplicaban al estudio de los grandes médicos de la antigüedad. A Martín le interesaba sobremanera el libro de Dioscórides «*De Materia Medica*». Era una farmacopea de primerísimo orden escrita por un médico que, como Leandro, fue cirujano del ejército. Además, estaba acompañada de dibujos de las plantas que describía, con lo cual, aunque la denominación del autor fuera distinta al nombre que conocía Martín, era posible identificarla por el dibujo. Solo tenía un problema y era que estaba escrita en griego, una lengua que Martín no dominaba del todo pese a que Leandro le había impartido clases en la montaña todos los inviernos. A Martín entonces no le había parecido importante aprenderla, pues no le encontraba ninguna aplicación. ¡Cuántas veces se recriminaba ahora esa dejadez! Tenía una joya en sus manos para el estudio de la botánica y su aplicación en la medicina y casi no podía leerlo.

Gracias a Leandro y al tiempo que dedicaba a la lectura del libro, poco a poco fue haciéndose con esa lengua tan extraña a todo lo que conocía. Aunque dominaba el latín formal y el latín-hispano que derivaba de la evolución del latín en la Península desde hacía varios siglos y que era el idioma del pueblo, lo que se conocía por romance, el griego era totalmente desconcertante. La grafía era distinta y los sonidos extraños. Fue un trabajo arduo aprender ese idioma. Incluso la cada vez más remota lengua de los godos era más sencilla de aprender. Aunque claro está, la había oído y hablado con Ximena desde su más tierna infancia.

Cuando llegaban a casa, Martín se recluía para apuntar las cosas que había aprendido. No quería que nada se le olvidase. Había entrado en un fervor que nunca hubiese creído posible. Ahora entendía a los monjes que copiaban manuscritos en el monasterio. Era algo apasionante. ¡Cuántos conocimientos había recogidos en esos libros! Más de una vez, Luisa se acercaba a llevarle algo de comer porque le pasaban las horas en su habitación enfrascado en el estudio.

Los domingos acudían los cuatro a la misa de la catedral. Leandro había insistido

en que todos se compraran ropajes nuevos para acudir a los oficios y así, cada semana caminaban al paso lento de Ramón hasta el templo. Por el camino conversaban animadamente con sus criados.

Al llegar a la catedral, Martín procuraba no conversar con nadie, siguiendo las instrucciones de Leandro. Oían misa y volvían a casa donde siempre Luisa dejaba la comida a medio hacer para que al llegar, tras un par de vasos de vino, proceder al ágape. Realmente cocinaba de manera excepcional. Además era un don que parecía que le había dado Dios; ella misma se sorprendía en muchas ocasiones. Dado que Leandro disponía de dinero en abundancia, se consumían muchas viandas que Luisa jamás había probado porque su anterior vida como mujer de agricultor no se lo había permitido. Así había pasado de una monótona dieta de gachas y algún que otro potaje, a elaborar ciervo, jabalí, faisán y muchos otros platos. Siempre aplicaba alguna receta que conocía de algún plato similar para aderezar un plato nuevo. Por ejemplo, un día que Leandro apareció con un lomo de venado, Luisa se quedó un rato estudiando la pieza; probó con un cuchillo la consistencia de la carne y decidió que lo mejor sería dejarla macerando con vino un par de días a fin de ablandarla, para gran fastidio de Leandro que ya se veía paladeando el exquisito bocado. Tras macerarla con tomillo, romero y vino, dejó el lomo reposando en la alacena, protegido por un paño de las pesadas moscas del incipiente verano. Transcurridos los dos días, puso la carne en una sartén con manteca de cerdo y la acompañó con una salsa de cebolla, frita en el jugo de la carne con manteca y un poco de miel. La carne se había impregnado de las hierbas y el alcohol del vino la había ablandado. La salsa de cebolla con miel que la acompañaba, a medida que se enfriaba, se endurecía levemente. Así, el bocado resultaba exquisito al crujir suavemente el acompañamiento dulce mientras la sabrosa carne roja se deshacía en la boca.

Tras el festín, su padre se levantó de la mesa en donde comían los cuatro juntos, según había exigido Leandro, se acercó a Luisa, y cogiendo su menuda cara entre sus enormes manos le plantó un beso en la frente ante el estupor de todos. Después del beso, anunció su intención de tumbarse a dormir la siesta y dejó claro que no quería que le molestara nadie. Había sido una comida tan exquisita y copiosa que dijo que todos deberían dejar las labores propias y tomar ejemplo de él. Se despidió entre las risas de todos y el sonrojo evidente de Luisa.

Poco a poco, fue discurriendo el año. Ya estaba avanzado el otoño y, aunque los días aún eran templados, las mañanas empezaban a ser frescas. Martín tenía casi acabado el «*De Materia Medica*». Ahora que ya dominaba el griego, se acercaba a veces solo al monasterio del otro lado del río. No le hacía falta que Leandro le acompañase para traducir alguna palabra o algún concepto.

Uno de esos días que acudía solo al monasterio, al cruzar por el mercado, que ya a primera hora estaba montado, se encontró con un puesto que exponía un cuchillo

labrado de forma excepcional. Martín se acercó a la pieza y la tomó entre sus manos notando que el peso y el equilibrio de la daga resultaba perfecto. La estuvo mirando y estudiando durante largo rato cuando sus cavilaciones se vieron interrumpidas por una voz femenina:

—Es el mejor cuchillo que tenemos, caballero. No encontrará otro en toda la ciudad como ese.

Martín, al levantar la mirada del cuchillo se encontró con unos ojos ligeramente almendrados en el que jugaban con la luz el verde y el marrón. La muchacha sonreía orgullosa de que un noble señor se interesara por una pieza de la exposición. Esa sonrisa enmarcada en unas facciones suaves, un cabello azabache y una tez blanca, desarmó a Martín. Casi no podía articular palabra. Se quedó parado mirando alternativamente el cuchillo y a la muchacha sin saber muy bien qué decir.

Al final de lo que a Martín le pareció una eternidad, dejó el cuchillo sobre la mesa de la que lo había cogido y sonriendo levemente alcanzó a decir un suave.

—¡Gracias! —tras lo cual se fue con paso rápido.

Cuanto más se alejaba, más se maldecía. ¿Qué le había pasado?, ¿qué le había bloqueado?, ¿por qué había quedado como un idiota? En un repentino pronto, se dio la vuelta y regresó al puesto con un paso tan rápido como el que había empleado para irse. Se acercó de nuevo a donde la muchacha limpiaba una imaginaria mota de polvo de una pieza de latón y le dijo.

—¿Cuánto cuesta?

Sorprendida la muchacha por el alto cliente que volvía al puesto le contestó mientras le sonreía.

—Cinco tremises.

—Bien.

Y volvió a irse con paso rápido mientras la muchacha, risueña, le seguía con la mirada preguntándose quién sería ese apuesto y tímido muchacho.

Martín llegó hasta la biblioteca del monasterio y estuvo toda la mañana ojeando los libros sin realmente enterarse de nada de lo que hacía. No pudo concentrarse. Volvía una y otra vez a la escena del mercado. No se la quitaba de la cabeza. Nunca se había sentido tan cohibido. No es que fuera muy extrovertido, pero dado que atendían a la gente en todos los pueblos, no le costaba establecer diálogos ni le faltaban las palabras ni los temas de conversación. Así que no sabía muy bien por qué se había comportado de esa manera. Únicamente sabía que sentía la mirada de la muchacha en él y que eso era como un muro para sus pensamientos coherentes. Se le había acelerado el corazón y solo pensaba qué responder para parecer interesante delante de la chica. Lo peor era que, cuando iba a decir algo, no sabía qué comentar. Esa misma duda le resultaba embarazosa y por ello se ponía más nervioso, con lo cual, al final, no decía nada. Solo balbuceaba palabras sueltas.

Cerrando el libro del que apenas había leído dos páginas en toda la mañana, había llegado seguro a una conclusión: tenía que volver a ver a esa chica.

XIX

No pudo dormir ni esa ni las siguientes noches. Solamente acertaba a pensar en sus deseos de volver a encontrarse con esa chica. Había pensado en la conversación cientos de veces y en lo que diría cuando se la volviese a cruzar.

Por supuesto, ahora salía siempre con dinero en el bolsillo, por si se encontraba con el puesto, poder comprar algo. Además, el cuchillo era en verdad magnífico. Por fin, llegó el martes, que era el día del mercado. Martín se arregló lo mejor que supo, e incluso pidió opinión a Luisa.

—Luisa, ¿crees que voy demasiado arreglado? — preguntó Martín un tanto cohibido.

Luisa, que estaba de espaldas haciendo un atado de plantas aromáticas, se dio la vuelta y miró al mocetón de arriba abajo. Martín se había puesto una blanca camisola larga de lino y unos pantalones de lana gris. Terminaba el conjunto con las mejores botas de piel de ternera que tenía.

—Hoy no es domingo ¿verdad, señorito?

—No, no lo es, Luisa. Tú solo dime si voy bien arreglado —dijo Martín nervioso. Luisa se le acercó y con la mano colocó bien el corto flequillo de Martín.

—Está radiante, señorito.

—¡Gracias! —dijo sonrojándose Martín mientras se daba la vuelta y salía a la calle casi a la carrera.

Al cabo del rato, apareció Leandro y preguntó a Luisa qué le pasaba a Martín que corría tanto.

—Señor, creo que Martín ha conocido a una joven —comentó Luisa con cara risueña.

Leandro miró a Luisa con ojos como platos. Martín tenía dieciocho años, casi diecinueve. Estaba claro que este momento debía llegar, incluso se había demorado mucho. Esperaba únicamente que tuviera buen criterio y no se buscara problemas.

Martín casi corría en pos de la plaza donde había encontrado el puesto de la chica. Al llegar a la plaza redujo la velocidad de sus pasos. Fue buscando el tenderete de la muchacha. Después de recorrer el mercado, solo encontró un puesto de cuchillos que atendía un hombre con expresión afable. Se acercó tímidamente intentando descubrir el cuchillo que había visto la semana pasada para comprobar si era el puesto de la chica.

El tendero al verle curiosear le preguntó.

—¿Busca algo en particular, señor?

—En realidad, sí. Creí ver la semana pasada un bonito cuchillo labrado en este puesto.

—¿La semana pasada? Ah, cierto, vino mi hija, ya que me hallaba indispuerto. El

cuchillo al que se refiere debe ser una pieza que vendió a un joven caballero de la corte. De hecho, me ha encargado un cuchillo gemelo.

A Martín, el hecho de que otro caballero se hubiera puesto en contacto con la muchacha, ya le sentaba mal. Y además, le había comprado el cuchillo. Tonto, tonto y cien veces tonto, se llamó a sí mismo.

—Si usted lo desea, tengo otros cuchillos magníficos. E incluso si me describe algún tipo de cuchillo que le guste, puedo fabricárselo —comentó el tendero.

Este último ofrecimiento le dio una idea a Martín.

—En realidad, sí. Verá, soy cirujano y necesito un equipo de cuchillos para mi trabajo. Quizás podría ir un día a su taller y enseñarle cómo los quiero.

—¡Magnífico! —afirmó el mercader oliendo el dinero de un buen encargo—. No hay cuchillo que no le pueda fabricar. Llevo treinta años en esta profesión y créame, no encontrará mejor herrero que yo, sobre todo en la elaboración de trabajos finos.

—De acuerdo —dijo Martín animado por la posibilidad de ir al taller del herrero y encontrarse con la hija del mismo.

Tras aprenderse la dirección, quedaron para esa misma tarde. Martín regresó casa. Al entrar se encontró con Leandro.

—Pronto regresas, Martín.

—Padre, he tenido una gran idea. He conocido a un herrero que fabrica los mejores cuchillos que he visto en mi vida y he pensado en encargarle que me haga un juego de cuchillos de cirujano.

Leandro miró a su hijo. Ciertamente estaba preparado para realizar cirugías por sí mismo. Y es cierto que necesitaría su propio juego de herramientas; pero había algo más en la mirada de Martín: ansia, deseo, una luz especial en su cara.

—Y ese repentino interés por tener cuchillos... —y dejó la frase sin acabar.

—Creo que es una buena idea. Podríamos separar las consultas y así acabar antes las mismas. Atenderíamos a dos pacientes cada vez.

Leandro no pudo rebatir el argumento. Aún algo mosca por lo que había dicho Luisa aventuró.

—Y ese herrero, no tendrá una hermana o una hija, no sé..., ¿especial?

Martín enrojeció de pies a cabeza. Debía haber sido Luisa, estaba claro. Aunque su padre era un estupendo observador, no podría haberlo descubierto sin ayuda. Se sentó al lado de su padre.

—Sí, padre. Tiene una hija preciosa —dijo en voz baja.

Leandro le apoyó una mano en el ancho hombro:

—Ya decía yo —dijo sonriendo—. De todas formas, iremos a ver a ese herrero y comprobaremos qué clase de material tiene.

—¿Iremos?

—Por supuesto, Martín. Quiero comprobar si es realmente fino en sus trabajos —y añadió siempre sonriendo—. Un cuchillo de cirujano es un instrumento muy preciso que necesita una gran habilidad en su elaboración. Además —añadió

cómplice—, alguien tiene que distraer al padre para que los hijos puedan hablar tranquilos.

XX

LLEGARON al taller del herrero y llamaron golpeando la puerta utilizando la aldaba en forma de arandela de hierro decorada a modo de una serpiente mordiéndose la cola. Leandro la estudió con agrado mientras esperaban a que les abrieran la puerta.

—Parece ser que, efectivamente, tiene buenas manos —comentó Leandro mientras al otro lado de la puerta se oían los pasos de alguien que se acercaba a abrir.

—Buenas tardes, señores —dijo la voz aterciopelada de la muchacha del mercado mientras Martín notaba de nuevo unas palpitaciones similares a las que sintió la primera vez que la vio.

—Buenas tardes, señorita. Soy Leandro, el padre de Martín —dijo señalando a su hijo—. Teníamos una cita con el que tengo entendido que es su padre, para ver unos cuchillos.

Martín se quedó de piedra, por un lado, su padre no le presentaba como su alumno, sino como su hijo; y por otro, la chica le había mirado largamente tras la presentación.

—Encantada. Yo soy Inés. En efecto, mi padre es el herrero que fabrica los mejores cuchillos y espadas de Toledo — afirmó orgullosa la joven.

Inés, Inés... Martín saboreaba su nombre. Estaba totalmente embobado con la chica y ni siquiera notó cómo su padre tiraba de él hacia dentro de taller.

Siguieron a la chica por un corto pasillo al final del cual se abrían dos puertas. En una de ellas se veía una gran estancia al fondo de la cual una fragua centelleaba e irradiaba un gran calor a la casa. Entraron por la otra puerta que daba al almacén. Se oían voces dentro y al entrar vieron al hombre del mercado dialogando con un joven muy bien vestido.

Cuando entraron en la sala, ambos se volvieron en dirección a los visitantes que entraban precedidos por la muchacha.

—¡Ah! Buenas tardes, señores. Por favor vayan con Inés viendo algunos de nuestros trabajos. En seguida estoy con ustedes —dijo el herrero.

—No, por favor, por mi no lo haga maestro Vicente —dijo el joven, adulator con una voz atiplada y dulzona, mientras se comía con los ojos a Inés—. Ya está todo hablado, volveré mañana a ver cómo avanza en la fabricación de mi cuchillo.

—Pero, Don Siro, como ya le he comentado, mañana no lo habré terminado aún.

—Da lo mismo, me gusta ver los progresos que hace con él.

A Martín no se le escapó que lo que le gustaba era visitar la casa del herrero por otra cuestión.

—Como guste, Don Siro. Ya sabe que siempre es bien recibido en esta casa.

—Por favor, atienda a estos señores. Seguro que Inés puede acompañarme a la

puerta —dijo de nuevo con una mirada que Martín reconoció en muchos depredadores.

La chica esbozó, según le pareció a Martín, una sonrisa un tanto forzada. Bien, pensó, a ella no le gusta. Y a continuación les vio salir por el pasillo.

—Por favor, pasen. Lo siento, no esperaba la visita de Don Siro. Compró un cuchillo el otro día en el mercado y me ha encargado otro igual. Es un trabajo muy elaborado y que requiere gran cantidad de tiempo; pero Don Siro es impaciente y acude día tras día a ver cómo progreso en la fabricación. Nunca tuve un cliente tan interesado en una pieza. Leandro y Martín se miraron brevemente. Se conocían lo bastante para saber que los dos estaban pensando en lo mismo. Al tal Don Siro, le traían sin cuidado los cuchillos.

Leandro avanzó hacia el herrero suspirando interiormente. Martín acababa de conocer a una chica, por cierto, bellísima, y ya tenía un contrincante. ¿Por qué la vida no podía resultar más fácil?

La entrevista con el herrero fue agradable. Realmente la exposición era estupenda y la variedad y calidad de los trabajos era impresionante. Leandro le contó las características de los cuchillos que precisaban, mientras el herrero hacía comentarios técnicos muy acertados que denotaban que sabía de qué estaba hablando.

Al cabo de lo que a Martín le pareció una eternidad, entró Inés. Parecía azorada y un tanto indisputada. Sin embargo, sonrió iluminando la estancia nada más se acercó al trío de hombres que la esperaba enfrente de la exposición de las espadas.

Martín volvió a embobarse mientras la respiración se le aceleraba.

Leandro lo notó y le echó un capote:

—Disculpe, señorita. ¿Podría darle algo de beber a mi hijo? Le noto algo acalorado. Nació en las frías montañas del norte de León y el calor le afecta más de lo que quiere admitir.

—Claro, por supuesto —dijo rápidamente el herrero—. Inés, acompaña a Don Martín al patio y que tome un poco de vino. Debido a la fragua, es cierto que la temperatura de esta casa es considerablemente alta. Nosotros ya estamos acostumbrados y no nos damos cuenta —dijo a modo de disculpa.

—Por favor, si quiere acompañarme —invitó la muchacha mirando muy fijamente a Martín mientras este daba las gracias internamente a su padre.

Salieron a un bonito patio en donde una gran mata de romero que crecía en un rincón aromatizaba el lugar. La tarde llegaba a su fin y empezaba a menguar la luz del día.

—¿Qué desea? ¿Vino o agua?

—No, en realidad, no tengo sed, gracias. Me reconforta el fresco de la tarde.

—Sí, hace mucho calor en la casa.

Martín, no pudo esperar más, no quería que la conversación girase en torno al calor, al frío, a todo eso que se habla cuando en realidad la situación entre dos personas no es fluida.

—Así que ese don Siro, es el que me quitó el cuchillo ¿verdad? —preguntó mientras la miraba directamente a los ojos.

La muchacha, que no se esperaba ese giro de la conversación, pareció un tanto ofuscada; pero se recuperó de inmediato:

—Don Siro se encaprichó del cuchillo el mismo día que coincidimos en el mercado. Se encaprichó de él y encargó otro igual — manifestó Inés mirando a algún punto entre sus pies.

—Sí, conozco la historia. Y además viene a diario, seguramente a buscar algo más —se atrevió a insinuar, osado, mientras se sorprendía de su propia audacia.

Inés le miró largamente. Era realmente bonita. Sus ojos parecieron chispear al notar el interés y los celos que destilaba la voz de Martín. Al final de lo que a Martín le pareció un suspiro, porque una vez más estaba recreándose en la cara de la muchacha, contestó:

—Es un caballero muy cortés y muy atento conmigo —dijo dibujando una sonrisa—. Evidentemente le gustan los cuchillos y es famoso en Toledo por ser uno de los espatarios del rey. No creo que venga por otra razón, no sé que más podría buscar en esta casa —dijo coqueta mientras comenzaba a caminar en dirección al romero.

—Don Martín, ¿es cierto que es médico? —preguntó ladeando la cabeza y con una nota de interés.

—Lo soy.

—¿No es aún muy joven? —insistió ella aún paseando.

—Sí, creo que soy muy joven para que me llames Don Martín. Por favor, llámame solo Martín — respondió él mientras Inés sonreía.

Al fin llegaron al pie del enorme arbusto de romero que crecía en la esquina del patio. Ayudado por unos cordeles que le conducían las ramas y le impedían que cayesen por efecto del peso, la planta se elevaba muy por encima de sus cabezas.

—De acuerdo, Martín. Es que me choca que siendo tan joven te atrevas con los cuchillos de cirujano.

Martín sintió una calidez especial cuando oyó su nombre pronunciado por Inés.

—Llevo de aprendiz casi diez años —presumió—. Por ejemplo, ¿sabes que de esta planta —preguntó al tiempo que cogía una rama de romero— podrían prepararse más de treinta remedios distintos para diferentes afecciones? Por ejemplo, mezclado con vino se usa para dar friegas contra el reuma, hervido en fresco se utiliza para hacer inhalaciones a fin de conseguir respirar mejor...

Y así siguió durante un buen rato enumerando las múltiples opciones que daba el romero como medicina mientras Inés le miraba con atención sentada en un sillar con los ojos chispeantes y una sonrisa en la cara.

Después de la conferencia, siguieron hablando ya de otros temas distintos y cuando se quisieron dar cuenta, la noche se les había echado encima.

—¡Qué hermoso patio! —se oyó el vozarrón de Leandro quizás un poco más fuerte de lo normal mientras entraba con el padre de Inés.

Los chicos se sorprendieron y sonriendo se acercaron a los padres que entraban en el patio en ese momento. Tras un breve rato comentando los pormenores del pedido de los cuchillos que habían acordado, se dispusieron a abandonar la casa taller.

Mientras se dirigían a la puerta, Inés se acercó a su padre y comentó:

—Quizás Don Martín quiera supervisar los trabajos de sus cuchillos.

—Por supuesto —dijo alborozado el padre de Inés—. Venga siempre que quiera, sus consejos serán muy útiles. A fin de cuentas son para su uso personal y deben adecuarse bien a sus especificaciones.

—Claro, claro, por descontado. Les tomo la palabra — apostilló Martín alegremente—. Pasaré por aquí entonces.

Y así llegaron a la puerta en donde definitivamente se despidieron. Martín volvió a casa como flotando. Leandro sonreía cómplice, e internamente se felicitaba por la elección de Martín. La chica era deliciosa, educada, bella, refinada e inteligente. Ese último apunte de que Martín podría querer supervisar el trabajo, estaba claro, no tenía otro objeto que el de mantener unas visitas cercanas en el tiempo.

¡Ah!, pensó, quien tuviera dieciocho años otra vez.

XXI

MARTÍN e Inés se vieron casi a diario a partir de aquel primer encuentro en el taller. Con la excusa de ver cómo avanzaban los trabajos, acababan casi siempre pasando la tarde en el patio del romero. De todas formas, las visitas estaban justificadas y los resultados de ellas eran patentes en el magnífico juego de útiles que Vicente, el herrero, estaba confeccionándole a Martín. Además de los finos cuchillos de cirujano, estaba elaborando unas tenazas de dentista, punzones e incluso una sierra para cuando había que amputar miembros.

Todos estos instrumentos los hacía con los mejores materiales. Además había creado un mango para cada uno, de acuerdo a las medidas de la mano de Martín.

Martín veía con desazón cómo el trabajo finalizaba y buscaba en su mente nuevas herramientas que encargar para prolongar sus visitas al taller.

Una tarde, cuando se aproximaba al taller, desde lejos alcanzó a ver cómo Inés estaba en la puerta con otra persona. Se acercó y comprobó que se trataba de Don Siro. Sabía que había acudido alguna vez al taller pese a que su cuchillo ya estaba entregado. Al acercarse, este se dio la vuelta y se quedó mirándole fijamente.

—Buenas tardes —saludó Martín educadamente mientras miraba serio a Don Siro.

—Buenas tardes —respondió Don Siro arrastrando un tanto la voz.

—¡Hola, Don Martín! —dijo Inés formal con voz que denotaba alivio.

—¿Está tu padre, Inés? —preguntó Martín ignorando por completo a Don Siro y esperando que este lo notase y se sintiese fuera de lugar.

—¿Inés? ¿Tu padre? ¡Qué familiaridad! ¿Acaso sois primos o algo por el estilo? —insinuó mordaz Don Siro mientras miraba con desprecio a Martín.

—Soy amigo de la familia —dejó caer Martín mientras se acercaba a un paso de Don Siro y lo miraba desde arriba.

Martín le sacaba casi la cabeza a Don Siro, quien sin embargo no era bajito para la media. De todos modos, la proximidad del corpachón de Martín intimidaba y eso lo utilizaba Martín cuando, en casos como este, alguien quería amedrentarle.

Don Siro, acostumbrado a la pleitesía que le mostraba el pueblo llano tratándose de uno de los guardas personales del rey, encajó mal el pequeño atrevimiento de Martín.

—Le estaba comentando a Don Siro precisamente que mi padre ha salido a entregar un trabajo y que no sé cuánto podrá tardar en regresar —dijo Inés nerviosa palpando la tensión que flotaba en el ambiente.

—Y yo le estaba diciendo que me quedaría con ella a esperar su retorno —replicó Don Siro con gesto altanero y arrogante mientras no quitaba ojo a Martín.

—Es muy considerado por su parte el ofrecimiento; pero no se moleste, ya queda

en buenas manos —ofreció Martín con su voz más neutra y queriendo zanjar el asunto.

—¿Dejar a tan gentil dama en manos de un patán? Mi honor lo impide —contestó petulante Don Siro mientras sonreía, consciente del desplante que había lanzado a Martín.

—Dejemos pues que la dama elija a quien prefiere como escolta —aventuró Martín seguro de la elección de Inés.

Don Siro se dio cuenta que Inés, de forma muy sutil, se quedaba un poco por detrás de Martín, demostrando con que bando estaba en esta contienda. Por ello, prefirió el encuentro directo, muy seguro de que sus habilidades en el combate eran superiores a las del jovenzuelo, por grande que este fuese. Además, portaba una espada y una daga, mientras que Martín tan solo llevaba un pequeño cuchillo.

—Debo renunciar a que la dama elija un campeón, dado que es evidente que la estáis intimidando, así que, por favor, retiraros si no queréis resultar herido.

Y diciendo esto empujó a Martín mientras se dirigía hacia Inés. Martín, le cogió del hombro y Don Siro, que estaba esperando ese acto, desenvainando rápidamente la daga, se giró y le alcanzó en el antebrazo.

Martín, a pesar de la sorpresa de la acción, logró esquivar la verdadera intención de la puñalada. Pese a que le había herido en el brazo, solo fue un corte ligero, y no el traicionero tajo que pretendía Don Siro y que sin duda buscaba órganos más vitales.

Inés gritó quedamente al percatarse de la acción mientras se llevaba las manos a la cara. Don Siro, consciente de que había fallado en su verdadera intención pero aún así, confiado en que Martín se habría asustado, esbozó una cínica sonrisa mientras comenzaba a lanzar una nueva chanza acerca de Martín.

Pero no le dio tiempo a comenzar el diálogo, Martín le alcanzó la mano con una brutal patada que hizo que la daga saliese volando. A continuación, Don Siro doliéndose y maldiciendo su confianza, observó cómo el fornido joven se le abalanzaba encima y le propinaba un tremendo puñetazo en el mentón que hizo que se le nublara la vista. Además, se había mordido la lengua al encajar el golpe. Estaba totalmente aturdido y dolorido y, en un movimiento reflejo, buscó la espada. Martín, sorprendido de que aún estuviese en pie su rival, comprobó cómo la mano derecha de este cogía la espada que iniciaba el recorrido de salida de la funda. No se lo pensó dos veces y le lanzó otro puñetazo, este en el estómago, que dejó doblado a su rival. Recordó las enseñanzas de Leandro, «no te pelees; pero si te ves obligado a luchar por tu vida, pelea con todas tus fuerzas hasta que tu enemigo esté totalmente fuera de combate».

Un rodillazo en la cara, ahora que estaba inclinado el cuerpo, hizo que Don Siro volara hacia atrás cayendo cuan largo era en medio de la calle a la que se habían acercado varias personas al escuchar la pelea.

Don Siro permaneció inerte boca arriba y con los brazos en cruz. La espada sobresalía levemente de la funda. De su nariz y de su boca, manaba abundante sangre y en la mejilla se empezaba a formar un moratón en la zona en que el puño de Martín le había alcanzado.

Un soldado apareció como por arte de magia y, apartando a los curiosos, se acercó al cuerpo tendido en el suelo mientras evaluaba a Martín que estaba siendo atendido por Inés de la herida en el brazo.

—¿Sabes a quien acabas de derribar muchacho? —inquirió el guardia una vez constató que Don Siro respiraba.

—A un arrogante traidor —dijo un airado Martín.

—Tranquilízate, no te voy a juzgar, solamente quiero que sepas que te has ganado a un peligroso e influyente enemigo. Don Siro no es el personaje más querido de la ciudad, y eso es por algo. Seguramente tendrías tus motivos para hacer lo que hiciste, pero te advierto que el rey tiene en gran estima a Don Siro y seguramente hará caso a su versión antes que a la tuya. Ahora, vete, no quiero que estés cerca cuando despierte, me tocaría arrestarte y ya he visto lo que eres capaz de hacerle a uno de los comes exercitus del rey.

¿Comes exercitus?, ¿uno de los capitanes del ejército además de espartario del rey? Estupendo, pensaba Martín para sus adentros. No se lo explicaba, él no era así de violento. No sabía que le había pasado para que se desencadenaran así los acontecimientos. Pero el caso es que ya estaba hecho. Ahora había que ser pragmático.

Inés le había colocado un vendaje en el antebrazo herido apretándole la herida para que no sangrara. Le ardía el brazo ahora que la adrenalina había pasado. Miró a Inés con turbación y vio gruesas lágrimas que le corrían por la cara mientras le miraba compungida.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé, Inés, no lo sé. Iré a contarle a mi padre lo que ha sucedido. Seguro que él sabrá cómo proceder.

—Corre, ve, no te demores. No quiero que te vea Don Siro cuando despierte.

—¡Inés...! —dijo Martín para a continuación callar mientras las palabras que quería decirle se le morían en la boca.

—¡Martín! —dijo a su vez Inés—. Corre, vete —imploró.

Martín miró una vez más a su contrincante tendido en el suelo y al que el soldado estaba intentando reanimar. A continuación salió corriendo como alma que lleva el diablo. Corrió tanto como pudo. Era una liberación de la angustia que sentía. Cuando al fin llegó a su casa, entró atropelladamente en el patio en donde estaba Espolones tumbado.

El perro debió notar algo en el semblante y la actitud de su dueño, puesto que de

inmediato, se levantó y se dirigió hacia él ladrando roncamente al aire como advirtiéndole que estaba allí para quien osara molestar a Martín.

Leandro que oyó el escándalo, se asomó a la puerta de su habitación y vio cómo Martín recuperaba fuelle. Advirtió de inmediato la mancha de sangre en la bocamanga de la camisola de Martín y el lazo anudado en él.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —preguntó mientras se aproximaba sin quitar ojo al brazo herido de Martín.

—Padre, he tenido una pelea con Don Siro.

—¿Con Don Siro?—exclamó casi en un grito Leandro.

Martín agachó la cabeza asintiendo y notando que la congoja se apoderaba de él.

—Pero hijo, por Dios. ¿No había otra persona en todo Toledo con la que pelearse?

—Lo siento, padre. De verdad que lo siento.

—¿Lo has dejado muy maltrecho? —preguntó Leandro mientras aflojaba el lazo que Inés le había anudado en el brazo para detener la hemorragia —porque estoy seguro que él habrá llevado la peor parte ¿no?

—¿Tanto confías en mi destreza?

—Martín, hijo, eres tan grande como el que más. Eres condenadamente rápido y ágil y además te has entrenado desde hace mucho tiempo y de forma constante, así que sí, confío en que tú hayas sido el ganador del combate. He conocido a pocos hombres con más condiciones y mejor preparados que tú para ser guerrero.

Martín se sintió bien interiormente por las palabras de su padre. Nunca en su vida se había peleado con nadie nada más que en sueños. Como todos los chavales, había soñado alguna vez participar en una batalla y abatir a varios enemigos; pero eran sueños de chiquillo. En realidad, habiéndose criado entre el dolor y las heridas de los demás, conscientemente comprendía que no sería capaz de infligir heridas si no se daban las condiciones de verse arrastrado a defenderse, como había sido el caso.

Aún así, sabía que, de repetirse la situación, volvería a actuar igual. Ese condenado Don Siro había querido malherirle, además a traición.

Contó cómo se habían desarrollado los acontecimientos. No omitió nada, ni siquiera la advertencia del soldado. Mientras tanto, Leandro le curaba la herida lavándosela con vino y poniéndole un vendaje apretado. Cuando terminó, miró fijamente a su hijo y le dijo de forma serena aunque seria:

—Sabes que debes irte de la ciudad, ¿verdad?

A Martín se le nubló el semblante. Don Siro era un terrible enemigo y quería venganza. Para su honor, había sido una afrenta terrible el verse derrotado por un muchacho desarmado. El puesto que desempeñaba como guardia personal del rey y además capitán del ejército, le hacía fácil el poder mandar a los soldados a fin de que le prendiesen. Y no le cabía duda que se inventaría una historia en la que sería víctima de un asalto por parte de Martín como excusa para sus heridas. Por todo ello, sí, comprendía que no podía permanecer en la ciudad. Sería una presa muy fácil.

—¿Me has entendido, hijo?

—Sí, padre. ¿A dónde iremos?

—Volverás a tu valle original de las montañas de León. Pero irás tú solo, Martín. Yo debo quedarme e intentar que me devuelvan viejos favores para que no seas un prófugo de la justicia. Si no lo intento ahora, siempre deberás vivir escondido, con miedo de que te apresen. Don Siro no es un hombre que olvide y mucho menos que perdone. Acudiré si hace falta al rey; pero te prometo que lograré tu perdón aunque para eso necesito mucho tiempo y saber que estás libre. Preso se lo pondrías muy fácil a Don Siro. Ahora corre, prepara tu equipaje, yo compraré un buen caballo de monta. Debes salir hoy mismo antes de que se precipiten los acontecimientos.

Martín se acercó a su habitación y preparó un zurrón con alguna ropa para cambiarse. Tomó unas cuantas monedas para afrontar los gastos del viaje. Decidió también coger sus armas, pues no quería ser presa de bandoleros de los caminos. Era consciente que debía abandonar las vías principales, por donde se centraría la búsqueda. Debería ir campo a través para discurrir con cierta seguridad en cuanto a las patrullas de los hombres del rey; pero sería un camino más problemático por los posibles salteadores.

Cuando llevaba un rato ya preparado y esperaba impaciente la vuelta de su padre con el caballo, alguien llamó a la puerta.

Ramón abrió con prudencia, sabedor de la historia y dispuesto a mentir acerca de Martín si era preciso.

Tras un instante en el que dialogaba con alguien, dejó pasar a dos personas. Martín palideció al ver que eran Vicente e Inés.

—Martín, muchacho —dijo Vicente acercándose.

—Don Vicente, Inés. Lo siento, de verdad, les he puesto en graves apuros.

—Hijo, ese Don Siro es un mal hombre. Inés ya me había contado que la acosaba durante las frecuentes visitas que realizaba al taller. Por eso sus trabajos procuraba terminarlos de inmediato.

Martín palideció al oírlo. La furia que había sentido horas antes, volvía con más fuerza aún si cabe. Ese mal nacido había acosado a Inés.

—Te hemos traído los útiles que tengo terminados. Porque supongo que abandonarás la ciudad... ¿Verdad, muchacho?

Martín sintió un enorme dolor en el corazón cuando escuchó a Vicente y vio cómo a Inés las lágrimas le corrían por su preciosa cara.

En ese momento llegó Leandro con un hermoso tordo rodado de planta impresionante. Era un animal magnífico, el caballo de un noble. Debía haberle costado una fortuna.

Vicente se acercó a saludar a Leandro, momento que Martín aprovechó para hablar con Inés.

—Por favor, Inés, no llores.

—Martín, ¿volveré a verte?

Martín oyó esas palabras como anonadado. ¿Le estaba diciendo que le echaría de

menos? ¿Que era importante para ella? ¿Acaso que lo amaba?

—¡Claro! —dijo cogiéndole las manos en un gesto que un día antes no se habría atrevido a realizar. Y menos delante de sus padres.

El contacto con sus manos le provocó una quemazón en la zona en la que ella le apoyaba sus delicados dedos. Sus manos eran finas y su piel suave, tal y como muchas veces había imaginado. Inés alzó la cabeza y le miró con esos ojos que conseguían que a Martín se le pasara el tiempo embobado. ¿Por qué tenían que ser tan complicadas las cosas?, ¿por qué no se había decidido antes a expresarle sus sentimientos?

—¡Hijo! —dijo Leandro acercándose a la pareja—. Debes partir cuanto antes.

Besó las manos de Inés aspirando su perfume fragante y fresco. A continuación abrazó a su padre, dio un apretón de manos a Don Vicente, que a su vez le dio un pequeño cofre y se dirigió al caballo, donde Ramón terminaba de cargar el zurrón y las armas. Montó al caballo en el que ya estaba su equipaje preparado y justo antes de partir llegó Luisa corriendo con una bolsa de cuero que le acercó.

—Toma, Martín. Ahí llevas un odre de vino y algo de comer. Cuídate, hijo —acabó diciendo con la voz rota mientras una lágrima le caía por la mejilla.

Colocó la nueva bolsa en las alforjas y se puso el odre cruzado en bandolera. Levantó la mirada y alzando la mano se despidió de todos sin poder siquiera abrir la boca para decir nada. Sabía que no sería capaz de articular palabra.

Salió a la calle al trote. Espolones, al ver que su dueño partía, salió tras él pese a los gritos de Leandro llamándole. Viendo lo inútil de su carrera tras el perro, y alegrándose por dentro que algún amigo le acompañara, dijo en voz tan baja que casi era un mensaje para él mismo.

—Ve con él, pues, fiel Espolones. Y protégelo. Sabe Dios que puede le seas muy útil.

XXII

LLEGÓ sin problemas tras tres semanas de viaje a su aldea natal. Fue recibido como un rey. Llegaba en una montura tan magnífica y con un porte tan distinto al modo de vestir de las montañas que parecía un enviado de la corte y no un vecino del valle.

Munia, tras un instante de duda, corrió en pos de él. Le abrazó tan fuerte como cualquier hombre. Poco a poco, el resto de vecinos de la aldea fueron llegando. Todos celebraban ver a Martín. Además, sabían de sus buenas artes como médico por las veces que había pasado consulta con Leandro, con lo que era una llegada doblemente feliz.

Alvar apareció de los últimos. Venía de recoger leña para el inminente invierno. También había crecido, y si bien no era tan alto como Martín, en cambio era mucho más fornido. Tenía unos hombros cuadrados y unas manos grandes y duras, formadas por los trabajos del campo.

Se abrazaron conteniendo las lágrimas de alegría. Y tras los breves saludos de rigor, Alvar invitó a Martín a que fuera a conocer la casa que se había construido. Espolones permanecía al lado de Martín obediente, ya que varios mastines del pueblo le retaban desde sus respectivos cercados.

—Sigues teniendo a este perro con orejas grandes ¿eh?

—Ya sabes, fue él quien me eligió. Esta vez también eligió venir conmigo —rio Martín.

—En verdad, se ha hecho enorme; menos mal que es tranquilo y obediente porque seguro que si no tendríamos pelea asegurada con el perro de Servando.

—¿El hijo de Segismundo? —dijo Martín haciendo memoria.

—El mismo. Ahora que su padre está ya muy mayor, será en breve el jefe del clan.

—Oye y dime: ¿cómo es que tienes una casa? ¿Te vas a casar?

Alvar apartó un poco la mirada y sonriendo le contestó.

—Sí, la próxima primavera. Es una chica del valle de al lado. Se llama Guiomar. La conocí en la fiesta de la luz. Ya sabes, nos reunimos los cuatro valles y llegó ella. Es hija de un carpintero. Ya la conocerás, porque te quedarás unos días ¿no?

—Creo que más que unos días —contestó taciturno Martín. Y a continuación pasó a contarle los pormenores de su precipitada salida de Toledo.

Llegaron a la casa de Alvar. Aún le faltaba terminar algún detalle; pero, en general, era ya perfectamente habitable. Ya colgaba un puchero de una cadena fijada al techo en el hogar y disponía del típico espacio para los animales.

A Martín le dieron ganas de decirle algo a Alvar acerca de la conveniencia de no tener a los animales dentro de la misma estancia en la que residirían; pero desistió.

Era un modo de vida tan tradicional y tan arraigado en la misma forma de ser de los habitantes de las montañas, que quizás le tomarían por un engreído, cuando no por un loco.

Compartieron unos cuantos vinos hasta que Martín notó que se le cerraban los párpados. Estaba exhausto por el largo viaje. Además no había sido nunca un gran jinete, generalmente se desplazaban andando o en carreta, así que, aunque hacía tiempo que ya no tenía agujetas, los músculos del cuerpo estaban bastante tensos y necesitaba descanso.

Se retiró a su antigua casa, en donde Munia ya había encendido la chimenea y un agradable calor se percibía nada más cruzar el umbral. La inminencia del invierno hacía que, en cuanto se retiraba el sol, la temperatura bajara considerablemente.

Cenó con Munia unas estupendas gachas con queso de cabra que le supieron a gloria. Era el sabor de casa. Esas sensaciones que desde pequeños se nos aferran a la memoria y que se implantan en aromas, gustos, texturas. Las gachas y, sobre todo, el ácido y pastoso queso le hicieron retroceder varios años a ese mismo lugar con su madre dándole exactamente lo mismo para cenar.

Cuando terminó de cenar, salió abrigado al exterior a ver las estrellas. El valle estaba tan alto que parecían más cercanas. El aire olía a la leña de los hogares y alcanzó a divisar varias luciérnagas en un zarzal cercano. Las luces tintineaban en un coro mágico en la despejada y fresca atmósfera. Estaba feliz de estar en casa.

Esa noche durmió como hacía mucho que no dormía. A pesar de que se levantó con el primer canto del gallo, se sentía fresco y descansado. Desayunó un cuenco de leche de cabra recién ordeñada y un poco de mantequilla untada en el pan que hacía Munia y que debía haber amasado y cocido durante la noche porque aún estaba caliente.

Decidió pasar consulta. El que no hubiera médico en los valles hacía que la aparición de uno se recibiera con ansiedad. Era consciente de que, aunque no se lo dijeran para no importunarle, rara sería la familia que no tuviera a un integrante que requiriera los oficios de un médico. Además, así se distraía y se mantenía ocupado.

Los pacientes eran, por supuesto, conocidos. Salvo un par de niños que habían nacido el último año, todos los demás eran vecinos de los de siempre. No había nadie con ningún mal grave. Extrajo además un par de muelas y un diente y antes de la hora de comer, ya había terminado.

Buscó a Espolones y no le encontró. Se había despistado y mientras atendía a sus vecinos, el perro había ido a dar una vuelta por el pueblo. Eso podía ser peligroso. El macho dominante de la aldea quizás quisiera bronca y Espolones no tenía pinta de ser de los que cedían.

Estuvo un buen rato buscándolo en vano. Al final decidió ir a comer. Con un poco de suerte, estaría con Munia.

Pasó toda la tarde sin saber nada de él. Alvar, regresó del bosque temprano y quedaron para ir a buscarlo por la mañana si no aparecía esa noche.

Todo lo descansado que se encontraba por lo bien que había dormido la noche anterior, se esfumó al no ser capaz de pegar ojo. Estaba preocupado por su perro. Por la mañana, salió con Alvar a buscarlo. Se dirigieron hacia los bosques, en donde estaba el aprisco de Segismundo y Servando.

Oyeron unas voces que provenían de allí. Era Servando, con un palo en alto, parecía bailar alrededor de algo. Cuando se acercaron, vieron con sorpresa que Espolones estaba tumbado, mientras Servando intentaba echarle con el palo. Se veía una gran cantidad de sangre en el pelaje de Espolones.

—¿Qué ha pasado Servando? —preguntó Martín mientras se encaraba con él.

—Tu perro y el mío se han enzarzado esta noche y están los dos medio muertos.

—Baja el palo, anda — invitó Alvar.

Martín se agachó junto a Espolones que permanecía tumbado. Tenía una oreja totalmente desgarrada y los belfos sangrantes. Una pata delantera aparecía asimismo lastimada. No parecía gravemente herido. Fijándose bien, descubrió que la sangre de los belfos no era de Espolones, debía ser del otro perro y se le había quedado pegada en el morro. Solo observó en las encías de la mandíbula inferior varios puntos de sangre. Una vez que hubo constatado que Espolones, cuanto tenía era totalmente agotamiento, aparte de esas heridas, decidió ver al otro perro.

Unos veinte pasos más al fondo estaba el otro contendiente. Era un enorme macho que permanecía también tumbado. Martín se acercó. Alvar y Servando estaban agachados al lado del cuerpo del mastín. Un enorme charco de sangre y varias salpicaduras por todos lados, indicaban que la pelea se había desarrollado en ese lugar. El mastín presentaba un estado lamentable, tenía una pata muy inflamada y la respiración muy queda. Martín lo examinó para intentar ver qué más daños podía presentar. Las carrancas que portaba en el cuello no parecían haberle protegido. Al final Martín descubrió el origen de la sangre de los belfos y encías de Espolones; al parecer durante la pelea, y tras varios enganchones en las patas y en las orejas, se habían trabado en un mordisco de boca contra boca. Espolones había mordido la boca abierta del otro perro, metiendo en su tremenda boca el hocico y la mandíbula superior del perro de Servando. Habría apretado y zarandeado al otro macho que también habría hecho presa teniendo la mandíbula inferior de Espolones dentro de su boca.

La contienda se decidió cuando Espolones, fruto de su enorme presa sobre el morro del otro perro, partió a este la mandíbula superior y los huesos del morro. En ese momento, el contendiente de Espolones debió quedar fuera de combate; las roturas eran dolorosas y además quedaba desarmado al no poder morder. Espolones lo dejaría en el momento que su contrincante cedió y se separó esos veinte pasos que los distanciaban; pero agotado, se dejó caer en el suelo.

El perro de Servando estaba realmente malherido. Permanecía inconsciente y seguía sangrando por la herida del morro. Se apreciaba un tremendo agujero de un colmillo marcado en lo alto del hocico. La fractura de la mandíbula era evidente por

el grotesco aspecto del morro del animal. Martín miró a Servando negando con la cabeza.

—Malditos perros —gruñó Servando.

—Lo siento —se excusó Martín contrito aunque contento porque no hubiese sido Espolones el que estaba malherido.

—No pasa nada, Martín. Tú no tienes la culpa. Es esa maldita manía de pelear que tienen estos perros. Siempre a vida o muerte.

—Lo sé. Aunque nunca había visto heridas como estas.

—Es lo común. Hace mucho que no estás por esta zona. Siempre muere algún macho durante el año. Siempre prueba alguno el liderazgo y siempre seguirá siendo así —contestó resignado Servando.

—Ahora el líder es Espolones —dijo Alvar—. El perro de Servando era el macho dominante del valle.

—Lo siento —dijo una vez más Martín.

—Tranquilo, Martín. Otras veces mi perro mató al de algún vecino. Supongo que se equivocó al enfrentarse al tuyo. Voy a cavar un hoyo donde enterrarlo.

Martín sabía que, aunque el perro aún vivía, no había esperanza para él. Un perro que no podía masticar, estaba condenado a una muerte lenta y dolorosa. Seguramente Servando le daría un golpe para acabar con el sufrimiento del can.

Cogió a Espolones y se lo llevó hasta casa. Le tuvo que ayudar Alvar. Espolones estaba totalmente exhausto y no podía andar más de cinco pasos seguidos sin echarse de nuevo al suelo. Cuando llegaron, Martín preparó una jofaina con agua que cogió del riachuelo y le lavó cuidadosamente las heridas mientras Espolones se dejaba hacer. La pata estaba inflamada pero no parecía que tuviera nada roto. Lo que le preocupaba eran las orejas. Tenía por un lado un desgarramiento importante de casi dos dedos en una; sin embargo, la otra oreja, la derecha, que no parecía estar marcada por los dientes, se estaba hinchando por momentos.

Después de limpiarle bien las heridas, le dio un poco de agua que el perro bebió con avidez, y le dejó descansar. Pasó todo el resto del día y toda la noche sin moverse. A la mañana siguiente, la oreja derecha estaba aún más hinchada; de hecho, parecía un odre. El perro se tocaba con la pata trasera mostrando dolor o picor o ambas cosas. Martín le observó el interior del oído y no le encontró nada. Era dentro de la piel de la oreja. Al tocarla el perro apartaba la cabeza, le dolía. Al final de la mañana, Martín decidió que había que abrir y drenar lo que quisiera que fuera que estaba acumulándose en la oreja.

Buscó en su botiquín un poco de amapola y la diluyó en algo de leche dándosela a Espolones que, por la temperatura y lo húmedo de su morro, denotaba tener fiebre. Le costó que la tomara porque el perro no quería tragar nada. Su estado de dolor debía ser extremo.

Martín llamó a Alvar para que lo ayudara a sujetarlo. No se le podía explicar a un perro lo que era una operación. Necesitaba unos brazos fuertes para aguantar a

Espolones cuando notara la incisión pese a estar ligeramente sedado por la amapola.

Sacó un cuchillo de los que le había hecho el padre de Inés. Voy a estrenarlo con mi perro, pensó. Miró a Espolones y vio sus tristes ojos cómo le devolvían la mirada.

—¿Preparado? —preguntó a Alvar que se apoyaba encima de Espolones mientras le cogía el morro con una cinta.

—Cuando quieras.

El corte sorprendió a todos. A Martín en el momento que hizo la incisión de unos tres dedos en el centro de la oreja por la parte exterior, porque empezó a brotar un líquido que unía sangre con un humor transparente y un poco de pus. A Alvar, porque el perro al notar la incisión pegó un enorme tirón hacia atrás defendiéndose del dolor y, a pesar de que Alvar lo esperaba, la potencia y la violencia del mismo, casi le descabalgaba de encima del perro que permanecía acostado de lado. Y a Espolones, porque tras el sajado de la oreja y la reacción lógica de escapar, notó cómo la inflamación bajaba rápidamente y cómo se le aliviaba la pulsión dolorosa que tenía localizada en ese punto.

Fue tal el alivio del perro mientras el espeso fluido manaba de la incisión, que se fue relajando y se dejó caer de nuevo mientras cerraba los ojos. Martín, con mucho cuidado, fue drenando bien la oreja. Aprovechó para estudiar la herida.

—Fíjate, Alvar. La oreja del perro es como una bolsa. La recubre la piel y tiene dentro esta parte más dura —dijo refiriéndose al cartílago—. Como se le había roto una vena dentro de la bolsa, se estaba acumulando la sangre dentro y no podía salir. Ya se estaba infectando. Creo que hemos llegado a tiempo.

—Ya te dije que era mejor cortarle las orejas —apostilló Alvar retrocediendo lo recomendado años atrás—. Ahora, ¿qué harás con este tajo? ¿Lo quemarás para que se cierre?

—No. Dejaré que se le cure por sí solo. Así queda abierto unos días por si queda algo de líquido dentro.

A continuación le afeitó la zona próxima a la incisión para que no le entraran pelos y le lavó la herida con un poco de vino y una tisana de escaramujo para ayudar a la cicatrización.

El perro estuvo casi día y medio sin levantarse ni comer. Dormía a todas horas. La oreja parecía curarse por momentos. Era, como decía Alvar, «*encarnadura de perro*».

Durante esos días, Martín no salió apenas de casa. Se lo debía a Espolones. Para eso estaban los amigos.

Una mañana, Martín se despertó con la cara húmeda. Allí estaba Espolones lamiéndole agradecido por los cuidados de su dueño. Fuera caían las primeras nieves del invierno.

XXIII

EL invierno fue bastante benigno. Las nevadas aunque copiosas como era normal en la zona, no estaban seguidas de días demasiado fríos. Durante toda la estación Martín y Alvar fueron inseparables. Estaban recuperando los años que se habían perdido de estar juntos.

Martín enseñó a Alvar a manejar el arco y la espada. En lo primero, Alvar fue un verdadero desastre, sin embargo, al empuñar la larga espada goda, la enorme fuerza de Alvar hacía que el manejo de la misma fuera cosa de niños. Hasta Martín estaba sorprendido. Alvar era bastante más lento que Martín, sin embargo los golpes eran demoledores. Tenía tal potencia que Martín cuando paraba algún golpe sentía como le vibraban los brazos, y eso que Martín no era precisamente débil de brazos. Pero los mazazos de Alvar eran tremendos.

Tras uno de los entrenamientos en el que, pese al frío ambiente, estaban los dos sudorosos, Martín le preguntó:

—Chico, no sé cómo tienes tanta fuerza en los brazos. Es como pegarle mandobles a una piedra.

—¡Ja, ja, ja! —rió Alvar mientras se apoyaba en la espada hendida en la nieve— Tienes que cortar más leña.

—¿Cómo?

—Esas hachas ridículas que tienes no harán de ti un buen leñador. Necesitas una buena hacha lusitana y unos buenos troncos de roble.

—¿Mis hachas? —y al preguntar cayó en la cuenta que Alvar se refería a las franciscas—. No, Alvar, esas hachas que dices, son hachas de lucha. No se usan para cortar leños. Pero si que tengo una buena lusitana. La que fue de mi abuelo Vicente.

—Es cierto. Además esa también es de lucha. ¿No ensartó con ella a tres bellacos? —dijo con ironía Alvar.

Era cierto. Martín recordaba la historia de su abuelo que murió defendiéndose de tres malhechores solo con su hacha de leñador, llevándose a sus agresores por delante. Se contaba que el hacha estaba atravesando el cuerpo de uno de ellos al que había dejado clavado contra un árbol que estaba a su espalda. Se había incrustado cinco dedos dentro de la madera con el cuerpo de por medio. Martín fue a buscar el hacha. Recordaba que de pequeño intentó una vez cogerla y se le cayó al suelo porque pesaba enormemente y su mango era casi tan largo como él.

El hacha estaba colgada entre dos ganchos en alto. Su madre la había colocado ahí para mantenerla fuera del alcance del pequeño y travieso Martín. Los dos jóvenes se acercaron a casa de Martín y descolgaron el hacha. La hoja estaba oxidada y el mango tenía una holgura que hacía bailar la hoja. Alvar la estudió con ojos expertos y pidió a Martín que se la dejase llevar para ponerla a punto.

—Es un hacha estupenda, Martín. Te la dejaré como nueva. Pasaré la piedra por todo el metal y la afilaré. El mango, dejándolo sumergido en agua, hará que crezca la madera y, con un par de cuñas, en la testa quedará anclado de nuevo.

Efectivamente, a la semana de habérsela llevado, una mañana, apareció por casa de Martín con el hacha.

—¡Eh, Martín! —gritó desde afuera — ¡Sal perezoso, vamos a cortar troncos!

Martín se asomó y vio a su amigo con dos hachas, una en cada hombro. Le tendió la de su abuelo Vicente y Martín volvió a sorprenderse del peso que tenía.

—Veamos qué tal se porta en el monte y si puedes con ella —dijo picándole.

—Vamos allá —respondió Martín riéndose.

Cogió un odre de vino y un poco de cecina, se puso un abrigo y salieron juntos al bosque vecino. Al llegar, Alvar designó un árbol, un haya de tronco enorme. En esa época del año estaba despoblado de hojas.

—¿No lo hay más grueso? —preguntó irónico Martín.

—¿No querías tener mis brazos?, ¿crees que los conseguí de sacarme las cascarrias de la nariz?

Ambos rieron la ocurrencia. A continuación Alvar tomó su hacha, una enorme herramienta aunque ligeramente más pequeña que la de Martín y le dio unos pequeños consejos de cómo atacar el tronco para que los golpes resultaran más efectivos. Debía pegar golpes horizontales de forma ligeramente oblicua y cuando hubiese dado tres o cuatro en el mismo sitio, dar un golpe de forma oblicua también; pero a la inversa, para que el golpe final se encontrara con la hendidura inicial. Y así progresivamente.

—¿En forma de V? —preguntó cándido Martín.

—No sé que es una V. Tú hazlo como yo —dijo Alvar mientras se acercaba al haya.

Se despojó de la capa que portaba encima, apartó un poco la nieve de la zona en la que iba a trabajar y comenzó a pegarle hachazos al tronco. Al cuarto golpe que pegó justo donde los otros tres anteriores, pegó otro debajo y un buen trozo de madera salió de una pieza. Martín entendió el concepto, se quitó el abrigo y procedió a golpear a su vez el tronco. No fue capaz de acertar con el hacha en el mismo sitio dos veces seguidas. Siempre se le desplazaba el corte uno o dos dedos arriba o abajo del corte inicial.

—¿Quieres cortar el árbol, o hacer serrín con él? —se burló Alvar.

—Calla, canalla —dijo riéndose Martín.

Siguió intentándolo y poco a poco fue consiguiendo que algún golpe coincidiese con la hendidura inicial. Después de unos pocos golpes ya sudaba profusamente y se quitó la chaqueta quedándose solo con una camisola de lana. Al poco, incluso la camisola le sobraba pese a que el ambiente era gélido. El vaho le salía no solo por la respiración: todo su cuerpo emanaba vapor. Los brazos ya le pesaban y notaba los músculos del hombro y el cuello cargados. Alvar por el contrario, al otro lado del

enorme tronco, seguía asestando brutales hachazos con una cadencia constante. Ahora entendía Martín de dónde sacaba esos golpes de espada su amigo.

Pararon a tomar un trago de vino y un trozo de cecina que Martín devoró. El frío de por sí ya le abría bastante el apetito; pero encima con ese trabajo...

Cuando fueron a reiniciar la tarea que se habían propuesto, Martín notó que ya se habían enfriado sus músculos, así que el hacha aún le pesó más. Después de un rato más atizando golpes al tronco, Martín paró agotado. Estaba totalmente desfondado. Cada golpe que daba le rebotaba en el cuerpo y además cada vez eran más débiles. Alvar se percató del estado de su amigo y se aproximó a él:

—¿Cansado?

—No, derrotado del todo.

—Trae, déjame probar el hacha de tu abuelo. Así además te limpiaré este desastre de tronco que has dejado.

La verdad era que la madera aparecía hendida en mil sitios distintos. En el suelo, en vez de las cuñas perfectas que sacaba Alvar de su lado, había pequeños trozos de madera.

Alvar sopesó el hacha y se aproximó al árbol. Comenzó a cortar saneando el tajo de Martín. A los pocos golpes, había limpiado el tronco de las hebras que Martín había creado al no acertar a dar siempre en el mismo sitio. Martín asistía perplejo a la facilidad con que Alvar pegaba los hachazos. Solo llevaba una fina camisola de lino que se le pegaba al cuerpo por el sudor. Destacaban los poderosos músculos del torso y los hombros; los brazos, enormes y muy marcados por el esfuerzo aparecían por la manga remangada. El movimiento de Alvar era elegante y brutal a la vez. Echaba los brazos hacia atrás levantando el hacha ligeramente por encima de los hombros, inclinaba un poco el cuerpo acompañando el balanceo y soltaba el golpe, preciso, tremendo y efectivo.

—Es un hacha de primera —comentó Alvar admirado mientras se la devolvía a Martín—. Bueno, ya te he limpiado el tajo. Así mañana podrás empezar de nuevo.

—Mañana no podré ni moverme.

—¡Ja, ja, ja! Haré de ti un leñador antes de que acabe el invierno.

Esa noche, le costó a Martín conciliar el sueño. Le dolía todo el cuerpo. Por la mañana, cuando al fin había conseguido dormirse, le despertó una voz:

—¿Dónde estás leñador?

No podía ser verdad, estaba molido. Solo el pundonor y el no querer quedar como un blando frente a su amigo, hizo que se levantara de la cama.

Volvieron al tronco que les esperaba desafiante. Tenía tal perímetro que para rodearlo harían falta cinco hombres asiéndose por las manos con los brazos extendidos.

De nuevo la mañana se llenó con el sonido de los golpes de hacha. Espolones remoloneaba alrededor de los esforzados leñadores. Martín volvió a acabar derrotado tras su segunda jornada. En las manos se le habían formado unas ampollas tremendas.

Una de ellas incluso tenía sangre dentro.

—Por lo menos sabes cuidarte las ampollas, ¿no? —le dijo Alvar piconero como siempre.

—Sí, algo tiene de bueno ser médico.

Al llegar a casa, con la punta del cuchillo más fino que tenía, hizo una pequeña incisión en cada ampolla. Sacó el líquido que contenía, se quitó la piel muerta y se aplicó un poco del preparado de escaramujo que había hecho cuando curó a Espolones.

Era noche cerrada cuando acabó el doloroso tratamiento. Tras la tensión que le había provocado el dolor de la cura, estaba exhausto. Los hombros y los brazos eran un suplicio por las agujetas que sentía. Notaba pequeños tirones en los músculos por realizar los movimientos más inocentes. De hecho, casi se queda enganchado de la espalda al inclinarse para quitarse las botas.

A pesar de que no sentía hambre y solo quería echarse en el jergón, Munia insistió en que comiera unos huevos que había cocido y un poco de cuajada con miel. Martín comió al principio con desgana; pero tras el cuarto bocado, acabó tomando también casi medio queso.

—Vaya, parece que al final tenías hambre —dijo cariñosa Munia.

—Estaba desmayado.

Se preparó una tisana con corteza de sauce y miel para quitar el amargo. Eso le ayudaría a descansar. Nada más tomarla le invadió un profundo sopor y, sin más, se metió en el jergón de paja y se durmió casi al instante.

Se despertó temprano. El sol rayaba por el horizonte. Se preparó una buena tostada de pan con mantequilla y miel. La miel era un lujo en esos tiempos y Martín seguía siendo un especialista en localizar y recolectar de los panales que se repartían por la montaña. Bebió una buena cantidad de leche de cabra recién ordeñada por Munia y enseguida apareció Alvar.

—¿Cómo está hoy el leñador?

—Si ayer te hubiera visto por la noche, te habría dicho que hoy no iba contigo. Pero he dormido bien y aunque podría contarme todos los músculos del cuerpo por el dolor que emiten, no voy a dejar que te quedes el honor de tirar ese haya tú solo.

—Bien dicho —celebró Alvar—. Si nos aplicamos, creo que de hoy no pasa ese condenado árbol.

—Vamos, pues, por él.

Al final de la mañana, Alvar se pasó al corte de Martín. Ya era peligroso asestar hachazos cada uno por un lado. Fueron turnándose en el golpeo al tronco. Uno Martín, uno Alvar, y así progresivamente. En un momento, la hendidura avanzó bastante. Alvar apartó a su amigo para asestar los cortes finales.

—Ahora déjame a mí solo. El árbol debe caer hacia el lado que yo elija y debo dar los golpes precisos. Colócate siempre tras de mí.

Alvar empezó a dar golpes. Martín permanecía a su espalda. Alvar giraba un poco y colocaba el hacha de formas diversas para dar golpes estudiados. En un momento dado, un crujido y una grieta en el tronco del árbol convenció a los muchachos que era mejor apartarse. El enorme árbol, herido de muerte, se desplazó ligeramente. Un nuevo chasquido hizo que saltara parte de la corteza mientras una grieta ascendía rápidamente por el tronco. En un momento, el árbol se inclinó y cayó al principio suave, mas finalmente con enorme violencia tan largo como era.

—Bien —gritó Martín eufórico.

—Ya tenemos a este gigante donde queríamos —exclamó Alvar exultante.

Recorrieron el árbol caído hasta la punta. En su desplome, se había llevado por delante cuatro árboles más finos y uno con un tronco grueso como el cuerpo de dos hombres.

—Vaya cosecha —rio Alvar.

—¿Y ahora qué?

—Ahora hay que hacer leña menuda para transportarla.

—¿Quieres decir que hay que cortar todo ese tronco de nuevo?

—Varias veces. De este árbol y de los que se ha llevado por delante, claro. No vamos a desperdiciar leña.

Martín no quería pensar en la magnitud de la nueva faena. Pensaba que Alvar había perdido la razón.

—¿No querías tener mis brazos? En tres días con un hacha no se me hicieron así. Además —sonriendo le anunció—, vas a probar otra herramienta: la sierra.

Martín no quería sonreír, quería llorar.

XXIV

SEIS meses. Seis largos meses de invierno y primavera cortando leña. El hacha, la sierra, la maza con cuñas... Había utilizado todas las herramientas. Aunque debía reconocer que ciertamente ahora dominaba todas ellas y además había crecido notoriamente su musculatura. También sus manos lo habían sufrido. El trabajar tan duramente le había creado enormes callos y las otrora delicadas manos de cirujano, aunque siempre fueron grandes por su gran tamaño natural, ahora eran verdaderas manoplas. Los brazos, el pecho y los hombros le habían ensanchado y, dado que el ejercicio físico le provocaba un gran apetito, su cuerpo en general era mucho más grande que cuando llegó al valle. Además no tenía un ápice de grasa. Quemaba todo lo que comía y lo convertía en fibra muscular. Era una gran experiencia, nunca se había sentido así. Ya no notaba tanto las acometidas de Alvar con la espada cuando practicaban. Ciertamente sus mandobles eran tremendos, pero no eran menos los de Martín.

Un día que estaban practicando con el arco, Alvar le preguntó:

—¿Y esas hachuelas que portabas al llegar y con las que te entrenas cuando me voy?

—Se llaman franciscas. Son originarias del pueblo franco. No practicamos con ellas porque tú no tienes ninguna con que hacerlo.

—Hazme una demostración de cómo funcionan.

—Bien, mañana me las traeré y si quieres te dejo probarlas.

A la mañana siguiente se fueron hasta un prado a las afueras de la aldea. Allí, al borde del prado empezaba el bosque. En el tocón del haya gigante que habían cortado, Martín colocó un tronco mediano. Se separó cinco pasos y le dio las hachas a Alvar.

—Procura apuntar bien. No quiero que me las melles al darle a alguna piedra —dijo meticón aunque sabía que Alvar era además un estupendo afilador de hachas.

—¿A mí me vas a enseñar a usar un hacha? —dijo Alvar presumido mientras tomaba las armas y las calibraba.

A continuación apuntó y lanzó el hacha que pasó a casi un palmo por la derecha del blanco. Maldiciendo, cogió la otra hacha y volvió a apuntar. Este segundo lanzamiento también salió separado casi con la misma trayectoria que el anterior.

—¡Eh, leñador! Hay que darle al tronco —clamó Martín metiéndose con su amigo.

—Menos chanzas.

Alvar recogió las franciscas y volvió a intentarlo. En esta ocasión solo una de ellas tocó ligeramente con el mango el tronco que habían colocado como blanco.

—Este arma es una porquería. No tiene precisión. Con una lanza se apunta mejor.

—No dudo que apuntes mejor con una lanza, porque con las hachas... —soltó riéndose Martín mientras recogía las franciscas.

Alvar cogió una lanza que había llevado y la lanzó. Acertó en el tronco aunque no se quedó clavada. La lanza, al tocar la madera salió rebotada llevándose un trozo de corteza.

—¿Ves? Esta es un arma precisa. Además fíjate, ha arrancado la corteza. Imagínate si en vez de madera alcanza piel y carne —dijo ufano Alvar.

Martín a continuación lanzó las franciscas casi sin parar a apuntar. La primera se clavó en el tronco y lo dejó tambaleándose. Cuando aún se movía el tronco por la fuerza del impacto, llegó la segunda hacha que se clavó a su vez y lanzó el tronco al suelo.

Se acercaron al tronco y este presentaba una hendidura a lo largo de la incisión que habían provocado las hachas al penetrar en la madera.

—¿Decías?

—Martín, qué barbaridad. ¡Con eso podrías matar un oso!

—Un oso es mucho animal, aunque evidentemente un hacha bien lanzada tiene una potencia descomunal.

—¿Dónde aprendiste a manejar las franciscas, muchacho? —preguntó desde lejos una voz que no conocieron.

Se dieron la vuelta y vieron que se acercaba un hombre andando portando un caballo asturcón de las riendas. El hombre era casi tan alto como Martín y lucía una espesa barba. Iba vestido con cota de mallas y llevaba en las alforjas del caballo un arco, escudo y lanza. Una daga y una espada en su cinto completaban las pertenencias del extraño.

—Aprendí yo solo —le respondió Martín mientras cogía las hachas del tronco.

—Nunca las vi lanzar con tanta fuerza y precisión. Debes haber practicado mucho.

—Los inviernos son largos aquí —dijo por respuesta Martín mientras observaba al recién llegado. Había algo que le resultaba familiar. El haber viajado tanto tiempo y por tantos lugares hacía que conociera a mucha gente. Sabía que a aquel extraño le había visto antes; pero dónde...

—Disculpar por presentarme así, pasaba por este valle con mis hombres cuando os vi y decidí acercarme a ver cómo practicabais. Mi nombre es Pelayo.

Pelayo, Pelayo. Claro, ahora se acordaba. Lo conoció en el monasterio de Astorga con el abad Juan. Era el heredero de unas tierras en Asturias, más allá de los montes de su valle.

—¡Don Pelayo!, no se acordará de mí, yo era un niño; pero ya nos conocemos. Mi maestro y yo le atendimos en el monasterio de Astorga. Estaban de paso con el caballero Don Teodofredo y su hijo Don Rodrigo.

Pelayo reflexionó sobre lo que le decía Martín mientras le observaba atentamente.

—El aprendiz del médico.

—El mismo.

—¿Seguiste estudiando con él?

—Sí, señor.

—Caramba, pues según manejas las franciscas, te crearás un gran número de pacientes que tratar.

Era un cumplido velado que Martín acogió con una sonrisa. Regresaron todos al pueblo en donde una docena de soldados congregaban una gran expectación. Por el camino fueron recordando el episodio de Astorga a la vez que se lo contaban a Alvar.

Cuando se reunieron con la tropa de Don Pelayo, Segismundo, el jefe del poblado, llegaba con paso vacilante ayudándose de su hijo Servando.

Don Pelayo se presentó y ofreció un estupendo cuchillo a Segismundo en señal de respeto. A continuación se retiraron a hablar bajo la sombra de un olmo. Allí permanecieron casi media mañana, tras lo cual se volvieron a acercarse a la gente que permanecía deseosa de saber qué hecho congregaba a los soldados en el valle.

Era realmente extraño el que se aventurara en el valle un contingente de soldados. No tenía ningún valor estratégico ni era punto de paso de ninguna ruta. Por eso mismo, la visita de los soldados, encabezados por Don Pelayo, era algo fuera de lo común y que generaba curiosidad. Martín se fijó asimismo que todos los hombres del pueblo portaban un cuchillo o un hacha. Si las cosas se ponían feas, los soldados lo iban a pasar mal. La aldea no pertenecía a ningún señor, al menos en la práctica. No se acercaba a recaudar tributos y no se rendía pleitesía a nadie. Eran gentes buenas y atentas con el viajero; pero fieros y duros combatientes. Recordaban los abuelos, y lo transmitían de generación en generación, que solo los romanos pudieron tomar las aldeas de la montaña. Porque eso sí, igual que podían guerrear las aldeas de un valle con las del valle limítrofe, cuando un enemigo común las atacaba, olvidaban sus diferencias y se unían en una piña.

Segismundo se dirigió al pueblo:

—Nuestro visitante, Don Pelayo, me informa que el rey Witiza ha muerto.

Un rumor corrió entre los parroquianos, aunque en realidad muchos no sabían ni siquiera el nombre del rey vigente.

—Creo que es mejor que él mismo os explique qué desea.

Don Pelayo se dirigió a la población con voz grave:

—La viuda del rey quiere que se elija a su hijo Akhila como rey. Pero el senatus ha preferido que sea Don Rodrigo, *Dux* de la Bética y gran guerrero, el nuevo rey. Hay una serie de nobles en las cecas tarraconense y narbonense que no están de acuerdo. La guerra parece inminente. Se ha ordenado organizar una leva de soldados entre la población. El ejército necesita de vosotros. Mi misión es ir a Toledo a ponerme a disposición del rey legítimamente aclamado por el senatus. Pretendo que me acompañen el mayor número de hombres. Por ello, me presento ante vosotros.

El murmullo ahora sí fue unánime. Se hacían corrillos por doquier. Todos comentaban algo e incluso algunos reían. El valle no había aportado nunca hombres

al ejército y era bastante improbable que lo hiciera ahora. Lo que pasaba fuera de las montañas era cosa de los de fuera de las montañas.

Martín, sin embargo, vio su oportunidad de redimirse. Con Witiza muerto, era bastante probable que el espartario al que había dado la paliza, Don Siro, se hubiera unido a la corte del hijo de Witiza, Akhila.

La decisión la tomó al momento. Durante toda su vida se había preparado como médico. Su padre había sido varios años médico del ejército. Y además estaba Inés y su padre. No pasaba un día en que no se acordara de ambos. Era evidente que, tras la muerte del rey, Leandro estaría intentando rehabilitarle ante la corte de Toledo de donde huyó como un proscrito. Era una oportunidad que no podía ni quería dejar pasar.

Después de que la gente se fuera dispersando poco a poco. Martín se acercó a Don Pelayo.

—Vaya, no esperaba alistar un gran ejército, pero me parece que me voy a ir a Toledo de vacío, por lo menos en lo que respecta a estos valles —dijo resignado Don Pelayo.

—¿Ha probado en otros valles?

—Sí, desde la parte asturiana hasta aquí. Y el resultado es el mismo. Estas gentes rudas y fuertes no comparten la inquietud de nosotros, los de fuera de los valles, como nos llamáis.

—Es algo complejo, sí. Nunca hemos tenido que rendir cuentas a nadie y nadie se ha interesado por nosotros, así que preferimos vivir aislados y dejar los problemas de los de fuera para los de fuera.

—En fin, tenía que intentarlo.

—Yo os acompañaré.

Don Pelayo miró a Martín con admiración.

—No ha sido en balde, pues, el viaje. Creo que me he encontrado más guerrero en ti que en veinte de tus paisanos.

—Iré como médico, no como guerrero.

—A la guerra se puede ir de muchas formas querido amigo; pero siempre se acaba como guerrero —dijo proféticamente Pelayo.

XXV

EL grupo de Don Pelayo que finalmente partió hacia Toledo, contaba con un total de sesenta y tres hombres. De entre ellos solamente cinco poseían corcel, uno Martín. Y de estos, solo Don Pelayo y Martín, montaban un caballo que no era de tiro. Los otros tres eran caballos de trabajo en el campo. Animales fuertes y mansos; pero lentos y vastos.

El grupo llegó sin problemas a Toledo. Una vez en las cercanías de la ciudad, Martín pidió permiso para ir a su casa. Ya estaban en verano y le sorprendía no haber tenido noticias de su padre.

Llegó hasta su casa para descubrir tan solo unas ruinas calcinadas. Evidentemente se había producido un violento incendio, puesto que únicamente quedaban en pie tres paredes de la otrora enorme casa.

Preguntó a los vecinos, a los que prácticamente no conocía. Todos le comentaron lo mismo, una noche hacía más de medio año, más o menos el tiempo que faltaba Martín, se produjo el incendio. La casa ardió por los cuatro costados. No sabían que había sido o donde estaban los habitantes de la casa, aunque hubo un herido entre ellos. Un hombre grande y barbudo.

A Martín se le encogió el corazón. Un hombre grande y barbudo que viviera en esa casa solo podía ser Leandro, su padre. Ramón era bajito y prácticamente no tenía barba. Decidió ir a casa de Inés, quizás ella sabría algo. En realidad, no se habían relacionado con nadie más en la ciudad, únicamente con el herrero y su hija y con los monjes del monasterio. Montó de nuevo a caballo y galopó, pese a que estaba prohibido dentro de la ciudad, hasta el taller de Vicente, el herrero. Encontró el taller cerrado. Por lo que le comentaron los vecinos, no se sabía nada de ellos desde hacía mucho tiempo. Pero por una vecina supo que habían regresado a su pueblo, aunque no sabía precisar cuál era:

— «Uno cerca de la ciudad» —se limitó a decir.

Martín estaba frenético. Todo era culpa suya. Ese mal nacido de Siro debía haber estado buscándolo y al no encontrarlo, se había desquitado con sus seres queridos.

Martín galopó hasta los cuarteles hacia los que Don Pelayo se había dirigido. Cuando llegó, le encontró en el patio de armas. Estaba repartiendo a sus huestes y ordenando los equipajes de las carretas que portaban. Le contó lo sucedido, quizás él tuviera acceso a alguna información que le diera alguna pista acerca del paradero de Leandro.

Prometió enterarse. Le dijo que dejara el caballo en los establos y buscara acomodo en el cuartel, en el ala destinada a los gardingos que eran los miembros armados de la comitiva real. Martín obedeció. Dejó su corcel en las cuadras y la cabezada y la montura en la guarnicionería del cuartel. Echaba de menos a Espolones.

Había decidido no llevarlo con él. Ya no era un perro joven y la guerra no era lugar para tener que preocuparse por él. Lo dejó con Alvar en la montaña. Se lo había dado a su amigo como regalo para la inminente boda. Sabía que cuidaría bien del perro. Además, era el rey del valle.

Al rato se acercó Pelayo y le llamó a un aparte.

—Martín, algún soldado viejo recuerda que Siro, junto a una docena de sus más fieles seguidores salió una noche armado hasta los dientes. Por supuesto iban en tu búsqueda. Perdió un diente y una muela en la refriega que tuvo contigo y su honor había quedado en entredicho porque el soldado que lo halló, contó una versión que contradecía la suya. Al soldado lo encontraron apuñalado en un burdel. Nadie vio ni oyó nada. Apareció desnudo en una de las habitaciones con un puñal en el pecho. Nadie sabe qué fue de tu padre ni de tus esclavos.

—Eran mi familia, no mis esclavos —corrigió Martín irritado.

Pelayo lo miró fijamente y continuó:

—Nadie sabe qué fue de ninguno de ellos; pero si uno estaba herido, probablemente lo hubieran llevado al monasterio. Es el único sanatorio de la ciudad.

¡Cómo se le podía haber pasado por alto esa opción! ¡No podía creerlo! Casi nueve años visitando las salas de enfermos de los monasterios, y ahora que buscaba a un herido, no se le había ocurrido buscarlo en ellos.

Se dirigió de inmediato al monasterio en el que además conocía a diversos monjes por sus continuas visitas a la biblioteca. Como no estaba lejos del cuartel fue corriendo, no quería perder tiempo en preparar la montura. Se dirigió una vez más al monasterio cruzando por el puente sobre el río Tajo. Como tantas otras veces, se veía a un grupo de mujeres bañándose en la playa que el río formaba un poco más arriba. Llegó hasta la puerta del monasterio y llamó fuertemente golpeando la aldaba contra la madera.

Abrió un monje, al que no conocía, bastante irritado por la urgencia de los golpes.

—¿Qué quiere quien llama de esta manera?

—Necesito hablar con el hermano que se encarga de la enfermería.

—Es la hora de comer y estará en el comedor como el resto de la congregación.

—Es preciso que hable con él, soy médico —dijo dándose importancia a ver si conseguía impresionar al portero.

—A la hora de la comida, no se molesta a los hermanos. Tendrá que volver en otro momento.

—¿Ha oído hablar de la peste? —dijo Martín lanzando un farol al monje mientras le miraba fijamente. La peste era una enfermedad recurrente. Cuando entraba en una ciudad, la diezmaba. Nadie sabía su origen y mucho menos su tratamiento. La mortalidad era casi del cien por cien de los afectados y no hacía distinciones entre pobres o ricos. Era una catástrofe. Hacía unos años que no había brotes, no obstante esa era una de sus características. Podía no manifestarse en tres, diez o cincuenta años, mas siempre volvía virulenta y mortal. El engaño surtió su efecto, el monje

mudó el semblante y tras santiguarse tres o cuatro veces, abrió la enorme puerta del monasterio. Dejó esperando a Martín en el claustro y fue a buscar al hermano que se encargaba de la enfermería.

Al cabo de pocos instantes apareció un monje alto de aspecto severo. Se dirigió directamente a Martín mientras le evaluaba y constataba su juventud.

—No sé que le ha contado al hermano Salustiano que ha llegado casi gritando al comedor implorándome que acudiera a verle —dijo el monje sin ni siquiera presentarse.

—No sé qué habrá entendido el hermano Salustiano —dijo Martín con cara inocente—. Mi nombre es Martín. Soy médico y estoy buscando a un paciente que puede que ingresara en la enfermería de este monasterio hace más de medio año procedente de un incendio que se produjo en una casa de la ciudad —concluyó con autoridad.

El fraile estudió de nuevo a Martín con más interés. Era evidente que sabía algo.

—¿Es médico? —preguntó reticente.

—Sí, y el paciente también lo es. Se llama Leandro.

—Así que Leandro —dijo pensativo el monje tomándose un tiempo—. Es cierto, entró aquí malherido.

Martín se llenó de alivio por haber encontrado una pista; pero a la vez le asaltó la inquietud por lo de malherido.

—De hecho, ya no salió de estos muros —prosiguió el fraile.

—¿Murió? —preguntó Martín presa del pánico.

—No, me he explicado mal. Sigue aquí, aunque no en calidad de enfermo. Quizás es mejor que lo vea directamente. Acompañeme.

Sin más, se dio la vuelta y se dirigió a buen paso hacia una de las esquinas del patio del monasterio. Había una puerta decorada con motivos florales. Tras cruzarla, entraron en una sala con una decena de camas. No había mucha luz; pero se veían todas ocupadas, como solía ser normal. El aire no olía a enfermedad, como en casi todas las salas similares a esa que había visitado Martín con Leandro durante los años que viajaron juntos, sino que en el ambiente había un fresco aroma mentolado. Descubrió su origen en unas velas que ardían encima de plantas secas de lavanda y espliego. El calor de la cera al caer sobre las plantas, hacía que el aroma de estas aumentara y se esparciera por la sala. Dado que había varias velas repartidas por toda la estancia, la fragancia imperaba sobre otros aromas menos agradables.

Cruzaron la sala y al llegar al final descubrió Martín una pequeña puerta que abrió el fraile tras pegar un par de golpes en la madera a modo de llamada, aunque sin esperar a que le dieran permiso de entrar. Simplemente parecía un aviso. Entró agachándose Martín, era una pequeña celda con una minúscula ventana por la que apenas entraba luz. También olía a hierbas del campo, sin embargo, no había ninguna vela encendida en la estancia. Un monje, sentado, escribía de espaldas a la puerta. La habitación no podía ser más modesta, un jergón, una mesa y un taburete eran el único

mobiliario. El fraile que le había guiado, encendió una vela que había sobre la repisa del ventanuco.

Con la tibia luz de la vela, y tras haberse acostumbrado a la falta de iluminación, Martín observó al fraile que no se había dignado girarse para ver quien irrumpía así en la celda. De espaldas era un fraile normal, con su hábito de tela de arpillera y su cabeza tonsurada mostrando la típica calva. Estaba encorvado sobre la mesa en una postura un tanto extraña. Se acercaba demasiado a ella, como si se apoyara en el tablón. El fraile que le guiaba se dirigió al que estaba sentado aún de espaldas.

—Hay alguien que le busca, hermano Leandro —dijo el nombre de Leandro con especial énfasis.

El monje paró de escribir. Levantó la cabeza y, siempre de espaldas, se quedó inmóvil mirando un punto en la vacía pared de enfrente.

Martín no sabía qué pensar, el monje le había llamado Leandro, pero no podía ser. Su padre no era fraile. Ciertamente es que la vida que llevaba era casi de eremita. A veces Martín se había preguntado por qué nunca había visto a su padre con una mujer. Nunca hizo intención de visitar un burdel, ni coqueteó con ninguna paciente, cosa que hasta Martín había hecho en alguna ocasión cuando eran muchachas jóvenes y bonitas. Su padre parecía querer infligirse un castigo por lo de Ximena. Permanecía taciturno en muchas ocasiones y en más de una vez, Martín lo descubrió en el claustro de algún monasterio de los que visitaban con mirada ausente, como en paz. Pero no contaba con que hubiera ingresado en uno y menos sin darle recado a él, a su hijo.

Con cierta angustia Martín se aproximó al monje sentado, le rodeó y observó su cara. Estaba desfigurada. A la trémula luz de la vela descubrió una gran cicatriz que cubría su mejilla derecha. Le faltaba la oreja de ese mismo lado y el ojo tenía un color lechoso propio de las miradas ciegas. Sin embargo, pese a esa desfiguración de los rasgos, en la otra mitad de su cara Martín descubrió a su padre. A pesar de que se inclinó para verle mejor y reconocerle, Leandro no hizo ni el más mínimo movimiento: seguía mirando a la nada con su único ojo sano. Martín ojeó algo de lo que escribía y reconoció una receta de un ungüento hecho con cera de abeja, ortiga y sal.

—¡Padre! —dijo con la voz temblorosa.

Leandro no reaccionó. Estaba totalmente ausente en un mundo más allá de lo que alcanzaba a ver nadie más que él. Martín sintió cómo las lágrimas brotaban de sus ojos y corrían por sus mejillas sin control. Miró al fraile que le había conducido a la celda en una muda mueca de incompreensión. El fraile le apoyó una mano en el hombro y le condujo de nuevo a la sala grande de los enfermos.

—Lo siento —dijo apiadándose del estado de Martín—. Perdona mi comportamiento de antes. Mi nombre es Olegario. Venga, le explicaré todo lo que sabemos acerca de su padre —dijo mientras llevaba a Martín de nuevo al patio por otra puerta que había en la sala. Llegaron hasta el centro del patio, en donde el murete

de un pozo les sirvió de acomodo:

—Al hombre que ha llamado Leandro, lo trajeron muy malherido hace ya casi nueve meses. Tenía graves quemaduras en parte de la cara y varios huesos rotos.

—Hubo un incendio en la casa.

—Los males no fueron causados por un incendio. Le habían torturado. Con algún hierro le rompieron los huesos y la cara se la fueron quemando de manera concienzuda. Incluso le cortaron una oreja —explicó el fraile.

Martín notó que una rabia que nunca había conocido crecía en su interior.

—Le curamos las quemaduras y los huesos soldaron, aunque nunca volverá a caminar erguido. Pero lo peor, y por lo que seguramente lo dejaron de torturar, es que, en algún momento de su agonía, cruzó el umbral de la locura.

Martín lloraba desconsoladamente. En su vida siempre pesaría como un baldón el infierno por el que había pasado su padre por su culpa. Fray Olegario le dejó expresar su dolor unos momentos y continuó con el relato:

—No suele hablar. Sabíamos que era algún tipo de médico porque hay días en los que recita de memoria la fórmula de remedios y fármacos. Otras veces nos sorprendía en la sala de enfermos, en la que él mismo estaba siendo tratado, atendiendo a alguno de los pacientes que habían pasado la noche con él. Sin siquiera mirarnos, nos decía qué mal aquejaba al enfermo y qué remedio debíamos administrarle. Después de eso, podía quedarse mudo y con la mirada perdida. Otras veces, como hoy, se dedica a escribir fórmulas de recetas que se ve conoce de memoria. No conversa con nosotros, parece como si no existiéramos. Un día, tuvo una lucidez especial y dirigiéndose al hermano que hacía la ronda en la enfermería le dijo que quería ser monje. Lo visitó el abad y repitió su deseo. El abad pensó que era lo mínimo que podía hacer por el desdichado que además estaba haciendo un servicio a la enfermería del monasterio. Como no sabíamos su nombre le llamó Fray Cecilio, en memoria del anterior abad del monasterio. En otra ocasión, dando grandes voces, un día comentó que no podía soportar el hedor de la enfermedad, y preparó la lavanda que se quema al lado de las velas. Casi cada día aprendemos algo de él. No nos lo enseña conscientemente, sino que debemos estar atentos a sus acciones y tomar nota de ellas. Por eso casi siempre algún hermano le vigila. Realmente, aunque a veces se exalta, no es violento. El único quebradero de cabeza que nos da, es que por sí mismo ni come ni bebe, debemos asistirle en esas circunstancias, antes bien lo hacemos de buen grado, se ha ganado el respeto de todos en el tiempo que lleva entre estos muros.

Martín no había dejado de llorar mientras escuchaba a fray Olegario. No dejaba de pensar en los espantos que debía haber pasado su padre para haber llegado a la locura. No dejaba de martirizarse por ello y sabía que se le quedaría grabado para siempre.

—Si quiere, puede venir a visitarle cuando desee; pero ahora su hogar está aquí. Quizás con el tiempo se recupere y poco a poco emerja de donde quiera que se halle escondido su conocimiento. Mientras tanto puede estar tranquilo. Le cuidaremos

como lo que es, uno de los nuestros.

Martín sabía que los casos de demencia eran enviados a hospicios inhumanos, en donde las personas eran tratadas como animales y en los que normalmente los enfermos hacinados no sobrevivían más que unos pocos meses. En ese sentido era una suerte que en el monasterio hubieran decidido acogerle. Martín había pensado llevárselo con él; y así haría sin duda si conseguía el permiso del abad, ya que ahora era un hermano tonsurado. Pero antes debía buscar a Don Siro. La sangre le hervía solo de pensar en esa despreciable rata y sabía que nunca descansaría hasta encontrarle.

—¿Sabe si con él ingresó en la enfermería una muchacha llamada Inés y su padre, un herrero llamado Vicente?

—No, lo siento, no recuerdo a nadie con esas señas.

—¿Y quién trajo a mi padre al monasterio?

—Eso quería comentarle, lo trajo una pareja mayor en un carromato que ellos mismos arrastraron hasta aquí.

—Luisa y Ramón —dijo Martín con convicción.

—No sabemos sus nombres. Les habían cortado la lengua con tenazas al rojo y no saben escribir. La mujer viene el primer domingo de cada mes a ver a su padre. Le trae algo de comer y permanece unas horas con él, aunque Leandro no parece reconocerla.

—¡Dios mío! —dijo Martín pensando en los pobres servidores también torturados y aún así fieles a su padre.

La tarde avanzaba, volvieron a ver a Leandro que permanecía en la celda tal y como lo habían dejado. Martín le dio un abrazo que no se vio correspondido. Tras este último acto, que le hizo hervir aún más si cabe la sangre en el cuerpo, se despidió amablemente del padre Olegario y volvió poco a poco al cuartel.

Seguía sin saber nada de Inés y Vicente, aunque tras las atrocidades que había descubierto que Don Siro había realizado, no esperaba nada bueno de las noticias que pudiese recabar de ellos.

Se presentó en el cuartel en donde le asignaron un jergón en una pequeña habitación y se acostó sin siquiera acudir a la cena. No quería ver a nadie. Bueno, en realidad eso no era cierto, anhelaba encontrarse con alguien. No veía el momento en que se topara con Don Siro de nuevo.

Ese momento llegaría, estaba seguro de ello.

XXVI

EL día nació gris. Iba a juego con el espíritu de Martín. Apenas había dormido y el poco tiempo que lo consiguió, fue peor, ya que continuas pesadillas se cebaron en él. Veía la cara de su padre quemada y mutilada. El cuerpo otrora grande, erguido y orgulloso era, en cambio, ahora un ovillo de huesos mal soldados. Pero lo peor, lo que nunca podría perdonar, era que le habían quitado su lucidez. Eso era algo que le perseguiría siempre. Tendría que haberse quedado y luchar junto a su padre, o haber hecho que le acompañara. Leandro se lo había advertido cuando llegaron a Toledo, la ciudad está llena de malas personas, de odios, de rencillas, de envidias... Y él, estúpido, se había enfrentado al peor de los enemigos que podría haberse encontrado.

Solo deseaba en encontrarse con Don Siro. Era impensable que estuviera en Toledo. La ciudad, dominada por la facción de Don Rodrigo, no era el mejor sitio para los que apoyaban a Akhila, el hijo del fallecido rey Witiza, y Don Siro se encontraba entre ellos.

De todas formas, pasara el tiempo que pasara, sabía que al final llegaría el día en el que estarían cara a cara. Martín decidió vivir tan solo esperando esa ocasión.

Entró en el comedor del cuartel para el desayuno. Allí estaba Don Pelayo junto a varios espatarios de Don Rodrigo. Era la guardia de corps, la guardia pretoriana de los antiguos romanos, los más fieles, los hombres de confianza del rey y los que se encargaban de su protección. Don Pelayo, al verle llegar, le saludó haciendo gestos para que se acercara al grupo en el que departía alegremente. Martín se dirigió a ellos serio y erguido. Al llegar cerca de donde se encontraban, Don Pelayo habló en alta voz para que le oyese el grupo y Martín que aún estaba a unos pasos de distancia.

—Aquí tenemos a un estupendo médico para nuestro ejército —dijo alegremente mientras pasaba un brazo por encima del hombro de Martín.

—Don Pelayo, seré un soldado más. No me interesa ir como médico —respondió Martín con voz dura.

Pelayo se quedó de piedra mirando a su compañero de viaje. Algo muy malo debería haberle pasado desde ayer. Ahora fijándose en su aspecto, vio que unas profundas ojeras marcaban su cara y parecía quince años mayor que dos días antes. Se lo llevó cogido del brazo a un aparte mientras los espatarios comentaban entre ellos la poca educación de Martín. Uno de ellos incluso echó mano a la espada al oír la dura contestación que había dirigido Martín a Don Pelayo. A fin de cuentas era un superior hablando con un soldado.

—¿Qué ha pasado, Martín? —preguntó compungido Pelayo presintiendo que algo iba terriblemente mal.

—Soy un guerrero, como dijo en una ocasión. Tráteme como tal.

—Pero tú querías ayudar a los heridos, esa labor es encomiable y solo unos pocos pueden realizarla.

—Soy un guerrero e iré a la batalla como soldado —insistió Martín sin siquiera mirar a Pelayo.

—¿Tu padre?

—Está en el monasterio. Le torturaron hasta volverle loco.

—Martín, lo siento —dijo mirándole a los ojos.

Pero lo que vio no fue al Martín con el que había compartido el viaje. El que estaba frente a él era otra persona: era un Martín de facciones duras, acrecentadas por las ojeras, los dientes apretados, la mandíbula fuerte.

—Witiza mató a mi padre delante de mi presencia. Le atizó un bastonazo en la sien en medio de una recepción. Yo tenía pocos años y no pude defenderle, ni siquiera pude vengarle. Sé por lo que estás pasando; pero te digo que el tiempo lo cura todo. No debes buscar la venganza que es en lo que ahora piensas. Debes olvidar e intentar usar tus buenas artes para curar a tu padre. Debes...

—¡Basta! —dijo Martín casi gritando y sorprendiendo tanto a Don Pelayo como a los otros espatarios que hablaban en un corrillo unos metros más atrás—. Soy un guerrero. Y hay una guerra en ciernes ¿no? —dijo de nuevo muy alto.

—Me parece que este joven necesita una lección de humildad —exclamó uno de los espatarios dirigiéndose hacia Don Pelayo y Martín.

—Déjalo, Onésimo. Una desgracia familiar le ha nublado la razón —afirmó Pelayo.

—Esto es el ejército, muchacho, vas a estar rodeado de desgracias, así que ve acostumbrándote.

—Ya no puede haber más desgracias. Yo seré la desgracia de muchos —dijo aún con una voz fría como el hielo.

—Eres un impertinente, muchacho. Y quieres ser guerrero ¿eh? Creo que te gustará estar entonces en el grupo de infantería de El Tuerto.

—¡Onésimo! Martín es un buen chico, es solo que está confundido —terció Pelayo.

—El Tuerto estará bien —dijo Martín cortando a Pelayo en su defensa.

—Sea pues. Preséntate ante él en la sala de los gardingos —aceptó Onésimo mientras se daba la vuelta y se marchaba dejando a Pelayo y a Martín.

—Martín, El Tuerto recluta a sus hombres entre los reos. Son siempre la vanguardia del ejército y por ello los que más bajas presentan tras cada batalla. Es un suicidio. Preséntate como médico. Nos hacen falta.

—Gracias, pero soy un guerrero. Perdonad, pero debo presentarme ante El Tuerto.

Habiendo dicho esto se dirigió a grandes zancadas a la sala de los gardingos. Cuando llegó, un soldado le detuvo en la puerta:

—Me han dicho que me presente ante El Tuerto.

—El Tuerto está en el patio de armas —contestó el guardia mientras lo miraba de arriba abajo.

Martín acudió al patio de armas. Encontró a varios hombres con espadas de madera y escudos. Todos llevaban un casco con orejeras, cota de mallas y polainas de cuero rígido a modo de protección de la parte baja de las piernas. El Tuerto, era evidente por el parche que le cubría el ojo izquierdo, estaba en un lateral ordenando algo a un par de luchadores que se enfrentaban sudorosos en el centro del patio.

—¡Levanta más el escudo, protégete la cabeza, maldito idiota! ¡Ya estarías muerto si no fuese un ejercicio! —gritaba con desprecio.

Martín se dirigió hacia él cuando el paso le fue cortado por dos soldados.

—Onésimo me manda a presentarme a El Tuerto.

El Tuerto miró levemente hacia Martín:

—No veo tu uniforme —dijo con voz grave y rota.

—Nadie me ha dicho nada de un uniforme.

—Dale tu espada y tu escudo —ordenó a uno de los hombres—. ¿Qué has hecho para que te manden conmigo?

—Piensan que es donde me corresponde estar.

—Vaya, eres de pocas palabras ¿eh? ¡Carlos! —llamó, mientras uno de los soldados daba un paso adelante—. Vamos a ver si nos cuenta algo más este muchachote. ¡Pelead!

Martín se encontró frente al tal Carlos. Era casi tan grande como él. Tenía una poblada barba y sonreía mostrando unos podridos dientes. Se fue directamente hacia Martín y le lanzó un golpe de arriba abajo con la espada de madera. Martín apenas tuvo tiempo de levantar el escudo y parar el golpe, cuando ya estaba de nuevo recibiendo una nueva tarascada esta vez dirigida a las espinillas. Pudo esquivarla gracias a su portentosa agilidad. Carlos volvió a sonreír. Martín estaba seguro de que le hubiera partido la pierna si le llega a acertar de pleno. Eso solo hizo que su furia y su concentración se acrecentasen. Se imaginó que el tal Carlos era Don Siro y marchó al ataque. Directamente lanzó el escudo hacia su oponente ligeramente en diagonal. El estruendo tras el choque de los dos óvalos fue tremendo, la madera del escudo de Carlos se astilló como consecuencia del encontronazo. Carlos tuvo que dar dos pasos hacia atrás empujado por el poderoso golpe. Martín, ahora sin escudo, levantó la espada y golpeó con fuerza contra Carlos. Este se defendía a duras penas tras el escudo y la espada. Martín no cejaba en sus golpes mientras Carlos reculaba. Tras cinco o seis pasos hacia atrás, tropezó y cayó a los pies de Martín cediendo a su empuje. Martín continuó golpeando mientras Carlos, hecho un ovillo, se refugiaba lo mejor que podía detrás del escudo.

—¡Basta! —ordenó El Tuerto.

Pero Martín ni lo oyó. Solo se imaginaba a Don Siro. Dejaba que la rabia fluyese a través de su brazo y continuó con los golpes que no cedían en su potencia. El escudo de Carlos, ya astillado por el golpe cuando le lanzó su propio escudo Martín,

perdía madera a ojos vista. Tras cada encontronazo con la espada, saltaban trozos de madera y solo la pequeña estructura de hierro se mantenía a duras penas.

Dos soldados fueron a detener a Martín. Este, al sentir que le cogían de los brazos, se zafó y volviéndose violentamente se encaró con los soldados. Pegó un tremendo puñetazo al que estaba más a su derecha alcanzándole en el mentón, el soldado cayó hacia atrás con los ojos en blanco. Recibió en el torso un golpe de la espada de madera del otro soldado, por suerte para él, dada la cercanía del soldado, el arco del recorrido de la espada no había sido muy largo, con lo que la fuerza con la que le impactó no fue suficiente para partirle ninguna costilla. Lanzó una acometida con su espada poniendo en el golpe toda su fuerza desarrollada hasta el límite tras un largo invierno como leñador. Las espadas chocaron y se partieron. Aún así, alcanzó a dar un duro golpe a su adversario en la cabeza, dejándole el casco abollado y sentándole en el suelo por la fuerza del impacto.

Tres hombres más acudieron en ayuda de sus compañeros hasta que al final, y tras una enconada contienda lo redujeron.

Martín se despertó en un jergón. Tenía la ropa llena de sangre. Le dolía todo el cuerpo. El golpe de las costillas le recordaba, cada vez que respiraba, en donde había impactado la espada. Un costrón de sangre seca le caía por la cara procedente de un tremendo chichón con un pequeño corte que tenía en la frente. Por lo demás, tenía un labio hinchado y los puños despellejados, aunque eso de por sí ya indicaba que los había utilizado duramente contra algún contrincante.

No sabía qué hora era, ni siquiera en dónde estaba. Se levantó y se dirigió afuera. El sol estaba aún en lo alto y no se veía a ningún soldado, salvo los que estaban de guardia. Se dirigió al comedor pensando que sería la hora de comer. Descubrió que a pesar de los dolores, tenía un hambre atroz. No había cenado y prácticamente tampoco había desayunado. Cuando llegó al umbral, encontró a los soldados comiendo. Entró buscando un sitio en el que sentarse. Encontró uno ligeramente apartado del bullicio general. Un esclavo acudió con una jarra de vino y un plato de lentejas con nabos. No era una pata de cordero, pero estaba hambriento. Se abalanzó sobre ellas con gran apetito aunque le dolía el labio superior al abrir la boca. Cuando estaba a media comida se le acercó El Tuerto. Martín no dejó de comer.

—¿Tienes nombre?

—Martín.

—Martín, has dejado a tres de mis mejores hombres fuera de combate. Otros dos están tan magullados que aún están en la enfermería curándose. Y tú, después de que se ensañaran contigo, aún te atreves a venir a comer.

—La próxima vez, a ver si tienen arrestos de venir de uno en uno.

—¡Ja, ja, ja! —se rio El Tuerto—. La próxima vez quizás no esté yo allí para impedir que te maten.

—Si ese ha de ser mi destino, me llevaré a todos los que pueda por delante.

—No dudo que lo harías, por eso quiero que no suceda. Tengo que formar una

unidad de combate, no una unidad de tullidos. Me han dado a los peores maleantes y a la escoria de los presidios; pero tú eres diferente. Me ha dicho Pelayo que eres médico.

—No quiero favores, quiero pelear.

—Eso también me lo ha comentado. Y ciertamente sabes hacerlo. Así que te nombraré decanius.

—¿Quiere que mande a diez hombres?

—Sí, necesito mandos que estén tan locos como para obedecer las órdenes que a veces me veo obligado a impartir. Somos la línea de vanguardia y siempre nos encomiendan misiones arriesgadas. El mando tiene que infundir tanto respeto en los hombres que estos le sigan hasta el fin del mundo.

—¿Me respetarán? —preguntó escéptico Martín.

—Mejor aún, te temerán. Te voy a encomendar a todos los hombres con los que te has peleado. Ya saben cómo te las gastas en la batalla.

—Tres fuera de combate y dos en la enfermería. Me faltan cinco.

—Son los que pudieron reducirte al final. Y te aseguro que te batiste con los tipos más peligrosos y grandes que disponía.

—No sé mandar. Prefiero obedecer.

—Por ello obedecerás mi orden de que mandarás. Yo soy el thiufadus. Mando sobre cien decanius como tú. Pero a ti te voy a liberar de atender a los quingentenarius y a los centenarius. Solo obedecerás mis órdenes. Y si lo que quieres es luchar, tranquilo, no te faltarán oportunidades. Serás la vanguardia de la vanguardia. Me ha dicho Pelayo que procedes de las montañas de León y que te manejas bien sobre el terreno, así que harás de explorador. Serás mis ojos delante del ejército. Mil hombres dependerán de lo que tú seas capaz de descubrir.

—Iré solo. No me fío de nadie en el monte.

—Les enseñarás a moverse. Serán tu unidad. Y dependerán de ti. Aunque, no te olvides, tú dependerás también de ellos.

Era perfecto, sería el explorador. Podría avanzar y descubrir al enemigo antes que nadie lo hiciera. Podría acechar los campamentos y ser el primero en llegar hasta su objetivo. Y su objetivo era Don Siro.

—Sea, pues —aceptó Martín mientras se metía otra cucharada de lentejas en la boca.

XXVII

DURANTE dos meses, Martín se dedicó a aleccionar a sus diez hombres en el manejo de las armas y en las avanzadillas por el monte. A todos les proporcionó unas franciscas, aunque no era un arma muy usual en el ejército visigodo. Todos portaban arco, espada y daga. El escudo era menos importante, ya que estorbaba para el avance entre las frondas. Además, Martín prefería el ataque a la defensa. De sus hombres, entre los que se encontraban viejos conocidos de la trifulca del primer día, solo podía decir que eran gentes aguerridas aunque incultas. A Carlos, su contrincante inicial, lo nombró su segundo. Procedía de la serranía de Gredos y sabía moverse por el monte. Por lo demás, era un perfecto bellaco al que le gustaba ensañarse con sus rivales. Por lo menos, tenía un profundo respeto, o temor, que era mejor aún, por Martín. De su pelea, le habían quedado un par de dedos rotos mientras sostenía el escudo parando los tremendos golpes de Martín.

Martín seguía huraño y parco en palabras. En realidad, no sentía aprecio por ninguno de sus hombres. Se los habían impuesto y él se limitaba a enseñarles lo mejor que sabía por puro egoísmo. No podía permitirse el lujo de que en tierra hostil le descubrieran porque uno de ellos no sabía avanzar en silencio.

No volvió al monasterio. Cada vez que pensaba en ello se ponía de mal humor. Al final lo acababan pagando sus hombres en forma de combates extenuantes o de larguísimas caminatas por el campo.

Incluso su apariencia era distinta al del grueso de las fuerzas del ejército. Martín no permitió el uso de casco con orejeras porque decía que se perdía audición. Asimismo, eliminó del uniforme la cota de mallas. El metal hacía un ruido fácilmente identificable. Hasta las espadas las encargó más cortas para que no dificultaran los pasos por las zonas de vegetación tupida. En lugar de eso, llevaban un chaleco de cuero endurecido, polainas del mismo material para proteger las piernas en su avance por los sotobosques espinosos y un gorro de lana que les abrigaría en caso de días fríos.

Tal y como quedó con El Tuerto, no obedecía a nadie más. Esto era motivo para que varios centenarius lo miraran con recelo y con desprecio. La unidad de exploración de Martín les resultaba una afrenta. Por eso mismo, procuraban sabotearla en todo lo posible. A él le daba lo mismo. De hecho, inculcó a sus hombres que era mejor así, ya que de esa forma estarían preparados para depender únicamente de ellos mismos, sin esperar ayuda de las fuerzas que en teoría componían su bando.

Pelayo, tras unos cuantos intentos de acercamiento, desistió de tratar de dialogar con Martín. Siempre se encontraba con un muro impenetrable. Martín se limitaba a irse o a no responder a nada de lo que le decía.

Martín fue así convirtiéndose en un personaje único dentro del acuartelamiento. Se levantaba, hacía ejercicios con sus hombres, comía, seguía haciendo ejercicios, cenaba y se acostaba. No se permitía ningún tipo de distracción ni ningún momento de ocio.

Un día de verano, llegó el rey Don Rodrigo. Llegaba procedente de Córdoba, en donde tenía su palacio como *dux* de la Bética que había sido. La guerra civil se había alejado del horizonte inmediato, ya que Akhila, al no obtener suficientes apoyos, se había ido a Levante y allí se había conformado con ser el reyezuelo de las cecas de Septimania y Tarraconense.

El rey quiso visitar la ciudad de Toledo y estudiar sus defensas. Toledo había ido decayendo militarmente ya que la falta de enemigos había hecho que una ciudad de fácil defensa, con varias entradas vigiladas, se convirtiera en una ciudad abierta a cualquiera que deseara entrar. El mismo monasterio en el que estudió Martín y en el que estaba Leandro, fue en tiempos de los romanos un bastión que defendía el paso del puente sobre el río Tajo para entrar a la ciudad.

Hacia allí se dirigía la comitiva real acompañada por un séquito de militares. Don Rodrigo era ante todo un guerrero y pretendía que su reino fuera un reino fuerte, militarmente hablando. El Tuerto acompañaba al rey y había insistido en que Martín les acompañara en calidad de escolta. Martín, aunque a desgana, había tenido que acceder a cumplir las órdenes de su superior.

Pese a que ya se conocían de cuando coincidieron en Astorga, Martín encontró a Don Rodrigo muy cambiado. Era muy alto y de anchas espaldas. Tenía una barba cuidadosamente recortada y la mirada era aún feroz, tal y como la recordaba. Evidentemente, el rey no reconoció a Martín. Hacía diez años de su encuentro y él era un niño. Además, prácticamente ni le miró.

Cuando estaban cruzando el puente sobre el Tajo, Don Rodrigo se fijó en la playa de río que se dominaba desde el puente. En el agua fresca se bañaban varias doncellas de la nobleza que acababan de llegar a la corte procedentes de varios ducados lejanos. Solían ser hijas o sobrinas de nobles de las cecas, que entraban al servicio de las damas más altas de la corte, como la reina o alguna duquesa.

El rey se fijó en una muchacha en particular. Era una hermosa doncella de apenas dieciséis años de edad. Se bañaba, jugando en el agua, sin percatarse de la expectación que en el rey estaba provocando. Don Rodrigo ordenó que le llevaran a esa joven a sus aposentos esa misma noche. El Tuerto encomendó esa tarea a Martín, que sin más dilación bajó el escarpado barranco en pos de la joven.

Una vez llegó al río, se dirigió a la joven en cuestión. Llevaba esta una camisola amarilla que le cubría el cuerpo. Mojada como estaba, se le adhería al cuerpo, dejando adivinar una figura perfecta. Era alta y de facciones delicadas y tenía una risa contagiosa y un timbre de voz cálido. Dos lacayos, que evidentemente vigilaban a las

jóvenes que jugueteaban en el río trataron de cortarle el paso al ver que se dirigía al punto en donde esa muchacha junto a otras ocho o nueve, se bañaban ajenas a lo que estaba pasando.

—Vengo de parte del rey. Debo llevarme conmigo a la joven de la camisola amarilla.

—¿Se refiere a Doña Fraudina?

—Si es la chica de la camisola amarilla, sí, me refiero a ella.

—¿Cómo podemos estar seguros de que le envía el rey? —preguntó uno de los lacayos.

—¿Quieres que te mate a ti y a tu compañero? —dijo Martín con una frialdad que hacía aún más evidente la amenaza.

Los dos sirvientes se hicieron a un lado dejando pasar a Martín. Este se dirigió hasta donde estaban las doncellas jugueteando en el río. Entró en el agua y se acercó hasta Fraudina.

—Señora, vístase, debe acompañarme. El rey Don Rodrigo solicita su presencia —dijo con cortesía pero sin ninguna calidez.

La muchacha miró al recién llegado. No entendía que el rey solicitara su presencia y además no le parecía bien dejar el grupo de amigos de confianza con el que estaba e irse con un desconocido armado hasta los dientes.

Otra muchacha y un muchacho se acercaron a ver qué sucedía.

—¿Qué ocurre, Fraudina? —preguntó el muchacho interponiéndose entre ella y Martín.

El muchacho era alto, casi tanto como Martín; pero más delgado y mucho menos musculoso. Aún así a Martín le gustó el gesto cortés de defender a la muchacha.

—El rey quiere verme.

—¿Y quién lo dice? ¿Este desarrapado? —dijo el muchacho irguiéndose un poco tratando de igualar en altura a Martín.

Era evidente que el muchacho procedía de alguna familia noble. Pero a Martín le daba igual. Hacía ya mucho tiempo que le daba todo igual.

—Señora. Acompañeme. No quiero hacer daño a nadie; y si no quiere acompañarme por las buenas, la llevaré a la fuerza.

El muchacho se adelantó y trató de abofetar a Martín. Este, vio llegar la mano y la esquivó limpiamente mientras le propinaba un puñetazo en el abdomen que le dejó sin aire, boqueando y doblado sobre sí mismo. No le prestó más atención y haciendo una seña con la mano, urgió a Fraudina para que saliera del agua.

Los siervos se acercaron al ver la pelea. Martín se dio la vuelta encarándose con ellos que, inmediatamente dejaron de correr, para pasar andando al lado de Martín a ayudar al muchacho.

Fraudina se puso un vestido por encima de la camisola mojada, evidentemente para no tener que desnudarse delante de Martín. A continuación, altiva, dijo a Martín:

—No hagamos esperar al rey.

Fueron en silencio hasta el palacio en donde se alojaba Don Rodrigo. Martín no sabía qué hacer a partir de este punto. No conocía el palacio. Por suerte Fraudina si lo conocía, de hecho acudía casi todos los días para asistir a la mujer de un *dux*. Entraron hasta el patio central en donde se encontraron al rey departiendo con El Tuerto, con Don Pelayo y con otros dos altos mandos que no conocía Martín.

Al verles entrar, el rey miró fijamente a Fraudina, mientras esta hacía una grácil reverencia.

—Deliciosa —afirmó Don Rodrigo mientras se comía descaradamente con los ojos a la doncella.

Fraudina, al oír la exclamación del rey levantó la mirada levemente y Martín percibió sorpresa y miedo. Asimismo, observó cómo el rey se erguía. Era evidente que pretendía impresionar a la muchacha.

—Llevala a mis aposentos —ordenó mientras volvía a hablar con los mandos.

Un par de soldados acompañaron a la joven. Martín se quedó en medio del patio sin saber muy bien si irse o quedarse. En seguida le despejaron sus dudas. El Tuerto le llamó y Martín acudió al grupo en el que estaba el rey.

—Esperarás aquí hasta que salga la muchacha y la acompañarás a su casa —ordenó El Tuerto.

Martín hubiera protestado; pero estaba en presencia del rey y ante todos los mandos del ejército. Así que optó por callar, eso sí, manteniendo una expresión totalmente hierática que no dejaba traslucir nada. Al cabo de un breve espacio de tiempo, el rey se retiró a sus habitaciones y los mandos se fueron del palacio. Martín se encontró solo en el patio. Únicamente se veían unos guardias en puntos estratégicos y cada cierto tiempo pasaba la ronda; pero por lo demás estuvo solo hasta que, bien entrada la noche, apareció la muchacha en el patio.

Se dirigió hacia él. Iba arropada por un largo chal pese a que la noche era calurosa. Al llegar a su altura, Martín la saludó y la siguió, ya que ella no detuvo su avance. Pese a la poca claridad de la noche, era evidente que la muchacha estaba sollozando quedamente. Incluso Martín pareció verle un leve moratón en la mejilla izquierda.

A Martín le dio pena el destino de la muchacha y bajó muchos enteros el respeto que le tenía al rey. Aún así, se dijo que no era asunto suyo y se sorprendió por ese pensamiento. Hace un tiempo se habría preocupado por la muchacha, incluso habría intentado consolarla. Ahora, solo percibía un leve afecto por la chica y no pensó ni por un momento en dirigirla la palabra. No tenía ganas de ser el paño de lágrimas de nadie.

Dejó a Fraudina en el portal de una casa, en donde, nada más abrir una sirvienta de cierta edad, rompió clamorosamente a llorar. Desde allí volvió al cuartel mientras no podía evitar pensar qué habría sido de Inés.

Al día siguiente, en el cuartel, mientras estaban practicando con la espada, se le acercó El Tuerto.

—¿Acompañaste a la dama?

—Sí.

—¿Hubo algún problema?

—Ninguno. Aunque parece que la estancia con el rey no fue de su agrado.

El Tuerto escupió:

—Eso no es de nuestra incumbencia. Aunque es cierto. En Toledo hay ramerías a cientos y otras damas que se rendirían encantadas a los pies del rey. No creo que sea buena política el acosar a doncellas hijas de nobles. Y menos de nobles tan importantes como el conde Iulianis.

—¿El conde Iulianis?

—Sí. Es el conde que gobierna en Ceuta y que resiste los envites de los bereberes desde hace dos años.

Martín sabía que la ciudad de Ceuta estaba sitiada por tierra por un ejército berebere que ya en el 708 había tomado la ciudad de Tánger. Ceuta se mantenía en poder de los visigodos gracias a que la ciudad se abastecía por barcos desde la Península; pero sobre todo, por el tesón y el buen hacer del Conde Iulianis, principal mandatario de la ciudad, que organizó una defensa constante y exitosa.

—No le va a gustar nada el tema cuando se entere —razonó el Tuerto.

—A mí, si fuera su padre, tampoco me haría gracia.

—Esperemos que la doncella prefiera mantenerlo en secreto.

Poco imaginaban, que en esos momentos, una paloma mensajera volaba hacia Ceuta con las aciagas noticias. Unas noticias que propiciarían que el mundo que conocían estuviera en vísperas de desaparecer.

XXVIII

Los bereberes eran un problema en Ceuta y ahora habían pasado a ser un problema en la Península. Un contingente de unos quinientos hombres, al mando de un tal Tarif Abu Zara, había desembarcado en una playa del sur y se dedicaban a saquear varias poblaciones. Don Rodrigo se prometió repasar las líneas de defensa costeras para impedir estas incursiones de forajidos y piratas.

El año 710 discurrió sin más novedades. Martín cada vez tenía más peso dentro del ejército. Todos en Toledo le conocían y se había ganado una suerte de leyenda negra acerca de su fiereza. El odio hacia Don Siro seguía consumiéndole. Cada vez que pensaba en él, necesitaba descargar sus fuerzas contra algo. Solía entonces hacer ejercicios lanzando las franciscas y podía estar varias horas concentrado. Hasta que los poderosos brazos le pesaban y le dolían de tanto y tanto trabajarlos. En esos momentos, era preferible no dirigirle la palabra. Los soldados lo sabían, y procuraban evitarlo.

En Marzo del año 711, los vascones, en el norte de la Península, se sublevaron. La noticia llegó a Toledo y Don Rodrigo decidió hacer una batida por la zona para tranquilizar los ánimos. A tal efecto, ordenó que el ejército se preparara para hacer una campaña por tierras vasconas. En dos días partirían.

Cuando Martín se enteró, ordenó a sus hombres que lo prepararan todo. Comprobó que todo estaba en orden, aunque aún quedaban varias horas para que el ejército iniciase su salida. Dio permiso a los hombres para que se despidieran de sus seres queridos. Todos se apresuraron a salir del cuartel. Martín, no pudo evitar pensar en Leandro. Quizás muriese en esa campaña. Había estado negándose a ir a visitarle al monasterio porque su rabia y su impotencia le podían. Era incapaz de verle en ese estado. Prefería quedarse con la imagen que tenía de su padre. Alto, fuerte, gallardo, despierto, inteligente. Ese era el Leandro que prefería recordar.

Ahora, sentado en un sillar en el patio de armas, pensó en él. Y decidió que le debía por lo menos esa visita. Una visita de despedida. Estaba ya harto de la vida militar. Su objetivo no era otro que localizar y matar a Don Siro y aún estaba lejos de cumplirse, ya que la guerra civil parecía cada vez más lejana. Había decidido participar en esta revuelta y después abandonar el ejército para buscar a Don Siro por su cuenta. Puede que pasaran muchos años hasta que volviera a pisar las calles de Toledo. Sí, debía ir al monasterio a ver a su padre.

Cuando llegó al monasterio, le abrió un monje que tras interrogarlo le dejó pasar.

Martín fue directamente hasta la enfermería. Al entrar, descubrió a Fray Olegario, quien al reconocer a Martín acudió hacia él a buen paso.

—Martín, que alegría verle. Pensaba que le habría sucedido algo.

—Me enrolé en el ejército —dijo a modo de excusa ligeramente abochornado y

como si eso bastase como explicación.

—Mire que casualidad, hoy es primer domingo de mes y hace poco llegó esa señora que está al fondo con su padre.

Efectivamente, en la sala del fondo, se hallaba Leandro sentado mirando al techo y al lado de él una mujer con un cesto lleno de verduras permanecía sentada con lágrimas en los ojos.

Martín se acercó y la mujer al percatarse que alguien llegaba miró hacia él. Era Luisa. Se puso en pie tirando el contenido del cesto al suelo. Dio una palmada en el aire y esbozó un terrible sonido por su boca mutilada por el hierro candente, mientras lloraba profusamente y se abrazaba al pecho de Martín.

Martín sintió el llanto de Luisa. Era un llanto de alegría y de desesperación. Se sentó con ella en un escaño mientras le cogía las manos. Ella le miraba y le volvía a mirar no creyéndose que había vuelto.

—Luisa, ¿estás bien?

Ella asintió con una sonrisa, mientras seguía derramando lágrimas.

—Lo siento tanto.

Ella le cogió la cara con sus pequeñas manos y mirándole fijamente movió la cabeza en un movimiento suave de negación. Le decía sin palabras que no tenía la culpa.

Martín hizo una pregunta que sabía tendría una dramática respuesta.

— ¿Ramón?

Luisa le miró con sus ojos violetas y vivos y negó con la cabeza. Ramón no la había sobrevivido.

—Y dime, Luisa, ¿de qué vives?

Ella cogió la mano inerte de Leandro, y la acarició. Martín interpretó que su padre le habría dado dinero, aunque no sabía muy bien cómo.

—¿Te dio dinero mi padre? —Luisa negó con cara angustiada.

—¿Trabajas? —asintió y entonces se llevó el índice a la boca en una muda señal de silencio. No quería que le preguntara nada más.

—Tengo algo de dinero, toma —dijo dándole una pequeña bolsa con varias monedas—. A mí no me harán falta.

Luisa cogió la bolsa sin dejar de mirar a Martín a la cara con una expresión que Martín interpretó como pena.

—Luisa, ¿sabes que fue de Vicente y de Inés?

La expresión de Luisa se mudó. El miedo y el dolor cruzaron su semblante. Se levantó y dio un beso a Martín en la frente y otro a Leandro. Siempre con lágrimas en la cara se dispuso a irse.

Martín se había quedado confuso: ¿por qué escapaba Luisa? ¿qué secreto guardaba?

—Espera Luisa, contéstame a esto al menos: ¿vive Vicente? —Luisa se volvió y negó con la cabeza.

Ahora venía la pregunta que le quemaba a Martín.

— ¿E Inés? —Luisa le miró largamente como ponderando la respuesta, se dio la vuelta y salió de la enfermería.

Pese a que Martín la llamó repetidamente, Luisa ya no se volvió. Al poco, salió del monasterio mientras el padre Olegario llegaba hasta Martín.

—¿Qué sucede muchacho?

—Padre, creo que Luisa sabe algo terrible que no quiere contarme para no hacerme daño. Y eso que creo que nada podría hacerme ya más daño del que sufro. Pero voy a averiguarlo — y diciendo eso, se levantó para seguir a Luisa a donde quiera que fuese. Quizás supiera donde estaba Inés, incluso puede que vivieran juntas.

Cuando salió por el portalón alcanzó a ver cómo Luisa iba camino abajo saliendo de la ciudad en un carromato tirado por una mula. Decidió seguirla sin hacer notar su presencia. Aunque no llevaba montura, la mula no desarrollaba un tranco muy largo y a Martín, acostumbrado a las largas caminatas por el monte, no le costó gran esfuerzo mantener el paso del carro.

No era aún media tarde cuando llegaron a una villa. La llamaban Portusa. Era una villa como tantas otras a los pies de una calzada romana. En ella se divisaba una iglesia, unas casas desiguales y una taberna un poco a las afueras en la que se veían gran cantidad de caballos amarrados a las anillas de las paredes.

Luisa bajó en la taberna, y un joven, parecía un criado, le cogió la mula y el carro y los llevó a las cuadras.

Martín entró en la taberna. Un gran bullicio llenaba el ambiente. Casi todos los clientes eran soldados que, medio ebrios unos y borrachos completamente los otros, cantaban y se divertían. Era evidente que la inminente marcha del ejército les había llevado a gastarse sus monedas en vino y mujeres. Creyó reconocer a alguna cara entre los soldados, aunque ninguno era de sus diez.

Luisa había desaparecido entre el gentío que abarrotaba la sala. Le había dicho que trabajaba, y Martín podía dar fe que se trataba de una excelente cocinera. Quizás estuviera en las cocinas.

Buscó al tabernero y lo encontró. Era un hombre grueso aunque de aspecto afable. Sonrió a Martín cuando este se dirigió a él:

—Dime, soldadito —dijo mientras llenaba una jarra de barro de un oloroso tinto que sacaba de un tonel —. ¿Quieres una jarra?, ¿o acaso buscas una mujer? — preguntó mientras le guiñaba un ojo.

—Acaba de entrar una mujer que conozco. Se llama Luisa. ¿Trabaja aquí?

El tabernero se quedó mirándolo un rato mientras tapaba el tonel mecánicamente.

—Luisa es nuestra cocinera. Pero no creo que se avenga a irse contigo a la cama. Además es vieja y muda. Pero tengo otras muchas chicas —insinuó malinterpretando a Martín.

—Conozco a Luisa. Era mi sirvienta en Toledo.

—¿Sirvienta dices? Debe ser otra Luisa. La de aquí es mi suegra, la madre de mi mujer.

—No sabía que tenía hijas.

—¿Ves? Debe ser otra persona.

—¿Y se llama Luisa y es muda porque le cortaron la lengua con unas tenazas al rojo y acaba de llegar en un carro con un mulo que un zagal ha llevado a los establos?

El posadero dejó lo que estaba haciendo y, ahora sí, miró con interés al muchacho.

—Evidentemente, es la misma Luisa —dijo el posadero de forma cauta.

—Permítame una pregunta. ¿Conoce a una muchacha llamada Inés?

—Sí —afirmó secamente el posadero mientras adoptaba una postura que había pasado de la cortesía a la hostilidad—. Pero ya no está disponible.

—¿Ya no está disponible? —preguntó Martín sin saber a qué se refería el mesonero.

—No. Lo ha dejado. Pero hay muchas otras mujeres.

Martín no podía creer lo que le estaba dando a entender el posadero. ¿Inés estaba trabajando allí? ¿Acaso como meretriz?

En ese momento una voz que reconoció habló a su espalda.

—Antonio, dos jarras más para la mesa del fondo.

Martín se dio la vuelta y la vio. Era Inés, su Inés. Llevaba dos jarras de barro vacías en una mano y un trapo ajado en la otra. Pegó una palmada a un soldado que le pegó un pellizco y en ese momento levantó la mirada.

Dejó caer las jarras al suelo y se rompieron con gran estruendo, aunque no pareció importarle a ninguno de los que allí se divertían. Se llevó una mano a la cara y se quedó pasmada mirando sin creérselo a Martín.

—Que tonta estoy —dijo como excusa por haber dejado caer las jarras.

—Inés, este joven dice que te conoce de cuando tu madre era sirvienta en su casa —dijo el bodeguero.

—Es cierto, Antonio. Es Don Martín. El hijo de Don Leandro, el loco. Quizá haya vuelto de la guerra —dijo como de pasada al posadero mientras recogía los trozos de barro más grandes.

Martín que no entendía nada, se quedó mirando embobado a su amada. Esta le miró a su vez desde su postura de rodillas mientras cogía un último pedazo de las jarras. En su mirada leyó que no dijese nada más.

El posadero gritó detrás de Martín.

—¡Ya voy, ya voy! —y se fue con la jarra que acababa de llenar a una de las mesas del fondo en las que más griterío se producía.

Martín aprovechó la situación y se dirigió a Inés:

—¡Inés! —dijo mientras intentaba cogerla de las manos.

Esta se soltó inmediatamente y dejando los trozos de barro en el mandilón que llevaba, se dirigió a una puerta lateral mientras miraba hacia donde se había ido el

posadero.

Martín la siguió. Entraron en la cocina, en donde un estupendo olor a asado les recibió. Luisa estaba poniéndose otro mandilón igual que el de Inés, por encima de la ropa. Cuando vio que Martín entraba en la cocina detrás de Inés, lo comprendió todo y se echó las manos a la cabeza.

Inés se dirigió hasta ella. Le dio un beso en la frente y le dijo:

—No te preocupes, Luisa. No es culpa tuya —y llamando a Martín con la mano salieron a la calle por una puerta que había en el otro extremo.

Empezaba a caer la tarde e Inés condujo a Martín hasta la parte de atrás de la posada. Cuando al fin se paró Inés, Martín se aproximó a ella y le cogió de las manos.

—Martín, suéltame, podrían vernos.

—No me importa que nos vean —expresó Martín feliz.

—A mí, sí —respondió Inés mientras se soltaba de las manos de Martín.

—¿Qué te pasa, Inés? ¿No te alegras de verme? —preguntó Martín con un puño que le atenazaba el corazón.

Inés levantó la mirada al cielo mientras suspiraba luchando por no llorar:

—Claro que me alegra ver que estás bien.

—¿Estar bien? —no era esa la respuesta que Martín esperaba escuchar.

—Tú no lo entiendes, llevas demasiado tiempo fuera, han pasado muchas cosas desde aquella noche que nos vimos por última vez.

—Ardo en deseos que me lo cuentes todo. Tu padre, Ramón, Luisa, mi padre, tú... Son demasiadas incógnitas —manifestó con apuro Martín.

Inés se miró las manos que no paraban de frotarse en un gesto que Martín sabía era de nerviosismo.

—Está bien, supongo que mereces saberlo todo.

Y comenzó su relato.

XXIX

INÉS comenzó el terrible relato. Martín, sentado, la miraba con atención.

—Martín, al poco de irte con el caballo llegaron ocho jinetes encabezados por Don Siro. Nos estábamos despidiendo de tu padre cuando irrumpieron en el patio. Todos los jinetes eran espatarios del rey como Don Siro. Cerraron el portalón que daba a la calle y a punta de espada nos reunieron a todos en el patio. Tu padre intentó tranquilizarles diciéndoles que nadie se resistiría. Aún recuerdo la cínica risa de Don Siro justo antes de derribar a Leandro de un golpe en la cabeza con la espada plana. Todos nos asustamos; pero no pudimos hacer nada. Eran muchos y armados. Don Siro preguntó en dónde estabas. Cuando le dijimos que te habías ido de la ciudad, se puso hecho una furia. Pegó a tu padre, aún en el suelo, unas cuantas patadas de pura rabia mientras le preguntaba adonde había escapado la escoria de su hijo. Leandro comenzó a reírse burlonamente de su agresor, mientras a todos nos corría un escalofrío por el cuerpo. Don Siro le miró con ojos asesinos y le dijo que él lo había querido. Nos separó entonces. A Ramón y a Luisa les mandó a la cocina con dos hombres. A mí me encerró en una habitación y a mi padre y al tuyo los ató por separado en el patio. Durante mucho tiempo no se escuchaban más que los gritos de Don Siro. Preguntaba a voz en grito donde te podía encontrar. Después, al cabo de un rato, se oyeron los gritos de tu padre.

Al llegar a este punto, Martín se irguió levemente. Inés le miró con ojos bondadosos, en una muda súplica de que no la interrumpiese y prosiguió:

—No veía nada; pero los aullidos eran atroces. Lloré implorando en vano que lo dejasen. Aquellos gritos eran inhumanos. La agonía se prolongó largo rato. Los gritos cada vez eran más bajos, ya casi no le quedaba ni voz para gritar, era como un quejido continuo. A veces paraba de repente, seguramente se desmayaría del dolor; pero al cabo de un rato volvían a oírse. Al cabo de lo que me pareció una eternidad de escuchar los alaridos, vinieron a por mí.

Inés se levantó del sillar en el que estaba sentada contando el terrible relato:

—Mi padre miraba aterrado y lloroso cómo me conducían al centro del patio. No parecía que lo hubieran torturado. Sin embargo, tu padre..., tu padre estaba irreconocible. Habían encendido una fragua que debían haber sacado de las cuadras. En ella tenían hierros candentes y unas tenazas al rojo. Con ellas habían arrancado jirones de la piel de la cara de tu padre.

Martín pegó un pisotón en el suelo, mientras apretaba tanto los puños que se veían blanquear.

—Pero, por lo visto, tu padre no había hablado. Así que me sacaron a mí, me colocaron delante de tu padre para que me viera bien. Don Siro dijo que me haría lo mismo que a él si no hablaba. Leandro, llorando por el único ojo que le habían

dejado, dijo de forma entrecortada que te había enviado a Córdoba a la corte del *Dux* de la Bética.

Aún en las circunstancias más abominables, le había protegido, pensó Martín.

—Don Siro sonrió perversamente y, mirando a tu padre y al mío, comentó que irían a buscarte; pero que antes tendrían que divertirse un poco, que no todo era trabajar. Después de decir eso, me despojó de mis ropas, me golpeó y me violó delante de ellos.

En este momento de la narración, Inés paró unos segundos, tomó aire y la retomó esforzándose en no llorar:

—Luego me violaron los demás compañeros de armas de Don Siro, malditos sean todos ellos. Mi padre, en un momento de la agresión, puso los ojos en blanco y murió diciendo mi nombre. Seguramente su corazón no aguantó el espectáculo. Los muy despreciables comenzaron a reírse de la suerte de mi padre, diciendo cosas horribles de él. Tu padre imploraba llorando que me dejaran, decía que ya tenían lo que querían, que fueran a buscarte y me dejaran. Todo fue en vano. Yo a partir del cuarto o quinto hombre ya no sentía nada más que dolor y asco. Lloraba inerte suplicando que acabara todo cuanto antes. Cuando todos se hubieron saciado, sacaron a Luisa y a Ramón. Don Siro, siempre dirigiéndose a tu padre, le dijo que no podía estar seguro de que no fueran a contar nada, así que tendría que tomar precauciones. Acto seguido, ordenó que los inmovilizaran y cogiendo unas tenazas que estaban al rojo, les cortó la lengua a los dos. En ese momento, fue cuando tu padre ya no lo soportó. Comenzó a decir cosas incongruentes. Gritaba remedios de plantas, decía recetas. Tenía la mirada de su único ojo extraviada.

Martín se mordía los nudillos sintiendo cómo su odio hacia Don Siro aumentaba más aún si cabe del que ya sentía anteriormente. Inés seguía con su relato mirando hacia la nada. Estaba concentrada en el pasado. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos; pero las contenía con denuedo:

—Don Siro al principio se sorprendió. Se acercó a Leandro y le estudió hasta que, contento y con esa cínica sonrisa, dijo que era perfecto. Que ni en sus mejores sueños había pensado que le saliera tan bien. Prefería que quedara vivo y loco. Así te dolería más a ti si por un casual no te encontraba y tú regresabas a Toledo.

Inés miró a Martín, y constató cómo se le mudaba el semblante de pura desesperación. Le puso una mano en el brazo y prosiguió su relato.

—Dijo además que prefería que yo también viviera por si en otra ocasión se encontraba conmigo. Además me advirtió que si contaba algo de lo que había pasado, volvería a buscarme y me obligaría a ver cómo mataba a Luisa y a Ramón, además de matarme luego a mí.

Paró de contar el terrible relato. Tomó aire como cogiendo fuerzas. El mentón le vibraba en lo que Martín interpretó era un odio racial:

—Cuando se fueron, prendieron fuego a la casa y a toda prisa debimos sacar un carromato para poner el cuerpo destrozado de tu padre. Descubrimos que le habían

partido muchos huesos de las piernas y la cadera. No se podía valer por sí mismo y además, estaba en otra realidad. Entre Luisa y Ramón le cogieron. Son fuertes como robles, les acababan de cortar la lengua y aún así, con los tremendos dolores que debían sentir, lo primero en lo que pensaron era en sacarnos de ese infierno. Yo tampoco estaba bien. Me había quedado aturdida, dolorida, destrozada. En aquel momento les pedí que me dejaran allí, entre las llamas, con mi padre fallecido. Me obligaron a subir al carromato y salimos en dirección al monasterio. Ni siquiera tuvimos tiempo de rescatar el cuerpo de mi padre, que se quemó al caerle encima parte del techado en llamas.

Respiró hondo de nuevo:

—Ramón y Luisa se dirigieron al monasterio en donde dejaron a Leandro para que lo curaran, yo permanecí tumbada en el carro, inerte, ausente, vacía. Ellos prefirieron seguir camino. Tenían pavor a quedarse en Toledo. Durante una semana, nos salimos de los caminos y vivimos en el monte de casi nada que había podido salvar Luisa para comer. Ellos no podían casi tragar por la tremenda hinchazón que tenían en la boca y yo seguía como ida. Ramón fue poniéndose enfermo, la fiebre le estaba devorando. La tremenda herida de la boca, se le había infectado y a los diez días murió.

En este punto Inés ya no podía contener las lágrimas y aunque no se le quebraba la voz, una tímida gota le corría por la mejilla. Martín fue a secársela con la mano y ella se apartó:

—Por favor, deja que acabe el relato, o creo que nunca podré volver a hablar de ello —dijo con coraje.

Martín asintió sintiéndose enormemente culpable.

—Luisa y yo nos refugiamos en una casa abandonada y con casi nada que teníamos intentamos sobrevivir. Cortábamos hierbas del monte y las intentábamos vender en los mercados. Luisa estaba enferma, después de la muerte de Ramón, se había quedado muy afectada. Impedida de comer en condiciones, se alimentaba de caldos de las cosas que encontrábamos. Por supuesto, no nos llegaba para subsistir y llegó un día en el que intenté robar unos huevos en la plaza. Solo pensaba en lo ricos que estarían batidos en un caldo para que Luisa los pudiera tomar. Cuando me dirigía al puesto de los huevos, esperé a que el hombre que los vendía estuviese distraído. En un momento dado, surgió la ocasión. Se había alejado un poco para orinar. El corazón me latía a mil por hora, cogí tres huevos y los metí en el faldón. Cuando ya me estaba alejando, casi ya fuera de la plaza, una mujer me cogió de la mano. Creí que me iba a delatar, en lugar de eso me llevó a un aparte y me habló como una amiga. Me preguntó si era consciente de lo que me podría pasar si me descubrían. Para ello empleaba una voz dulce y carente de toda maldad. Solo constataba el hecho que había presenciado. Yo asentí avergonzada sin saber muy bien cómo iba a acabar aquello. Ella, comprensiva, o al menos así lo entendí en ese momento, comentó como de pasada lo malo que era pasar hambre. Por un momento, pensé que la conversación

acabaría ahí. Que la mujer me dejaría marchar solo advirtiéndome que tuviera más cuidado. De hecho, me levanté e intenté despedirme para volver con Luisa.

Con la cabeza entre las manos apretaba las sienes. Realmente le hacía daño recordar y decírselo a Martín:

—La mujer me volvió a coger las manos y me comentó que, si yo quería, podría ganar dinero y no tener que robar. Que ella sabía un sitio en donde necesitaban alguien como yo para trabajar. Al oírla, se me debió iluminar la cara. Era la respuesta a todas mis plegarias. Me dijo que la acompañara y me trajo a esta taberna. Yo pensaba que habría que limpiar y hacer las tareas de la cocina y las habitaciones. Incluso no me importaba que me mandaran cuidar los establos. Además pensaba en Luisa, quizás a ella también pudieran darle trabajo, aunque solo fuera a cambio de comida y techo.

—La mujer —seguía recordando Inés— me llevó a la cocina y me dio un plato de caldo de verduras y conejo. Nunca había comido tan rápido. Ella me miraba, sonriendo levemente. Cuando acabé, un poco mortificada porque no había pensado en dejarle un poco a Luisa, ella se dirigió a mí preguntándome si estaba sola. Para no contarle la verdad, y acaso hacer sentir más compasión a esa mujer que yo veía como un ángel del cielo, me inventé la historia de que mi padre había muerto y mi madre y yo nos veíamos en la miseria viviendo en unas ruinas. Además le dije que mi madre estaba muy débil por no comer y por eso había decidido robar el huevo. Ella atendió mi explicación y luego me preguntó si querría que esa situación cambiase. Yo no podía creer el tener tanta suerte. Ella me propuso entonces que trabajara en la taberna. Cuando me vio asentir esbozando la que creo que fue la primera sonrisa tras escapar de tu casa, me dijo que podía empezar en ese mismo momento a ver qué tal lo hacía.

Me pidió —siguió respirando hondo— que me arreglara un poco el pelo y que me lavara la cara. Cuando lo hice, entramos en el comedor. Había cuatro o cinco mesas ocupadas con algunos comensales gritones. En una se jugaba una partida de dados. La mujer me presentó a Antonio, al que ya conoces, y le dijo que se encargara de mí. La mujer salió del comedor saludando a algunos clientes que se ve ya conocía. Antonio me indicó donde estaba el vino, cómo se servía, en fin, todos los secretos de la taberna. Yo comencé a servir vino. Los hombres gritaban como condenados, algunos me tocaban al pasar y uno se levantó, me abrazó y me dijo que fuésemos a una habitación.

Inés miró al cielo siempre recordando. Las lágrimas fluían ahora libres por su rostro; pero no cejó en su empeño de acabar la historia:

—Yo me azoré mucho, lo dejé con evasivas bebiendo vino y se lo dije a Antonio. Él me miró como si fuese tonta, y en realidad, lo era. Me explicó que mi trabajo no acababa cuando no quedaban vinos por servir. El servicio era completo. Si los clientes querían además de vino, mi cuerpo, lo tendrían, por supuesto previo pago a Antonio. Se me vino el mundo abajo. Había sido un sueño roto. Pensé en irme. Pensé en salir corriendo y no volver nunca. Y al final... pensé en Luisa. Pensé en el hambre

y el frío. Pensé que nunca volvería a verte.

Dijo esto último bajando el tono de voz y con la voz trémula. Martín se levantó y la abrazó. Ella lloró desconsolada en su pecho. Martín no pudo ni llorar. Solo notaba un vacío aún mayor que el sentido cuando descubrió lo que le habían hecho a su padre. De haberlo sabido se habría entregado personalmente a Don Siro. Había destrozado tantas vidas...

Inés se rehízo y continuó el relato:

—Subí con el cliente, y luego con otros dos. Esa tarde, cuando llegué a donde estaba Luisa, llevaba un buen cacho de pan, huevos y un poco de tocino. Luisa al verlo, me miró no comprendiendo de donde lo había sacado. Se lo conté todo mientras las dos llorábamos. Le pedí que no hiciera ascos a mi sacrificio. En la posada me habían dicho que sería bienvenida una cocinera. Así pues, regresamos las dos a la posada. Y las dos trabajamos. Al cabo de unos meses, la mujer que me había encontrado en la plaza murió. Era la madre de Antonio. Antonio, que a veces había solicitado también mi compañía, me propuso que fuera su mujer. Eso implicaba el dejar de acostarme con otros hombres y la estabilidad necesaria para poder vivir en paz tanto Luisa, como yo. Acepté y nos casamos. De eso hace ahora más de medio año...

Contó la última parte del relato con serenidad. Con la resignación de quien ha aprendido a aceptar las cartas que le han tocado. Martín se había dejado caer en un escaño y se tapaba la cara con las manos mientras miraba al suelo y escuchaba el final del relato de Inés. Su Inés:

—Lo siento tanto —acertó a decir.

—No podías saber lo que pasaría. La culpa fue mía por no haber cortado antes las expectativas que Don Siro tenía —dijo apresuradamente Inés, en un vano intento de que Martín no se mortificara.

Martín se levantó. Cogió a Inés por las manos y mirándola a los ojos, esos preciosos ojos marrones y verdes por igual, le propuso:

—Ven conmigo. Huyamos los dos.

Ella sonrió con tristeza.

—No, debemos pensar en todo lo que ha pasado. Mi vida está ahora aquí. Luisa depende también de mí. Aquí es mi madre y siempre lo será. Podrá envejecer tranquila porque siempre tendrá un plato que llevarse a la boca. Ya ha sufrido bastante. Tú, por tu apariencia, eres un soldado. No puedes abandonar el ejército y menos en vísperas de un combate. Te perseguirían por desertar. No, Martín, nuestro momento pasó. Además, debo pensar en mi hijo —acabó diciendo mientras apoyaba su mano en el abdomen.

Martín no se había percatado. Ahora que se lo había dicho, sí, ciertamente, se apreciaba una leve curva en la línea de su cintura.

—Debes dejarme y olvidarme, Martín. Por tu bien y por el mío, no vuelvas a vernos. Antonio es un buen hombre. Es trabajador y me quiere. No me faltará nada

con él.

Martín fue a decir algo; pero las palabras se murieron en su boca. Realmente no sabía qué decir. Inés tenía razón, él no podía darle seguridad. Podía morir en la guerra si seguía como soldado. Si desertaba, tendrían que vivir siempre escondidos. No, realmente, ella no necesitaba pasar por más pruebas.

Tras una corta despedida, Inés entró en la posada dejando a Martín a solas con sus pensamientos. Debía volver al cuartel. Aún le quedaba el regreso y debía estar presente al alba sin falta.

El largo paseo le vino bien. Caminó deprisa para quemar su ira y su desazón. Casi sin darse cuenta, entraba en Toledo en lo más oscuro de la noche.

XXX

EL lento discurrir del ejército llevó a Martín hasta Pamplona. El rey Don Rodrigo y todos sus mandos militares decidieron utilizar la ciudad como base para la lucha contra los vascones. Llevaban pocos días en la ciudad cuando llegó un mensajero. Martín se hallaba dialogando con El Tuerto, cuando Pelayo se acercó a ellos:

—Preparad las tropas. Nos vamos a Córdoba —dijo Pelayo con apremio.

—¿A Córdoba? Pero si acabamos de llegar a Pamplona... ¿Qué pasa en Córdoba? —se expresó ligeramente enfadado El Tuerto.

—Ha llegado un mensaje de Don Sancho, el sobrino del rey. Ha habido un desembarco de los bereberes. Han ocupado Carteya y han derrotado a un contingente de las tropas de Don Sancho.

—¿Han ocupado Carteya? Es una bahía perfecta para el desembarco. Además así tienen una zona de escape en caso de que las cosas les salgan mal. Está bien pensado —apostilló El Tuerto con conocimiento. Había estado sirviendo a las órdenes de Don Rodrigo cuando este era *Dux* de la Bética. Por ello conocía bien el terreno del que hablaban.

—No sé si querrán escapar —contestó Don Pelayo—. Parece una fuerza de ocupación. No una de sus célebres razias. Don Sancho calcula su ejército en cerca de diez mil hombres.

El Tuerto asintió pensativo.

—Ciertamente, no te llevas diez mil hombres para saquear un par de poblados costeros. Martín, —dijo dirigiéndose a su subordinado—, prepara a tus hombres. Nos vamos al sur.

Los preparativos fueron frenéticos. Dada la urgencia del mensaje y el peligro que destilaba la ocupación, el rey decidió que se adelantaría con unidades a caballo de forma inmediata. El resto del ejército regresaría al lento paso que marcaban las carretas de suministros y la infantería. El lugar de reencuentro sería la ciudad de Córdoba.

El rey contaba con utilizar las guarniciones del sur de la Península, concretamente las de Córdoba y Sevilla.

Al día siguiente, partieron de Pamplona todas las fuerzas de que disponía el ejército que se podían transportar a caballo. Se impuso una marcha intensa, en la que muchos caballos fueron cediendo. Martín aún cabalgaba sobre su espléndido corcel tordo, regalo de su padre. No le costaba seguir el paso de los caballos de guerra del rey y los principales cortesanos. Otros nobles y pequeños señores, sin embargo, corrieron peor suerte. Los caballos que portaban eran caballos de trabajo en el campo. Infatigables con un arado, pero lentos en distancias largas y continuadas, como era el

caso. Una larga fila componía el ejército del rey; de ella, cada poco, se desgajaba alguna unidad que no podía seguir el paso marcado.

Pasaron brevemente por Toledo y prosiguieron camino hacia el sur. Cuando llegaron a Córdoba, el rey se reunió con los principales de la ciudad. Todo el mundo parecía preocupado. Desde el desembarco de los bereberes habían pasado ya más de quince días. Seguramente ya estarían fortificando la zona previendo el más que seguro contraataque visigodo.

Además de los principales de la ciudad, el rey se reunió con el obispo de Sevilla Don Oppas y con Don Sisberto. Ambos eran hermanos del difunto rey Witiza. Pese a la evidente mala relación entre las dos familias que se había generado tras acceder al trono Don Rodrigo, un código de honor —el mismo que había hecho que tras sacarle los ojos a su padre, Teodofredo, Rodrigo fuese nombrado *Dux* de la Bética por el rey Witiza— hacía que Don Rodrigo hubiese llamado a los dos nobles hermanos del anterior monarca para que acudieran junto a él a luchar contra el invasor. De hecho, había confiado tanto en ellos, que por eso dejó a su ejército en Pamplona. Se apoyaría en los hombres que le aportaran Oppas y Sisberto para su lucha contra los bereberes.

En el seno del ejército, entre los nobles partidarios de una u otra familia, se desataron una serie de odios y encuentros más o menos violentos que saltaban a la mínima provocación. El ejército permanecía muy desunido. Algunos de los hombres de confianza del rey, como Pelayo, miembro de la guardia del rey, le advirtieron de lo que estaba sucediendo; pero Rodrigo se limitó a dejarlo pasar, achacándolo a los nervios previos a la batalla que se avecinaba.

De su grupo de exploradores, Martín viajó solo; ninguno de sus hombres era un noble ni poseía un caballo, así que se habían quedado en Pamplona. El Tuerto le asignó diez soldados de los que se habían reclutado a toda prisa en el sur. El primer contacto con ellos fue para conocerlos y hablar con los hombres para ver qué podía esperar de ellos. Fue bastante decepcionante. Ocho de ellos nunca habían estado en el ejército y carecían por completo de cualquier conocimiento en el manejo de las armas. Los otros dos habían servido en las filas de Don Sancho, el sobrino del rey derrotado por los bereberes cuando les hizo frente tras el desembarco. Lo que le contaron a Martín era realmente espantoso. Decían que los bereberes eran soldados infernales que tenían unas espadas ligeras y curvas. Peleaban como demonios y tenían una fuerza sobrehumana. Hasta aquí, Martín lo achacó a la imaginación y a la evolución natural de evocar un relato constantemente. Al final, siempre termina siendo desproporcionado. Sin embargo, hubo un hecho que al oírlo le creó gran inquietud, sobre todo porque todos los soldados supervivientes estuvieron de acuerdo en ello.

Durante toda la noche no paró de darle vueltas al relato de uno de sus hombres.

—«Durante la batalla, sufrí el impacto de una piedra lanzada por un hondero. Me

dio en la cabeza y a pesar del casco, quedé inconsciente. Cuando me desperté, estaba con un numeroso grupo de compañeros de armas. Nos apiñaron a todos, atados unos con otros sentados en el suelo. Después, los moros cogieron los cadáveres de nuestros muertos y los apilaron en un lado. Mientras unos los apilaban, otros moros fueron fabricando unas marmitas enormes y unos terceros acarreaban grandes cantidades de leña con las que hacer una hoguera. Cuando terminaron las marmitas, las pusieron al fuego, y echaron agua en ellas. Al final, desmembraron los cuerpos de los muertos y fueron echándolos dentro de las marmitas. ¡Iban a hacer un guiso con nuestros compañeros!» —había relatado exaltado, mientras los otros soldados le miraban con espanto.

El soldado prosiguió con su tremendo relato:

—«El guiso con los cuerpos de nuestros compañeros llenó todo el valle de un olor nauseabundo. Un moro que nos acercó agua y que hablaba romance, dijo que la carne humana era muy sabrosa; pero que tenía que cocer durante todo un día para ablandarse».

La cara de los soldados que escuchaban la narración era de asco y miedo a la vez. Incluso Martín tuvo que reconocer que el relato estaba produciendo en él algo de inquietud. Y aún no había finalizado su relato:

—«Por fortuna, durante la noche, un compañero pudo soltarse lo suficiente como para deshacer los nudos de la cuerda que nos tenía apresados al grupo. En silencio, pudimos huir hasta nuestras líneas».

Martín corroboró con otros cautivos que habían escapado, que los hechos se habían producido así. Pronto, todo el mundo sabía que los invasores comían carne humana. Había un estado general de espanto. En algunos hombres, este hecho les dio fuerzas y se envalentonaban diciendo que devolverían al mar a esos monstruos; pero en la mayoría, provocó un temor intenso.

El 17 de Julio del año 711, el ejército de Don Rodrigo salía de Córdoba por la vía romana que une esta ciudad con Cádiz, más al sur. Al pasar por Écija se nutrieron de más efectivos y llegaron a la Laguna de la Xanda, al lado de la desembocadura del río Lete, el 19 de Julio.

Durante el trayecto, Martín, prácticamente viajó solo, adelantado al grupo principal del ejército. Su misión como explorador hacía que fuese muy por delante reconociendo el terreno y asegurándose de que el enemigo no estuviese preparando ninguna emboscada.

Poco antes de llegar a la laguna, Martín detectó al primer enemigo. Debía ser también un explorador. El bereber era flaco y de piel morena. Llevaba una espada curva, como había mencionado el soldado en su relato. Además portaba dos cuchillos en un cinto y una honda. Estaba agazapado tras una mata de encino. Martín casi no lo vio; pero el moro se rascó la cabeza y el movimiento fue el que le delató. Leandro siempre decía que aunque estés en un lugar expuesto a la vista, si no te mueves, puedes pasar desapercibido. El recuerdo de Leandro le resultó doloroso a Martín.

Después de largo tiempo esperando por si hubiera algún otro compañero del enemigo, Martín se decidió a seguir avanzando tras rodear al vigía. No podía dejarlo detrás de él, ya que si precisaba escapar, tendría la salida cortada, así que debía eliminarlo. Ese pensamiento fue algo natural, estaba entrenado para matar y era necesario en ese momento. No era como en una lucha cuerpo a cuerpo, aquí se trataba de matar a sangre fría. Martín decidió que no le quedaba otra opción y no entró en ninguna otra consideración. Se acercó en silencio al vigilante y lo degolló limpiamente con una daga mientras le tapaba la boca para que no gritara y delatase su posición. El moro prácticamente no se enteró. Martín ocultó el cuerpo tras unas matas y prosiguió su avance.

Poco más adelante, encontró el campamento bereber. Era enorme y estaba bien organizado. Había suficientes vigías para dar la voz de alarma con suficiente antelación en caso de querer intentar sorprenderlos con un ataque. Era evidente que los esperaban.

Martín desanduvo lo andado y volvió con el grueso del ejército visigodo. Contó a El Tuerto cuanto había visto y poco después se dio la orden de montar un campamento. Martín hizo que sus inútiles hombres montaran su tienda y se acostó unos instantes aunque aún era de día. Sabía que durante la noche serían necesarios sus servicios y quería aprovechar al máximo las horas de sueño que pudiera. Dormía siempre mal y poco, aunque no notaba el cansancio. El odio es un poderoso alimento. Su aspecto, el de un hombre enorme, musculado, siempre armado con sus franciscas en la cintura y con un gesto huraño y duro marcado aún más por unas permanentes ojeras, hacía que la gente le rehuyera. Incluso entre los soldados más experimentados y curtidos del ejército, se le tenía un tremendo respeto y temor.

Cuando se tumbó encima de su manta, pensó en el hombre al que había matado. Fue un pensamiento fugaz. Descubrió que no le perturbaba lo más mínimo. Su corazón se había endurecido tanto que había pasado de curar a matar sin pestañear. Estaba seco por dentro. Solo el odio le daba razones para vivir. El ansia de venganza aún le consumía. Anhelaba encontrarse con el violador, torturador y asesino. Anhelaba encontrarse con Don Siro. Y cuantos más hombres matara, más práctica tendría cuando llegara el día de encontrarse cara a cara con él. Con este pensamiento se durmió. De hecho, casi cada día se dormía con el mismo pensamiento.

Lo que Martín ignoraba, es que estaba muy cerca el momento de encontrarse con su gran enemigo.

XXXI

EL día aún no se había anunciado por el este. Martín tenía a la vista el vasto campamento bereber. Estaba protegido por un meandro del río que, perezoso, discurría haciendo múltiples eses antes de llegar al océano. Le habían enviado junto a uno de sus hombres para intentar evaluar las fuerzas enemigas además de prevenir movimientos hostiles de estas. Llevaban un buen rato debajo de unas matas de alcornoque en un pequeño otero. Tan solo a treinta pasos había un puesto de vigilancia bereber. Tres hombres hacían guardia, aburridos y ruidosos. El campamento estaba en paz y solamente unos restos de hogueras se veían aquí y allá. El ejército de invasión debía de contar con cerca de diez mil efectivos. Había unos pocos caballos, acaso quinientos. El resto eran tropas de infantería. La misión de Martín se debía completar con el apresamiento de algún soldado enemigo para poder interrogarlo.

Martín miró hacia el este y comprobó que una suave luz empezaba a vislumbrarse en lo que sería una calurosa mañana. Volvió a repasar con Ramiro, su compañero de expedición, el plan que habían trazado. Esperarían al relevo de los vigías y en cuanto se hubieran marchado los que actualmente ocupaban el puesto, atacarían a los que acababan de llegar. Se desharían de dos de ellos y al tercero se lo llevarían como prisionero. Al acabar de ocupar el puesto, no les echarían de menos hasta el siguiente cambio de guardia.

Se colocaron sigilosamente a contraviento. Les llegaron retazos de la conversación de los enemigos. El idioma les resultaba incomprensible. Al poco tiempo, vieron llegar al relevo. Resultó que en vez de tres, eran cinco los hombres que subían. Maldiciendo su mala suerte, decidieron esperar. El relevo fue recibido con jolgorio por los que dejaban el puesto. Por lo visto, esa conducta era común en todos los ejércitos del mundo, comentaron con una sonrisa. Al cabo de un breve espacio de tiempo, dos de los hombres que acababan de llegar, se despidieron de los que quedaban en el puesto de guardia y avanzaron sigilosamente hacia el campamento visigodo.

Martín se quedó de piedra. La suerte les acompañaba. Eran exploradores. No solo no se enfrentarían a tres hombres, sino que además, al prisionero lo tendrían que llevar menos trayecto, ya que iban por su propio pie hacia su campamento. Cuando estuvieron a una distancia prudencial, siguieron a los exploradores. Avanzaban a buen paso, aunque no tan sigilosos como Martín y Ramiro. Ramiro se había criado cerca del paraje en el que estaban y lo conocía bien. Le indicó a Martín una pequeña senda que discurría prácticamente en paralelo al curso que seguía la pareja bereber. Cuando alcanzaron a ver el campamento visigodo, los moros se detuvieron y empezaron a buscar un buen lugar en donde apostarse. Se decidieron por unas matas de monte

bajo. Se tumbaron en el suelo y llegó un momento en el que Martín solo les veía asomar los pies. Era un buen escondite si no hubiesen tenido al enemigo detrás. Hizo una señal a Ramiro y se dirigieron hacia ellos. Avanzaron sigilosos, aunque cuando apenas les faltaban tres pasos, Ramiro pisó una rama que les delató. Sin embargo, las propias frondas que ocultaban a los moros, les impidió levantarse a tiempo para poder defenderse del ataque de Martín. Nada más escuchó partirse la rama bajo el pie de Ramiro, Martín supo que debía actuar.

El combate fue efímero. Al hombre que más erguido estaba, le lanzó una de las franciscas que le impactó directamente en la cabeza y se la reventó como una fruta madura. El otro moro únicamente alcanzó a ver un puño antes de que le impactara brutalmente en plena cara, reventándole la nariz y dejándolo fuera de combate. Cuando llegó Ramiro, aunque solo estaba a tres pasos de Martín, todo había acabado. Miró a Martín mientras este comprobaba si estaba inconsciente el moro al que había golpeado. El otro, era evidente, estaba muerto. Martín sacó la francisca de la cabeza del hombre muerto y la limpió en las ropas de este. Después lo registró por si portaba algo interesante. Aparte de un par de dagas, el cadáver no parecía llevar nada. Cuando registró al cautivo inconsciente encontró sin embargo un pequeño pergamino. Era algo muy extraño. El pergamino era un artículo de lujo y el soldado al que había abatido no parecía, ni mucho menos, un noble. Se guardó el pergamino y tras desarmar al prisionero se dispuso a cargarlo.

—Vamos, está amaneciendo y no me quiero quedar sin desayuno —dijo Martín mientras se ponía al prisionero sobre los hombros.

Era un hombre muy liviano. Casi se le clavaban los huesos en su espalda. Al pronto, apenas empezaron a andar, escucharon unos pasos que se dirigían hacia su posición. Inmediatamente se lanzaron al suelo aunque los pasos provenían del campamento visigodo. Quién sabe —pensó Martín—, quizás fueran otros exploradores bereberes que volvían. Martín dejó al prisionero inconsciente a cargo de Ramiro mientras se arrastraba hasta unas matas un poco más alejadas. Prefería tener dos frentes en caso de un ataque. Así no le sucedería lo que les había pasado a los moros. Al estar tan juntos, un solo hombre los había derrotado.

Los pasos se acercaron. Se notaba que avanzaban de forma sigilosa. Cuando estuvieron cerca, Martín comprobó que se trataba de tres hombres con aspecto de ser godos. Al menos las espadas que portaban eran las típicas del ejército, largas y pesadas, en contra de las curvadas cimitarras de los bereberes. Aún así, algo le dijo a Martín que era mejor no descubrir su posición. Ramiro, sin embargo, se irguió nada más comprobó que eran compatriotas.

Los visitantes, al ver a Ramiro con el bereber inconsciente, desenvainaron las espadas. Ramiro, sorprendido por la reacción, levantó las manos en señal de que no pretendía luchar mientras miraba discretamente hacia donde Martín estaba escondido. Martín puso un dedo sobre los labios en una muda señal de que no dijera nada de él. Los godos se acercaron a Ramiro y le preguntaron qué había pasado. Ramiro dijo que

era un explorador que había descubierto a los moros rondando por el campamento y había abatido a uno y llevaba al otro preso para interrogarlo. Los godos se miraron entre sí y sin mediar palabra alguna, el que había interrogado a Ramiro, aún con la espada en la mano, lanzó una estocada directa al abdomen de Ramiro que prácticamente le atravesó de parte a parte.

Martín se quedó helado. No sabía por qué le había dado mala espina el que unos godos avanzaran por el monte a aquellas horas. Era evidente que eran cristianos, al menos hablaban la lengua de Martín y sin acento apreciable que denotara que eran extranjeros. Uno incluso llevaba una cruz de madera colgada con una tira de cuero alrededor del cuello. Entonces, ¿qué demonios pasaba? Ramiro estaba muerto antes de llegar al suelo. Los soldados se aproximaron a los moros y los registraron a conciencia. Al no encontrar nada que les convenciera, registraron el cuerpo sin vida de Ramiro.

Por supuesto, nada encontraron. Ahora a Martín le parecía evidente que el pergamino debía ser un mensaje. Pero ¿un mensaje para quién? Seguramente habían quedado al alba en este punto con los bereberes. Pero se les habían adelantado Martín y Ramiro.

Muy importante debía ser lo que ponía en el pergamino para matar a Ramiro. Martín sopesó sus opciones. No dudaba que podría abatir a dos de los hombres de inmediato con las franciscas; pero al tercero no le sorprendería como al moro. Llevaban desenvainadas las espadas aún. Estaban temerosos y furiosos por el contratiempo que les había amargado la mañana. Decidió esperar a ver cómo actuaban.

Los tres hombres, tras dialogar brevemente, decidieron volver al campamento. Antes mataron al moro preso cortándole el cuello aún desmayado.

Martín, asqueado de la cobardía de esos hombres, les siguió a prudencial distancia. Estuvo tentado en varios momentos de atacarles. De espaldas y ya con las espadas envainadas, eran presa fácil para Martín. Sin embargo, decidió esperar y ver qué sucedía. Cuando llegaron hasta el primer puesto de vigilancia del campamento, los soldados que estaban de guardia se cuadraron nada más ver llegar a los tres hombres. Esto desconcertó aún más a Martín. Dando un rodeo, esquivó el puesto de guardia y ya metido entre las tiendas del campamento, avanzó normalmente, mezclándose entre los soldados que despertaban.

Los tres hombres se dirigieron hasta las tiendas de los nobles que acompañaban al obispo Don Oppas y que se erigían alrededor de la inmensa tienda de este. Los guardias que custodiaban las tiendas principales, volvieron a cuadrarse al ver llegar al trío que se introdujo en una de ellas.

Martín remoloneó por los alrededores, esperando ver si había alguna reacción a las noticias que llevaba el trío. El pergamino le quemaba dentro del jubón de piel que vestía. Anhelaba leer lo que ponía; pero la curiosidad acerca de saber más sobre esos hombres fue mayor. No tuvo que esperar mucho. Se oyeron unos gritos dentro de la

tienda y súbitamente salió un hombre de ella profiriendo maldiciones.

Martín se quedó estupefacto. Tuvo que tragar saliva para no proferir un alarido y lanzarse contra el objeto de su ira. Solo la gran cantidad de soldados que le rodeaban impidió que se dirigiera hacia él. El que acababa de salir de la tienda era su gran enemigo, al que además de los terribles actos que ya había cometido, había que atribuirle la muerte de Ramiro. Don Siro acababa de pasar por delante de él y se había metido en la tienda del obispo Don Oppas.

Volvió para hablar con El Tuerto. Por el camino, leyó el pergamino; pero no entendió nada de lo que ponía:

«ALAS DESCUBIERTAS»

No sabía qué querría decir ese mensaje para que alguien hubiese tenido que morir por él. No le encontraba ninguna explicación. Por muchas vueltas que le dio, no encontró nada coherente en esas dos palabras. Quizás hubiera otro mensaje en el moro. Pero no, le había registrado bien, además también lo habían hecho los hombres de Don Siro.

El Tuerto, tras estudiar el pergamino incluso al trasluz, buscando algo oculto, estuvo de acuerdo en que no parecía tener ningún significado. Martín le comentó la muerte de Ramiro y cómo había seguido a los asesinos hasta la tienda de Don Siro y Don Oppas. El Tuerto inspiró con fuerza apretando la mandíbula.

—Martín —le dijo—, no sé si sabes que Don Oppas es uno de los hermanos del fallecido rey Witiza.

Ante el asentimiento de Martín, continuó:

—Pues bien, Don Oppas y Don Sisberto, otro de los hermanos del anterior rey, se han unido con sus respectivos hombres a Don Rodrigo.

—Así que Don Siro no se unió a Akhila, el hijo que pretendía el trono.

—No sé quien es Don Siro; pero si era un espartario del rey Witiza, será un hombre peligroso del que deberías guardarte. Los espartarios de Witiza tenían fama en Toledo de ser unos desalmados y actuar en comandita. Nadie se podía meter con ellos porque se unían todos en contra del que lo hubiese hecho. Además actuaban con bastante impunidad, ya que el rey se desentendía de esos asuntos.

A Martín le sonaba más de lo que quisiera la advertencia de El Tuerto.

—Hablaré con Pelayo, quizás encuentre él algún significado a todo esto —dijo El Tuerto.

En ese momento se produjo un pequeño revuelo. Otros exploradores habían avisado que había movimiento en el campamento moro. Todo el mundo empezó a dar órdenes y se produjo un pequeño caos. El Tuerto llamó a sus centenarius y bramó contra ellos y el tumulto que se había producido.

Salió un destacamento de la caballería y a continuación apareció el rey Don Rodrigo montado en un enorme corcel bretón seguido de sus espartarios entre los que

se encontraba Don Pelayo.

Partieron al galope. Don Rodrigo tenía fama de gran guerrero y, por lo visto, quería ver de primera mano qué sucedía.

Martín buscó a los hombres de su unidad y a diferencia de los que había entrenado en Toledo y que se habían quedado en Pamplona, los que tenía en la actualidad aún no estaban preparados. Martín pensó que si los moros hubiesen atacado en ese momento el campamento lo habrían arrasado. El desconcierto era general. Las distintas unidades formadas con hombres procedentes de levadas obligadas hechas a la carrera por los distintos nobles de la zona, no eran soldados propiamente dichos. De hecho, muchos no disponían siquiera de armas. Llevaban hoces y cuchillos. Alguno un hacha de las de hacer leña. Pero no armas como tal. Además parecían atemorizados. La historia del canibalismo de los moros había corrido por doquier.

Martín no quería ni pensar en la batalla con esos hombres contra un ejército como el moro, ordenado y fiero. No obstante, la superioridad numérica abrumadora del ejército visigodo le daba cierta tranquilidad. Para los diez o doce mil moros, Don Rodrigo contaba con casi sesenta mil hombres.

Al final de la jornada, volvieron al campamento los efectivos que habían salido por la mañana. Había tenido lugar una pequeña escaramuza con los moros. Era un tanteo de fuerzas previo a la gran batalla que se preparaba.

El histerismo imperó a partir de ese momento. Martín ni siquiera pudo hablar con El Tuerto de nuevo. Los siguientes tres días los dedicó a estar lo más cerca posible del campamento moro para estudiar todos los movimientos que hacían.

Hubo nuevos encontronazos entre patrullas de moros y visigodos. El resultado era siempre más o menos igualado, si bien era cierto que los visigodos que salían a patrullar eran soldados de verdad y no campesinos y granjeros enrolados a la fuerza.

Martín, en sus escasos ratos en el campamento, intentó encontrar a Don Siro; pero este se había evaporado. No aparecía por ningún lado. Solo una vez alcanzó a verle paseando con el obispo Don Oppas. Era imposible acercarse a él. Estaban rodeados por un buen número de soldados que Martín no dudó en pensar que se trataría de los antiguos espatarios, compañeros de villanías de Don Siro.

El obispo era un hombre alto y robusto. Vestía con una cota de mallas en la que resaltaba una gran cruz de oro. Tenía una mirada despierta y astuta, aunque a Martín lo que más le llamó la atención respecto al obispo fue la sonrisa que siempre mantenía cuando hablaba con alguien. Era una mueca que no dejaba traslucir nada. Martín, que se tenía por un buen observador, tuvo que reconocer que era uno de los hombres más enigmáticos con los que había topado en toda su vida.

Era veinticinco de Julio del año 711. Martín lo recordaría siempre, porque al día siguiente se iba a librar la batalla que marcaría su futuro.

XXXII

MARTÍN estaba agotado. El fango seco adherido a su piel y su ropa hacía que sus movimientos fuesen más torpes y pesados. La zona en donde se estaba desarrollando la batalla era la desembocadura del río Lete. Los antiguos griegos decían que era el río del olvido porque a punto de iniciarse una batalla, se pactó una tregua y se olvidaron las rencillas entre los dos bandos. Como olvido es «lete» en griego, así le quedó el nombre. Por lo menos esa es la historia que un sacerdote del lugar, el cual acudía con el ejército visigodo, le había contado a Martín.

Toda la zona era un inmenso pantanal. Varias lagunas más profundas permanecían aún con agua; pero aquel caluroso julio había dejado grandes zonas solo con un limo pegajoso plagado de ranas y mosquitos.

La batalla discurría desde hacía horas. Estaban bastante trabadas las posiciones. Los dos ejércitos se enfrentaban duramente. Martín en calidad de explorador no permanecía en el centro de la batalla, sino que discurría por la periferia procurando descubrir posibles estratagemas del enemigo por los flancos.

Había tenido un par de encuentros con exploradores moros. Tras la lucha consiguiente había perdido ocho de los diez hombres que le acompañaban. En realidad, habían muerto dos y tres habían quedado heridos. Destinó a otros tres hombres para que acompañaran a los heridos al campamento. Prefería la actual situación. Era más fácil pasar desapercibido siendo menos, sobre todo teniendo en cuenta la falta total de experiencia de sus hombres. De los dos hombres que le acompañaban, solo uno había luchado antes, aunque el otro era un pastor que se movía bien en el monte.

Decidió subir a una atalaya para divisar al otro lado por si había alguna fuerza hostil oculta. Mientras subían, aliviados por no tener que avanzar más por el pantanal, pudieron hacerse una idea de cómo evolucionaba el combate. Abajo, en el llano, se veía a los dos ejércitos en una caótica escena de gritos y ruido de espadas. Una nube de polvo tapaba algunos lugares donde se desarrollaban los combates. Detrás de los dos ejércitos se divisaba a los generales de los mismos. El del bando moro se llamaba Tariq Ibn Ziyad y se le veía sobre un promontorio no demasiado lejano de la lucha rodeado de su guardia personal. Por su parte, Don Rodrigo estaba en un pequeño otero muy cerca de la línea del frente. De todos era conocido el carácter guerrero del rey y lo que le gustaba entrar en batalla al frente de sus incondicionales espartarios.

Cuando coronaron la loma, avistaron al otro lado unos quinientos jinetes moros montando en los pequeños y ágiles caballos que se habían traído desde sus lejanas tierras. Evidentemente esperaban una señal para entrar en combate. Martín y sus hombres se agazaparon para no ser localizados. Tal y como veía la situación, esos quinientos jinetes no alcanzarían el grueso de las tropas de Don Rodrigo. Por las alas

del ejército visigodo se desplegarían en breve los hombres de Oppas por la izquierda y Sisberto por la derecha. Con este despliegue conseguirían defender el centro del ejército que comandaba Don Rodrigo. Los quinientos jinetes no podrían llegar siquiera a la zona de combate ya que se toparían antes con los flancos.

Ya pasaba del mediodía cuando sonaron los cuernos que indicaban el despliegue de las alas a la vez que el rey se ponía al frente de su ejército en la parte central, por el valle, para el ataque definitivo. Desde su privilegiada posición Martín lo vio todo. Tras el toque del cuerno, los estandartes del rey se colocaron al frente de una poderosa carga de caballería; el rey y sus espartarios entraron como un cuchillo entre las filas musulmanas. La poderosa fuerza de ataque llegaba fresca a la batalla y con un enorme griterío inició su ataque. Solo la buena organización del ejército moro consiguió que el ataque no fuese definitivo. La batalla fue decantándose levemente hacia al lado cristiano. En cuanto las alas entraran en acción pillarían al ejército moro, menos numeroso que el cristiano, entre tres frentes: el del rey por el valle y los flancos capitaneados por los hermanos de Witiza.

Sin embargo, desde el campamento moro también se dio paso a una serie de maniobras que en un primer momento desconcertaron a Martín. El frente del ejército se desplazó hacia la derecha del avance de don Rodrigo. Y en ese momento, por medio de un juego de banderas, los quinientos jinetes arrancaron contra las fuerzas del rey por la izquierda. El rey estaba rodeado. Las bandas del ejército visigodo no actuaban. ¿Dónde estaban Sisberto y Oppas? Martín al fin entendió el mensaje que había interceptado. «ALAS DESCUBIERTAS». La traición era evidente. Los hermanos del fallecido rey habían conducido a una trampa a Don Rodrigo convenciéndole de que les otorgaran el mando de las alas del ejército para así dejarle desprotegido en caso de un ataque por los flancos, como así estaba sucediendo.

Martín saltó de su escondite y corrió hacia el centro del combate gritando a sus hombres.

—¡Hay que avisar al rey, es una trampa!!

Las piernas casi no podía controlarlas de tanta velocidad como desarrollaba cuesta abajo. El peligro que corría el rey era evidente. Le atacarían por todos los lados y, al estar en primera línea, era muy fácil que le cortaran la retirada. Le intentarían llevar hasta la zona pantanosa, en donde su caballo se enfangaría como ya había comprobado Martín anteriormente. Además, con el rey estaban El Tuerto y su amigo Pelayo. Debía avisarles de la villanía de Sisberto y Oppas.

Los caballos de los árabes le pasaron unos cien pasos más al oeste de donde Martín y sus hombres corrían. Ninguno les hizo caso. A fin de cuentas pensaron que se trataba de tres soldados que corrían evidentemente asustados de la presencia de la caballería. El choque fue terrible. La caballería musulmana sembró el caos entre los soldados visigodos ya cansados tras la dura jornada de batalla. Se sintieron rodeados y muchos abandonaban las filas en desbandada. Martín observó que varios nobles se alejaban también de la batalla tras el ataque de la caballería mora. El rey, tal y como

temía Martín, había quedado aislado.

Faltaban unos pocos pasos para llegar a donde se desarrollaba la lucha cuando Martín sacó las franciscas. Había ido modificando su carrera para orientarla hacia donde Don Rodrigo y sus espartarios se batían. Debido a su gran potencia, o eso quería creer, había dejado atrás a sus dos hombres. De todas formas no confiaba en ellos como guerreros. No sabía por qué, pero algo dentro de él le hacía sentirse más vivo ahora que se dirigía al combate. Quizás fuera que al fin podía hacer algo para evitar una canallada. Su vida últimamente había estado rodeada de espantosos episodios en los cuales no pudo hacer nada. Ahora, por fin, se presentaba la ocasión de tratar de evitar una villanía. Además, Pelayo y él eran amigos desde que compartieran el viaje al venir de sus montañas leonesas.

Dos musulmanes se percataron de su llegada y trataron de detenerle volviéndose hacia él. Las dos franciscas volaron con terrible precisión. De hecho, uno de los hombres salió despedido hacia atrás como un pelele tras el brutal impacto. Martín ya llevaba la corta espada propia de los exploradores en la mano cuando aún uno de los hombres se miraba el pecho incrédulo por verse un hacha allí alojada. Lo pasó a cuchillo y recuperó sus dos franciscas. Se lanzó de nuevo al combate viendo a su amigo Pelayo rodeado de hombres que caían como piñas bajo sus tremendos mandobles.

—¡Huye Pelayo, es una trampa! —gritó Martín mientras se enzarzaba en una lucha cuerpo a cuerpo con un moro.

Tras desembarazarse del atacante con un golpe de la francisca en la cara del enemigo, vio que Pelayo le miraba mientras seguía defendiéndose del ataque de al menos cuatro hombres. El enorme caballo normando de Pelayo le daba una ligera ventaja, aunque el gran número de atacantes acabarían derribándolo. Martín pasó entre hombres que luchaban, esquivó un par de alfanjes que le buscaban con denuedo y tras un par de fintas y estocadas con su espada corta, llegó hasta donde Pelayo peleaba. Derribó nada más llegar a uno de los atacantes de Pelayo que no le vio llegar por detrás; a continuación lanzó una francisca a otro de los atacantes al que alcanzó en un brazo. Aún así, la fuerza que desarrollaban las franciscas, hizo que el moro se desplomara de dolor tras un chasquido inequívoco de que el brazo estaba totalmente astillado. Con la otra francisca lanzó un revés que desarmó a otro de los atacantes. Le remató con la espada. Pelayo por su parte, se deshizo del cuarto moro prácticamente atropellándolo con los enormes cascos del caballo.

—Los hombres se baten en retirada. Van en desbandada. Oppas y Sisberto os han traicionado —dijo entrecortadamente Martín mientras trataba de coger aire tras el intenso esfuerzo.

—Debo avisar al rey —dijo el fiel Pelayo.

—Yo iré a avisarlo, tú trata de reorganizar el ejército o moriremos todos aquí.

—Es mi rey y juré protegerlo.

—Pues como no traigas refuerzos, no podrás hacer nada por él. ¡No pierdas más

tiempo, corre!

Pelayo miró brevemente a Martín. Un simple muchacho le daba órdenes en el fragor de la batalla, y, sin embargo, analizándolo fríamente, tenía razón. De nada serviría morir junto al rey. Si quería protegerlo, como había jurado, debía volver a buscarlo con más hombres. En ese momento, la batalla estaba perdida.

—¡Aguantad! —dijo mientras espoleaba a su corcel y volvía hacia las líneas visigodas.

Martín le vio pasar entre los moros. Derribó a un par de jinetes que le salieron al paso y le perdió tras una enorme polvareda que se levantaba al lado de unos álamos. Esperaba que hubiera podido salir de la ratonera en la que estaban.

A continuación buscó al rey. Don Rodrigo estaba junto a seis de sus espartarios luchando codo con codo y valientemente contra fuerzas muy numerosas. Martín se dirigió hacia él. De camino, salvó a un godo que cedía terreno frente a un moro. El godo se le quedó mirando con agradecimiento cuando una flecha le atravesó el torso salpicando con su sangre a Martín. Esquivó con mucha suerte una segunda flecha dirigida en este caso a él y siguió avanzando hacia donde luchaba el rey.

En el poco tiempo que lo había perdido de vista, ya solo se batía con dos hombres de su séquito. Y seguían llegando moros. Al paso de Martín salió un jinete bereber que giró su pequeño y brioso caballo hacia él nada más verle aparecer entre la polvareda que se estaba originando por la batalla. Lanzó el caballo hacia Martín y este rodó para esquivarlo. Logró coger un escudo caído según rodaba. El moro volvía a por él. Paró con el escudo el golpe de la cimitarra. Su pequeña espada, tan útil cuando avanzaba por el bosque, era un arma pequeña para enfrentarse a un hombre a caballo. Descubrió una espada visigoda debajo de un cuerpo. Se abalanzó hacia ella y paró un tercer acoso del jinete. Cogió unos pasos de distancia y vio cómo de nuevo, el jinete se lanzaba a galope hacia él. Lanzó el escudo a un lado, cogió el mandoble con las dos manos y esperó, esperó y esperó, mientras el jinete bereber cargaba contra él. Cuando el caballo estaba casi sobre él, se agachó a la vez que lanzaba un descomunal golpe como cuando manejaba el hacha contra el haya.

El impacto del hierro contra las patas del animal fue brutal. Todos los músculos de Martín sintieron el impacto; caballo y jinete rodaron por el suelo. El segundo golpe de Martín fue contra el moro que, descabalgado, intentaba levantarse con la cimitarra aún en la mano. Prácticamente lo partió de un tajo por la mitad. La rabia tanto tiempo acumulada parecía fluir ahora en el fragor de la batalla.

Volvió a mirar hacia donde recordaba estaba el rey y ya no lo vio. Unos pocos focos de lucha se mantenían a su alrededor; pero no alcanzaba a ver a Don Rodrigo. En ese momento notó cómo la sangre le corría por la cara. Con la excitación del momento no se había dado cuenta que estaba herido. El jinete debía haberle rozado con la cimitarra cuando derribó su caballo. Tenía un corte no muy profundo encima de su oreja izquierda.

Ignorando el dolor avanzó hasta donde había visto por última vez al rey encima

de su caballo. Tres moros cortaron su avance. Derribó al primero de un tremendo golpe de espada, partiendo su escudo y desarmándolo, aunque no llegando a herirlo. Mientras se batía con los otros dos, y tras herir a uno de ellos en el pecho, recibió un fuerte golpe por la espalda. El moro antes derribado le había golpeado con un fragmento del roto escudo de madera. Martín se tambaleó y acertó a parar un golpe de espada del otro moro. Un segundo golpe a la altura de la sien, de nuevo con el escudo, le sumió en la negrura más absoluta.

XXXIII

SIETE días atado como una res. Llevaba las manos amarradas a la espalda y un lazo en el cuello que le mantenía en una hilera de veinte soldados prisioneros como él. Pero lo peor no era eso, lo peor era el lacerante dolor de cabeza. Llevaba una semana como prisionero, y ni en un solo momento el dolor le había abandonado. Era como tener un corazón latiendo en la sien, en donde le había alcanzado el último golpe del escudo. Casi no podía ni abrir los ojos, le molestaba la luz y el mínimo ruido. Por supuesto, eso a sus captores les traía sin cuidado. Por si fuera poco, el calor era asfixiante. El sur de la Península, en Julio, no daba la menor tregua de día y tampoco por la noche. El calor era húmedo y pegajoso y le costaba conciliar el sueño porque no refrescaba tampoco por las noches. Además, los prisioneros no recibían más que un vaso de agua al día. Procedía del agua limosa de las lagunas, aunque la acogían con tanta avidez que les sabía a gloria. Sin duda alguna, los cada vez más abundantes casos de diarrea se debían a la ínfima calidad de las aguas que bebían. Eran aguas estupendas para las aves acuáticas que las poblaban en bandos enormes. Espátulas, cigüeñas y garcetas se hinchaban de insectos y ranas que, a millares, poblaban los barro. En las zonas de más cantidad de agua, los flamencos rosados peinaban las aguas en busca de nutrientes.

No entendía lo que les decían sus guardianes. El idioma que hablaban no se parecía a ninguno que Martín hubiera oído antes. Además, sus captores carecían de la más mínima consideración por sus prisioneros. Eran de látigo fácil y lo demostraban a la menor oportunidad. Casi habían matado a golpes a uno de los prisioneros que se desmayó por el intenso calor. Solo lo evitó la intervención de un superior que pasaba por el lugar montando un precioso caballo tordo de largas crines. Dijo algo en voz alta que detuvo de inmediato el brazo del portador del látigo. Miró con comprensión a los prisioneros y siguió su camino.

En su grupo, todos los prisioneros estaban heridos. En su caso, el dolor de cabeza se acompañaba de un feísimo chichón que ya empezaba a remitir pero que hizo que tuviera un extenso moratón en toda la cara y un corte en la piel poco más arriba de la sien. Eran peores los casos de otros de sus compañeros. Algunos llevaban heridas espantosas que las moscas cubrían con rapidez. Al tener inmovilizadas sus manos, no eran capaces de quitárselas de encima. Además, al estar atados entre sí, no podían desplazarse para hacer sus necesidades. Esto, unido a las diarreas, hacía que para las moscas fuese un paraíso vivir al lado de los prisioneros.

Martín, como médico, podría haber ayudado a alguno de sus compañeros, pero le resultaba imposible al estar inmovilizado. Había uno en especial que se encontraba en pésimas condiciones. Un tajo de hacha le había amputado la mano un poco por encima de la muñeca. Por todo cuidado, le habían cauterizado el muñón ante los

alaridos más espeluznantes que Martín había oído antes. Hacía seis días de ello. El hombre sollozaba día y noche, enervando a todo el grupo. Un día amaneció muerto. Nadie supo de qué había muerto: de dolor, de desesperación, por infección, o, como pensaba Martín, víctima de un compañero que no aguantó más el constante lloriqueo. El calor, la sed, la privación de libertad, las moscas, la debilidad y los gemidos son malos compañeros y, por supuesto, no apoyan a la misericordia ni a la paciencia.

Los guardianes se limitaron a pincharlo con una espada por la mañana al ver que no se levantaba tras el cuarto latigazo. Se dijeron algo entre ellos y cortaron la cuerda que le enlazaba el cuello. Se limitaron a dejarlo en el suelo a esperar que pasara el carro de los muertos. Al caer la tarde, un carro tirado por una mula que parecía tener todos los años posibles para un equino, pasaba recogiendo los muertos del día. Siempre iba hasta arriba de cadáveres. Dos prisioneros echaban los cuerpos al carro y este proseguía su camino hasta alguna fosa común. El conductor del carro era un moro pequeño y de mirada hostil que escupía a cada momento. Cuando veía a algún prisionero santiguarse al paso del carromato, se reía y decía algo ininteligible que acompañaba del consabido escupitajo.

El ambiente era desesperante. Martín solo sentía carecer de noticias de los suyos. No sabía nada de Pelayo, ni de El Tuerto. Del rey se comentaba que lo habían matado, otros decían que había caído prisionero y unos terceros estaban seguros de que había logrado escapar. Martín dudaba de la tercera afirmación. Estaba muy rodeado cuando él trataba de acercarse. Era altamente improbable que hubiese logrado esquivar a tanto enemigo y tan lejos de sus propias líneas.

Lo que estaba claro era que los hermanos de Witiza, Oppas y Sisberto, habían desertado del frente de batalla llevándose con ellos a sus nobles y estos a sus hombres. Solo algunos campesinos se habían quedado anonadados por la postura de sus jefes. Fueron arrollados por el ejército musulmán. Se habían quedado sin mandos y el desconcierto fue generalizado y la desbandada total. Además aún seguían totalmente asustados por las historias de canibalismo que se contaban en los campamentos días antes de la batalla.

Respecto a esto último, Martín, que ya era escéptico antes de ser preso, ahora estaba casi totalmente seguro de que esas prácticas eran mera ilusión. No había visto nada que le indicara que los moros comieran otra cosa distinta de lo que ellos comían cuando estaban en el campamento. Bueno sí, el cerdo, que lo despreciaban. En una ocasión, vieron cómo una carreta de aprovisionamiento visigoda era saqueada por una horda de soldados moros. Ante su sorpresa, tiraron al suelo jamones, caretas y manitas saladas. Lo pisotearon y se llevaron el resto de las provisiones. Los pisoteados trozos de cerdo estuvieron oliendo espantosamente bien todo un largo día delante de los famélicos prisioneros. Al final, cambiaron de posición al grupo, lo cual fue una bendición.

Cada dos o tres días avanzaban. Les llevaban hacia el norte. Los cautivos que habían nacido en el terreno decían que estaban camino de Córdoba. De todas formas,

a ese paso tardarían semanas en llegar. La falta de fuerzas provocada por la alimentación escasa, las diarreas, las heridas y el calor hacía que las marchas fueran largas y penosas.

Un día llegaron a un pueblo. Estaba desierto de sus vecinos. Todos debían haber huido de los invasores. A la sombra de una pared se protegieron del tremendo calor del verano. Hasta los guardias sudaban profusamente. Todos se encontraban aletargados por la tremenda temperatura y buscaban la sombra con ahínco. Era tal el calor que no tenían ganas ni de escapar. Sin duda eso era lo que pretendían sus captores al mantenerlos con esa dieta tan estricta que tan debilitados les tenía.

El mismo caballero que un día detuviera los azotes, volvió a pasar delante de ellos mirándolos con curiosidad. Parecía evaluar a los prisioneros. Se trataba de un hombre de unos treinta y pocos años que vestía con prendas frescas de seda y lino. Era evidente que se trataba de alguien de la nobleza mora, si es que había nobles entre los moros. Pasaba muy despacio a lomos de su caballo cuando Martín se percató de que en las alforjas destacaba un libro. Leyó el título y se quedó de piedra. Se trataba de su libro favorito en Toledo, el «*De materia médica*».

—De donde habrás robado ese libro —dijo con desprecio.

Para su sorpresa el jinete detuvo el caballo a su altura. Le miró sin desafecto y dijo en romance con mucho acento.

—Salvé este bello ejemplar tras el incendio de un monasterio en Tánger, después de tomarlo hace ya tres años. Es un libro increíble y no deberías hablar mal de aquellos a los que nos gustan los libros. De no ser por mí, se habría perdido.

Esto sí que era bueno, un moro al que le gustaban los libros. Y encima hablaba romance.

—Seguramente habrías preferido que se quemara antes de que lo tuviera un moro ¿no? —prosiguió el jinete.

—No —se oyó responder Martín—. Ciertamente es un libro que merece ser salvado.

Ahora la cara de estupor fue la del moro.

—¿Quieres decir que sabes de qué libro se trata?

—Lo estoy viendo.

—¿Sabes leer? —preguntó aún más sorprendido.

—Se trata del «*De materia médica*» y lo escribió Pedanio Dioscórides Anazarbeo —dijo ufano Martín.

El moro se bajó del caballo y se aproximó a Martín. Al verle, el guardián que dormitaba en un extremo de la fila, se acercó corriendo por si quería algo el jinete. Este le hizo una señal de que todo estaba bien y se dirigió a Martín con la curiosidad presente en su mirada y en su voz.

—¿Conoces el libro?

—Lo estudié una larga temporada. De hecho cogí varios apuntes de él. Apuntes

que se quemaron en un incendio —dijo mientras se daba cuenta de la paradoja. El moro había salvado el libro en un incendio y él perdió las anotaciones del libro en otro.

—¿Sois naturalista?

Martín se percató del cambio de tratamiento. Había pasado del tuteo al tratamiento de respeto de señor.

—Médico —contestó enorgullecido.

—Yo también —dijo el moro sonriendo. A continuación se tomó unos instantes para meditar algo—. Si me dais vuestra palabra de que no intentareis escapar de mi control, ordenaré que os suelten —concluyó por fin.

Por supuesto, la oferta era imposible de rechazar. A continuación hizo que el guardia desatara a Martín bajo la mirada envidiosa de sus diecinueve compañeros de grupo cautivos.

Martín se rascó vivamente el cuello, en donde el calor y la sogá habían creado unas molestas ampollas. Tenía toda la piel en carne viva. El rascarse solo hizo que empeorar la picazón.

—Esas ampollas parecen tener mal aspecto. No debería rascarlas. Vamos, le pondré un remedio en mi tienda —ofreció el moro.

—¿Un remedio para las quemaduras? —preguntó Martín tratando de recordar preparados indicados para ese uso. El haber dejado más de un año de preocuparse de la medicina le había oxidado.

—Sí, un remedio a base de aceitunas machacadas. Pondremos la masa encima y notará un alivio en poco tiempo.

—Pensaba en unas hojas de lechuga untadas en aceite —dijo Martín acordándose de la receta que solía utilizar en estos casos.

El moro se detuvo pensativo mientras estudiaba a Martín. Ciertamente, ese grandullón flaco y desarrapado tenía conocimientos de medicina.

—Creo que podemos ser buenos amigos y aprender el uno del otro. Sin duda, en mi mundo hay remedios que aquí no se conocen y no dudo de que aquí, en Spania, utilizareis otros de los que nunca habré oído hablar.

Fue la primera vez que Martín escuchó la palabra Spania. Durante la dominación romana, había sido Iberia y también Hispania. Los visigodos no le daban nombre alguno. No tenían conciencia de nación ni de territorio, se limitaban a gobernar, más o menos indolentes, los territorios que habían tomado hacía casi tres siglos atrás. Ahora, los moros venían a llamarla Spania, como ya habían hecho los bizantinos al apropiarse tierras en la Península Ibérica, concretamente en la costa mediterránea.

—Mi nombre es Aziz Ibn Souleiman —dijo de forma tan cerrada y rápida que Martín solo logró quedarse con lo de Aziz. Tras presentarse a su vez, le siguió hasta que llegaron a una enorme tienda.

Martín al fin pudo lavarse. Unos esclavos de Azíz prepararon una bañera en un momento. Echaron unos afeites que proporcionaron aroma al agua. Además Aziz le

dijo que le relajarían. Estaba firmemente convencido de las virtudes terapéuticas de los baños. Le dejó mientras tomaba el baño. Ciertamente fue una de las experiencias más reparadoras de toda su vida. Un esclavo le frotaba la piel con una piedra que no pesaba en absoluto. A pesar de la violenta fricción, cada vez se relajaba más. Después cambiaron el agua que había quedado de un color terroso indicando la mugre que portaba. El nuevo aclarado fue liberador. Sentía la piel suave y tersa. Se hubiera dormido si no fuera porque en ese momento, el hambre hizo que le rugieran las tripas violentamente.

Uno de los esclavos se percató del sonido y salió un momento de la tienda, regresando con una cesta de frutas. Martín no se pudo contener y se abalanzó sobre el frutero saliendo violentamente de la bañera y derramando parte del agua al suelo. Engulló unas peras con pepitas incluidas. Después se centró en unas curiosas frutas apretadas y duras que no había visto nunca. Tenían un dulzor intenso según estuviesen más o menos maduros. Unos crujían como una manzana verde y otros estaban arrugados y secos como un higo pasa. El esclavo le dijo que se llamaba dátíl.

En ese momento volvió Aziz. Sonrió tras hablar con los esclavos.

—Lo siento. No pensé en la comida. Ha sido una descortesía por mi parte.

Martín comprobó que era un hombre extremadamente considerado. Acababa de salvarle de la cautividad y se preocupaba por haberse olvidado de darle de comer de inmediato.

Martín dejó de comer como un poseso. Había ingerido una buena cantidad de fruta; pero aún era capaz de comerse un caballo con jinete y todo, como decía su maestro sacamuelas, Leandro.

—Está disculpado totalmente. De hecho es una descortesía por mi parte comer como un animal.

Aziz sonrió y dando unas palmadas al aire dio unas rápidas órdenes en árabe que hizo que los esclavos salieran raudos de la tienda.

—He ordenado que preparen un cordero. Como tardará, por favor, siga comiendo fruta.

Martín al oír la palabra cordero notó una salivación extra en su boca. Se propuso dejar de comer mientras lo preparaban. La fruta estaba estupenda, mas prefería reservarse para saciarse por completo con la carne.

—Podré esperar un poco más —dijo agradecido.

En ese momento entró un esclavo con ropas. Fue entonces cuando Martín se percató con pudor que estaba completamente desnudo. Había sido tal su hambre que no se paró a pensar en otras consideraciones. Al ver lo cómico de la situación esbozó una apagada carcajada que Aziz continuó.

Era la primera risa de Martín desde que había encontrado a su padre en el monasterio hacía ya más de un año.

XXXIV

PARECÍA mentira que ya hubiese pasado un año desde la batalla del río Lete.

La estancia en el pueblo fue corta. Aziz colmó de atenciones a Martín, quien sin embargo, se sentía mal por sus compañeros de infortunio cuando estaba preso. Sabía que no podía hacer nada por ellos. Con toda probabilidad pasarían a ser esclavos y serían vendidos como tales en los mercados del norte de África.

Recordaba cómo un día fueron separados de la caravana de prisioneros y siguieron una ruta distinta. El ejército visigodo, reorganizado de cualquier manera, volvió a enfrentarse con los musulmanes y fueron de nuevo vencidos en las proximidades de la ciudad de Écija. La batalla fue casi una escaramuza. Los godos no tenían un ejército profesional. Los soldados eran meros campesinos que lo único que querían era volver a sus casas para proteger a los suyos. Los musulmanes se impusieron y en un veloz y audaz avance llegaron a Toledo y lo tomaron. Tomaron también Córdoba, Jaén y sitiaron Mérida y Sevilla. Así mismo, atacaron los llamados «campos góticos» que eran las tierras comprendidas entre el río Duero y las montañas del norte.

Martín vivía en Córdoba. Aziz era el médico personal de los altos mandos árabes del ejército. Tras la promesa de no escapar que le había hecho a Aziz, Martín volvió a descubrir la medicina. Se había entregado con devoción a sanar de nuevo. Se forzó a olvidar su etapa oscura y llena de ira. En su nueva vida, se aplicó otra vez al estudio de la medicina de los clásicos como Hipócrates, Galeno... y además aprendió mucho de la medicina que practicaba Aziz.

Aziz procedía de una rica familia de Damasco. Había estudiado medicina con un sabio bizantino que practicaba muchas otras artes. Luego se propuso conocer mundo y aprender medicina en otros lugares. Estaba decidido a estudiar todo lo posible de todos los médicos con los que se encontrara. La rápida expansión del Islam por lo que ellos denominaban Ifriqiya, le había dado la oportunidad de conocer a muchos sanadores de distintas tribus y de distintas etnias. Ahora estaba en Spania y, para su ventura, según repetía siempre que hablaban del tema, se había topado con Martín. En realidad eran almas gemelas. Se daban al estudio con entusiasmo y pasaban consulta juntos para así comparar los remedios que aplicarían uno u otro a la misma dolencia.

Debido a la guerra, además se habían convertido en verdaderos especialistas en el tratamiento de heridas. En las campañas siempre había un verdadero aluvión de soldados con terribles cortes, magulladuras e incluso amputaciones. En épocas de calma, se volcaban con los enfermos de las ciudades y pueblos.

La situación social en las ciudades y pueblos era curiosa. Los musulmanes, cuando ocupaban una población, hacían una oferta a los habitantes de dicha

población. Si se convertían al Islam, renegando de la iglesia católica, los convertidos nunca se verían como esclavos. Asimismo, los nobles y los ricos, al tener el Islam reguladas las tasas e impuestos, descubrieron que pagaban mucho menos que si se mantenían fieles a la doctrina católica. La conversión no era obligatoria y, de hecho, podían seguir viviendo en las zonas ocupadas sin temor a represalias si se mantenían fieles a la iglesia católica, simplemente, les resultaría más cara la vida.

Este hecho hizo que mucha gente se convirtiera. En realidad, lo que querían era obtener una mejora en su calidad de vida que, con los visigodos en el poder, había sido en general bastante miserable. Al hombre del campo le daba igual servir a un señor o a otro; pero si uno le trataba mejor y le permitía vivir con más holgura, la decisión era fácil. Por ello hubo una masiva conversión. A los conversos al Islam se les llamó muladíes y a los que se mantuvieron en la fe cristiana bajo el poder de los moros, se les llamó mozárabes.

Las clases altas visigodas tomaron como costumbre emparentarse con los altos mandos árabes. Así, los matrimonios entre árabes y damas godas fueron moneda corriente.

Los pocos nobles visigodos que escapaban del dominio musulmán, huían hacia la cordillera cantábrica o hacia la ceca Tarraconense, aún en manos de Akhila.

En esos momentos, la vida de la corte árabe en Spania estaba revuelta. Acababa de llegar el valí de Ifriqiya para tomar posesión de los nuevos territorios conquistados en la Península Ibérica. Se trataba de Musa Ibn Nusayr. Llegaba con un ejército de dieciocho mil hombres. Se decía que estaba celoso del éxito de su subordinado Tariq. Se oía la rivalidad en la alta sociedad árabe.

En su numeroso ejército, Musa arribó con muchos más árabes que bereberes. Ya se trataba de fuerzas de ocupación, no solo de conquista. Lo que había empezado como una solicitud de ayuda de la familia de Witiza, había acabado como una conquista plena. Los moros, al apoderarse de Toledo y de todo su tesoro, se negaron a abandonarlo como por lo visto habían acordado con los witicianos. Era una maniobra tan audaz, no olvidemos que en un principio contaban con no más de doce mil efectivos, como inteligente. Al no haber un gobierno ni una oposición real a la ocupación musulmana, no tenían nada que temer.

Aziz llegó a la gran casa muy excitado dando grandes voces a sus esclavos para que prepararan multitud de cosas. Martín se asomó fuera de la sala en donde se encontraba estudiando a Demócrito.

—¿Qué pasa, Aziz?

—Martín. Ha llegado el valí a la ciudad. Acaba de tomar Sevilla y para celebrarlo ha organizado una gran fiesta a la que estamos invitados.

—¿Yo también? —preguntó extrañado de que el valí supiera siquiera que existía.

—Tú, también —dijo como toda explicación Aziz mientras ordenaba que le prepararan el baño.

El valí había mandado instalar casi una ciudad de tiendas a la puerta de la ciudad

de Córdoba. Hacia allí se dirigía la nobleza cristiana y árabe. Incluso algunos judíos estaban invitados. Hartos de la persecución continua que habían sufrido por parte de diferentes reyes visigodos, habían facilitado la entrada en muchas ciudades a los musulmanes.

Martín y Aziz acudían vestidos con ricas sedas. Cuando entraron en la inmensa tienda del valí quedaron anonadados. Alrededor de un espacio destinado al paso de los esclavos y de los bailarines, se había dispuesto una enorme mesa corrida en forma de herradura. En el centro de la misma se encontraba el valí Musa.

Alguien a quien conocía Aziz y que habló con él en árabe, les dijo que debían presentar sus respetos al valí. Se pusieron a la cola. Había gran cantidad de personas que pretendían lo mismo.

Al cabo de un buen rato, por fin llegó su turno. Musa era un hombre de aspecto fiero. Tenía una sonrisa desdeñosa que transmitía desconfianza. No se sabía qué pensaba cuando se hablaba con él. No demostraba afecto ni desdén, tan solo escuchaba sin parecer demostrar interés. Eso era lo que había evaluado Martín desde la distancia. Ahora que estaba frente a él, la verdad, se sentía un poco cohibido.

—Así que sois médicos —afirmó tras escuchar la presentación de Aziz y Martín, mientras ambos asentían en silencio—. He oído que estáis prestando un gran servicio a los soldados y a la población. Por ello, he decidido asignaros una casa con todos los sirvientes necesarios. Los médicos del valí no pueden vivir en cualquier lugar.

Aziz y Martín se asombraron de la decisión de Muza. Les asignaba una casa con sirvientes. Martín no sabía a qué se refería con lo de «necesarios».

Cuando acabaron las presentaciones, empezó el convite. Un gran ejército de esclavos comenzó a servir una enorme cantidad de comida y bebida. En el centro, unas bailarinas desnudas de la cintura hacia arriba, efectuaban variadas danzas a cual más sensual.

Comieron y bebieron en exceso. Estaba mal visto no disfrutar de la hospitalidad del valí y cumplieron con creces. Al final de la larga velada, les acompañaron a sus nuevas residencias.

Martín se atrevió a abrir los ojos. El día había despuntado hacía ya mucho tiempo. El sol se hallaba en lo más alto. Tenía un dolor de cabeza tremendo. Notaba en la nuca un latido constante. No estaba acostumbrado a beber y el vino le había afectado de manera notable. En realidad no sabía ni cómo había llegado a esa habitación. Cuando se levantó, con dificultad, constató que se encontraba totalmente desnudo.

Como si le estuviesen observando, en ese momento aparecieron tres sirvientes. Uno de ellos era una mujer. Martín se sintió cohibido al momento. La mujer era más que bonita. Era menuda y con una silueta perfecta que no ocultaba, ya que vestía un peto de seda que apenas le tapaba los senos y una minúscula falda. Era rubia y tenía los ojos más verdes que hubiera visto nunca. Sin duda era preciosa y además lo sabía. Lo demostraba en todos sus movimientos, sensuales y delicados.

—Me llamo Hana, mi señor —dijo presentándose mientras hacía una graciosa

reverencia en presencia de la desnudez completa de Martín.

Tenía una voz suave y un timbre agudo pero a la vez dulce. Una enorme sonrisa daba aún más esplendor al conjunto. Martín directamente no supo qué decir. Ni siquiera se acordaba del malestar que sentía por el alcohol.

Los otros dos sirvientes habían llenado una bañera que había en el fondo de la habitación.

Hana le indicó con la mano que el baño estaba listo y Martín, aún sin abrir la boca, se dirigió hacia él.

Se metió con cuidado, porque el agua estaba muy caliente, bajo la atenta mirada de Hana. Una vez se acostumbró a la temperatura del agua se estiró todo lo largo que era y cerró los ojos, manteniendo solo la cabeza apoyada en un cojín que le habían colocado a tal efecto. Estaba tan relajado que notaba cómo el sopor volvía a apoderarse de su cuerpo. El agua estaba perfumada con alguna esencia que no reconoció. El vapor perfumado que inhalaba estaba transportándole a la calma más absoluta. El suave roce de una esponja pasada por su cuello acabó por llevarle al placer más absoluto. De pronto abrió los ojos y vio que Hana era la que estaba enjabonándole. Se irguió como si le hubieran pinchado. Hana abrió mucho los ojos, seguramente por el susto que se llevó, y se apartó ligeramente de Martín.

—Perdonad, señor. ¿Os incomodo acaso? —preguntó con voz dulce aunque curiosamente delicada. Parecía estar jugando con sus evidentes encantos.

—Perdona, Hana. No estoy acostumbrado a que me bañen. Me ha sorprendido un poco. Además no suelo estar desnudo con mujeres.

—¿Nunca? —pregunto demasiado inocentemente para no resultar sospechosa.

Martín sentía que esa chica se estaba divirtiendo mucho a su costa. La verdad es que no había tenido una relación carnal continuada con ninguna mujer. Lo había deseado, y mucho, con Inés; pero todo se había ido al traste. Durante su época como militar, había yacido con alguna de las rameras que solían acompañar al ejército en sus desplazamientos; pero descubrió que no le satisfacía. Necesitaba notar que su pareja sentía algo por él. Esas mujeres, simplemente pensaban en el siguiente cliente. Por ello, no frecuentaba su compañía. Solo cuando el deseo carnal le superaba, acudía a ellas.

—Quería decir que me ha sorprendido que me enjabonaras —dijo procurando templar bien la voz.

—A eso me refería, señor —dijo aún juguetona Hana.

Martín volvió a meterse en el agua y Hana se acercó con la esponja.

—Dame la esponja. Me enjabonaré yo solo.

—¿No le gusta cómo lo hago? —preguntó mientras adoptaba una cara entre asustada y pícara.

—Prefiero hacerlo solo; pero, gracias. No obstante, puedes quedarte. Tengo que preguntarte algunas cosas. Hana se sentó sobre sus talones cerca de la bañera.

—Estoy a su disposición, señor.

—Cuéntame algo de ti. ¿De dónde eres? ¿Cuál es tu función entre la servidumbre?

—Nací en el harén del valí de Egipto. Me educaron desde muy pequeña para satisfacer a mi señor en todos sus caprichos.

Martín no quería ni pensar en cuales habrían sido los caprichos de los señores. La idea de la esclavitud siempre le había causado repulsa y más desde que se vio cautivo y condenado a los mercados de esclavos.

—¿Cómo es que hablas tan bien el romance?

—En el harén me enseñaron varios idiomas. Es impensable satisfacer por completo a un señor si no se le entiende.

—¿Has servido a muchos señores?— preguntó con curiosidad, aunque inmediatamente se dijo que eso era una descortesía imperdonable—. Perdona, esa pregunta es una falta de educación por mi parte.

Hana sonrió mirándole con una chispa que hizo que Martín sintiera algo más que placer por el agua caliente.

—El señor no tiene por qué disculparse —dijo muy dulcemente mientras le miraba con sus enormes ojos verdes—. He servido a varias embajadas que han visitado al valí. Pero es la primera vez que me asignan a un señor de forma permanente —informó dejando entrever lo orgullosa que se sentía por la responsabilidad que le habían encomendado.

—¿Cómo es que siendo egipcia tienes el cabello rubio y los ojos verdes? Pensaba que en esa parte del mundo eran todos como los bereberes, morenos de ojos oscuros.

—Mi madre era una concubina procedente de lejanas tierras. Yo no sé donde están, pero me dijo que en ellas casi todos los habitantes eran rubios como yo.

Ahora, al hablar de su madre, Martín advirtió que estaba conversando con la verdadera Hana. Por primera vez no había modulado la voz de forma sugerente ni había hablado con doble sentido. Esa era la auténtica Hana.

Ella debió notar algo porque inmediatamente cambió de tema volviendo al juego de la esponja.

—¿De verdad el señor no desea que le frote? Nunca nadie se ha quejado —dijo coqueta.

Martín sonrió.

—Gracias, Hana. De verdad, si deseo alguna vez que alguien me frote, serás la primera en saberlo.

—Iré a por sus vestiduras, señor.

Y salió como levitando, contoneando su menudo cuerpo y dejando en el aire un perfume fresco. Martín, mientras aún aspiraba su aroma, pensó que era una criatura realmente hermosa en todos los sentidos, y él no solía equivocarse en sus juicios sobre las personas. Solo esperaba llegar a ser un buen señor, como ella le llamaba. Y nunca, por nada del mundo, aprovecharse de su posición para con ella.

XXXV

Las semanas pasaban rápidas. Aziz vivía en una casa contigua a la de Martín. También tenía personal asignado a su servicio. Aunque se quejaba de que su esclava, siendo bella y educada, no era ni mucho menos como Hana.

La muchacha era un soplo de aire puro para Martín. Daba igual a la hora que llegase a casa. Siempre estaba esperándole con la más grande de las sonrisas pintada en su graciosa cara. Por supuesto, continuaba insinuándose a la menor oportunidad; pero ya no era tan insistente como al principio. Parecía comprender que Martín era un dueño distinto a los que había servido anteriormente.

Cuando Martín se metía en la sala de estudio a leer tratados de medicina de autores griegos o romanos, se le pasaba el tiempo sin darse cuenta. Hana entraba cuando veía que ya era muy tarde y le animaba a darse un baño y a cenar. Lo hacía con respeto, casi con devoción. Veía de qué manera Martín disfrutaba del estudio y solo se permitía interrumpirle porque estimaba que si no lo hacía, su señor se pasaría la noche en vela. Sin darse cuenta, pasó de la lealtad que le debía por ser su señor, al respeto más absoluto. Quizás al cariño.

Inmediatamente desechaba esa idea de su cabeza. Ella no podía encariñarse con su señor. No debía. Podía ser enviada a otra casa o su señor podía tener las mujeres que quisiera. Si ella se encariñaba, eso solo le traería infelicidad. Por su posición, no podía soñar en una relación afectiva entre ellos. Era algo imposible y que únicamente le provocaría dolor.

Era mejor ser una fantasía. Cumplir con sus obligaciones en la casa y si el señor quería, en la cama. Pero no cruzar el límite que separa la obediencia y la sumisión debida con el cariño, el afecto y, Allah no lo permitiera, el amor.

Y sin embargo, no podía quitarse de la cabeza a Martín. Se daba a los demás. Daba igual a la hora del día o de la noche que acudieran a buscarlo, siempre estaba disponible para ayudar a quien se lo pidiera. A veces le llamaban por un parto difícil y tardaba más de un día completo en regresar. Otras veces, alguna escaramuza le exigía que fuera al cuartel a tratar a los heridos y volvía con ojeras, cansado y hambriento. Ella, solo con verle, sabía si el paciente había superado el problema o no. Si por desgracia lo había perdido, Martín solía encerrarse en la sala de estudio y buscar en los libros o en los numerosos apuntes que extraía de ellos, qué más podría haber hecho por el paciente. Si por el contrario, había conseguido sanar al herido o al enfermo, volvía con las mismas ojeras, pero con el semblante sereno y una sonrisa dibujada en la cara. En esos momentos, ella se sentía orgullosa de Martín. A veces deseaba preguntarle cómo se habían desarrollado los hechos, pero no; eso no estaba en sus funciones. La curiosidad debía guardársela y si su señor estimaba correcto contarle algo, ella debía atender como si fuera lo más fascinante que hubiera oído en

su vida. Ese era su cometido.

Martín casi no la dejaba estar en la habitación cuando tomaba sus baños. Era tímido y pudoroso y a Hana le encantaba cómo se ruborizaba y cómo intentaba tapar su desnudez cuando ella, pícaro, entraba con cualquier excusa justo cuando iba a meterse o a salir del baño. Se decía para ella que eran solo juegos y picardías que tenían como objeto que su señor la desease y sintiese su presencia para que, si lo juzgaba oportuno, tomarla, como era su privilegio. Pero lo que comenzó siendo una obligación y un juego, estaba llegando a ser una pequeña obsesión. Le gustaba ver a Martín, estar con él, que le contara todo. Sabía además que escondía una trágica historia pasada, historia que de vez en cuando le atormentaba. En esas ocasiones, quería que él supiera que estaba ahí para que se aliviase contando la pena que le embargaba.

Por lo que le había oído a un esclavo de la casa de Aziz, se enteró de que su padre estaba en un monasterio de Toledo con la cabeza ida. También que hubo en su día una mujer. Y que el causante de todas sus penas era un noble que ahora residía en Sevilla, sirviendo al obispo Don Oppas.

Pero lo que más le extrañaba a Hana era que no la hubiera tomado. Se le había insinuado de todas las maneras posibles. Con juegos de palabras, con coquetería, con movimientos sensuales. Nada había funcionado. Desechó que su amo fuera de los hombres que prefieren la compañía de otros hombres. Ella sabía que él se resistía contra lo que su cuerpo le decía, en algunas ocasiones era más que evidente el deseo de Martín cuando ella le rondaba. Sin embargo, se empeñaba en permanecer casto con ella. Hana no lo comprendía. Al principio fue un pequeño alivio. En su vida había servido a hombres que eran verdaderos cerdos. Alguno incluso le había propinado palizas tremendas antes de poseerla brutalmente. Y todo eso lo tenía que soportar sin quejarse. Era su deber. Pero ella sabía que Martín era diferente. Aunque claro, no podía estar del todo segura porque se empeñaba en mantenerla lejos de su alcoba. Debería sentirse aliviada de no tener que compartir el lecho con su señor; no obstante descubrió que, lejos de eso, le invadían sentimientos más acalorados de los que nunca había sentido. En alguna ocasión, estando con algún hombre apuesto, había llegado a disfrutar del acto carnal. Sin embargo, nunca lo había deseado a priori. Simplemente era su deber.

El caso de Martín era distinto. Un día se sintió realmente turbada. Martín se quejaba de que el no hacer un ejercicio que le hiciera sudar, le estaba consumiendo. Decía que antes, cuando practicaba la lucha o cuando andaba por los montes, al finalizar el esfuerzo, se encontraba mucho mejor. Ahora, al estar en una casa en medio de la ciudad, el salir a pasear por el monte era un lujo que no se podía permitir. Y el practicar con armas le traía malos recuerdos de su etapa oscura como insensible guerrero. Entonces se le ocurrió una idea para hacer ejercicio: hizo que le trajeran leña, cuanto más grande mejor y a continuación compró la mayor hacha que Hana había visto nunca. Colocó el montón de troncos en el patio de la casa. Dispuso un

enorme tocón de encina como base para no mellar el hacha si chocaba contra el suelo y sobre el tocón colocaba los troncos para ir partiéndolos con el hacha. A Hana le hacía gracia que su señor se dedicara a cortar leña por voluntad propia así que se asomó al patio para verle trabajar.

Martín colocó el primer tronco de almendro en el tocón de encina. Se frotó las manos, cogió el hacha y levantándola por encima de su cabeza, descargó un contundente golpe que partió en dos el tronco. Hana sonrió. Martín volvió a repetir la operación varias veces. Al cabo de veinte o veinticinco troncos sudaba profusamente. Entonces, tras acabar con un tronco especialmente pertinaz, que le costó cinco golpes poder partir, se quitó la camisola para aliviar el calor. Hana lo había visto varias veces desnudo; pero allí, bajo el sol, con los músculos marcados por el intenso esfuerzo y la piel brillante por el sudor, se sintió rara. Siguió mirándole levantar una y otra vez el hacha. De hecho, durante un momento, se dio cuenta de que se había quedado hipnotizada. Ligeramente abochornada con ella misma y mirando para todos lados para ver si algún otro siervo se había dado cuenta de su abstracción, decidió hacer algo y cogió un cántaro de agua para ofrecérselo a Martín.

Cuando se acercó, tras esperar a que acabase con otro tronco, él la miró desde su imponente altura. Al verla con el cántaro sonrió mientras dejaba el hacha y extendía sus poderosos brazos para coger el recipiente. Ella sintió que algo hervía en su interior. Por una vez, fue ella la que se quedó sin palabras. Tan solo ofreció el cántaro y se quedó embelesada mientras Martín, ajeno a su estado, se echaba el agua por encima de la cabeza. En ese momento, se sintió desgraciada. Se dio cuenta que anhelaba que Martín la quisiera. Poco a poco se había ido enamorando de su señor y eso era un error monumental. Recogió de nuevo el cántaro de manos de Martín mientras este le daba las gracias con su habitual cortesía. Ella le miró furiosa y se marchó sin decir ni una palabra.

Martín se quedó estupefacto. ¿Qué diantres le había hecho a Hana para que esta estuviera tan enfadada?

XXXVI

Aziz les presentó.

Era una dama de la sociedad goda de Córdoba, alegre y educada. Su pelo, negro azabache, caía en una cascada de rizos alrededor de su cara ovalada y limpia. Cuando sonreía, que era a menudo, se le formaban unos hoyuelos en la comisura de su boca de dientes perfectos. Alta y esbelta, tenía una belleza serena de esas que provocaba que todas las miradas de los hombres se posaran en ella. Solía ser el centro de atención de numerosos varones y era fácil saber donde estaba durante una recepción por la gran cantidad de admiradores que se arremolinaban ante ella. Por eso fue que Aziz se quedó tan sorprendido cuando Leonor, que así se llamaba la dama, le pidió le presentara a su compañero, el médico cristiano.

Aziz, amante de las fiestas donde las hubiera, había organizado una, aprovechando el enorme patio de su casa. Había invitado a la nobleza de Córdoba, en la que estaba muy introducido como médico. A diferencia de Martín que solía trabajar más con las clases bajas, Aziz frecuentaba ambientes de la alta sociedad cordobesa. Por eso conocía a Leonor. Le había tratado unas migrañas en una ocasión y, posteriormente, habían mantenido el contacto al coincidir en otras fiestas.

—Encantado —dijo Martín mientras inclinaba un poco la cabeza en señal de respeto hacia la dama.

—Cuentan que es el mejor médico de Córdoba; pero que no quiere tratar a la nobleza. Y espero que esto quede entre nosotros —manifestó de forma cómplice acercándose mucho a Martín y dejándole por un momento embriagado con el fino perfume que portaba. Sonriendo coqueta concluyó—, no quisiera que el bueno de Aziz me malinterpretase.

Martín se encontraba anonadado. La dama por la que todos los solteros y muchos casados de Córdoba suspiraban, estaba ahí, con él, coqueteando de manera descarada. La verdad es que se sentía bien. Hacía mucho que no sentía la admiración de una mujer y ahora estaba halagado y hasta un poco envalentonado ya que la iniciativa la había llevado directamente ella.

Sin saber cómo, se atrevió a continuar la conversación por los cauces por los que había empezado Leonor.

—Realmente he sido un tonto centrándome solo en el pueblo llano —apostilló mientras miraba fijamente a Leonor.

Ella recibió el cumplido con una sonrisa mientras le cogía del brazo y se acercaba a una mesa en la que había gran número de frutas.

Continuaron hablando prácticamente todo el tiempo que duró la velada. Al final de la misma, cuando se despedían, ella acercó su mejilla al oído de Martín poniéndose un poco de puntillas y con voz muy suave y, dejando que de nuevo el

perfume envolviese a Martín, le susurro:

—Ha sido todo un placer que espero se repita muy pronto.

Dicho esto, se separó de él mirándole a los ojos evaluando cómo le habían afectado sus armas de mujer. Dándose la vuelta graciosamente, se introdujo en una litera que la esperaba en la calle.

Martín se despidió de Aziz y se fue a su casa. Al entrar le sorprendió no encontrar a Hana esperándolo, como era habitual. Se dijo que quizás estaba indispuesta. En cambio sí estaba Nassir, otro de los sirvientes donado por el Valí.

Preguntó por Hana y Nassir, que no hablaba bien el romance, se limitó a encoger un poco los hombros. Martín no supo si es que no sabía lo que le había preguntado, o en dónde se encontraba la sirvienta.

Se fue para su habitación y se acostó sin darle más importancia. A la mañana siguiente, se despertó y de nuevo Nassir le atendió. Eso sí que era raro. Por lo general, Hana estaba al pie de la cama ya perfectamente arreglada y vestida para desearle los buenos días con una de sus hermosas sonrisas.

Llamó a Hana y no le contestó nadie. Nassir le informó que había salido. Aunque no supo decirle adónde. Desayunó y pasó a la sala de estudio donde al poco de estar le interrumpieron para darle un recado.

Un hombre acudió a la casa del médico para avisarle de un accidente en la catedral. Martín se dirigió a la catedral, a la Basílica de San Vicente Mártir. Musa había dispuesto que se dividiese el espacio del templo en dos partes para que pudiesen orar tanto los musulmanes como los cristianos. Por supuesto, los cristianos debían pagar todos los trabajos destinados a hacer factible la separación si querían que estos se realizaran. En realidad, ahora era catedral y mezquita a la vez.

Por lo visto, un albañil se había caído desde un andamio de madera al fallar la estabilidad. Tenía una pierna rota y un fuerte golpe en la cabeza a la altura de una ceja que le hizo sangrar profusamente. Cuando llegó Martín, alguien ya le había colocado un paño en la ceja abierta y se había cortado la hemorragia. Martín le inmovilizó la pierna tras comprobar que el hueso no se le había desplazado. El hombre se negaba a dejar de trabajar. Pedía a Martín que le uniera el hueso como fuera. Necesitaba el dinero que le pagaban por los trabajos. Cojo no podría llevarse nada a casa. Martín se apiadó del hombre y le dio unos pocos tremises de oro. La única condición que le puso al hombre fue que debía estar sin trabajar y en reposo por lo menos cinco semanas. El hombre lloró agradecido. Cuando Martín se iba, aún escuchaba sus gritos diciendo a todo el que le quisiera escuchar que en Córdoba había un santo, y ese era Don Martín, el médico.

Estos comportamientos le turbaban. Entendía que la gente estuviera agradecida; pero las demostraciones de afecto a voz en grito le sobrepasaban. Él pretendía pasar desapercibido, aunque cada vez más gente le paraba en la calle a darle las gracias por tal o cual sanación realizada en él o de algún familiar. Se estaba haciendo realmente popular.

Caminaba distraídamente cuando una voz le sacó de su abstracción.

—Caramba, Martín. Te van a canonizar en una ciudad mora.

Era Leonor. Le miraba con su cautivadora sonrisa. Llevaba un vestido verde de seda que se ceñía a su esbelta figura.

—Buenos días —saludó Martín gratamente sorprendido.

Ella, consciente de la mirada de Martín, se acercó contoneándose y le agarró del brazo mientras continuaba andando.

—Acabamos de despedirnos como quien dice y ya le has salvado la vida a alguien.

—Creo que es algo exagerado —dijo Martín sonriendo.

La noche anterior habían acordado tutearse y sortear las rígidas normas del protocolo. Leonor era una viuda rica, joven y bella. No tenía parientes conocidos y sí una enorme vitalidad y un admirable dominio de las situaciones. Había conseguido permanecer ajena a los comentarios acerca de su dudosa moralidad, siempre según los sectores más conservadores de la sociedad. Vivía un poco al margen de los convencionalismos y por ello no le ocasionaba el menor problema ni el menor rubor, pasear bajo el sol del brazo de un hombre.

—No te importa que te tome del brazo mientras paseamos ¿verdad? Es que no todos los días encuentra una mujer al hombre más querido de Córdoba por la calle.

—No solo no me importa, sino que ahora el hombre más querido de Córdoba, como tú dices, es, seguro, el más envidiado —le contestó galante Martín.

Y así continuaron paseando y hablando hasta llegar a la casa de ella.

—¿Puedo invitar al sanador a un vaso de buen vino? —preguntó coquetamente con una mirada que, de apariencia inocente, dejaba entrever secretas promesas.

Martín no se lo creía. Estaba con una de las mujeres más deseadas de Córdoba. Y lo que era más increíble, le estaba ofreciendo una invitación más que sugerente.

—No estoy muy acostumbrado a beber vino. Me afecta más de lo que quiero admitir —respondió no sabiendo muy bien por qué se estaba resistiendo a la tentadora oferta.

Leonor no lo entendió así, o no lo quiso entender.

—Un vaso no creo que embriague a nadie. Además, puede ser muy interesante verte perdiendo el control —dijo juguetona mientras le daba la espalda y entraba dando por hecho que Martín, aunque solo fuera porque no se había despedido, tendría que entrar tras ella.

La casa era magnífica y estaba ricamente decorada. Permanecía así tras la ocupación musulmana porque Córdoba se había entregado a los moros sin oponer resistencia, razón por la cual, no fue saqueada. Otras ciudades, como Amaya y Astorga, habían resistido y sufrido asedio durante varias jornadas. Cuando finalmente cayeron en poder de los bereberes, las ciudades fueron saqueadas, las mujeres violadas y los hombres muertos o vendidos como esclavos.

Leonor pidió vino y algo de comer y juntos se sentaron en una pequeña sala bien

iluminada. Una mesa y tres sillas componían el mobiliario. En un rincón, sobre un tablero de marquetería, reposaba un pequeño libro.

Una sirvienta les llevó una jarra de cristal con vino tinto, copas de cristal y plata, y un plato con lo que a Martín le parecieron muslitos de perdiz.

La estancia se prolongó toda la tarde. Martín estaba realmente a gusto. Leonor era una mujer inteligente, de conversación amena e interesante. Tras los muslitos de perdiz, habían comido rabo de toro estofado y un queso excelente. La jarra de vino inicial se había quedado corta y acababan de estrenar la tercera. Martín estaba muy alegre y se notaba muy desenvuelto.

Llegó un momento que la conversación giró en torno a temas de medicina. Martín estaba contando algo acerca de una mujer a la que había curado un absceso cuando Leonor pareció recordar algo.

—Ahora que lo dices. No sé si será abusar demasiado, ya que no te he invitado como médico.

—Dime, Leonor, ¿tienes algún problema?

—Verás. Tengo un pequeño lunar que a veces, cuando roza con algo, sangra un poquito.

—A veces, salen unas pequeñas verrugas con forma similar a una lenteja que efectivamente sangran un poco al rozarse con la ropa. Se pueden quitar aplicando el jugo de ajo; pero si quieres te lo examino, por si fuese otra la causa —se ofreció Martín inocente.

Leonor se puso en pie dándole la espalda a Martín apartándose el pelo de la nuca.

—¿Podrías ayudarme con la fíbula?

Una hermosa fíbula de plata y pedrería cerraba el vestido en la parte superior del mismo, a la altura del cuello. Martín se levantó a su vez y, con manos torpes, manipuló el alfiler. Estaba realmente nervioso. El cuello de Leonor se erguía esbelto y ella, graciosamente, mantenía ladeada la cabeza para apartar el cabello de la zona donde el alfiler se resistía a soltarse. Martín necesitaba mantener toda su atención en la fíbula y no dejar que le embriagase aún más el fresco perfume que emanaba de la mujer.

Por fin soltó el alfiler y el vestido se abrió por la espalda hasta media altura. Leonor se dio la vuelta mientras, con una mano apoyada por encima del pecho, impedía que el vestido cayese al suelo. Le miró largamente a los ojos y se fue bajando lentamente el vestido mientras descubría unos senos enhiestos. Ligeramente por debajo de ellos, en el centro del abdomen, un pequeño lunar destacaba en la blancura de su piel.

Martín, por su trabajo, había visto a muchas mujeres desnudas. Había además asistido a partos e incluso había yacido con alguna prostituta; pero nunca, ninguna de ellas, le habían provocado la reacción que ahora sentía.

De alguna manera asustado y excitado, se aproximó y, poniéndose con una rodilla en el suelo, procedió a examinar el lunar. La suave mano de Leonor se apoyaba

sosteniendo lo que le quedaba del vestido justo por debajo del ombligo. El lunar era pequeño y lejos de ser la típica verruga resultaba de lo más erótico. Martín intentó mantener alejado ese pensamiento mientras lo examinaba buscando algún indicio de que hubiese sangrado. Lo tocó con cuidado para comprobar si se desplazaba a los lados como ocurría alguna vez.

Al contacto de su mano, notó como la respiración de Leonor se aceleraba. Los pechos se elevaban y los músculos del abdomen se contrajeron. Martín se levantó mientras miraba a Leonor fijamente a los ojos. En ese momento, ella alzó sus manos posándolas en las mejillas de Martín y, atrayéndolo para darle un apasionado beso, dejó que el vestido cayese a sus pies.

XXXVII

LLEGÓ a su casa de madrugada. No quería que la gente le viera abandonar la casa de Leonor, por lo que no se quedó a pasar la noche como ella le sugirió en repetidas ocasiones.

Admiraba a Leonor. Era una mujer que sabía lo que quería y lo tomaba si estaba en su mano. Aunque ella insistió en que se quedase, prefirió aprovechar la noche para que nadie comentara nada de ella al día siguiente. Uno de los males endémicos de las sociedades más o menos acomodadas eran los chismorreos. Aunque de seguro ya se hablaría de ellos por pasear del brazo en el centro de la ciudad, no quería incentivar aún más los mismos dejándose ver saliendo por la mañana de casa de Leonor.

Entró en casa silenciosamente y descubrió que Hana le esperaba dormida hecha un ovillo en uno de los mullidos asientos corridos que había en la entrada. Se sintió aliviado de volverla a verla en casa. No pudo por menos que admirar a la muchacha mientras dormía. Su menudo cuerpo aparecía frágil y vulnerable. Descubrió además que Hana fruncía levemente los labios al dormir, haciendo un pequeño mohín gracioso que enterneció a Martín.

Aunque acababa de yacer con Leonor, a pesar de llegar saciado y más contento de lo que había estado en mucho tiempo, tuvo una enorme sensación de pérdida cuando vio a Hana. Algo en su interior le apretaba el corazón cuando pensaba en ella. Cogió una manta y tapó con ella a la muchacha poniendo todo el cuidado del mundo en no despertarla.

Ella se arrebujó en el escaño acomodándose en una nueva posición y Martín la dejó dormir despidiéndose de ella con un suave «felices sueños».

Por la mañana, al despertarse, ahí estaba Hana. Parecía como si hubiese dormido entre algodones. Estaba radiante como siempre. Perfectamente pintada y arreglada, paseaba a saltitos por la habitación mientras organizaba las vestiduras y el baño de Martín.

—Buenos días —dijo con los cascabeles de su voz—. ¿Estuvo mi señor de fiesta anoche?

Martín sonrió viéndola tan feliz. Esta mañana en particular estaba especialmente alegre.

—Te noto muy contenta.

—Tengo motivos —respondió con los ojos brillantes— un apuesto caballero me arropó anoche —prosiguió mientras le miraba risueña.

Martín sintió un sabor agridulce por ese comentario. Aún sentía en su cuerpo los besos de Leonor y, sin embargo, se sentía contento por la felicidad de Hana.

—Hoy se merece un baño muy caliente y perfumado para borrar los efectos del vino —dijo mientras ponía un poco de esencia en el agua de la bañera.

Martín se había acostumbrado a bañarse todos los días. Era un placer que había descubierto desde que vivía con las costumbres árabes.

Después del baño se dirigió al comedor en donde un estupendo desayuno le esperaba.

—Caramba, menudo desayuno. Recuérdame que te arrope todos los días —dijo con alegría aunque al decirlo algo se le clavó en el corazón.

Hana sonrió aún más si cabe al oír la propuesta de Martín. En ese momento llamaron a la puerta y entró Aziz en la estancia.

—Buenos días a todos —saludó Aziz.

—Buenos días, señor —saludó Hana preguntando a continuación—. ¿Desea desayunar también? Un buen desayuno es lo mejor tras una noche de juerga —dijo pícaramente.

—Entonces solo desayunará tu señor. Porque yo ayer me acosté a la hora de las gallinas. ¿Dónde estuviste galán? —preguntó dirigiéndose ya a Martín mientras este se quería morir.

—Bueno, estuve en unos avisos y...

—Déjate de avisos y cuéntame qué pasó con Leonor —dijo Aziz sentándose al lado de Martín sonriendo a la espera de lo que suponía sería una succulenta historia.

Martín se humedeció los labios. Se le había secado la boca. Evidentemente, no había pasado desapercibido el paseo por la ciudad del brazo de Leonor ni la posterior invitación de esta a entrar en su casa.

Hana le miraba con los ojos como platos. Lo que ella había interpretado como una juerga entre amigos, en realidad había sido una cita con una dama. Y si la Leonor de la que hablaban era quien ella pensaba, era la mujer más deseada de Córdoba. Hizo como que preparaba un plato y se retiró a la cocina dejando a los hombres hablar. Cuando entró una lágrima le corría por la mejilla. Enjugándosela se llamó tonta. No se podía enamorar de su señor. No tenía ningún derecho a estar molesta. Y aún así, se sentía la más desgraciada de las personas.

En los días posteriores, estuvo servicial aunque distante. Sonreía al hablar, pero sus palabras desdecían su aparente alegría.

Martín vivía en un torbellino interior. De un lado Leonor le absorbía: raro era el día en el que no se veían por lo menos un instante; había una complicidad y un deseo desbordante entre ellos. Martín no sabía si lo que sentía era amor. Era difícil de definir. Amaba su cuerpo y el mundo se paraba cuando estaban juntos; sin embargo, notaba que faltaba algo. Era como si él no se entregara del todo. Por otro lado, estaba preocupado por Hana. Cada vez la notaba más decaída; seguía siendo servicial y siempre se adelantaba a sus deseos; pero añoraba a la Hana que había visto aquella mañana tras haberla arropado ya que estaba cautivadora y resplandecía de pura felicidad. Por un momento pensó que quizás ella le amara. Aunque enseguida desdeñó esa creencia. Ella le había dejado muy claro una vez que eso no estaba contemplado en su conducta. Ella se debía a su señor para que dispusiera como

quisiera de su cuerpo. Y él se había jurado no cometer nunca esa villanía.

El año 712 pasó y llegó el 713 y con él la caída de Mérida, que se mantenía sitiada resistiendo a Muza. Por otro lado, llegó a la Península Abd al Aziz, el hijo del valí Muza. Considerado un gran estratega, sofocó una rebelión en Sevilla y en una campaña relámpago tomó Málaga, Granada y llegó a Orihuela en donde negoció con el come Teodomiro un tratado de paz por el que conquistó sin lucha Murcia y Alicante. Después de eso, se dirigió a Córdoba en donde decidió descansar y encontrarse con su padre. El hecho de que les acompañasen los notables árabes, convirtió a Córdoba en la corte de la Spania árabe. Este crecimiento social de la ciudad, condujo a un incremento también de los festejos. Rara era la semana en la que no había una fiesta en una u otra casa o palacio.

El valí y sobre todo su hijo, acudían a estas fiestas en donde eran recibidos con el boato que correspondía a su posición. Aziz decidió organizar una de las fiestas y pidió ayuda a Martín.

—Yo no tengo ni idea de organizar fiestas —exclamó Martín al escuchar la petición de su amigo.

—No hablaba de ti cuando te pedía ayuda. Me refería a si me prestarías a Nassir y a Hana para que ayudaran a mis sirvientes.

—Ya decía yo. Por supuesto que sí —aceptó Martín.

La fiesta tuvo lugar un domingo. La casa de Aziz estaba decorada y arreglada de forma primorosa. Cuando llegó Martín, la fiesta ya había comenzado. Él se había retrasado por un enfermo de última hora al que había tenido que atender. La música se oía desde la calle. Martín entró directo hasta el patio en donde se concentraba la gente admirando algún espectáculo. Cuando se asomó al mismo, descubrió que había una muchacha bailando. El ritmo era frenético y la chica se movía como transportada por las notas que emitían dos músicos con una especie de charamita y un tambor. Sus movimientos eran sensuales y elegantes. El vestido vaporoso que llevaba se mecía al compás que su cuerpo marcaba. Resultaba hipnotizante. La muchacha llevaba un velo que le cubría el rostro y que se cogía al pelo con unas pinzas que debían llevar algún tipo de campanitas, ya que emitían un sonido suave que acompañaba perfectamente a la música.

Notó una mano que se posaba en su cadera y se volvió para descubrir que Leonor le había encontrado. Siguieron juntos disfrutando del baile que, aunque parecía mentira, cada vez se aceleraba más. Al final, cuando la música estaba a todo volumen y a un ritmo frenético, de repente, todo cesó. La música calló y la bailarina pasó del movimiento más frenético a la pasividad más absoluta. Un estruendoso aplauso salió espontáneo de los espectadores. El primero en aplaudir fue Abd Al Aziz, quien había seguido el baile con enorme interés.

La bailarina se dirigió al hijo del valí y se postró a sus pies grácilmente. Aunque el mandatario se dirigió a ella en árabe, idioma que empezaba a dominar a duras penas Martín, estaba claro que le dijo que se incorporara y se descubriera.

La bailarina obediente, y siempre de manera sensual, se quitó lentamente las campanitas que llevaba prendidas en su pelo hasta que cayó el velo que la cubría.
Hana sonreía al hijo del valí.

XXXVIII

MARTÍN no se esperaba eso. Aziz le miró sin entender nada y Leonor percibió su turbación. ¿Qué le había pasado por la cabeza a Hana para hacer una cosa así? El hijo del valí, tras tamaña sensualidad exhibida ante él, seguro la pediría para esa noche llevarla a su harén. ¿Por qué lo había hecho? Martín sentía una opresión y unos nervios que no supo definir. Aziz se acercó a su lado y viendo la cara de sorpresa de Martín, y quizás advirtiendo algo más, se dirigió presuroso a hablar con el hijo del valí.

—¿Qué te pasa, Martín? —preguntó Leonor en voz baja.

—Es mi sirvienta, Hana —respondió con voz monocorde Martín.

—Es muy guapa y baila como los ángeles —admitió Leonor.

—Lo sé — y entonces miró a Leonor con una cara que expresaba infinita tristeza.

—Martín, ¿qué te pasa?

—Me la va a pedir el hijo del valí.

Leonor miró al hombre con el que compartía cama y amistad. En su cara se reflejaba ternura y una leve sonrisa.

—Ella es la causa de que no te entregues del todo, ¿verdad? —afirmó comprensiva.

Martín la miró sin saber muy bien qué decir. Era cierto, con Leonor la pasión se desbordaba y la relación de complicidad era magnífica; pero faltaba algo que no sabía definir. Por lo visto, ella también lo había notado y eso le hacía comprender qué magnífica mujer era.

—Nunca la has tenido, ¿no es cierto? —y al ver la cara de abatimiento que mostraba Martín, le animó.

—Ve por ella. Lucha. No dejes que te la arrebaten. Deja atrás los convencionalismos y vive.

—Leonor, tú y yo...

—Tú y yo hemos tenido algo precioso y lo recordaremos siempre —le interrumpió—, pero yo no te amo como tú quieres y tú a mí tampoco. Lo nuestro funciona quizás por eso. Somos amigos y siempre lo seremos; pero no seré yo la que se interponga entre tú y ella, si ella es la mujer a la que amas.

Martín le dio un beso en la mejilla y salió corriendo a buscar a Hana. Esta se había retirado del patio y permanecía en una sala aneja refrescándose tras el intenso ejercicio.

Vio como Aziz invitaba a vino al hijo del valí, sin duda entreteniéndole para darle tiempo a Martín a hacer lo que tuviera que hacer.

—¡Hana!

Hana se volvió y miró a Martín ligeramente desafiante.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó desesperado Martín.

—Mi señor, creí que al hijo del valí le gustaría. No pensé que os molestara que intentara agasajar al invitado de honor —contestó fríamente Hana.

Martín se acercó a ella.

—¿No podemos hablar sin mentiras? —preguntó Martín mirando aquellos preciosos ojos verdes. Ella rehuyó su mirada franca.

—Claro, señor —dijo un poco compungida.

—¿Sabes que lo que has hecho va a provocar que te lleven de mi lado?

—Seguro os mandarán otra sirvienta que será mejor que yo —contestó Hana aún sin atreverse a mirar a Martín.

Martín le cogió la delicada barbilla con su enorme mano y se la levantó para que ella le mirara.

—Yo no quiero otra sirvienta, te quiero a ti.

Hana le miró con un ligero temblor en los labios. ¿Era cierto lo que acababa de oír de labios de Martín?

—Señor, yo... —se quedó sin palabras. Una lágrima corría por su mejilla. Ahora comprendía que ya no había futuro para ellos. La maniobra que había ejecutado para no ver a Martín y no sufrir pensando que no la amaba, se había vuelto contra ella. Cierto era que había conseguido con ella que Martín diera ese paso que le faltaba, pero sería también el último. Con toda probabilidad pasaría a ser posesión del hijo del valí. Hana sabía bien lo que le gustaba a un hombre y había puesto toda su feminidad y sensualidad en el baile. Había notado como el hombre la desnudaba con la mirada y había alimentado su deseo insinuándosele, aún más si cabe, al despojarse del velo.

—Amo, yo creía que no le importaba como mujer, nunca me pidió nada —dijo ya sin poder evitar un torrente de lágrimas que bajaban sin control por su cara.

Martín, tiernamente, detuvo las lágrimas con sus manos.

—No quería tener una esclava en mi cama, quería que lo desearas, que no fuera una imposición.

—Las esclavas no podemos desear nada —respondió con tristeza—. Eso solo causa dolor.

En ese momento apareció Aziz por la puerta.

—Se reclama la presencia de la esclava —dijo percibiendo que se iba a producir un drama.

—Aziz —dijo Martín muy serio—. Sé que un día te prometí que no me escaparía. Aunque nunca me he sentido preso y sí muy querido por ti, he de decirte que quizás mis días en Córdoba acaben esta noche. Quiero tu bendición.

Aziz le abrazó fuertemente.

—Dichoso cristiano —dijo emocionado—. No sé cómo lo harás, pero presiento que ya has pensado algo. Prefiero que no me lo cuentes para no tener que mentir después si me preguntan; por supuesto, tienes mi bendición y mi afecto por siempre, amigo.

Martín asió a Hana por la muñeca y salió dirigiéndose hacia el patio en donde todos los invitados a la fiesta permanecían expectantes.

—Gran señor —dijo inclinándose ante el hijo del valí mientras este solo tenía ojos para Hana—, deseo aprovechar este momento para hacer un anuncio —en ese momento concentró la atención de Abd Al Aziz.

Todo el mundo miró al cristiano que osadamente elevaba la voz en medio del patio. Contaban en que, como muestra de respeto, ofreciera su esclava al invitado de honor. Martín siguió hablando.

—He leído el Corán, el libro sagrado, con mi torpe entender del árabe. He seguido varias de las suras que Mahoma, el profeta, en su sabiduría plasmó con acierto. Y he decidido purgar varias de mis faltas. Como dice el libro sagrado, hay que alcanzar la vía ascendente y purgar los pecados —y aquí Martín puso una cara beatífica que hacía pensar en él como en un hombre pío y santo.

Aziz que era muy religioso y presumía de conocer bien el Corán, descubrió enseguida qué tramaba Martín. Le pareció muy ingenioso, aunque también muy arriesgado.

—Como dice el Corán —prosiguió la vista puesta en lo alto y las manos abiertas en forma de oratoria —liberar a un esclavo es un mérito o una forma de alcanzar el perdón de los pecados.

El gesto de Abd Al Aziz se torció. Acababa de descubrir la estratagema de Martín. En realidad, todo el patio lo estaba haciendo. Si Martín como propietario, liberaba a Hana como esclava, esta no tendría que obedecer al hijo del valí. Aunque fuera una esclava que en realidad pertenecía a Martín, al habérsela adjudicado el valí, por deferencia e incluso por la fuerza podría serle de nuevo arrebatada. Pero si la liberaba allí, delante de testigos de la alta sociedad tanto cristiana como musulmana, no tendría ningún poder sobre ella. Sería una mujer libre.

Martín, tras un silencio para que los testigos encajaran sus primeras palabras, prosiguió.

—Y como también dice el Libro Sagrado, liberar a un esclavo es un mérito para seguir la vía ascendente o camino del bien que conduce al paraíso —dejó pasar otro tiempo de silencio para que sus palabras calaran entre todos los allí reunidos, y concluyó—. Por ello, y en aras de conseguir una mayor paz de espíritu y acercarme más al paraíso y al bien, aquí, ante vosotros, libero a esta mujer de la esclavitud —proclamó con la voz aún más alta para que todos los invitados oyesen su declaración.

Un tremendo silencio siguió a sus palabras. Todo el mundo percibía la tensión que se había formado en el ambiente. Y en ese momento se escuchó un aplauso al que siguió otro y otro más hasta que todo el patio aplaudía la decisión de Martín.

Martín buscó el origen del primer aplauso y descubrió a Leonor mientras sonreía, valiente, exhibiendo su conformidad con el acto que acababa de presenciar.

Martín se inclinó con respeto frente a un confuso y enfadado Abd Al Aziz; cogió a Hana por el hombro y dándose la vuelta, salió del patio. Cuando pasó por delante de

Leonor que seguía aplaudiendo, se llevó el puño al pecho, en el lugar en donde está el corazón, y lanzó a la dama un mudo beso frunciendo los labios en el aire.

Hana no decía nada. Se dejaba llevar por Martín. No se atrevía a mirar nada que no fuera la puerta. No se lo creía. Era una mujer libre. Ni siquiera el valí podía obligar a una creyente libre a yacer con él. Estaba hecha un manojo de nervios. Sabía que había formas oscuras de procurarse lo que a uno le prohíben. Siempre podrían matar a Martín y condenarla a ella a la esclavitud por haberlo hecho. Había mil formas distintas de hacer que aquello saliese mal. Pero ya no le importaba. Martín lo había arriesgado todo por ella. Solo la urgencia del momento, impedía que se echase en sus brazos.

Llegaron a la casa de Martín que permanecía vacía de sirvientes, puesto que todos estaban en casa de Aziz. Martín la apremió:

—Debemos irnos de Córdoba ahora mismo.

—Lo sé y... gracias.

Martín la miró con dulzura y luego se dirigió al arcón donde guardaba sus armas.

—Coge rápido lo más imprescindible, salimos de inmediato.

Al poco rato salían de la ciudad montando al único caballo que tenían en la casa. Hana iba en la grupa, abrazada al ancho torso de Martín. Mientras galopaban hacia el norte, lloraba de alegría apretándose con fuerza.

Ya amanecía cuando llegaron a una venta. Martín compró un caballo y puso en él las pertenencias de Hana. Una vez estuvo todo colocado, se dirigió a la muchacha.

—Hana, eres una mujer libre. Yo vuelvo a mi tierra, con mi gente. Sabes lo que siento por ti y no quiero que pienses que me debes nada. Desde esta venta parten varios caminos. Te será fácil ir a Toledo o a Mérida. Son ciudades grandes en donde puedes pasar desapercibida. Te he puesto una bolsa con monedas en las alforjas. Tendrás para vivir unos meses. Si quieres...

Ella se le acercó y le puso un dedo en la boca indicándole que se callase:

—¿Sabes? Eres un tonto —le dijo sonriendo y a continuación se fundieron en un tembloroso, largo y apasionado beso.

XXXIX

DECIDIERON tomar el camino hacia Toledo. Era una ruta más larga que si se dirigían a Mérida y de allí por la antigua calzada romana que unía Emerita Augusta con Asturica Augusta, llegar a Astorga; pero Martín deseaba volver a ver a su padre.

El viaje fue una tortura para Hana. No había montado nunca a caballo. Su vida había permanecido siempre dentro del harén o en casas como la de Martín. Únicamente en los desplazamientos que había realizado desde su Egipto natal hasta Córdoba había salido al exterior. Por supuesto siempre vigilada y viajando en grupo junto a las otras mujeres del harén. En estos desplazamientos, había utilizado carretas y barcos, sin embargo nunca había montado un corcel.

El cansancio era tal que la pizpireta, vital y desenfadada Hana, cuando llegaban a una posada, se dirigía directa a la cama. Martín solía llevar algo para comer a la habitación. Cenaban juntos disfrutando de la complicidad de los amantes. Luego, Martín le daba un masaje en las piernas con un poco de aceite mezclado con una infusión de vino y romero. Pese a tener unas piernas fuertes acostumbradas a la danza, las agujetas de la primera semana, no la dejaban moverse.

—Creía que montar a caballo no cansaba. No sé por qué pensaba que el que hacía ejercicio era solo el caballo — comentó Hana tumbada de espaldas mientras Martín la masajeaba.

Martín se rio del comentario. Incluso él, que solía montar a caballo todas las semanas para visitar a algún paciente, se resentía de la dureza del viaje.

—Hay ejercicios en los que no solo participa uno —dijo con doble sentido notando como su excitación iba en aumento mientras masajeaba las bien torneadas piernas de Hana. Ella le miró con esa sonrisa que le desarmaba.

—No se me ocurre ninguno —respondió pícaro mientras se daba la vuelta y lo atraía hacia ella— ¿Y a ti?

Hicieron el amor. De hecho era una escena que se repetía casi de la misma manera en todas las posadas en las que pernoctaban. Martín se sentía pletórico. La lujuria y el placer que le había procurado Leonor no era nada en comparación con lo que sentía por Hana. Ahora se daba por entero. Su cuerpo y el de ella se complementaban de manera perfecta. Después de haber estado tanto tiempo conviviendo juntos sin haberse tocado pese a desearlo los dos, estaban ávidos el uno del otro. Se entregaban sin condiciones, nada estaba prohibido. Unas veces, Hana, mucho más experta que Martín en las artes amatorias, lo conducía al éxtasis utilizando su sensualidad, su erotismo; otras veces, la muchacha se dejaba llevar por la enorme fuerza de Martín, por su frenesí, por su pasión desbordada. En todas las ocasiones, quedaban ambos extenuados, ahítos de amor.

Después Hana se quedaba tumbada sobre el hombro de Martín haciendo caracolillos en el vello del pecho de su amado. Hablaban de cualquier cosa hasta que el sueño les vencía, juntos, apretados.

Llegaron a Toledo bajo una intensa lluvia. La otrora capital visigoda no parecía haber cambiado.

La toma de Toledo por parte de Tariq se produjo sin lucha. Los moros encontraron el camino despejado. Los partidarios de la familia de Witiza les habían facilitado la entrada beneficiándose a cambio de grandes posesiones. Aunque el plan era otro. Los moros penetraron en la Península como fuerza militar para volver a instaurar a un miembro de la familia de Witiza en el trono a cambio de jugosos saqueos. Tras la batalla del río Lete, en la cual murió Don Rodrigo, Tariq, viendo lo desunido que estaba el pueblo godo, lo aprovechó astutamente para tomar la capital y hacerse así con el control. Evidentemente, repartió grandes dádivas con los que le habían ayudado consiguiendo de esta manera su apoyo y que las divisiones entre los nobles visigodos aumentaran. Al pueblo llano le daba igual tener a un señor o a otro, con lo cual no se produjeron más que unas contadas revueltas.

Martín había contado a Hana la desgraciada historia de Inés y de su padre. Estuvo tentado de pasar por la posada de Inés; Hana le convenció de que no sería buena idea. Si Inés no era feliz y seguía queriendo a Martín, el verle, además con otra mujer, sería un nuevo golpe. Ella misma recordaba el dolor que le producía ver a Martín irse al encuentro de Leonor. No, definitivamente era mejor pasar de largo.

Debido a que las mujeres, y en particular las mujeres musulmanas, no podían entrar en los monasterios, Hana se quedó en una posada de la ciudad mientras Martín se dirigía al monasterio.

Al monasterio llegó chorreando por el diluvio y tras golpear la puerta repetidamente, le abrió el mismo monje que lo hiciera la primera vez. Se presentó y pidió ir a la enfermería. Al llegar, le recibió el hermano Olegario, que nada más reconocerle le ofreció una toalla con la que secarse.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó con esperanza Martín. Descubrió que necesitaba saber de él. Durante mucho tiempo había borrado de su mente a Leandro, quizás para no recordar el dolor que había sentido. Pero mientras se aproximaban a Toledo, tras haber decidido pasar a verle, toda la tensión y la esperanza de algún tipo de recuperación de su estado, le habían provocado una ansiedad notable.

—Creo que es mejor que lo vea por si mismo —respondió Olegario sin desvelar nada en su expresión.

Se dirigieron al mismo cuartucho que había al final de la enfermería y en el que había visto por última vez a su padre hacía ya casi dos años. Tal y como recordaba Martín, el padre Olegario tocó dos veces la puerta y entró sin esperar respuesta. A la luz de una vela, Leandro escribía algo en un pergamino. Martín, por encima del hombro, descubrió que era una receta de un unguento a base de semillas de lino que trataba quemaduras y forúnculos. Olegario se dirigió a Leandro diciéndole con voz

cariñosa.

—Fray Leandro, tiene visita.

Leandro se dio poco a poco la vuelta y se quedó mirando a Martín con el único ojo que Don Siro le había dejado sano. Martín se agachó para estar a la altura de su padre y que le viera bien con la mortecina luz de la vela.

—¿Aún sabes usar las hachas esas? —dijo Leandro señalando las franciscas que aún portaba Martín sonriendo con una mueca que, pese a la terrible cicatriz que le cubría media cara, a Martín le pareció la más hermosa de las sonrisas.

Se abrazaron mientras Martín rompía a llorar.

—Una mañana me preguntó dónde estaba y qué le había pasado —relató Olegario a modo de explicación con la voz un poco tomada por la entrañable escena que se estaba desarrollando a su lado—. De esto hace más de un año.

—Padre, tienes que venir con nosotros a casa.

—¿Nosotros? —Martín comprobó que había vuelto el Leandro que conocía, el hombre de mente despierta y rápida.

—Voy a León. Vuelvo a nuestra casa. A las montañas. Y voy con la que será mi mujer —dijo un orgulloso y pletórico Martín.

Leandro le volvió a abrazar felicitándole. Después, se levantó trabajosamente y salieron a la nave central de la enfermería. El padre Olegario se fue a atender a un paciente mientras padre e hijo paseaban lentamente por el pasillo poniéndose al día de las mil novedades que cada uno tenía que contar al otro.

Al final de la tarde, Martín volvió a abordar el tema del viaje.

—Padre, ¿vendrás con nosotros?— preguntó ansioso.

—No hay nada en la vida que me complaciera más. Debo hablar no obstante con el abad. Ahora estoy sujeto a unas reglas y no dispongo de mi vida. Pero creo que no habrá problemas. Es un buen hombre y estoy seguro de que lo entenderá. Además, ya he terminado de recopilar una farmacopea propia. Y el padre Olegario está muy preparado para seguir en la enfermería sin mí.

Se despidieron con un gran abrazo. Martín prometió volver al día siguiente para recogerle. Mientras, debería buscar un carromato y un par de buenos caballos de tiro, ya que Leandro había quedado tan mermado físicamente que le resultaría imposible montar a caballo.

Con el alma llena de felicidad sintió que la suerte que le había rehuído durante dos largos años, ahora regresaba en todo su esplendor. Sin embargo, había una cosa que aún necesitaba hacer para acallar su conciencia. Debía ir a ver a Inés. No podía dejar pasar la oportunidad de, estando tan cerca de ella, interesarse por su suerte.

Entendía las razones que le había dado Hana de no aparecer por la casa con su pareja, aunque pensó que si acudía solo, no sería lo mismo.

Galopó hacia la aldea cercana. El camino que tan largo se la había hecho aquella noche amarga, ahora era un hermoso paseo por las vegas toledanas. La lluvia había dejado de caer, y el campo olía a hierba fresca. Cuando divisó la posada, notó cómo

se le aceleraba el corazón. Decidió atar el caballo en una valla cercana y acudir andando a la posada. Nada más anudar la cuerda a la cabezada de su corcel, una pequeña niña apareció a su lado. Llevaba un trapo entre los brazos y lo acunaba como si de un bebé se tratase. Al ver al desconocido, lo ignoró y siguió cantando lo que parecía una nana. Martín no pudo más que estremecerse al ver en sus ojos la mirada de Inés. Como si solo por evocarla la hubiera llamado, Inés apareció por una puerta del cercano gallinero llamando con su dulce voz.

—¡Vicenta! ¿Dónde estás, pequeña?

La niña respondió con un alegre —¡Ya voy, mami!— y se acercó corriendo siempre con el trapito bien cogido. Madre e hija se dieron un abrazo. La niña quiso agarrar un poco del asa del cesto de mimbre que portaba Inés y en el que aparecían unos blancos huevos. Así, juntas, madre e hija se metieron en la posada cantando una canción que Martín desconocía y que hablaba de conejitos y ovejitas.

Martín, oculto por una alta valla, permanecía viendo la entrañable escena. Era evidente que Inés volvía a estar embarazada. Y seguramente el alumbramiento no se demoraría más de uno o dos meses a juzgar por el volumen de la panza.

Decididamente, prefirió no presentarse. No quería quebrar nada en lo que, sin duda, era una escena llena de paz y de plenitud en la vida de Inés. Además constató que, si bien apreciaba a Inés y nunca podría pagarle lo que había hecho por su padre y lo que había sufrido por él, ya no notaba aquella sensación de tener un hormiguero en el vientre cada vez que la veía. Era y sería una mujer a la que nunca olvidaría, mas ya no la amaba como pensó que lo hacía una vez. Ahora sí sabía lo que era el amor, y no era lo que sentía por Inés.

Volvió a Toledo y llegó a la posada con más ganas que nunca de volver a estar con Hana, con su Hana. Le contó todo lo que había hecho durante el día.

—¿Y tú qué has hecho todo el día? —preguntó a Hana cuando hubo terminado su relato.

—Dormir —dijo riéndose y atrayendo a Martín junto a ella—. Y ahora habrá que hacer algo para estirar los músculos —continuó diciendo mientras ya se desnudaban con frenesí.

XL

MARTÍN dedicó la mañana a cambiar los caballos de monta por otros de tiro. Además se hizo con un carromato para poder viajar los tres cómodamente. A media mañana se acercó al que fuera su acuartelamiento para preguntar si se sabía algo de Pelayo o de El Tuerto. Evidentemente se encontró a una guardia mora, que hizo caso omiso a sus requerimientos. Decidió entonces no perder más tiempo y salir de la ciudad lo antes posible. Al ver a los bereberes se dijo que quizás el hijo del valí todavía lo estuviese buscando por la afrenta que había cometido.

Recogió a Hana en la posada y se pusieron en camino hacia el monasterio. Entró Martín a ayudar a su padre. Leandro tan solo llevaba un pequeño zurrón y una biblia primorosamente escrita y dibujada.

Cuando salieron por la puerta, Hana se bajó del carro para presentarse y ayudar a Leandro. Tras la presentación, le dio un abrazo a Leandro a la vez que le decía que tenía muchas ganas de conocerle. En ningún momento hizo un gesto siquiera que delatara impresión al ver la media cara destrozada de Leandro. Sonreía como solo ella sabía hacerlo. Leandro se quedó mirando a la muchacha un breve momento y luego se dirigió a Martín con tono paternal.

—Martín, hijo. Es una chica estupenda. Guapa por fuera y hermosísima por dentro. Te felicito.

Martín se sintió henchido de orgullo. Ayudó a su padre a subir al carro y partieron hacia el norte. Durante esa primera jornada de viaje, Hana y Leandro no pararon de hablar en la parte trasera del carromato. Unas risas de vez en cuando, confirmaban la buena sintonía que había nacido entre ambos de inmediato.

Los caballos avanzaban a buen ritmo. Las escasas pertenencias que portaban no eran peso suficiente para esos dos buenos ejemplares de caballos francos. Con su larga zancada, devoraban las leguas del camino. Recordaba que Leandro le había explicado una vez que una legua era la distancia que se recorría a caballo en una hora yendo al trote. Estaba seguro que si lo hubieran medido con esos dos enormes corceles, la legua sería mucho más larga. Martín disfrutó realmente del viaje. Añoraba sus montañas nevadas, el verde de los prados, los torrentes y arroyos que por doquier precipitaban sus frías aguas. En definitiva, su casa.

Las jornadas se sucedieron y cada vez estaban más cerca de casa. Surgió la duda de a qué casa se dirigían, si a los valles del Curuenho, en donde estaba la casa de Leandro, o a la aldea natal de Martín, en la alta montaña leonesa. Al final se decidieron por ir a la aldea. Había más gente y la casa, aunque más pequeña, podían llegar a acondicionarla para vivir los tres cómodamente y en estancias separadas. Además, Leandro, en calidad de monje, podía impartir sus conocimientos y ser una especie de párroco en esas tierras lejanas y apartadas.

Al fin, coronaron el último puerto que les separaba del valle. Tuvieron que dar un buen rodeo para poder llegar, ya que tan solo había una pista que permitía el paso del carromato y esta discurría por tierras de los cántabros. La montaña se dividía en dos territorios que poblaban otros tantos pueblos: los astures y los cántabros. Tras la conquista por parte de los romanos de la ciudad de Lancia —quizás la ciudad astur más importante, situada en las confluencias de los ríos Porma y Esla muy cerca de la ciudad de León—, el pueblo astur se resguardó en las montañas en donde presentaron una dura pelea a los romanos. Allí tenían como vecinos a los cántabros, pueblo recio y combativo que también peleaba contra el Imperio Romano. Dentro de los pueblos, tanto astur como cántabro, existían diversos clanes que no siempre se llevaban bien entre ellos. Por estas características sociales y por el terreno extremadamente abrupto en el que habitaban, prácticamente eran impermeables a lo que sucedía en el resto de la Península.

Cuando ya tenían a la vista la aldea, cómo no, un grupo de mastines acudió a recibirlos. Entre ellos estaba Espolones que al reconocer a Martín ladraba apartando a los otros perros. Martín se bajó inmediatamente del carro y se abrazó a su gran amigo. En ese momento se dio cuenta de lo mucho que le había echado de menos. Espolones ya era un perro mayor con sus doce años, pero seguía teniendo un físico imponente. Martín indicó a Hana que bajara del carro para que conociera a Espolones. Hana no lo tenía muy claro. Era el mayor perro que había visto en su vida y tenía una boca tan grande que podría meter su cabeza en ella. Bajó y Espolones se acercó a ella para olfatearla. Martín le indicó que dejara una mano muerta a la altura de su morro para que la reconociese siempre por el olor. Después le dijo que ya lo podía acariciar en los lados de la cabeza. Hana fue venciendo el miedo y tras unos minutos, quitando el episodio de las largas babas que Espolones le dejó pegadas a la camisola que portaba, estuvo encantada con su nuevo amigo.

Poco después entraron en la aldea entre un gran alborozo por parte de los habitantes. Casi no les dejaron ni llegar a la casa. Todos querían invitarles a algo. Ninguno reconoció a Leandro. El cambio en él era notable. Siempre le habían visto alto y grande, con una poblada barba, además vestía como cualquiera de ellos. Ahora, el monje que iba en el carro con un gastado hábito marrón, estaba tullido y tenía una espantosa cicatriz en todo un lado de la cara, en la que evidentemente ya nunca le crecería el pelo.

Munia se acercó a ellos en medio de grandes gritos. Parecía que no pasaban los años por ella. Estaba igual de grande e igual de fuerte, constató Martín cuando recibió un abrazo propio de un oso.

—¡Déjame que te mire, zagal! —gritaba una y otra vez mientras se separaba para verle y volver después a abrazarlo.

—Munia, esta es Hana, mi futura mujer — se expresó Martín con orgullo atrayendo a su lado a una Hana que no podía dejar de sonreír al comprobar el enorme cariño con el que era acogido Martín. La muchacha hizo una discreta reverencia que

se truncó de inmediato por el abrazo que recibió de una Munia exultante por la noticia de que su Martín se iba a casar.

—¡No me la espachurres! —dijo riéndose Martín al ver la cara de Hana sorprendida por la efusividad descontrolada de Munia.

—¡Qué maja, qué guapa! —gritaba Munia—. Pero ¿qué hacéis aquí parados? Venga, entrad a la casa que os ayudo a descargar y a encender el fuego.

—Hola, Munia —dijo Leandro consciente de que no había sido reconocido.

—¡Por la Santa Cruz! ¿Don Leandro? —Munia era incapaz de expresar todas las emociones que sentía al reconocer al padre de Martín.

—El mismo —contestó Leandro sonriendo para quitarle hierro al pesar que demostraba Munia en su rostro.

—¿Qué le ha pasado?

—Es una larga historia, Munia —cortó Martín—. Venga, ayúdanos a entrar las cosas que estoy más que hambriento.

Abrieron la casa que había sido de Ximena. Martín al entrar percibió esos aromas que están guardados en los recuerdos de cada persona. Olía a su casa. A una mezcla de restos de plantas aromáticas con la madera de las vigas. No sabía qué era; ahora bien, estaba seguro que si alguna vez perdía la visión y le entraban en aquella estancia, por el olfato sabría que se trataba de su hogar.

Cuando entró Hana, si se sintió defraudada por la humildad de la vivienda, no lo demostró. Hana siempre había vivido en palacios y en casas grandes y ricas. Todo lo contrario a esta. Una sola estancia y no demasiado grande.

Martín se acercó a ella.

—No es gran cosa. Pero es mi casa —dijo casi disculpándose.

—Es perfecta. No podrás escapar de mi presencia ni de día ni de noche —replicó cariñosamente mientras le abrazaba.

—Haremos un par de habitaciones más. Me ayudará Alvar que se le da bien la madera.

—Martín. Entiende que para mí es una casa perfecta. Por primera vez en mi vida, voy a tener una casa propia y libertad para estar contigo.

Martín la besó tiernamente.

—Mi pequeño Martín —suspiró Munia cuando les vio.

—Ya no es tan pequeño ¿verdad? —comentó Leandro al lado de Munia—. Munia, deberé buscarme una casa; en esta, seguramente no me dejarían dormir ni una sola noche sin que les oyera demostrándose su amor —dijo pícaro.

—Ay, Don Leandro, ¡qué cosas tiene! —comentó escandalizada Munia.

Aquella noche, se acercó a verles Alvar con su mujer, Guiomar. Era esta delgada y frágil, sobretodo en comparación con el corpulento Alvar. También parecía tímida al principio; pero después de un rato compartiendo un estupendo gocho asado que les había preparado Munia, se mostró como una muchacha risueña y encantadora. Poseía además una hermosísima voz con la que entonó algunas canciones tras la testaruda

insistencia de Alvar, a quien se veía totalmente entregado a su mujer.

Fue una velada perfecta. Leandro se despidió de ellos. Se iba a trasladar a casa de Munia hasta que estuviera lista la ampliación de la casa de Martín. Era bastante común que los frailes y curas se alojaran en casas atendidas por alguna viuda o soltera generalmente mayor. La castidad del clero, aunque en teoría era obligada, en la práctica era una cuestión bastante libre. Aunque no era el caso, tampoco hubiera supuesto un acontecimiento inusual el que un miembro de la iglesia yaciese o incluso conviviese a todos los efectos con una mujer.

Ya solos, con los rescoldos de los troncos en la chimenea como única luz, Martín abrazó por la espalda a una Hana que permanecía absorta sentada mirando el fuego.

—¿Qué piensas? — le susurró al oído.

Hana se dio la vuelta y Martín vio con estupor que estaba llorando.

—Pienso que por fin tengo una familia —y dejó que el llanto saliera libremente mientras apoyaba su cabeza en el pecho de Martín.

XLI

MARTÍN colocó unos cuantos lazos en sitios estratégicos tal y como había aprendido junto a Leandro. En un par de semanas había conseguido cazar casi veinte conejos y un par de liebres con este sistema. Luego, decidió hacer despena. Para ello, fue junto con Alvar y Espolones a cazar el jabalí. Llevaban uno de los caballos de Martín para poder acarrear las presas en caso de que cayeran. Necesitaban cazar una pieza grande para realizar lo que se llamaba matanza. El día no se pudo dar mejor. Al poco de salir, descubrieron las huellas de unos cuantos corzos. No era jabalí, pero no era una carne para desdeñar, así que decidieron seguir las huellas. Tras un par de horas de rastreo, al fin vieron la manada. Un enorme macho, custodiaba su harén de más de una docena de hembras. Unos ejemplares jóvenes, completaban el grupo.

—Te apuesto un odre de aguamiel a que mato yo al primer corzo —retó Alvar.

—¡Hecho! —aceptó Martín.

Alvar fue hacia la izquierda de la manada, mientras que Martín se desplazó a la derecha. Martín se apostó tras unas rocas y preparó su armamento. Una lanza apoyada a su lado, una honda, en la que no tenía la menor fe, las franciscas en su cinto, el arco en su mano y el carcaj con las flechas en bandolera.

Al poco de estar en aquella posición ocurrió lo que estaba esperando: la manada había detectado a Alvar y, escapando de él, se dirigían directamente a donde estaba apostado Martín.

Cogió una flecha y la colocó en el arco. Tensó la cuerda y apuntó de arriba hacia abajo escogiendo una de las hembras adultas. Un certero disparo se alojó en el pecho de la presa, que cayó inmediatamente al suelo. Cuando la manada se quiso dar cuenta de lo que había sucedido, Martín había vuelto a colocar una flecha en posición. La segunda saeta buscó otra hembra. La distancia y el que la manada hubiera corregido el rumbo, hizo que la flecha le alcanzara en el muslo trasero. La corza, coja, huyó.

—Gracias, amigo —exclamó Martín cuando llegaba Alvar hasta él que ya estaba sacando la flecha de la hembra abatida.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por servirme de ojeador. Haces tanto ruido por el monte que solo debes cazar presas sordas — le dijo riéndose.

—¡Canalla! Venga vamos a buscar a la otra corza —dijo Alvar mientras supuestamente enfadado le tiraba unas ramitas a Martín.

Después de poner el cuerpo del animal en el caballo, se pusieron de nuevo manos a la obra. El rastro de la corza herida era muy claro. La sangre que emanaba de la herida se veía nítidamente encima de las piedras. Martín estimó que en breve la alcanzarían. Había demasiada sangre en el suelo. Debería estar muy debilitada. Al

poco, la hallaron: estaba tumbada en un pequeño claro. Una certera flecha de Alvar, porque le dejó Martín, acabó con su vida. La subieron también a lomos del caballo y decidieron volver con sus dos presas.

De repente, Espolones se quedó quieto mientras gruñía muy quedamente. Martín conocía muy bien a su perro y sabía que algo o alguien se dirigía hacia su posición. Dijo a Alvar que se mantuviese en silencio. Ataron el caballo y se adelantaron un poco a ver de qué se trataba. Unos gruñidos broncos y un chasquido continuo de malezas les avisó de que iban al encuentro de un jabalí. Prepararon los arcos y poco a poco, para no delatar su presencia, se fueron acercando a donde el verraco hozaba ajeno a su presencia. Cuando lo tuvieron a tiro, tensaron los arcos. Era importante darle en un lugar vital, ya que se sabía de jabalíes que habían huido con dos o tres flechas clavadas y que habían sido cazados años después. Era un animal realmente fuerte y resistente. Además, herido podía tornarse muy peligroso. Los afilados colmillos no eran un arma a desdeñar.

Martín estaba apuntando cuando Alvar se le adelantó y lanzó una primera flecha. La flecha alcanzó al jabalí en el lomo pero demasiado trasera como para ser mortal. El animal, lanzó un grito y comenzó una veloz escapada con sus patas cortas pero potentes. Martín azuzó a Espolones para que lo rodeara. El mastín se lanzó a una veloz carrera por un lado del verraco. Pese al enorme tamaño del perro, el jabalí era por lo menos tres veces más pesado. Pese a ello, Espolones lanzó una valiente dentellada al jabalí. El cerdo salvaje varió el rumbo y regresó por donde había venido. Se dirigía directamente a donde Alvar y Martín estaban situados. Los hombres, al ir a la carrera detrás del perro y el jabalí, tuvieron que consumir un tiempo precioso en preparar los arcos. Martín se dio cuenta de que no llegaría a tiempo de armarlo. Sacó las franciscas y mientras Alvar gritaba colocando la flecha en el arco, lanzó una primera hacha. El hacha golpeó al animal en un lado del poderoso pecho. Le hizo una herida importante. El jabalí, al sentir el lacerante dolor, lejos de rendirse, aceleró la carrera en pos de aquellos seres que le atacaban. Una segunda hacha impactó directa entre los ojos del verraco que rodó sobre sí mismo para ir a caer muerto a los pies de un palidísimo Alvar que aún no había conseguido colocar la flecha en el arco.

—Tienes que volver a darme clases para aprender a tirar esas cosas —dijo con una sonrisa que expresaba el tremendo alivio que sentía tras una situación tan apurada.

—Ahora no le lances la flecha al jabalí, te la puedes clavar en un pie —rio Martín mientras le daba unos golpecitos en la espalda a su amigo.

Exultantes por la caza conseguida regresaron a la aldea. Allí, en medio de un gran revuelo, procedieron a preparar la matanza. Hana estaba entusiasmada; con las piezas cobradas tenían provisiones para una buena parte del invierno. Desollaron las presas colgándolas de unos postes. Después fueron troceándolas poco a poco. Hicieron dos montones, uno para cada una de las dos familias. Guiomar no estaba menos

entusiasmada que Hana. Alvar no era tan buen cazador por sí mismo, y nunca tenían tanta cantidad de carne en casa. Salaron muchas piezas de carne y las ahumaron para después colgarlas y dejarlas secar. Serían las cecinas. Para este preparado utilizaron los cuartos traseros y la carne de la cadera. Los lomos los dejarían reposar un par de días enteros. Para ello los frotaron bien con orégano, ajo, romero y té de monte bien picado. Al cabo de unos días de reposo de la carne, trocearían en medallones los lomos y los freirían en manteca. Una vez recibido un golpe de fritura, los introducirían en una vasija de barro u orza, y los cubrirían con manteca. Así se conservaban perfectamente durante semanas. Cuando desearan consumir una pieza de carne, solo tenían que sacarla, calentarla y servirla.

Se prepararon los hígados y los riñones. Las vísceras no se podían conservar, así que era lo primero que se consumía. Los dejaron hacerse al amor de las brasas. Al poco de ponerlos, el aroma que desprendían ya les hacía salivar a todos. Munia y Leandro aparecieron como por arte de magia con una enorme hogaza de pan amasada esa misma noche. Todos juntos disfrutaron de un maravilloso almuerzo. Martín preparó además un pequeño filete del jabalí. Se lo ofreció a Hana que nunca había probado el cerdo. Al ser musulmana lo tenía prohibido por su religión.

Hana dudó unos instantes. El comer cerdo era un pecado según el Corán. Pero ahora estaba entre cristianos. Debía amoldarse a sus costumbres, a sus creencias, a sus hábitos alimenticios. El Islam la había convertido en esclava; pero ahora era libre. Y dentro de esa libertad estaba el escoger qué quería hacer con su vida. Con determinación cogió el pedazo de carne que le ofrecía Martín y se lo llevó a la boca. Al principio sintió un poco de repulsión simplemente porque su cabeza le decía que esa carne era pecado. Poco a poco el intenso sabor de los jugos del filete empapó su boca y descubrió con deleite que era un bocado exquisito. Sonrió a Martín y le pidió un poco más. Fue una experiencia maravillosa.

Dedicaron el otoño a la construcción de dos habitaciones más. Martín, ayudado por Alvar, trabajó duro para ello. El tener a Hana allí, a su lado, se le antojaba un lujo. Hana estaba radiante. Su felicidad era tan palpable que todo el mundo la cogió cariño. Al principio surgieron los típicos comentarios de una aldea con pocos vecinos y menos novedades aún. Además, el que fuese extranjera añadía morbo al asunto. Poco a poco, a medida que fueron conociéndola, la fueron aceptando. Su alegría contagiosa hacía que la gente le abriera su corazón.

Las mujeres de la aldea, al llegar los primeros fríos, la ayudaron a confeccionar ropajes adecuados para el largo y duro invierno que le esperaba. Hana, pese a carecer de cualquier tipo de experiencia en lo concerniente a los trabajos de confección y del curtido de las pieles, se aplicó a la labor con entusiasmo.

Un día especialmente emocionante fue cuando cayeron las primeras nieves de la estación blanca. El día había amanecido gris plomizo. El frío era intenso y fue bajando la temperatura a medida que avanzaban las horas. Y entonces, de repente, la temperatura ascendió. El penetrante frío dio paso a unos primeros copos aislados.

—¡Hana! —gritó Martín desde el exterior—. ¡Sal, está empezando a nevar!

Parecía mentira. Él, que había vivido media vida entre las nieves, aún se emocionaba cuando los primeros copos empezaban a culebrear mecidos por el viento. Siempre había pensado que la nieve sacaba a relucir el lado infantil que todas las personas tienen. ¿Quién era capaz de estar bajo una nevada y no hacer una bola para tirársela a un amigo?

En estos pensamientos estaba, cuando Hana salió de la casa. Al instante, su cara reflejó lo que pasaba por su mente. Era una mezcla de sorpresa, ilusión y emoción. Miró a Martín como pidiendo una explicación ante aquello que estaba pasando.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo Martín acercándose a ella.

—Nunca había visto nevar. Bueno, en realidad, nunca he visto ni tocado la nieve. Tan solo en los montes a lo lejos. Es algo...

Se había quedado sin palabras. Estiró los brazos y se puso mirando hacia el cielo, poniéndose a favor del viento para que los copos le cayesen mansamente sobre la cara. Martín nunca la había visto tan bella. Con los ojos cerrados y una sonrisa dibujada en su preciosa cara, dejaba que la nieve se posara en ella. Su rubia melena ya guardaba algún copo entre sus rizos. Ella, impasible, respiraba plácidamente.

Martín se acercó a ella sin poder dejar de admirarla. Era perfecta, era todo lo que un hombre podía desear y lo mejor de todo, era suya. Cuando estuvo delante de ella, sin decir nada, cogió su barbilla con la mano y posó sus labios sobre los de Hana, dulce, suavemente. Era un momento mágico, perfecto. Hana le devolvió el beso, tierno, lento. Abrió los ojos y en su mirada solo había gozo. Martín la deseó allí mismo. Nunca había sentido nada igual por nadie. Ella, como leyendo su mente, se subió a horcajadas sobre él y le dijo al oído muy suavemente mientras le mordía el lóbulo de la oreja.

—Llévame adentro.

XLII

PASÓ el invierno y llegó el año 714. En primavera, las fuerzas musulmanas se pusieron en marcha. La idea era conquistar más territorios en la Península. Con esto debilitarían aún más la poca resistencia que encontraban por parte de los núcleos visigodos aún existentes.

Se inició, pues, una dura campaña al frente de la cual estaban juntos Tarik Ibn Ziyad, general que había derrotado a Don Rodrigo en la batalla del río Lete, y Muza Ibn Nusayr, valí de Ifriqiya. La rivalidad entre ambos era enconada. Tomaron Medinaceli, Zaragoza, Huesca, Lérida y llegaron a Tarragona. Allí pactaron con Akhila, el hijo de Witiza que pretendía el trono y con Olmundo y Ardabasto, hermanos de Akhila. Les propusieron realizar un viaje para conocer al califa de Damasco Ualid I. También les acompañarían Tariq y Muza, ya que era requerida su presencia en la corte para que informasen de sus conquistas. Antes de irse, tomaron Amaya y Astorga, ciudades que no se resistieron por haber sido arrasadas en el 712 al negarse a ceder ante las fuerzas moras. Después sitiaron Lucus Asturum en Asturias.

La desbandada de los nobles visigodos que no quisieron permanecer bajo dominio musulmán fue total. La mayoría huyeron cruzando los Pirineos y unos pocos se dirigieron a las montañas astur-leonesas para ocultarse en ellas.

Entre los que eligieron este camino, se encontraba un viejo conocido de Martín que llegó a la aldea casi comenzando el verano. En realidad era un grupo de dieciséis hombres que llegaron cruzando los puertos del sur del valle.

—¡Martín! —gritó alegremente demostrando sorpresa uno de los recién llegados.

Martín miró fijamente al hombre que desde la distancia le había reconocido. El Tuerto no había cambiado nada. Estaba igual de fuerte y de recio. Se había presentado en la aldea proveniente de la ciudad de Astorga. Huía de la misma, tras haber sido tomada por los moros.

—Te creía muerto en aquella inmundada batalla —dijo mientras se acercaba y se daban un gran abrazo.

—Casi lo consiguieron —contestó Martín contento de que tampoco hubiese caído su superior que con tanta paciencia le trató en esa época negra que vivió Martín.

—Menuda coincidencia.

—¿Cómo es que estáis por aquí? No es un sitio de paso para ningún camino en particular.

—Por eso venimos. No esperamos que nos busquen por estas montañas. Los moros han tomado Astorga. Hemos salido por piernas. La gente de esa ciudad no ha querido luchar.

—¿Sabes lo que les hicieron los bereberes hace solo dos años? —preguntó Martín.

—Sí —dijo apesadumbrado El Tuerto—, tomaron por la fuerza la ciudad y la saquearon pasando a cuchillo a los varones y violando a las mujeres de cualquier edad y condición.

—No es de extrañar la rendición de ahora.

—No, además prácticamente aún no hay hombres que la defiendan —corroboró El Tuerto.

—¿Y a dónde os dirigís?

—Vamos a Bres para ver a Pelayo.

Al oír el nombre de Pelayo, a Martín se le agrandó el corazón. Se había salvado su amigo y compañero Pelayo.

—No sabía que se había salvado y mucho menos que hubiese vuelto a sus tierras asturianas —dijo emocionado.

—Sí. Y desde ahí está apoyando alguna que otra revuelta. Lo que pasa es que está muy solo. Por eso hemos decidido ir con él. Necesita todas las fuerzas posibles para luchar contra el invasor. Los moros están en Lucus Asturum, y mantienen sitiada la ciudad.

—¿Ya están tan cerca? —Martín creía que los moros desdeñarían tomar el norte de la Península; pero al parecer no era así.

—Sí, Martín. Es solo cuestión de tiempo que las primeras patrullas bereber lleguen a estos valles. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Seguro que nos vendría bien tu experiencia.

Martín miró a El Tuerto. Volver a la guerra. No. Aquella época había pasado. De hecho ahora era otro Martín. El Tuerto conoció a un asesino, ahora era un sanador.

—No. Ahora vivo aquí cuidando de mis vecinos. Soy médico.

—En la guerra, desgraciadamente, hacen falta también muchos médicos —intentó convencerle El Tuerto.

Martín sabía que tenía razón. Pero no podía dejar a Hana sola. La necesitaba para vivir. Negó con la cabeza. Estaba seguro de que no podría irse y dejarla sola, sin protección.

El Tuerto no insistió más y cambió de tema.

—¿Sabes que han dejado la Península Muza y Tarik?

—No, aquí las noticias llegan muy tarde.

—Pues bien, por lo visto han sido llamados a la corte del califa de Damasco. El muy déspota se hace llamar soberano de Spania. ¿Te lo puedes creer?

Martín tomaba conciencia de cómo estaban las cosas. Un califa, soberano de la Península. ¡Quién lo iba a decir! El Tuerto prosiguió:

—Además, se van con ellos los malnacidos hijos de Witiza: Akhila, Olmundo y Ardabasto —tras decir sus nombres, El Tuerto escupió al suelo— han entregado la provincia de la Tarraconense a cambio de poder y terrenos propios. Todo eso les ha prometido el tal Ualid I, el califa ese de Damasco —concluyó con mayor desprecio.

—Y si se van todos. ¿Quién se queda como gobernante?

—El hijo de Muza, Abd-Al-Aziz. Le han nombrado valí de Al-Andalus.

Al oír el nombre del valí, a Martín le asaltaron viejos recuerdos. El hombre al que le había arrebatado con una artimaña a Hana, era ahora el más poderoso de toda la Península.

—¿Él dirige el ataque a Lucus?

—No. Lo hace un general bereber. Un tal Munuza.

—¿Y cuál crees que será su objetivo si toma Lucus?

—Seguramente se dirigirá a Gegio. Se dice que en esa ciudad establecerá una especie de cuartel general para toda la zona. Sería un paso decisivo. Si logran posicionarse en lugares estratégicos, podrán iniciar una serie de pequeñas conquistas de todo el territorio. Tendrían el abastecimiento asegurado.

Eso era cierto. Estando acuartelados no muy lejos de las zonas que pretendieran conquistar, siempre tendrían hombres de refresco para sus célebres razias. Podrían ir tomando pueblo por pueblo y no encontrarían resistencia. Y si algún pueblo presentaba resistencia, los moros estarían apoyados por una fuerza superior acuartelada.

—Deberías venir con nosotros aunque solo sea para ver a Pelayo y elaborar juntos una estrategia. Debemos estar unidos en este trance. La división de los godos ha sido la principal causa del desastre en el que nos encontramos —insistió El Tuerto.

—Déjame pensarlo. Pasareis la noche aquí ¿verdad?

—Sí. No quiero aventurarme por terreno abrupto y desconocido anocheciendo.

—Bien, mañana os contestaré —replicó un Martín pensativo quien tras volverse a abrazar a El Tuerto, se dirigió a su casa.

Era una situación preocupante. Decidió hablarlo con Hana y pedir su opinión. A fin de cuentas también le concernía a ella.

Cuando llegó, la casa olía de manera exquisita. Hana se había revelado como una gran cocinera. Le recibió como siempre con un apasionado beso. En seguida notó que Martín barruntaba algo.

—¿Ha pasado algo, Martín?

Martín le refirió la llegada de El Tuerto y las preocupantes noticias acerca del avance musulmán. Al contarle quien había sido designado valí, Hana se estremeció y se llevó las manos a la cara.

—Pero aquí estaremos a salvo ¿no? —preguntó preocupada.

—Eso nadie lo sabe. En realidad si llegan hasta Gegio, estaremos prácticamente rodeados. Dependerá de su afán de conquista.

—¿Cómo podremos estar seguros entonces?

—No lo sé Hana, no lo sé. Quizás debiera hablar con Pelayo a ver realmente cuáles son nuestras opciones.

—¿Irte a la guerra? —preguntó Hana verdaderamente asustada.

—No, tan solo ir a hablar con Pelayo. Parece ser que es la cabeza visible de lo que queda del anterior gobierno —respondió Martín tranquilizándola.

—¿Crees que es necesario?

—Sí. Soy el único de esta aldea y de las aldeas de los alrededores que puede hacerse una idea de lo que está pasando al otro lado de las montañas. Creo que es mi deber informarme lo mejor posible de cómo están las cosas para poder decidir, si llega el caso, cómo debemos proceder.

—Solo prométeme una cosa —dijo Hana angustiada.

—Lo que sea.

—Que no participarás en las luchas.

Martín la besó en la frente y después mirando sus tristes ojos verdes le dijo:

—Te prometo que no pelearé si no es para defenderme.

Hana se abrazó a Martín. Lloraba de impotencia. ¿Por qué duraba tan poco la felicidad? Sospechaba que estaba embarazada, de hecho estaba casi segura; pero no quería decírselo ahora a Martín. Sería un lastre para él. Debía concentrarse en su misión y regresar lo antes posible.

—Ve a avisar a ese soldado que te espere mañana para ir con él —consiguió decir todo lo serena que pudo.

Se avecinaban grandes sucesos y Martín iba a ser uno de los protagonistas de ellos.

XLIII

LUCUS ASTÚRICA había caído. Encontraron un numeroso grupo de personas que huían de la vencida ciudad astur. El general musulmán Munuza se había impuesto y se dirigía a Gegio, en la costa. Allí iba a establecer el acuartelamiento principal de la zona.

El grupo de godos, entre los que se encontraba Martín, se dirigió directamente a Bres para contactar con don Pelayo. Pelayo era el señor de esas tierras por herencia. Ya su padre, Favila, lo fue en su día. A ellas fue a donde escaparon tras su muerte, debido al intenso hostigamiento del *dux* —luego rey— Witiza contra Doña Luz, la madre de Pelayo. La gente del lugar le tenía por un gran señor y lo trataban con deferencia y respeto. Su temple, siempre moderado, y su justo proceder corrían en boca de todos aquellos con quienes contactaron para llegar hasta él. Pelayo había ido a Tierra Santa durante el exilio autoimpuesto para escapar de Witiza. Allí, se había impregnado de un espíritu de defensa de la fe cristiana. Cuando volvió a la Península, para la entronización de Don Rodrigo, se trajo consigo todos esos valores.

Pelayo les recibió con alegría. Al igual que El Tuerto, daba por muerto a Martín. Se dieron un afectuoso abrazo y durante un buen rato estuvieron poniéndose al día de las vicisitudes por las que ambos habían pasado. Martín relató sus aventuras como médico en Córdoba y su posterior huida con Hana. Pelayo por su parte le contó lo que sucedió después de la perdida batalla del río Lete.

—Nos reorganizamos a duras penas. Los hombres tenían pavor a la batalla. Además no eran soldados, eran campesinos. Intentamos plantar cara en las proximidades de Ecija. Fue inútil. Su potencial militar era muy superior al nuestro. Los bereber, motivados por la primera victoria y sabiendo que estábamos descabezados sin nuestro rey, se lanzaron a un ataque frenético aullando como lobos. Nuestras líneas se desmoronaron. Los hombres estaban exhaustos por la huida y desmoralizados por completo. Fue una auténtica debacle. Creo que murieron más hombres de espaldas huyendo, que de frente luchando. Viendo la inutilidad de la defensa de Écija, me dirigí a uña de caballo hasta Toledo. Esperaba poder organizar un ejército. ¡Iluso de mí! —se lamentó—, los nobles estaban divididos entre las distintas facciones que aspiraban al poder ahora que el rey había caído. Y la facción preponderante era la de la familia de Witiza. En sus maquinaciones habían esperado que los moros se contentarían con vencer a Don Rodrigo y tras obtener un suculento botín, volverse a África. No se les ocurrió que los moros ya habían ganado todo. Ellos no podían ofrecerles nada que ya no tuvieran o pudieran obtener cuando quisieran.

—Viendo que la ciudad estaba perdida mucho antes de que llegaran las

avanzadillas moras —prosiguió ante la atenta mirada de Martín—, el obispo de la ciudad me entregó el tesoro de la catedral para que lo pusiera a buen recaudo. Entre este tesoro se encontraba un madero de la Santa Cruz. No se me ocurrió sitio mejor que mis montañas. Aquí, con mi gente, podría pelear de igual a igual, sin temor a que me plantaran en el campo de batalla, como hicieron con mi buen rey —dijo esto último con lágrimas en los ojos de pena y rabia.

Pelayo se había volcado con Don Rodrigo. Tras haberse conocido en Tuy y haber compartido desgracias por culpa de Witiza, se habían hermanado de singular manera. Sin duda, no conocía el hecho de la violación de Fraudina. Martín tenía una versión que Pelayo no conocía de los hechos que acontecieron. Se la contó Aziz, su amigo médico. Cuando el come Iulianis, gobernador de Ceuta, se enteró de la felonía que el rey había cometido con su hija, entró en negociaciones con los moros. Hasta entonces, Ceuta había sido una plaza inexpugnable. Bien fortificada por tierra, se abastecía con regularidad por mar, por lo que el bloqueo moro era inútil. Pero tras conocer la violación de la hija del conde, este recibió a una delegación árabe. Aziz estuvo entre los que entraron a la ciudad a pactar con el come.

El come Iulianis no solo les entregó la ciudad sino que les aconsejó en qué punto debían efectuar el desembarco en la Península. Después siguió dándoles instrucciones acerca del terreno que se iban a encontrar y, cómo no, de la traición que el rey sufriría durante la batalla. Todo estuvo de alguna manera maquinado por él. Era una manera de pagar la infamia del rey que a los visigodos les costaría muy cara.

Contaba Aziz que una tarde, mientras conversaban con el come, llegó un mensaje de Don Rodrigo. En él solicitaba le mandara halcones para la práctica de la cetrería. En la corte, eran famosos los halcones del norte de África. Iulianis, tras leer el mensaje, arrugó el pergamino diciendo con odio.

—Sí, mi rey, estaré encantado de enviarle a los halcones más implacables...

Sin duda se refería a los soldados bereber.

Del come Iulianis fue la idea también de hacer creer a los prisioneros visigodos de las primeras razias musulmanas que los bereber eran caníbales. Tan solo montaron un teatro para luego dejar que se escaparan los prisioneros y contaran lo que habían visto. Ciertamente habían hervido restos de cuerpos mutilados; pero nunca los habían comido.

Todas estas consideraciones que Martín conocía, no aportarían ahora nada si se aireaban. Pelayo necesitaba mantener intacta su fe en la lucha. Si se la minaba con la otra verdad, la que no conocía Pelayo, solo conseguiría abatirlo.

—¿Cuál es la estrategia que vamos a seguir? —preguntó Martín.

Pelayo suspiró. Parecía que ya había tomado una decisión, pero que no le gustaba.

—Debemos unirnos para ir a ver a Munuza y presentarle nuestros respetos.

—¿No habrá lucha?

—No. Estamos en franca desventaja. Ellos tienen fuerzas superiores y mejor preparadas que nosotros. Sería un suicidio. Debemos hablar con Munuza y después intentar establecer una convivencia pacífica. Solo si no queda más remedio tomaremos el camino de la guerra.

Martín sintió un sabor agridulce. Por un lado le alegraba el que no hubiese guerra, por otro no le atraía el tener a los moros tan cerca de su aldea. Aunque él conocía más que ninguno la vida en las ciudades moras, ya que había pasado muchos meses en Córdoba, ahora era distinto. Las circunstancias eran otras y también el carácter autónomo de las gentes de la montaña. Estaba seguro que si los musulmanes intentaban entrar en las montañas y establecer cualquier tipo de jerarquía, serían recibidos a flechazos.

En ese momento alguien entró en la estancia. Era la hermana de Pelayo, Adosinda. Cuando vio que Pelayo estaba con Martín, se disculpó e hizo ademán de retirarse. Pelayo la detuvo.

—Adosinda, espera. Quiero presentarte a un buen amigo que quizás sea el responsable de que hoy esté vivo —dijo Pelayo mientras le presentaba a Martín.

Adosinda hizo una graciosa reverencia. Era una mujer muy hermosa, de mirada franca y elegante. Sus grandes ojos eran de un intenso color avellana. Destilaban dulzura. Eran los mismos ojos que tenía su madre, doña Luz, cuando Martín la vio en Astorga hacía ya más de diez años. Sí, Adosinda era una mujer muy atractiva.

—Encantado, señora.

—Adosinda, debemos ir a ver al general bereber. Por favor dispón todo para el viaje. Iremos en breve a Gegio. He enviado mensajeros para que todas las casas de los clanes astures se unan a nosotros. Debemos mostrarnos unidos. Eso hará que Munuza nos respete y que no intente abusar de su situación. A pesar de su supremacía, no queremos que se sienta demasiado cómodo.

—Claro, hermano. Encantado, don Martín —se despidió educada mientras salía con esa elegancia natural que solo unas pocas mujeres poseen.

—Es una mujer bellísima, ¿verdad, Martín?

—Lo es, Pelayo.

—¡Qué pena que ya tengas pareja! Sería divertido tenerte como cuñado —apostilló bromista Pelayo.

Martín sonrió. Ahora que la nombraba, deseaba estar cuanto antes de vuelta con Hana. Pero no, debía acudir a ver a Munuza junto con los nobles de los clanes astures. Aunque su valle fuese una nimiedad, toda aportación era poca. Además, seguro que Munuza no sabía ni que existía, con lo cual mucho menos sabría de su importancia.

Por otro lado, sentía curiosidad por ver a ese general. Siempre es mejor conocer a tu enemigo. Él, como explorador que lo fue, lo sabía mejor que nadie.

Partieron a los dos días. Por el camino se juntaron con varias embajadas de otros clanes astures: los saelinos, los penios, los pélicos... Pelayo era el cabecilla de los luggones. Estos clanes tenían un origen común, aunque no eran infrecuentes las disputas entre ellos.

Al fin llegaron a Gegio. Era una ciudad situada al borde del mar Cantábrico. Ya en tiempos de los romanos fue utilizada como importante puerto y fortificación. Al entrar en la ciudad, un armado grupo de bereberes salió a su encuentro para acompañar a los nobles como escolta. Munuza les esperaba sobre un espléndido caballo árabe.

Era un hombre distinguido y orgulloso. Destilaba gallardía y seguridad en sí mismo. Al mismo tiempo, en su mirada, Martín percibió una inteligencia natural. Observaba todo y a todos con detenimiento. Aunque hablaba con un fuerte acento, su romance era rico en palabras y expresiones. Sus hombres le manifestaban un respeto que podía interpretarse como miedo.

Tras las presentaciones, Munuza en su posición claramente dominante de la situación, exigió obediencia. Los jefes de los clanes se la ofrecieron, siempre y cuando se respetase la organización social establecida. Era evidente que algo cambiaría, a fin de cuentas estaban sometidos a un nuevo poder; pero dado que los musulmanes no podían controlar todos los focos que les saldrían si se ponían en una posición demasiado violenta y exigente, tampoco les interesaba que el pueblo que dominaban se rebelara. Las concesiones por parte de Munuza fueron amplias y fáciles de cumplir para los clanes. Solo pidió una cosa, que aunque era de normal cumplimiento casi siempre que se pasaba a dominar un territorio, no dejaba por ello de resultar dolorosa. Fue el tema de los rehenes.

Desde muy antiguo, cuando un pueblo dominaba a otro y este se sometía al primero, como muestra de que no se iban a rebelar, se acordaba elegir a algunos notables como rehenes. Estos rehenes, eran trasladados a las ciudades más importantes del pueblo dominante. En el caso de Spania, Munuza informó que los rehenes serían llevados a Córdoba. Por supuesto, la vida de los rehenes estaba garantizada y solía ser cómoda siempre que no hubiera revueltas protagonizadas por el pueblo que los enviaba.

La noticia, no por no esperada, llegó como un mazazo. Mientras los nobles parlamentaban, Munuza se fijó en Adosinda, la hermana de Pelayo. Se dirigió a ella y comenzaron a hablar. Pelayo intervino al poco separando discretamente a Adosinda del general bereber.

Además de los rehenes, Munuza exigió que cada poco tiempo se reuniesen los nobles. En esta propuesta, Martín vio que Munuza pretendía tener cerca a sus potenciales enemigos. Cuanto más les tratara, más les conocería en caso de tener que combatir algún día. Era un hombre astuto. Sin más, despidió a las embajadas para que estudiaran sus propuestas. Se dirigió a Adosinda y, cortésmente, le besó la mano. Hecho que no le pasó inadvertido a Pelayo ni a Martín.

—Se la come con los ojos —dijo un exasperado Pelayo.

Martín asintió discretamente. Conocía esa mirada. La última vez que la vio estaba posada en Hana y se la lanzaba el ahora valí de Al-Andalus.

Al día siguiente, se presentaron los nobles ante Munuza con una lista de los que serían rehenes en Córdoba. Entre ellos estaban muchos hijos y nietos de los jefes de los clanes. Además habían añadido a algún cabecilla local. Martín, por supuesto, no planteó a nadie. Enviar un rehén de su aldea, era jugarse una guerra. Las gentes de los valles no entenderían ese tipo de acuerdos.

Munuza aprobó la lista y se despidió de las embajadas, emplazándolas a volver en breve. Especial interés tuvo en que volviese Pelayo con su hermana.

Martín, casi podía oír el rechinar de los dientes de Pelayo cuando escuchó decírselo a Munuza.

XLIV

CUATRO años. Nunho iba a cumplir cuatro años. Era un verdadero trasto. Menos mal que tenía las verdes praderas para desfogarse. Al anochecer, llegaba rendido a la cama. Estaba creciendo sano y fuerte siempre bajo la atenta mirada de Hana que era una madre abnegada y ejemplar. El niño hablaba árabe y romance y pronto aprendería a leer. Tenía todo un arsenal de profesores a su alrededor. Su abuelo, Leandro, le enseñaba pacientemente un montón de cosas de las materias más diversas. Fomentaba su innata curiosidad. El niño ya sabía distinguir algunas hierbas de la montaña, las más conocidas. Munia, su abuela cuidadora, como él la llamaba, le llevaba con ella a veces a ordeñar las cabras y le enseñaba a hacer pan. Al niño le encantaba jugar con las masas. Hacían juntos también bollos que después de cocidos llevaba orgulloso a enseñárselo a sus padres. Martín le enseñaba a moverse por el monte, a saber apoyar los pies en las paredes de las montañas, ahora pequeñas rocas de poco más que su tamaño, y a escoger los asideros para las manos en pequeñas y divertidas escaladas. Y Hana le enseñaba árabe y reglas de cortesía. Una vez cada semana, generalmente los domingos, durante la comida jugaban a comportarse como caballeros en la corte. Así le enseñaban cómo se debían utilizar las normas de protocolo y, siempre jugando para que al niño no le resultara pesado, hacían como que eran invitados por algún personaje importante a comer. En esos momentos, Nunho debía portarse muy bien y comer respetando las normas de educación en la mesa.

A pesar de que lo habían buscado, Hana no se quedaba de nuevo embarazada. Para Martín casi era un alivio. Hana lo pasó muy mal en el parto de Nunho. El niño era muy grande y la natural dificultad que entraña el parto en una primeriza, se vio complicada por el tamaño del bebé. Le costó casi un día completo parir. Parecía no querer salir esa fresca mañana de mayo. Cuando por fin dio a luz, el bebé berreó como un poseso. Estaba enojado con el mundo que le hacía salir a ese ambiente frío y hostil. Martín lo cogió como si fuese de cristal, con las lágrimas a flor de piel. Hana, exhausta, no quería casi ni verlo. Solo quería descansar. Martín se lo posó tiernamente encima de ella y enseguida Munia, práctica como siempre, se lo quitó y a cambio le dio un caldo de gallina para que recuperara fuerzas. Además, durante casi toda la siguiente semana, le preparó a Hana contundentes comidas para que la leche que le daba al niño al amamantar fuera rica y nutritiva. Hana se dejaba querer; las mujeres del harén, aunque instruidas en mil materias distintas, no estaban familiarizadas con los partos. Ciertamente algunas se quedaban en estado, pero no eran las compañeras las que se ocupaban de los nacimientos. En la montaña era distinto. Las mujeres desde bien temprana edad se acostumbraban a cuidar unas de otras. Aunque siempre había una comadrona que se encargaba de los partos, lo

normal era que llegado el caso, cualquiera de ellas pudiese hacer de oficiante, ya que asistían como ayudantes a los alumbramientos desde que eran jóvenes.

Martín acudía con cierta frecuencia a Gegio con Pelayo y Adosinda a reunirse con Munuza. Pelayo, siempre combativo, no renunciaba a la lucha contra el moro. Aprovechaba cualquier encuentro entre sus iguales en otros clanes para preparar revueltas o estorbar el crecimiento del poder moro en la zona. Munuza había destacado colonos bereberes en el Bierzo, en Lugo y en Orense. Su estrategia consistía en integrar, cada vez en mayor medida, a la población nativa con los colonos del Norte de África. Los enfrentamientos y el mal ambiente eran palpables en muchos puntos y Pelayo pretendía que no se apagara este malestar y la gente no se conformara con el nuevo poder establecido.

Martín se enteró por un mensajero que tras el último encuentro de Pelayo con Munuza, Pelayo había partido hacia Córdoba. Por lo visto, uno de los rehenes del clan de los luggones había tenido problemas en la capital de Al-Andalus. Se requería inmediatamente la presencia del jefe del clan para juzgar al hombre que estaba retenido en Córdoba. Pelayo, siempre fiel a su pueblo, no lo dudó un solo instante. Partió inmediatamente acompañado de seis de sus hombres dejando a su hermana Adosinda a la cabeza de su territorio.

Pasaron tres meses sin que se tuvieran noticias directas de Pelayo. Por lo visto, Pelayo debía permanecer en Córdoba para servir como aval de que no iba a escapar el prisionero antes del juicio. Juicio que se demoraba inexplicablemente.

Adosinda envió un mensajero a Martín. Le pedía por favor que la acompañara a la reunión que debía mantener con Munuza. Martín se lo comentó a Hana y esta quiso ir con ellos también. Ya había ido en otras dos ocasiones a Gegio, y le gustaba visitar el mercado y el puerto de la ciudad. Además se llevaba muy bien con Adosinda y le pareció que en esta ocasión que no estaba Pelayo, le podía servir de apoyo.

Dejaron a Nunho con su abuelo y con Munia y partieron a Bres, en donde Adosinda les esperaba. Hana disfrutaba con los paisajes. Aprovechaban para visitar rincones escondidos en la montaña. Pequeñas cascadas, abruptos barrancos, neveros que permanecían con nieve durante todo el año... Era como unas pequeñas vacaciones. Al fin llegaron a la casa de Adosinda, la cual les recibió con gran alegría al ver a su amiga acompañando a Martín.

Partieron a la mañana siguiente hacia Gegio. Adosinda estaba un tanto nerviosa. El manifiesto interés que ya desde el primer momento manifestara Munuza por ella, había ido incrementándose a medida que se habían visto en más ocasiones. No es que le desagradara Munuza, un hombre atento y educado por lo menos en su presencia; había algo, no obstante, en su forma de ser que le coartaba. No sabía explicarlo. Era algo intangible, solo una sensación.

Cuando llegaron ante él, pareció sorprendido porque Pelayo no hubiese retornado aún de Córdoba. A Martín, esa sorpresa le hizo sospechar. Era casi imposible que un hombre como Munuza no estuviese en contacto directo con Córdoba. Munuza

anunció que enviaría inmediatamente un mensajero a Córdoba para que le informara de lo que estaba pasando. Era un largo viaje. A pesar de que utilizaban las vías romanas que cruzaban la Península, el mensajero se podía demorar fácilmente veinte días entre ida y vuelta.

Munuza les ofreció su hospitalidad durante ese periodo, es más, insistió en que se quedaran. Parecía sincero en su ofrecimiento. Martín y Hana no podían quedarse tanto tiempo, Hana echaba de menos a Nunho. Adosinda lo entendió y les liberó para que no se sintieran obligados a esperar tanto tiempo las noticias que llegaran de Córdoba. Martín entonces tuvo una idea: se acercaría él a la aldea y cogería a Nunho. Iría y volvería en menos de una semana. Además le apetecía que Nunho viera el mar y una ciudad. Sería su primer viaje. Hana les esperaría haciendo compañía a Adosinda.

Martín partió. Munuza no puso ninguna objeción. Para él, Martín y Hana eran dos godos menores que no representaban ningún problema.

Cuando llegó a la aldea y le propuso al niño el viaje, este quedó encantado con la propuesta. Al día siguiente de su llegada a la aldea, ya partía con el niño camino a Gegio. Acomodó al pequeño en un caballo asturcón de mucha edad. Nunho ya lo había montado en otras ocasiones y no tenía miedo. El caballo de Nunho era lento, pero sabía pisar seguro en los pasos difíciles y además no se espantaba ni tenía las naturales alegrías de los ejemplares más jóvenes. El viaje fue una delicia. El niño disfrutó muchísimo y no paraba de preguntarle cosas a Martín. Al fin llegaron a Gegio. Cuando les vio Hana, salió corriendo hacia ellos y se abrazó al pequeño. Después de los primeros cien o doscientos besos y achuchones que le propinó se dirigió a Martín con semblante serio.

—Martín, ha ocurrido algo muy grave.

Al ver la profunda preocupación que reinaba en el semblante de Hana, Martín se la llevó a un aparte.

—Cuéntame.

—Hace dos días nos disponíamos a salir a dar un paseo por la ciudad Adosinda y yo. Munuza se empeñó en acompañarnos. No le quita ojo a Adosinda. Entonces se acercó un soldado y le dijo en árabe que había llegado un mensajero de Córdoba. Yo hice como que no me había enterado. Munuza cree que soy goda por mi tez clara y pelo rubio. Nunca ha visto en mí a una musulmana. Quizás por eso se confió y se acercó a recibir al mensajero no demasiado lejos de donde Adosinda y yo le esperamos. Lo oí todo. Le comentó el mensajero que Pelayo seguía en Córdoba y que cada vez estaba más nervioso por la demora. Munuza le dijo al mensajero que esperara mientras le escribía una misiva al valí de Al-Andalus. Me hice la tonta y me acerqué, siempre hablando con Adosinda, a donde Munuza escribía. Cuando ya tenía la carta casi terminada, comenté algo acerca de lo raro que escribían los árabes, de derecha a izquierda mientras me fijaba en el texto que había escrito. Él me miró con cara de pocos amigos en un primer momento. No esperaba verme ahí tan cerca de

donde estaba escribiendo. Se debió dar cuenta de la dureza de su expresión porque inmediatamente cambió el gesto y riéndose de forma un tanto obsequiosa hizo un chiste acerca de que los raros éramos nosotros, que escribíamos al revés. Yo me acerqué aún más al texto diciendo cosas ambiguas acerca de que era algo ilegible y que no parecían letras. Él, convencido de que para mí no eran más que garabatos, me dejó hacer.

—Te has expuesto mucho, pero dime ¿qué es lo que ponía? —preguntó un Martín impresionado por la audacia de su mujer y a la vez intrigado por el contenido del mensaje.

—Decía que debían mantener a Pelayo en Córdoba por lo menos medio año más. En ese tiempo él crearía un engaño por el cual un mensajero procedente de Córdoba entregaría un mensaje a Adosinda. En ese mensaje, enviado supuestamente por Pelayo, le haría saber a Adosinda, que tan solo una unión entre Munuza y ella salvaría la coalición que existía en ese momento. Los delitos del rehén que habían motivado la presencia de Pelayo en Córdoba eran de tal magnitud que se habían enfrentado las dos partes. Únicamente los esponsales de Adosinda con Munuza suavizarían la situación. Eran la única opción si no quería que juzgaran también a Pelayo como jefe del clan. Por medio de estos esponsales, Munuza conseguiría emparentarse con Pelayo y acabar así con la animadversión de los clanes astures, de los que Pelayo era una de las cabezas visibles.

—¿Me estás diciendo que Munuza pretende casarse con Adosinda mediante engaños? —inquirió un consternado Martín.

—Eso mismo. Así consigue dos cosas: suavizar la posición de Pelayo y con ella de los clanes astures, y además poseer a Adosinda, a la que desea con locura por la manera como la mira.

—Debemos mandar aviso de inmediato a Pelayo.

Hana se quedó mirando a Martín. Sabía que Martín iba a decir eso.

—Hay una cosa más —dijo Hana con un aire fúnebre.

—Dime.

—Munuza también escribió que enviará instrucciones si hacía falta que Pelayo muriese en Córdoba o en el camino de vuelta.

Martín se mesó los cabellos. Era una conspiración en toda regla. Por un hábil juego político, Munuza iba a adueñarse de un territorio que, aunque de momento aplacado, todos entendían podía ser hostil en breve. No le cabía duda de que era muy capaz de ordenar la muerte de Pelayo si eso le convenía, y a decir verdad, sería lo más sensato que haría. Pelayo era un mal enemigo.

—Hana, debo ir yo a Córdoba a por Pelayo —exclamó Martín sabiendo que ella también habría llegado a la misma conclusión.

—Lo sé, Martín. Es lo que más me preocupaba al decírtelo. Sabía que al final tendrías que ir tú. Conoces la ciudad y tienes amigos en ella —afirmó con la voz algo quebrada.

Ambos eran conscientes del peligro que entrañaba la misión. Debía volver a la ciudad que ya le vio escapar en una ocasión. Llegar hasta Pelayo, que a todos los efectos era prácticamente un prisionero aunque aún no lo supiera, y ayudarle a escapar. Luego, juntos, debían volver cruzando media Spania. Todo el camino lo realizarían atravesando posiciones ocupadas por los moros. Y al final, llegar hasta Gegio y enfrentarse a Munuza para rescatar a Adosinda.

—Yo me quedaré con Adosinda —se ofreció Hana—. Quizás pueda enterarme de algo más. Munuza no tiene ni idea de mi origen y no desconfía de la que él cree una estúpida mujer montañesa sin instrucción.

—¿Y Nunho?

—Déjalo conmigo. Sería en extremo sospechoso que nada más llegar te lo volviesses a llevar.

—¿Estás segura? —dijo Martín preocupado.

—Siento que debo hacerlo. Toda mi vida he estado a remolque de las circunstancias. Debo hacer algo por los que ahora son mis amigos. Me he sentido más viva y más importante esta última semana que en toda mi vida. Adosinda y Pelayo nos necesitan a los dos.

Martín se sintió orgulloso y a la vez preocupado. Entendía la postura de Hana; pero temía por ella. Hana, como si le leyese el pensamiento le dijo aún:

—¿Tú dejarías de ir a buscar a Pelayo solo porque yo tuviese miedo por ti?

XLV

MARTÍN llegó días después a Córdoba cayendo la tarde. Aún no tenía un plan definido. Debía encontrara a Pelayo y avisarle de las intenciones de Munuza para con Adosinda. Ciertamente se estaban dando muchos casos de esponsales entre árabes bien posicionados y damas de la alta sociedad visigótica. Así se limaban asperezas entre ambos pueblos. Sin ir más lejos, Egilona, viuda de Don Rodrigo, se había casado con Abdul Aziz, valí de Al-Andalus, que a todos los efectos era el gobernador de Spania.

Buscó una posada en donde pernoctar. Recordaba una situada en las cercanías de la que fuera su casa, hacía ya varios años. Se preguntó qué sería de su amigo Aziz. Habían perdido el contacto tras su huida de Córdoba con Hana. Supuso que estaría bien. Era de la alta sociedad árabe y estaba muy bien considerado por los nobles visigodos. Era un gran médico en una época en la que eso era un bien escaso. En cierta forma, Martín añoraba esa medicina de las ciudades. Seguía oficiando como sanador en las montañas; pero no era lo mismo. En las ciudades, sobre todo en una tan concurrida como Córdoba, había una gran diversidad de enfermedades; resultaba mucho más ameno e interesante, planteaba más retos. Algunos casos los estudiaba con verdadero afán. Tomaba notas de los síntomas y luego se iba a estudiar a la biblioteca. Era algo apasionante. La alegría de descubrir qué rara enfermedad portaba una persona era algo fascinante.

Con estos pensamientos llegó a la posada. No conoció a nadie, ni nadie le conoció a él. Pidió una habitación, dejó el caballo en los establos y cenó con verdadero apetito un estupendo pato asado. Se acostó y se durmió casi al instante.

El día siguiente amaneció despejado y claro. Daba toda la impresión de que los impresionantes rigores del calor estival en ese año del 718 se iban a sentir de forma notoria. Córdoba, lo sabía Martín por experiencia, era una ciudad en la que el calor del verano podía resultar asfixiante.

Desayunó, pagó y salió de la posada. No quería quedarse a dormir en la ciudad otra noche. Prefería dar el recado y partir de inmediato de vuelta a casa. Pelayo, le constaba, haría eso mismo. El amor que profesaba por su hermana le haría volver lo antes posible.

Se dirigió a casa de Aziz. Como era pronto, sabía que lo encontraría aún en ella, si es que aún vivía en la misma vivienda. Llamó a la puerta y un esclavo le hizo esperar en el patio. Cuando apareció Aziz, le miró no acabando de creerse que tenía a su amigo Martín delante. Se dieron un gran abrazo y se pusieron al día de sus respectivas historias. Al final, Martín le contó la razón de su presencia en Córdoba.

—El valí tiene una gran casa a las afueras de la ciudad en la que mantiene a gran número de... hospedados —le contó Aziz no queriendo utilizar la palabra rehenes.

—Debo acercarme a ella. ¿Se puede visitar a los allí alojados?

—Un médico, sí. Por supuesto con algo de ayuda por parte de unas monedas puestas en las manos debidas.

—Vayamos sin demora.

Se dirigieron a una enorme casa. Parecía que en su día pudiera haber albergado ganado. Unas enormes naves nacían del cuerpo principal de la casa. Estaba bien arreglada y a la puerta tres guardias custodiaban la entrada. Aziz se dirigió a uno de ellos, el de más alto rango. Le puso disimuladamente un saquito de monedas en la mano y miró en dirección a Martín. Acto seguido alzó la mano llamándole. Entraron sin problemas. En el interior se encontraron con gran cantidad de cristianos. Preguntaron a uno bajito y robusto acerca del paradero de Don Pelayo. Se encogió de hombros y siguió su camino. Parecía como si tuviese algo que hacer allí dentro que no había nada.

Tras varios intentos, al fin, un hombre con los ojos más azules que Martín hubiese visto en su vida, les indicó por donde le podían encontrar. En efecto, Pelayo se encontraba en donde el hombre les había dicho; estaba de rodillas, sin duda rezando. Dentro del pueblo visigodo había dos grandes facciones: la de los que estaban totalmente entregados a la iglesia católica y la de los que compaginaban el culto católico con los dioses paganos de siempre. En el primer grupo estaba Pelayo; era un hombre muy devoto, sobre todo de la Santa Cruz. Quizás esta fuera la principal particularidad del rechazo que Pelayo sentía por los moros. Si el invasor hubiese sido un pueblo cristiano, seguro no estaría tan combativo. Pero no toleraba la afrenta de ser invadido y encima que impusieran su religión. Simplemente era algo que no entraba en su cabeza. Martín no es que creyera en los dioses paganos, tampoco es que no creyera en ellos. Eran los dioses de las montañas, de su gente. Él los aceptaba y también aceptaba a Jesús de Nazaret. Aunque no se consideraba un verdadero creyente. De hecho no solía asistir a los oficios del domingo, oficios que actualmente se encargaba de dirigir Leandro en las montañas. Martín nunca le había pedido nada a Dios. Se sentía un poco cínico cuando lo pensaba. Además de no creer y no asistir a la misa, encima solicitarle cosas... No. Su integridad se lo impedía.

Decidió interrumpir a Pelayo, que concentrado no se había percatado de la presencia de Martín.

—Pelayo —casi susurró suavemente Martín.

Pelayo se volvió con cara de extrañeza. No esperaba, ni mucho menos, ver allí a Martín.

—Martín, muchacho —dijo mientras se levantaba y se dirigía a él para saludarlo—. Ha pasado algo, ¿verdad? —preguntó mientras miraba a Martín con esos fieros ojos que parecían estar atentos a todo.

—Te han tendido una trampa.

—Munuza —afirmó Pelayo mientras se atusaba la barba con cara de reflexión.

Martín dedicó buena parte de la mañana para explicarle todo y para diseñar un

plan de fuga. Aziz se estaba poniendo nervioso. No quería que le descubrieran ni que le asociaran a un plan de fuga de un rehén valioso para el valí.

Al fin, para alegría de Aziz, salieron de la casona. Aziz no quiso saber qué era lo que pretendía hacer Martín. Una vez más se veía en medio de la huida de su amigo. Martín lo entendió y le dio las gracias por haberle ayudado de nuevo. Con un largo abrazo se despidieron.

Martín se dispuso a preparar los detalles del plan que había acordado con Pelayo. Para ello necesitaba un buen número de caballos. Además de Pelayo, les acompañarían diez hombres más: se trataba de los rehenes originales, a los que condenarían sin remedio si huía Pelayo y los dejaba atrás, y de los hombres que acompañaron a Pelayo a Córdoba cuando fue requerida su presencia.

Martín compró doce caballos y los llevó al anochecer a las cercanías de la casona. La casona no estaba muy fuertemente vigilada. Los rehenes eran algo así como un aval de que no habría problemas con su pueblo contra la dominación musulmana. No se contemplaba que los rehenes pretendieran escapar, dejarían a su pueblo en una cruda tesitura. Por ello, la guardia era mínima y estaba bastante relajada. Seguía habiendo tres guardias en la puerta y una guarnición de no más de quince soldados en el interior. Los rehenes, solo en esa casona, podían alcanzar las trescientas almas.

Martín se aproximó a la pared de una de las naves laterales. Habían quedado que Pelayo y sus hombres le esperarían esa noche en la habitación que correspondía con el cuarto ventanuco. Sin hacer ruido, desenrolló una cuerda con un gancho en la punta y la lanzó hacia el ventanal. A la tercera intentona una mano que salió por la ventana asió la cuerda. Al cabo de un tiempo en el que sin duda estuvieron atando la cuerda a algo, empezó a deslizarse el primer hombre por la cuerda. La altura era de un segundo piso, por lo que el descenso fue rápido. A este hombre le siguió un segundo y a este un tercero... Poco a poco todos fueron bajando. Solo faltaban dos hombres. Uno de ellos, por supuesto, era Pelayo, que eligió salir el último. En ese momento los acontecimientos se precipitaron. Uno de los guardias escuchó algo y se acercó a ver qué pasaba. Los rehenes, aunque numerosos, estaban desarmados. Únicamente Martín portaba sus armas habituales. Aun así, en cuanto el guardia giró la esquina, entre tres hombres lo asieron y lo mataron con su propia daga. El ruido alertó a los demás guardias que con grandes gritos avisaron a la guarnición.

Martín hizo que los hombres que ya habían salido montaran a caballo y escaparan. Un hombre estaba bajando y Pelayo se encontraba ya asomado al ventanuco para iniciar el descenso. Los guardias se acercaban. Al fin, Pelayo se deslizó por la cuerda. Montaron a caballo justo en el momento en el que un guardia aparecía por la esquina y les apuntaba con un arco. Salieron al galope ignorando las voces de alto que les lanzaba el guarda. Martín vio caer atravesado por una flecha al hombre que montaba a su lado. Los otros nueve hombres ya habían cobrado ventaja. Martín les había dicho que quedarían en verse en un cruce de caminos que había a las afueras de la ciudad.

Pelayo y Martín, que se habían quedado aislados, no podían sin embargo dirigirse al punto de encuentro. Les perseguían varios guardias a caballo. Necesitaban despistarlos. Martín tomó la cabeza, era el que mejor conocía la ciudad de Córdoba. En un momento, a una indicación de Martín, se apearon de los caballos aprovechando un cruce muy estrecho de tres calles. De una palmada espantaron a los corceles mientras se escondían en las sombras. Poco después pasó la guardia a galope siguiendo el ruido de sus caballos que, sin monturas, ya doblaban por el final de la calle. Pelayo y Martín iniciaron entonces la escapada a pie por la calle opuesta. Habían ganado un tiempo precioso, aunque los guardias no tardarían en descubrir el engaño.

Martín, en la frenética carrera que siguió, fue decidiendo sobre la marcha las calles que tomaba. Al final, se dio cuenta de en donde se encontraba. Avisó a Pelayo y sin dudarlo, llamó fuertemente a la puerta de una casa. Un criado les abrió y fue empujado violentamente hacia el interior mientras cerraban la puerta a sus espaldas. Al poco, escucharon claramente el ruido de los cascos de los caballos de sus perseguidores. Por el momento estaban a salvo.

En la algarabía que había seguido a los ruidos de la llamada y el portazo tras cerrar, el resto de los ocupantes de la casa se habían ido acercando a la entrada a ver qué sucedía.

De repente se hicieron a un lado mientras con paso firme una dama se acercaba vestida con una bata por encima del camisón.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen en mi casa? —preguntó con voz autoritaria. Era Leonor.

XLVI

LEONOR lloró al reconocer a Martín. Nunca hubiera pensado Martín que Leonor fuera de lágrima fácil, pero la súbita aparición de su antiguo amante hizo que le brotaran las lágrimas. A decir verdad, Martín no supo si eran de alegría o de pena. Él también tuvo sentimientos contradictorios. Amaba a Hana por encima de todo; por el contrario, Leonor había sido una mujer importante en su vida. Había sido su amante, sí; pero más que eso, había sido una gran amiga. Su aplauso valiente le ayudó cuando estuvo a punto de perder a Hana frente al valí. Ella, que podía ser la persona que menos deseara que Martín se llevara a Hana, había sido la que más le había apoyado. El verla llorar descompuso a Martín. No soportaba que las mujeres lloraran, y menos, como era el caso, por su culpa. Se sentía indefenso, no sabía cómo actuar. Finalmente, se acercó a ella y la abrazó. Ella apoyó su cara en su hombro y siguió llorando quedamente. Aunque era un llanto silencioso, Martín notaba cómo el esbelto cuerpo de Leonor se estremecía de vez en cuando en una muda expresión de que el desconsuelo aún no se había contenido.

Pelayo al principio se quedó sorprendido; finalmente decidió acompañar a los criados —quienes prudentemente abandonaban la entrada— mientras estos se dirigían a otras dependencias de la casa.

—No llores, por favor —rogó Martín en voz muy queda mientras rodeaba a Leonor con sus brazos.

Leonor se abrazó más fuerte a Martín. Parecía que, lejos de consolarla, las palabras de Martín habían provocado más llanto. Por fin, tras un largo rato, se fue calmando. Aún hipaba como efecto del prolongado llanto, aunque poco a poco se fue separando de Martín quedándose cogida a sus manos y mirándole de frente.

Pese a estar recién levantada y resultar evidentes las marcas de haber llorado en sus ojos y en su cara, Martín sintió un estremecimiento al ver a Leonor. Seguía siendo una mujer bellísima. Ella le miraba con sus enormes ojos avellana, tristes, alegres, ¡qué sabía él! Estaba muy confundido. De alguna manera amaba a esa mujer. A su cabeza regresaron imágenes íntimas, recuerdos de alcoba, confidencias. Tenían un pasado en común, corto pero intenso. A la vez pensó en Hana, allá, en Gegio. ¡Qué querido se sentía! ¡Qué dos mujeres tan distintas y a la vez tan especiales para él!

—Hola, Martín —pudo decir al fin Leonor sacándole de sus pensamientos—. Pensé que nunca volvería a verte.

—La vida da muchas vueltas.

—Más de las que crees —dijo enigmática Leonor mientras parecía se iba a poner de nuevo a llorar.

—Por favor, no llores más — casi rogó Martín mientras en un acto reflejo se acercaba y la besaba en la frente.

—Es que no sabes..., —y el llanto la interrumpió.

Martín empezó a percibir que algo malo había pasado. Una mujer tan entera y tan fuerte como Leonor que había desafiado las normas sociales, que se había enfrentado de alguna manera al valí..., No, ella no se entregaba al llanto por nada. Debía haber una poderosa razón para su dolor.

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado?

Leonor suspiró fuertemente. Quería recuperar la normalidad en la respiración y serenarse.

—Voy a vestirme. Ordenaré que preparen el desayuno. Luego hablaremos —y se fue dejando en Martín el presentimiento de que algo grave había sucedido.

En cuanto estuvo solo llamó a Pelayo. Se reunieron en un saloncito al que les llevó un criado. En él, poco a poco fueron sirviendo un contundente desayuno a base de gachas, queso, leche y pan con mantequilla y miel. Leonor apareció entonces. Se había lavado la cara y se había puesto un vestido lila. Aunque aún llevaba el pelo recogido en una cola, su aspecto era arrebatador.

—Perdón por presentarme sin arreglarme mucho; pero no quería entretener más el desayuno.

Martín procedió a las presentaciones y comenzaron a desayunar. Martín contó a Leonor las peripecias que habían pasado y que acabaron llevándoles a su casa.

Leonor miró largamente a Pelayo y a Martín.

—Debemos darnos prisa. No tardarán en venir a esta casa a buscaros —dijo mientras se levantaba y llamaba a los criados.

—No puede ser. No nos vieron entrar aquí —exclamó Pelayo seguro de no haber puesto en peligro a la propietaria de la casa.

—¿Por qué dices eso, Leonor? —inquirió Martín consciente de que Leonor no era una mujer que se dejara llevar por el pánico.

—Os lo contaré durante el camino. Debemos partir cuanto antes —a continuación se dedicó a ignorar a los dos hombres mientras daba mil instrucciones a sus criados.

—¿Quieres decir que tú también vienes? —le preguntó Martín en un aparte.

—Sí. Mi vida en Córdoba es un sinsentido. Hace tiempo que lo estaba planeando y ahora es el momento perfecto. Me serviréis de protección por el camino y yo a cambio os ayudaré a salir de la ciudad.

—¿A dónde piensas dirigirte?

—Dicen que solo quedan dos feudos godos: las tierras astures y la narbonense. Al-Hurr, el actual valí, ha iniciado una dura campaña militar contra la narbonense. Así que está claro que solo me quedan los astures. ¿Vosotros adónde iréis? —preguntó irónica y cómplice.

Esa era la Leonor que Martín conocía. Lo que no conocía eran los motivos que la llevaban a marcharse de su casa, al parecer para siempre.

—¿Dejas tu casa para ir a las montañas?

—Llevo suficiente dinero para tener una casa en las montañas. Dejo Córdoba por

culpa de un viejo amigo tuyo, aunque hace tiempo que debí haberla dejado.

—¿Un viejo amigo? ¿Aziz?

—No —dijo mientras sonreía a Martín—, Aziz sigue siendo encantador. Te lo contaré en el camino. No perdamos más tiempo.

Tras una labor febril, los criados prepararon una carreta cargada de enseres en el enorme patio de la mansión de Leonor. Un sirviente apareció con dos magníficos caballos alazanes, sin duda de alguna raza del país de los francos. Sus cascos eran tan grandes como un palmo de la mano de Martín extendida. Los aparejaron y la carreta quedó lista para el viaje.

Leonor apareció entonces vestida como para ir a una fiesta. Se había maquillado y peinado. El rizado pelo negro le caía en cascada por los hombros y un gracioso mechón en forma de caracolillo se balanceaba entre sus ojos.

Al verla llegar, el criado principal de la casa le hizo saber que su carruaje estaba preparado.

—Estupendo. Vayamos, pues —dijo Leonor con decisión—. Martín, tú conmigo, llevarás el carruaje. Pelayo, llevarás el carromato de los enseres. Sobre todo dejad que yo hable con los guardias de las puertas de la ciudad —ordenó muy seria—. El jefe de la guarnición es amigo y aunque estará sobre aviso de vosotros, no sabe que iréis al descubierto conmigo. Martín, ¿sabrás salir de la ciudad por la Puerta del Puente? —sin duda se refería al Puente Romano.

—Si no ha cambiado mucho la ciudad desde que faltó, no habrá problema.

—Pues sea, vamos allá.

Montaron en sus respectivos transportes e iniciaron el camino. Habían dejado las armas a mano aunque escondidas. Solo llevaban una daga a la vista. Era lo normal en aquellos tiempos y más para una pequeña caravana que podía verse atacada por bandidos. Martín tomó la dirección hacia la puerta del puente sobre el río Betis. Pelayo le seguía con el carromato. Mantuvieron un trote corto, y pronto llegaron al puesto de guardia que custodiaba la puerta. Un guardia moro se acercó al carruaje que conducía Martín mientras otros tres guardas permanecían alerta.

—¿Quiénes son y a dónde van? —dijo con un marcadísimo acento.

—¿Qué sucede? —preguntó Leonor asomándose por una ventana del carruaje.

El moro al ver a la hermosa dama pareció dudar un poco.

—Deben identificarse. Estamos buscando a dos huidos.

—Esos temas me importan muy poco. Dígale a Nasser que Leonor de Guzmán está en la puerta y que exige pasar.

El moro, sorprendido por la audacia de la mujer, se quedó callado un momento. Nasser, el jefe de la guardia, era un árabe engreído que se consideraba superior a los bereberes, pueblo originario del guardia. Sin embargo, esa dama parecía conocerle y además era evidente que era poderosa y rica.

Leonor notando la turbación que había provocado en el guarda decidió seguir con su estrategia.

—Me está haciendo perder un tiempo precioso, tengo que estar con mis cosas en mi nueva residencia de Secunda.

Secunda era un nuevo emplazamiento que se estaba construyendo en la margen izquierda del río. Córdoba crecía gracias a que los distintos valí de Al-Andalus la habían elegido como capital.

El guarda estaba cada vez más nervioso, hecho este que notaba Leonor; no sabía si demorar más el paso de los carros o inspeccionarlos e investigar a la ocupante y los conductores. Sus órdenes eran de estar muy atento y no dejar salir de la ciudad a ningún cristiano que no estuviese debidamente acreditado. Por otro lado, no quería caer en desgracia con Nasser. El jefe era un déspota con sus hombres y tenía el genio fácil; le había visto fustigar a un hombre hasta la muerte y al rato pavonearse ante una dama como un miembro de la alta sociedad. Los árabes eran así, se creían el pueblo elegido. Ciertamente era que Mahoma, el profeta, había nacido en Arabia. Pero era la sangre de los bereberes la que había teñido el suelo de España en pos de propagar la fe verdadera.

—Está bien, bajaré a hablar con mi querido Nasser. ¡Honorio, baja y ábreme la puerta! —dijo Leonor dirigiéndose a Martín.

¡Su querido Nasser! Ese desgraciado árabe con esa cristiana altanera. Al guarda le daban ganas de abofetearla y poner a la mujer en su lugar, a disposición del hombre como ser inferior y sumiso que debía ser. Además esa perra cristiana era realmente hermosa, quedaría bien suplicándole clemencia. Pero no podía hacerlo. Nasser le colgaría de las plantas de los pies y le cortaría en pedazos poco a poco.

En ese momento se oyeron unos caballos aproximándose rápidamente a los carros. Martín que estaba bajando del carro, se detuvo pendiente de los acontecimientos. Si se trataba de la guardia y les apresaban, estaba dispuesto a luchar y las armas las tenía en lo alto del carruaje.

El guarda también desvió su atención hacia el destacamento que, fuertemente armado, se dirigía hacia su posición. Los dos carros tapaban ligeramente la puerta, por lo que los caballeros tuvieron que pasar de uno en uno al lado de los transportes observándolos con interés. Martín miró a Pelayo y ambos, con una muda señal, decidieron que estaban dispuestos a luchar si surgía algún problema. En ese momento un caballero cristiano pasó al lado de la ventana del carruaje por la que permanecía asomada Leonor.

—¿Que sucede aquí? —preguntó dirigiéndose al guarda. A continuación cambió de tono y adoptó uno dulzón y empalagoso. — ¡Hola, Leonor!, ¡qué sorpresa! —dijo reconociendo a la pasajera del carruaje.

El sonido de esa voz empachosa provocó que a Martín se le erizara el cabello.

—Buenos días, Don Siro —dijo Leonor sin alegría.

—¿Os mudáis acaso? —preguntó mirando los dos carros mientras Martín procuraba rehuir su mirada para que no le reconociera.

Notaba la daga en su costado y por un momento pensó en saltar sobre ese

malnacido y separarle la cabeza del cuerpo. Luego pensó en Hana y en Nunho, debía ser fuerte por ellos. Por no hablar de Pelayo y Leonor, a los que enviaría directamente a la tumba tras él si mataba a Don Siro en ese momento.

—Ya sabréis Don Siro que en la margen izquierda del Betis me están construyendo un palacete. Voy a llevar unas cosas y a comprobar cómo trascurren las obras. Si no se está encima de los obreros, no se avanza.

—Por favor, Leonor, apéame el tratamiento. Ya sabéis que podéis llamarme Siro. Queda demasiado formal, y entre nosotros no debe haber tanta frialdad —recalcó demasiado empalagoso como para que Martín no se diera cuenta que entre ellos había algo.

—¡Tú! ¡Vuelve al carro! —ordenó a Martín sin siquiera mirarlo—. ¡Dejadlos pasar! ¡Y que pasen rápido, están estorbando!

Espoleó su caballo y salió al galope. Tras él, al menos otros veinte hombres le acompañaron.

El guarda, asqueado por la situación de que tantos cristianos tuvieran poder aún en su capital, dejó pasar los carros lanzando una despectiva mirada mientras los veía discurrir. Algún día las cosas cambiarían y se sacudirían a los árabes de encima. Entonces, sin amistades cristianas, los bereberes serían los verdaderos amos de Spania.

Cruzaron el puente y ya fuera de los muros de la ciudad respiraron tranquilos.

XLVII

LEGARON sin más problemas a la encrucijada en la que habían quedado con los compañeros de fuga de Pelayo. Previamente, en Secunda, habían dejado el carruaje de transporte de Leonor; ese carruaje resultaba demasiado fastuoso y por ello muy fácil de reconocer por cualquiera a quien se le preguntase y que se hubiera cruzado en su camino. Se mudaron todos al carromato de los enseres; la carreta era una carreta normal: apenas se diferenciaba en nada de los cientos de ellas que cada día cruzaban los caminos; eso sí, estaba tirada por cuatro hermosos caballos ya que habían aprovechado los caballos del carruaje y se los habían añadido al tiro de la carreta.

Leonor se había cambiado rápidamente de indumentaria. Se había quitado el maquillaje y en vez del vestido elegante y llamativo que portaba en el carruaje, ahora vestía un sencillo conjunto que, sin duda, debía haber pertenecido a alguna de sus anteriores sirvientas. Se había convertido en una campesina. Estaba excitada por la aventura y el trío cada poco recordaba la cara del guarda siendo amonestado por una mujer. Martín no quiso preguntar nada de Don Siro, ni por qué se conocían ni qué había pasado entre ellos. Prefería hacerlo cuando estuvieran los dos solos. Sabía que, aunque Pelayo fuese de toda confianza, Leonor no se expresaría igual hablando delante de él.

Los compañeros de fuga lanzaron vítores cuando reconocieron a Martín y a Pelayo. Estaban muy intranquilos y empezaban a surgir los nervios acerca de las decisiones a tomar. Carecían claramente de un líder como era Pelayo. Nada más llegar organizó a sus hombres. Debido a que quería llegar cuanto antes a Gegio para impedir la boda de su hermana Adosinda con Munuza, decidió seguir a caballo. Por supuesto, Martín se apuntó a ir con él. A fin de cuentas, también Hana y Nunho estaban en Gegio. Para ello destinaron al carromato de Leonor a dos hombres, que a cambio cedieron los caballos a Martín y a Pelayo.

Leonor se aproximó a Martín en un momento en el que este repasaba las alforjas y colocaba su armamento.

—Martín, por favor, llevadme con vosotros —suplicó.

Martín se dio la vuelta y se quedó mirándola fijamente.

—Vamos a ir a uña de caballo. Es un viaje duro y extremadamente largo. No soportarías el ritmo. Es mejor que vayas en la carreta. Estarás bien protegida y viajarás más cómoda —trató de convencerla Martín, suavemente, pero firme intentando que Leonor le entendiera.

—Salgo a montar todos los días varias horas desde hace más de tres meses. Hace tiempo que estaba madurando la idea de salir de la ciudad. Prometo no ser un estorbo, me adaptaré a los rigores del camino. Por favor, Martín, no me dejes si me aprecias

un poco —imploró Leonor mientras la voz se le empezaba a quebrar a medida que iba hablando.

El solo hecho de que pudiera volver a llorar asustó a Martín. Además estaba el detalle de que ella siempre le había ayudado. Incluso había arriesgado su seguridad por él. No. Descubrió que solo pensar que podía defraudarla le hacía sentirse mal. Tenía que convencer a Pelayo de que ella también sería de la partida.

—Hablaré con Pelayo —dijo mientras le ponía una mano en el hombro.

Leonor le miró y una sonrisa de esperanza cruzó su cara.

—Gracias, Martín.

Pelayo fue un duro rival. Su prisa le ofuscaba y aunque reconocía que le debía un gran favor a Leonor, su única idea era llegar cuanto antes al cuartel de Gegio. Al fin, tras un enconado debate en el que cada vez hablaban más alto, se les acercó Leonor.

—No quiero ser una carga, si veo que no puedo seguir el ritmo, me dejareis en una posada y esperaré a que pase el carromato.

Martín miró a Pelayo. Este, después de unos instantes de madurar la idea, asintió y secamente dijo:

—Partimos de inmediato, buscaros un caballo.

Martín ayudó a Leonor a preparar un caballo. Leonor eligió un caballo de raza árabe. En comparación con los enormes bretones de Martín y Pelayo, era casi un juguete. Leonor, grácilmente se subió a la montura mientras se cogía los faldones por el medio para poder colocar las piernas a cada lado de la misma. Portaba unas buenas botas de piel de novilla. Era evidente —pensó Martín— que lo tenía todo preparado. Por otro lado, no esperaba menos de Leonor.

—Venga, Martín, que te dejamos atrás —dijo alegremente guiñándole un ojo. Martín permanecía de pie al lado de Leonor, extasiado.

Montó Martín a su corcel y Pelayo en ese momento partió al galope. Leonor y Martín se miraron y después de sonreírse mutuamente, emprendieron también el camino tras Pelayo. Mantuvieron un galope tranquilo durante gran parte de la jornada. Los caballos sudaban profusamente produciendo espuma en el cuello allá donde rozaban las riendas. Al final de la jornada llegaron a un arroyo donde pararon a dejar beber a los animales y a refrescarse también ellos. Pese a ser un caballo mucho más pequeño, el árabe de Leonor era un corcel estupendo. Acostumbrado a correr por los áridos desiertos, la raza árabe se caracterizaba por su extraordinaria resistencia y su enorme maniobrabilidad, como bien pudieron comprobar los visigodos tras el ataque de la caballería bereber. Por otro lado, pese a que Pelayo y Martín empleaban caballos de guerra, como eran los bretones, que tenían una envergadura en la cruz superior a la de muchos hombres, el enorme peso que desplazaban hacía que sus movimientos, aunque imponentes, fueran más pesados y lentos. Por cada tranco que daban los bretones, el árabe necesitaba dos; no obstante, decididamente, constató Martín al final de la jornada, si tuvieran que hacer una carrera hasta Gegio, seguramente Leonor en su arábigo, probablemente les sacaría una jornada entera de

ventaja.

Pelayo ya había espantado su mal humor inicial. Se había dado cuenta que, lejos de ser una demora, Leonor mantenía perfectamente el paso impuesto. Además, ahora que habían parado, tenía que reconocer que el que más exhausto estaba era él mismo. Llevaba muchos meses de inactividad y se notaba. Estaba totalmente anquilosado y le costaba andar normalmente de lo tirantes que notaba los músculos de las piernas. Martín acababa de llegar de Gegio, con lo que llevaba muchas leguas de viaje a caballo, y Leonor era evidente que no había mentido cuando contó que montaba todos los días desde hacía unos meses.

Plantaron un improvisado campamento y pasaron la noche allí, en medio del campo. Hicieron una buena hoguera y asaron un poco de carne que portaban. A Leonor le pareció un manjar exquisito. Nunca había estado por la noche en medio del monte y la experiencia le estaba resultando preciosa. Además la noche acompañaba. Ni una sola nube cruzaba el firmamento y ni siquiera había luna, así, las estrellas brillaban en todo su esplendor.

Pelayo, agotado como estaba por el esfuerzo, se acostó pronto. Martín decidió que era un momento idóneo para hablar con Leonor acerca de lo que había pasado con Don Siro.

Cogió una manta y se la puso a Leonor por encima de los hombros, mientras ella jugueteaba en los rescoldos de la hoguera con una vara. Leonor le miró y le dio las gracias quedamente. Martín se sentó a su lado con otra manta sobre los hombros. Empezaba a refrescar y el relente no tardaría en caer.

—Leonor, creo que es un buen momento para que me expliques que pasó con don Siro.

Ella siguió moviendo la vara entre las cenizas. La sonrisa le había desaparecido del rostro y, en cambio, una sombra parecía haber cruzado sobre ella.

—Nos conocimos durante una fiesta —comentó con voz fría—. Me contó que era una especie de guardia de honor del obispo de Sevilla, Don Oppas. Resultó ser un hombre atento y encantador. Pasaron varios días y en el transcurso de otra fiesta volvimos a coincidir. Se dirigió hacia mí de nuevo con gran corrección y estuvimos hablando casi toda la velada. Es un hombre muy educado y con mucho mundo. Quedamos en vernos al día siguiente y después de ese, repetimos encuentros con frecuencia. Si te digo la verdad Martín, me gustaba; pero había algo que hacía que me abstuviera de querer que la relación avanzara.

Una noche, cuando me estaba acompañando a mi casa después de un agradable paseo, me pidió que le dejara entrar para refrescarse. Ciertamente hacía calor y no puse ninguna objeción a que pasara a mi casa. Pasamos al saloncito que tú bien conoces —dijo mientras una mueca de dolor ensombrecía su rostro. — Un sirviente nos sirvió un poco de agua, vino y unas pastas. Seguimos hablando amigablemente cuando, de improviso, se aproximó a mí y me besó. No puedo decirte que sintiera repulsión; es más, casi deseaba que pasara; pero en el momento de sentir sus labios y

su cuerpo cerca de mí, algo me hizo echarme atrás. Él me preguntó qué me sucedía. No supe explicárselo y comenzó a enfadarse llamándome cosas que no pienso repetirte. Le pedí que se marchara y llamé a Damián, el criado que estaba en la puerta de la casa para que acompañara a Don Siro. Según entró el criado, Don Siro le dio un puñetazo que lo tumbó, a continuación comenzó a darle patadas llamándole cosas inmundas —ahora sí Leonor estaba indignada y respiraba fuertemente—. Nunca había visto tanta violencia. Damián, inconsciente, sangraba por la boca y por el oído. Cogí del brazo a Don Siro para que dejara de pegarle y en ese momento se volvió y me abofeteó con tanta violencia que me causó una hemorragia en la nariz. Se lanzó hacia mí y me dijo que él sabía lo que yo andaba buscando.

Leonor lloraba. Era un llanto de pura rabia. Pero no paró la narración. Martín sentía que el pasado volvía a buscarle con el mismo maldito protagonista y las mismas acciones.

—Me forzó... —y ahora Leonor se tomó un tiempo para después proseguir—, después mientras yo medio desnuda yacía sangrando por la nariz en el suelo, se levantó, y recuperó el tono amistoso y cordial. Parecía que no hubiese pasado nada. Era otra vez el hombre educado que yo creía que era. Mientras se vestía tranquilamente me dijo que le perdonara, que se había dejado llevar por los sentimientos tan fuertes que tenía sobre mí y que estaba arrepentido. Quiso incluso ayudarme a vestirme. Yo le desdeñé con la mano. No podía ni hablar, ni llorar, ni gritar. Estaba tan asustada y tan furiosa que no brotaba nada de mí. Bueno, sí, brotaba de mí un odio, que Dios me perdone, que creo nunca podré olvidar. Él volvió a disculparse y deseándome buenas noches salió de la habitación pasando como si tal cosa por al lado del cuerpo inerte de Damián.

No volví a verle hasta hace dos meses. Sabía por los comentarios de la gente que había vuelto a Córdoba para quedarse. Yo entonces supe que Córdoba no era tan grande como para poder vivir los dos en ella y fue cuando me propuse salir de la ciudad. No quería encontrármelo por la calle, ni en una fiesta. Era impensable volver a tenerlo cerca. Solo de pensar en él me tenía que dar un baño, me sentía sucia. Sin embargo, un día me vio él mientras paseaba con una amiga. Se dirigió a nosotras, y siempre con un cortés y educado modo de hablar, convenció a mi amiga para acompañarnos. A mi amiga le pareció fascinante, se lo noté en el momento. Yo no había hablado esto con nadie y ella estaba muy lejos de sospechar cómo era Don Siro en realidad. De vez en cuando notaba su mirada en mí. Era como una cadena pesada y fría. Quería escapar. Irme a mi casa, pero temía por mi amiga. No podía dejarla sola con ese hombre. La fortuna quiso que nos encontráramos con dos amigos comunes. Inmediatamente les convencí de que nos acompañaran. Don Siro, cuando nadie nos veía, me miró de una forma lasciva y soez. Volvía a emerger el monstruo. Yo le aguanté la mirada. Intenté que notara todo el odio que sentía por él. Nuevamente se transformó y educadamente se despidió de todos alegando unos asuntos que no podía demorar.

Leonor se secó una lágrima que rodaba por su mejilla y continuó:

—No volví a salir de casa. No podía arriesgarme. Me despertaba por la noche en mi alcoba y miraba por la ventana por si estaba acechando. El día que escuché la algarabía que había en la puerta de entrada, cuando Pelayo y tú irrumpisteis, pensé que era él. Tú no lo llegaste a ver, pero cuando bajé, entre los ropajes llevaba un puñal y te juro que no hubiera dudado ni por un momento en clavárselo en su negro corazón si llega a ser él quien estaba en mi puerta.

Martín atrajo a Leonor junto a él. En silencio se juró que no sabía en qué momento ni en qué lugar, pero cuando volviera a cruzarse con Don Siro, sería para matarle.

XLVIII

LEGARON a las afueras de Gegio un domingo por la mañana. Dejaron a Leonor en una posada y se dirigieron al acuartelamiento. No querían entrar si no había más remedio, así que decidieron dirigirse a la iglesia para ver si las mujeres acudían a misa. Sería perfecto, ya que así evitarían encontrarse con Munuza. Era más que dudoso que un moro fuese a una iglesia cristiana.

Entraron en la iglesia y se situaron cerca de la puerta para verlas si acudían. Poco a poco la iglesia iba llenándose de fieles, mas no veían a Hana ni a Adosinda. Decidieron no moverse de la iglesia por si fuera un retraso. En el caso de Adosinda—fiel seguidora de la doctrina católica igual que su hermano Pelayo— debía haber una causa grave para no acudir a los oficios. Hana acudiría más para guardar las apariencias que por otra cosa. Ella se consideraba islámica y eso no suponía ningún problema en la relación que mantenía con Martín. Incluso Leandro en su papel de cura de la aldea se mostraba benevolente con el hecho de tener una vecina musulmana. Solía comentar que daba igual el nombre que le pusiéramos a Dios, si la persona era buena de corazón, en todas las creencias que profesase tendría recompensa.

Comenzó el oficio sin que hubiese noticia alguna del paradero de las mujeres. Tras los primeros rezos en latín, el sacerdote pidió por la vida de la mujer que iba a ser ajusticiada ese día en la plaza del cuartel. Martín y Pelayo se miraron y salieron a toda prisa de la iglesia enfilando el camino hacia el acuartelamiento. Un terrible presentimiento asaltaba a Martín. Hana estaba jugando muy fuerte al hacer de espía de Munuza. Martín la había advertido de que no tenía que arriesgarse; pero la personalidad de Hana era muy distinta. Recordaba que se sentía útil y que tenía una misión en la vida. Martín, más por tranquilizarse que por otra cosa, se decía que Hana era muy muy inteligente. Sería muy difícil desenmascararla. Con su blanca tez y su cabello rubio, para nada parecía ser musulmana. Ni siquiera en la aldea se lo notaron. Era evidente que no era del terreno, ya que su acento la delataba; pero bien podía hacerse pasar por una mujer franca o germana.

Llegaron al cuartel y descubrieron las puertas abiertas. La gente acudía en tropel a presenciar la ejecución. Martín nunca había entendido la morbosa fascinación que las ejecuciones provocaban entre la población. Qué razón tenía el latino Plauto cuando decía que el hombre es un lobo para el hombre.

Acomodaron el paso al de la gente que se agolpaba para llegar hasta el cadalso que se había montado en el medio de la plaza de armas. Preguntaron a unos cuantos curiosos a quien se ajusticiaba; pero nadie supo dar razón. Solo sabían que se trataba de una mujer. Pelayo muerto de preocupación decidió darse a conocer a uno de los guardias de la puerta.

—Anuncia a tu señor Munuza que ha llegado a verle Don Pelayo, señor de los Luggones. —dijo de la forma más impresionante que pudo.

El guarda, lejos de sentirse intimidado, comentó que entraran y se lo dijeran al guarda de la puerta de los aposentos del general, en el edificio principal.

Pasaron y se dirigieron a la puerta que les había señalado el guarda. Ante un nuevo soldado, Pelayo pronunció la misma frase, esta vez con mayor énfasis. El guarda llamó a gritos a alguien en el interior. Acudió un moro al que Pelayo ya conocía de anteriores visitas.

—Anuncia a Munuza que estoy aquí —dijo Pelayo autoritario sabedor de que el moro conocía su posición en la complicada escena política de la zona.

—En estos momentos no le puedo molestar. Deberá esperar a que finalice la ejecución, Don Pelayo. Como al-qadí de la ciudad de Gegio, Munuza debe estar presente para comprobar que la sentencia se cumple.

—¿Quién es la ajusticiada? —preguntó Pelayo.

El moro se revolvió un poco, incómodo, antes de responder.

—Se trata de la dama que acompañaba a vuestra hermana Adosinda.

A Martín se le vino el mundo encima. Solo podía tratarse de Hana. Pelayo, a su vez volvió a dirigirse al moro, esta vez con total agresividad en la voz.

—Llévame inmediatamente ante Munuza. Es una ofensa intolerable que se ajusticie a un miembro de mi corte. ¿De qué se la acusa?

—De ser una espía.

—Bobadas. ¿Qué iba a poder espiar una pobre mujer?

—Ha confesado Don Pelayo —respondió el moro muy tranquilo.

—¿La habéis torturado? —preguntó aún Pelayo mientras veía cómo Martín miraba hacia el cadalso sin duda para ver de qué manera podía llegar hasta Hana.

—Ella confesó sin que tuviéramos que torturarla. Ha sido una mujer muy valiente. Hasta el propio al-qadí estaba impresionado por su entereza. Tan solo con interrogarla nos dijo todo lo que queríamos saber.

En ese momento se escuchó un murmullo. Munuza acababa de asomarse a un balcón frente al cadalso. Pelayo se volvió y gritó su nombre. Munuza miró en su dirección y lo vio. Pareció reflexionar un momento y a continuación hizo un gesto en su dirección, indicando al moro que estaba con ellos que les acompañara a su presencia.

Por supuesto, el gentío que estaba esperando la ejecución se percató de la situación. Alguno incluso pareció reconocer a Pelayo. Un rumor cada vez más intenso corría de boca en boca.

El moro les acompañó por los pasillos hasta una sala en la que Munuza les esperaba, no sin antes hacer que dejaran todas sus armas en la puerta.

—Pelayo, qué sorpresa. Te hacía en Córdoba —dijo Munuza mientras no parecía en absoluto sorprendido.

—¡Me han dicho que se va a ajusticiar a una dama de mi corte! —exclamó por

todo saludo Pelayo.

Munuza miró fijamente a Pelayo, también se fijó en su alto y fuerte acompañante, Martín, que estaba en plena tensión. Le reconoció de inmediato. Solía ir con Pelayo. De forma casi imperceptible miró a sus propios soldados. Se trataba de su guardia personal. Eran diez de sus más fieles y leales guerreros y estaban armados hasta los dientes. Permanecían alerta, sin duda, avisados de que podría haber roces con Pelayo.

—Se va a ajusticiar a una espía confesa. Se trata de doña Hana, la dama que acompañaba a tu hermana Adosinda — contestó fríamente Munuza.

Martín sintió que le fallaban las fuerzas. Mantenía aún una leve esperanza. Se había aferrado a la idea de que quizás fuera otra la dama a ejecutar. Pero no, sus más negros presagios se habían cumplido. Hana, su Hana...

—¿Qué pretende con esta ejecución? ¿Enemistar nuestros pueblos?—exclamó vehemente Pelayo.

—¡Ja, ja, ja! —rio Munuza sin mostrar alegría— ¡Nuestros pueblos están en guerra! No en una guerra declarada: es una guerra encubierta; es la guerra en la que se ataca a mis recaudadores en los caminos; es la guerra en la que mis patrullas desaparecen en las montañas; es la guerra en la que, de vez en cuando, mis soldados aparecen muertos en pasos fronterizos —ahora Munuza levantó la voz, estaba realmente enfadado—. ¿O no sabes de qué te hablo Pelayo de los Luggones?

Pelayo siempre había apoyado a los pequeños grupos de resistencia que se formaban entre los clanes astures y los nobles godos exiliados. Es más, los alentaba. No podía hacerlo abiertamente porque era la cabeza visible de la delegación astur frente a Munuza; pero era un secreto a voces que gozaban de su respaldo incondicional.

—¿Qué quieres ganar con esta ejecución? Tiene que haber algo que desees —inquirió Pelayo.

—Mira, Pelayo, ahora que lo dices, sí, hay una cosa que podría acercar posturas. Dame la mano de tu hermana Adosinda. Seamos familia. Sellemos un pacto de no agresión entre cuñados.

Pelayo no tenía que mirar a Martín para saber qué pasaba por su cabeza. La propuesta obedecía al deseo de Munuza de coger un atajo a la hora de pacificar su zona. Era la razón de que hubiese alejado a Pelayo y lo hubiesen retenido en la lejana Córdoba. Los matrimonios de conveniencia estaban a la orden del día. Era una forma barata y rápida de obtener fidelidades.

Martín sabía la respuesta de Pelayo. No iba a ceder. Ni siquiera por Hana. Pelayo se debía a su causa, no a las personas. Martín no dudaba de que se sacrificaría él mismo si eso significara dar un golpe al enemigo musulmán. Por eso, también sabía que no transigiría. Sus seguidores le tacharían de amigo de los musulmanes. No, definitivamente Pelayo iba a denegar la propuesta de Munuza. Aunque estaba en una posición muy difícil. En ese momento se encontraban a su entera disposición. Los musulmanes eran muy superiores en número y además estaban armados y podían ser

hechos presos con solamente una indicación de Munuza a sus hombres.

—¿Puedo ver a mi mujer? —pidió resignado Martín a Munuza.

Munuza le miró largamente manteniendo un tenso silencio.

—Es una mujer muy valiente. Debe estar orgulloso de ella. Puedo jurarle que no la ha tocado nadie. Tras confesar al verse descubierta, prometió no tratar de escapar de sus aposentos y en ellos ha permanecido desde entonces.

—¿Y mi hijo?

—A estado con ella. No soy un monstruo aunque en estos momentos pueda parecerlo —se defendió Munuza.

—¿Cómo se ha descubierto? —preguntó Pelayo.

—Por una casualidad. En realidad por la inocencia de un niño, de su hijo Nunho.

Martín sintió como una puñalada la declaración que acababa de hacer Munuza.

—Tras llegar una paloma mensajera con el aviso de la huida de Pelayo, sospeché de la existencia de un espía en la ciudadela. Un día, me encontraba hablando con mi segundo en la plaza de armas cuando llegó el pequeño cerca de nosotros. Se había despistado y nos preguntaba por su madre Hana. En ese momento me di cuenta de quién era la espía.

Se abrió la puerta y apareció Adosinda con Nunho escoltada por dos soldados. El niño, al ver a su padre, se fue hacia él al grito de papi. Martín, al abrazarlo sintió cómo las lágrimas le quemaban pugnando por salir. No podía hacerlo delante de su pequeño. Aún no había acabado de contar Munuza la manera en que descubrió a su madre como espía, aunque insinuaba que la culpa fue del pequeño. Adosinda lloraba profusamente. En el patio un gran griterío anunciaba que la presa, Hana, había salido a la plaza y se dirigía al cadalso. Un verdugo la esperaba en él con un enorme alfanje en las manos.

La tensión y la emotividad en la sala en la que se encontraban era tremenda. Martín, abrazado a Nunho, miraba a Pelayo y a Adosinda. Sabía que no podía pedirle nada a Pelayo. No solo iba en contra de la forma de ser de Pelayo, sino que, además, estaba Adosinda. El matrimonio sería una condena a la mujer. No tenía derecho a buscar su felicidad a costa de condenar a Adosinda a contraer un matrimonio no deseado.

El griterío aumentaba en la plaza y aún Munuza se dirigió a Pelayo esperando su respuesta, mientras este apretaba puños; pero guardó silencio. Martín dejó a Nunho en brazos de Adosinda. Se asomó al ventanal y vio a Hana, serena, hermosa, altiva. Estaba en lo alto del cadalso. El verdugo suavemente inclinó su cabeza y colocó a Hana de rodillas. En ese momento, Hana miró al balcón y vio a Martín que ya no podía contener las lágrimas. Ella, sorprendida de ver allí a Martín, sonrió y le mandó un silencioso beso. Mientras, la espada del verdugo bajaba.

Martín sintió el frío del metal. Fue una sensación palpable. Su vida había quedado desgajada, rota. No escuchaba nada, ni el griterío del pueblo. No quería vivir. En ese momento pensó tirarse por el balcón abajo y así reunirse con su amada. O darse la

vuelta y abalanzarse sobre Munuza. Aunque estaba su guardia al lado, estaba seguro de poder matarlo antes de que acabaran con su vida. Entonces una voz le devolvió a la vida que ya daba por perdida.

—Papi, ¿qué pasa?, ¿por qué grita la gente? —Nunho, ajeno a la tragedia, le estiraba del faldón de la camisola.

Martín, aún sin habla, se agachó y le cogió en brazos. Debía vivir para él. Era lo único que le quedaba de Hana, además de los recuerdos.

Sin decir nada y sin mirar a nadie se dirigió a la salida de la sala con el niño en brazos. Nadie se cruzó en su camino. Todo el mundo en la habitación era consciente del drama.

Todos, no. Nunho, al salir abrazado por su padre, se fijó en que estaba en pie Munuza y, ajeno a lo que había acontecido, le saludó.

—Marhaba. Kif halak^[1] —dijo con su vocecita infantil.

—Mniha, shukran jabibi^[2] —contestó Munuza con voz triste mientras lo veía salir.

XLIX

MUNUZA les dejó partir. El pueblo sabía que Pelayo estaba en la guarnición y podría causar una revuelta al prenderle en ese momento. A Hana tenía que ajusticiarla. Si no lo hacía, no se ganaría el respeto del pueblo ni de sus propios soldados. En una mano una pluma, en la otra un látigo. Así entendía Munuza el difícil arte de gobernar en los pueblos sometidos.

Martín no quiso separarse de Nunho quien cada poco llamaba a su madre. Lo llevaba en su regazo mientras conducía su caballo al paso. Pelayo había mandado avisar a Leonor a la posada para que se incorporara con el grupo que partía de Gegio con dirección a las montañas. Pelayo dijo que ya no podía soportar más la situación y que prefería luchar en las montañas antes que someterse. Martín no le escuchaba. Casi no se daba cuenta del viaje. Hana, su Hana había muerto. Esa era la única verdad. Todo lo demás era accesorio. Su amor ya no estaba con él. Ni siquiera sentía ira, era tan solo pesar. Una pena grande, profunda, insondable.

El pequeño Nunho dormía y se agitó en sueños. Tras preguntar una docena de veces por su madre, al final pareció comprender que no le iban a responder y se quedó dormido de nuevo en los fuertes brazos de su padre. Nunho, su hijo, había sido la clave en el descubrimiento de Hana como espía. Al entablar conversación con Munuza y con su segundo, el niño había hablado en árabe. En teoría Hana se interesaba por la grafía árabe aseverando que le resultaba muy extraña y fingiendo estar fascinada por cómo se escribía y la forma que tenían sus letras. Munuza, no sospechando nada, la dejaba ojear sus cartas sin saber que Hana las traducía y avisaba de su contenido a los astures. Al hablar Munuza con el inocente Nunho en árabe, sospechó inmediatamente que Hana no era lo que parecía. Al interrogarla, en presencia del niño, Hana confesó. Por lo visto había puesto la condición de que dejaran a su hijo libre.

Por supuesto, Martín no le echó la culpa a Nunho. Él sabía que la misión de Hana era realmente peligrosa y Hana también era consciente de ello. Pero no podía dejar de mortificarse.

Al rato se les unió Leonor. Enterada de lo sucedido quiso acercarse a Martín; pero este ni siquiera la miró. Estaba en otro mundo. Leonor respetó su dolor. Sabía lo que Martín había amado a Hana, bien que lo sabía. Ojalá alguien la amara así a ella.

Poco a poco la triste y callada comitiva se adentró en las montañas. Martín pareció revivir un tanto. Sus montañas siempre habían tenido un carácter apaciguador en sus sentimientos. Necesitaba sentarse en un alto roquedo de difícil acceso y permanecer allí con los pies en el vacío. En esos momentos liberaría su mente de todo pensamiento y simplemente se dedicaría a observar con todos sus sentidos lo que le rodeaba. Cuando pararon para montar el campamento, dejó al niño con Leonor y

comenzó a triscar. Pelayo le llamó y tras no ser contestado quiso acompañarle. A duras penas lo consiguió durante una buena parte del trayecto. Treparlo se toparon con un imponente paredón de roca que Martín acometió como si lo hiciera todos los días. Pelayo, pese a su fuerza y su buena forma, no fue capaz de superarlo. Se quedó abajo llamando a un Martín que no había dado muestras de que le escuchase. Martín subió el paredón y a continuación se sentó en una gran roca que se asomaba al vacío.

Martín observaba la niebla ascender por el valle profundo. Pronto llegaría a donde estaban ellos acampando. El aire olía a lavandas y a espliegos, a tomillos y a salvias. Todas sus compañeras de tantos años de recolector le daban la bienvenida. Allí, en lo alto, una gran águila real volaba majestuosa sin dar una sola batida con sus enormes alas. Se miró las manos, grandes, callosas de las riendas del caballo y de las empuñaduras de las armas. Manos que podían y sabían matar y también manos que podían y sabían sanar. Pero eso daba igual. Su vida era una concatenación de desgracias. Quizás fuera mejor lanzarse al vacío y acabar con todo, allí, en su montaña. Sentir el viento sobre su cara mientras se dirigía a donde quiera que estuvieran Hana y Ximena.

Y entonces allí, aislado del mundo, le pareció oír a su madre. Al principio le pareció fruto de su imaginación. Entre su pueblo de las montañas, se creía que el haber acompañado en el lecho de muerte a un ser querido, hacía que el espíritu del vivo se emparejara con el espíritu del que abandonaba este mundo. ¡Ojalá fuese así! Ojalá su madre le acompañara ahora. Había sido una mujer prudente y serena, apacible y conciliadora, justa y recta. ¿Qué le diría su madre? Martín abrió mucho los brazos y cerró los ojos para concentrarse y mezclarse con su entorno. Escuchó un vuelo de insecto y el graznido lejano de una pega. Pese a la baja temperatura, no notaba frío. Abajo, Pelayo, Leonor y Adosinda miraban con temor a Martín. Sobre la roca, en el farallón, al borde del vacío, se mantenía en precario equilibrio. Roncos de tanto gritarle, se dieron cuenta de que Martín, allá arriba, no les oía. Estaba en otro lugar. Sí, quizás su cuerpo fuera el que veían, pero el verdadero Martín estaba ausente. Quien sabe en dónde se hallaría. Y eso era lo que más miedo les daba. Esa ausencia del cuerpo podía precipitar a Martín por el barranco abajo.

Martín ciertamente no les escuchaba. Su cuerpo había entrado en comunión con su entorno, una comunión que separaba todo aquello que no era importante y le hacía percibir con más notoriedad de la que nunca tuvo, los sonidos del bosque, de los ríos, de las montañas. Y entonces, cuando más despiertos tenía sus sentidos, cuando más receptivo estaba a las sensaciones, entonces, lo escuchó. Al principio fue algo muy débil, muy suave. Poco a poco se fue repitiendo. Era la montaña y el viento, juntos le hablaban. ¿O acaso eran Ximena y Hana? No lo sabía, aunque su mensaje se repetía. Abrió los ojos asustado por la clarividencia del sonido. Constató cómo la niebla subía rápidamente desde el fondo del valle, se enredaba en las rocas y en las copas de los árboles. Jirones de vapor creaban mil formas distintas mientras se acercaban a él. Sintió que el vello se le erizaba por el frío y húmedo aliento de las nubes. Inspiró

fuertemente queriendo embeberse del conocido frío de la montaña y volvió a escuchar el sonido justo cuando la niebla le alcanzó.

—«*Nuuuuunhooooo*».

Sí, era el viento al rozar las rocas, era la niebla al tocar las copas de las hayas. Pero también eran Ximena y Hana que habían vuelto de donde quisiera que estuvieran para decirle que velara por su hijo, por Nunho.

L

IRA, frustración, pena, soledad. Por todos estos estados pasó Martín durante mucho tiempo. No acababa de hacerse a la idea de que ya no tendría nunca a su lado a Hana, su Hana. Sí, mucha gente le quería: Leandro, Munia, Alvar, Pelayo, Leonor...; pero al final del día, cuando se acostaba en su cama, todavía hablaba con Hana. Ella había vuelto de la mano de Ximena a decirle que cuidara de su hijo, del hijo de ambos, de Nunho. Por eso Martín hablaba con ella cuando por las noches, ya dormido Nunho, se acostaba en la cama que había sido de ambos. Le contaba cómo había ido el día, qué vecino estaba enfermo, dónde había encontrado un panal o cuándo empezaría a guardar leña para el invierno. Y sobre todo, le hablaba de Nunho. Ya habían pasado cuatro largos, eternos, años. Nunho era un hombrecito. Martín tenía esa edad cuando Ximena, su madre, le dejó. O eso había creído durante mucho tiempo. Desde que la sintió a su lado en la montaña, comprendió que sus dos mujeres permanecían a su lado velando por él.

Nunho era un niño jovial, inteligente y vital. Había asimilado bien el que su madre faltara, a fin de cuentas el suceso se produjo cuando era muy pequeño y los niños pequeños, como había observado Martín en muchas ocasiones, se adaptan fácilmente a las situaciones nuevas, por trágicas que estas sean.

Leandro, ya un venerado anciano que apenas podía moverse fuera de la aldea por su edad y por las lesiones permanentes que Don Siro le provocara hacía ya tantos años, era un abuelo feliz. Sus dotes de educador que ya había disfrutado Martín, se habían multiplicado. Raro era el día en el que Nunho no acudía a ver a su abuelo para pasar un buen rato con él. Muchos días, al llegar a casa, Nunho le comentaba a Martín con la cara iluminada, tal o cual cosa que Leandro le había enseñado. Esos eran los únicos momentos de paz de Martín. En ese instante, su mundo era Nunho. Martín, se había planteado muchas veces que quizás no estaría en este mundo de no ser porque su hijo le necesitaba. Puede que no se hubiera quitado la vida de forma voluntaria, pero seguramente se habría dejado llevar por el tiempo y se habría ido apagando, como solo la congoja y la pena más profunda consiguen hacerlo.

Munia seguía siendo su madre afectiva, que no carnal. Raro era el día en el que la enorme montañesa no les dejaba a sus «hombrecitos», como ella les llamaba, un cuenco de cuajada o un buen queso de cabra. Ya tenía también sus achaques, no obstante, estaba revitalizada. Munia se crecía con el dolor y se lo había demostrado a Martín desde que tenía uso de razón. Se hizo cargo de él cuando Ximena se fue — Martín ya no usaba la palabra muerte—, después se hizo cargo de Leandro cuando llegó al pueblo como fraile tullido. Y ahora se había hecho cargo de Nunho y de Martín de nuevo. Nunho la quería con locura y había tenido alguna pelea con otros zagales de la aldea cuando estos se metían con Munia por su aspecto para siempre

marcado por un defecto de nacimiento.

Alvar seguía siendo el bruto de siempre. Tenía ya tres hijos y otro en camino. Guiomar, tan frágil a su lado, estaba demostrando sin embargo que era una mujer fértil y dura. No en vano, los partos eran letales en una enorme cantidad de casos. Las fiebres que usualmente se producían después de estos, se llevaban a muchas mujeres. Martín, como médico, era consciente de ello y por eso admiraba aún más la alegría con la que acogían el que otra vida estuviera en camino. Alvar seguía retándole a talar árboles; decía que Martín necesitaba quemar su amargura y no había nada mejor para ello que un hacha. El buen Alvar. En su visión simple de la vida, no cabía la intriga ni las dobles palabras. Era un ser íntegro de los que tomaban las dificultades de cara. Era su amigo. Y le veía tan feliz al lado de Guiomar y a esta con Alvar, que sentía una gran congoja imaginándose que podían ser él y Hana. Le había regalado un cachorro de mastín a Nunho. «Trasgo» le había puesto de nombre el niño, el duende de las casas.

Espolones también les había dejado. Una mañana, simplemente no estaba cuando abrieron la puerta de la casa. Alvar le comentó a Martín que los buenos perros, al sentirse morir, se van de casa, quizás en un último gesto de afecto por sus amos, para no hacerles sufrir. ¡Su fiel compañero! Pareció comprender que algo terrible le había sucedido a Martín cuando regresó de Gegio, porque no se separó de su amo durante tres días. Por las noches diríase que hablaba con los espíritus, ya que aullaba con su voz bronca, quizás expresando también su dolor por la pérdida de Hana.

Pelayo aparecía por la aldea de vez en cuando. Después del episodio de Gegio se fue al monte y se hizo fuerte en él. Había reunido a un pequeño grupo de godos que como él renegaban del poder de los musulmanes. Se habían especializado en dar al invasor, como ellos lo llamaban, dolores de cabeza continuos. Igual apoyaban una revuelta en Gallaecia que asaltaban una caravana en Bergio o emboscaban a una partida de moros que se aventuraban por algún territorio dominado por ellos. Muy pocos clanes lo apoyaban, al menos con hombres. Los pueblos montañeses, fieles a su particular visión del mundo, consideraban un despilfarro de vidas y hombres el defender ideas abstractas tales como religión o reinos. Para ellos, sus valles, sus montañas, sus ríos... eso era el mundo. Como siempre decían, lo de afuera, para los de afuera. Pelayo se había casado con Gaudiosa, una cántabra dura y fuerte y casi inmediatamente habían tenido un hijo, Favila, y una hija Ermesinda.

Y también estaba Leonor. Leonor producía en Martín dolorosos sentimientos. Vivía tal y como prometió al salir de Córdoba, en una casa enorme que compró en Paelontium, capital de los luggones argandños, clan de Pelayo. Tres o cuatro veces al año, mientras las nieves lo permitían, se aventuraba hasta la aldea de Martín. Martín no había vuelto a salir del valle desde que volvió con Nunho de Gegio. Leonor llegaba como siempre, espléndida, con multitud de regalos para todos, sobre todo para Nunho. Martín no sabía qué pensar cuando la veía. Por un lado se alegraba sobremanera. La dama que era, se transformaba para adaptarse a la vida de la aldea.

Leonor se olvidaba de sus costosos ropajes y vestía de forma práctica. Hasta calzaba las galochas de madera para aislarse del barro que en la primavera, tras el deshielo, se formaba en multitud de lugares.

Leonor se quedaba en la aldea poco tiempo, como mucho diez días. Diez días en los que no paraba. Siempre se organizaba una fiesta con su llegada por la cantidad de presentes con que obsequiaba a los habitantes de la aldea. Sobre todo en forma de vino o viandas distintas de las que se podían obtener en el valle. En una ocasión portó unas frutas tan exóticas que toda la aldea habló de ellas durante mucho tiempo, aún lo recordaban: era el melón.

El problema residía en que Martín no sabía si disfrutaba o no de las visitas de Leonor. Sentía un regusto amargo. Generalmente se enteraba de su llegada por un alborozado Nunho que llegaba a casa gritando que llegaba Leonor. Luego, se encontraban y durante la estancia de Leonor en la aldea hablaban a menudo siempre de forma amigable; pero con un invisible muro entre ellos: el recuerdo de Hana. Pasados nueve o diez días, Leonor se marchaba y Martín sentía que algo se le desgajaba en su interior, aunque ese mismo sentimiento, por la noche en la cama, cuando hablaba con Hana, le atormentaba. A pesar de no tener ningún contacto fuera de la amistad con Leonor, sentía como si fallara a Hana cuando se encontraba triste porque Leonor volvía a Paelontium o alegre por que le anunciaban su llegada.

Y ahora tocaba alegrarse. Esta vez fue Carola, la madre de Alvar, la que le avisó de que llegaba Leonor. Martín volvía de dar uno de sus paseos recolectores cuando llegó al aprisco de Carola y Alvar. Bernardo, el padre de Alvar, había muerto hacía unos años.

—Martín, hijo —Carola nunca le había apeado el tratamiento de hijo—, se dice que viene Doña Leonor, la han visto coronando el paso.

Martín sintió esa alegría por la inesperada llegada de Leonor, la que luego le atormentaba. Era una visita inesperada porque hacía apenas un mes que Leonor se había marchado, con lo cual era una visita muy seguida a la anterior.

Se dirigió a paso vivo a la entrada de la aldea por donde, en efecto, entraba Leonor montando en su caballo árabe. Le extrañó que su habitual comitiva de borricas con alforjas cargadas hasta los topes no la acompañase. Únicamente tres de sus sirvientes iban con ella.

Leonor se bajó grácilmente del corcel y saludó a Martín dándole un casto a la vez que turbador abrazo. Martín aspiró de nuevo el conocido aroma de su pelo que pese al viaje no perdía su perfume. Sabía que por la noche, con Hana, se disculparía por haberse dejado llevar por los recuerdos.

—Tengo noticias preocupantes de Pelayo —dijo Leonor tras haber saludado a un gran número de vecinos y estar en un aparte con Martín.

—¿Le han cogido preso? —preguntó con angustia Martín.

—No. Me he enterado por mis fuentes —Leonor estaba como siempre entremezclada con la alta sociedad árabe y cristiana— de que Munuza, harto de las

aventuras de Pelayo, ha hecho llamar a un general para que acabe con él.

—Para eso tendrá que encontrarlo —dijo confiado Martín.

—Lo encontrará. Con suficientes armas, un ejército y un general decidido, lo encontrará y lo matará. Munuza sabe que Pelayo cuenta cada vez con más partidarios y quiere acabar con el problema de raíz.

—La montaña es grande.

—Ha hecho venir a Alqama, un rudo general. Y lo acompaña un viejo conocido, el obispo Don Oppas —dijo Leonor con desprecio.

Martín sintió un escalofrío. El obispo Don Oppas había traicionado a Don Rodrigo en la batalla del río Lete. Se había pasado al enemigo. Es más, hasta Toledo acompañó a Tariq, entonces general del ejército invasor. Identificó a los nobles que apoyaban a Don Rodrigo e hizo que los ejecutaran. Y en la guardia personal de Don Oppas estaba Don Siro. Notó que el corazón le palpitaba más deprisa al pensar en ese hombre. Todas las veces que se había cruzado en su camino, había provocado la desgracia en sus allegados. Ahora, cuando Martín ya se había olvidado de todo y de todos, llegaban a su tierra nuevamente a sembrar dolor.

—Tienen instrucciones precisas de Munuza —continuó Leonor—. Deben traer todos los efectivos yemeníes de la guarnición de Bergio, se juntarán con los hombres acuartelados que tiene Munuza en Gegio y asaltarán la montaña. Buscarán a Pelayo, y si huye, irán arrasando aldea por aldea toda la montaña.

Eso ya era demasiado. Martín notó que se le secaba la boca. La amenaza era evidente. Todas las aldeas, todos los clanes estaban en peligro. Los de afuera querían entrar y querían hacerlo a sangre y fuego.

Martín organizó todo en esa misma tarde. Habló con Servando, el jefe del poblado tras la muerte de su padre Segismundo. Acordaron enviar mensajeros a las aldeas y clanes vecinos para celebrar esa misma noche una reunión en la aldea. Así se hizo, alrededor de una enorme pira como la que se hacía cuando se celebraban fiestas, se reunieron los jefes y los mejores hombres de los clanes de la contornada. Martín hizo una exposición vehemente del problema que les amenazaba. No ocultó su anterior paso por el ejército ni la personalidad del enemigo. Hubo un rumor de preocupación cuando acabó su disertación.

—¡Si no nos unimos en la lucha, arrasarán nuestras aldeas! ¡Una tras otra! —afirmó a voz en grito Martín viendo que cada vez se hacían más corrillos.

—Siempre podemos entregar a ese tal Pelayo, a fin de cuentas es un godo —dijo un joven jefe de un clan venido de las montañas más al este.

—¡Yo también soy godo! — casi gritó Martín provocando turbación en el joven. Era verdad, era tan montañés como todos los congregados en la reunión, pero, a la vez, era godo por sus orígenes— Y ese tal Pelayo, como decís —se dirigió Martín al joven— es el que ha impedido que de momento no tengamos incursiones de moros en nuestras tierras. Pero si él desaparece, no dudéis de que los moros vendrán. Llegarán como conquistadores y como tal se comportarán. Nos impondrán leyes y tributos y

tendremos que acatarlos.

—Nunca los hemos acatado y no sé por qué en este caso debería ser distinto —respondió aún el joven defendiendo su postura.

—Porque en este caso, el conquistador viene a quedarse. Y no tolerará insurrecciones ni zonas de vacío, porque eso sería un mal ejemplo para otras zonas de la Península.

—¿De qué Península nos hablas? —preguntó una voz ronca desde las sombras.

—Somos parte de un todo que los árabes llaman Spania. Ellos no tolerarán dominar Spania por cachos. No lo hicieron los romanos en el pasado y sabéis que ellos fueron los únicos que nos conquistaron. Aún utilizamos las calzadas que construyeron entre nuestras montañas y por las que desfilaron sus ejércitos.

—Pero ellos nos dejaron en paz.

—Su capital estaba lejos, en Roma. Ahora, la capital está a diez días a caballo, en una ciudad de Spania que se llama Córdoba. Y en Córdoba hay un rey que se proclama también rey de nuestras montañas.

—¡Si aún no las han tomado! —exclamó otra voz.

—¡Por eso vienen! —finalizó Martín notando cómo los hombres al fin comprendían el peligro con que se enfrentaban.

LI

Dos días después de la presentación de los hechos por parte de Martín, acudieron a la aldea más de cien hombres procedentes de las aldeas y poblaciones de todos los clanes que habían participado en la reunión. Iban a pie y pobremente armados con cuchillos, hachas, arcos y hondas. No eran guerreros en el sentido como se conocía en el resto del mundo; pero eran hombres recios, bragados por la dureza de la montaña. La pobreza de su armamento la sustituían por un perfecto conocimiento de su entorno y por siglos de luchas de guerrillas. Sabían desplazarse infatigablemente por el monte y conocían todos los atajos, con lo que eran capaces, y así lo habían demostrado desde la antigüedad, de hostigar infatigablemente a un ejército.

El mismo Pelayo conocía la montaña como nadie. Aunque Martín no sabía exactamente de dónde era originario, sabía que tenía tierras en Tiaña y que su mujer, Gaudiosa, era de Cosgaya, localidad cántabra cercana a donde Pelayo criaba caballos. Con este matrimonio había estrechado lazos entre clanes cántabros y astures. De hecho, varios de sus hombres más cercanos eran cántabros del Valle de Liébana.

Martín recibió a los hombres que habían llegado a la aldea y después de saludar a los diversos jefes de los clanes, partieron hacia el Monte Auseva, en Onís, donde Pelayo estaba organizando la defensa.

La caravana cruzó estrechos desfiladeros y escarpadas cumbres y, por fin, llegó al Monte Auseva al final de una agotadora jornada de marcha. Pelayo los recibió con gran alegría. Al ver a Martín casi se le saltan las lágrimas. Los dos hombretones se abrazaron. La emoción del momento y la tensión que se respiraba previa a la batalla, hacía que los sentimientos se desbordaran.

Pelayo apreciaba a Martín, su viejo amigo, y sabía que era un guerrero como pocos. Un tiempo después de su llegada, alrededor de un gocho asado en su honor, empezaron a hacer planes para la batalla. Tras no pocas especulaciones e ideas y no menos tragos de vino, se acostaron percibiendo ese sentimiento de camaradería que solo los grandes retos y los grandes peligros genera en los hombres.

Al amanecer se reunieron los jefes de todos los clanes que habían acudido en ayuda de la defensa de la montaña. Lo primero que debían decidir era la jefatura de sus fuerzas. Muchos abogaron por Martín, en especial los jefes de los clanes que había reclutado en su aldea. Otros apoyaban a Pelayo. Al final de una lenta e irritante discusión en algunos momentos, Martín tomó la palabra. Se levantó y, sin más preámbulos, se dirigió a los hombres allí congregados.

—Mi apoyo para que nos lidere en esta cruzada, se lo doy a Don Pelayo —dijo utilizando el Don como modo formal de respeto a su amigo—. Y en él deposito mi confianza y la fuerza de mis hombres.

Su apoyo fue decisivo. Los jefes que tenían aún alguna objeción, viendo que los

dos principales líderes se ponían de acuerdo, dejaron de lado sus propuestas y apoyaron a Don Pelayo. Así, se le nombró jefe de las tropas del Monte Auseva. Para que todos los guerreros del campamento fueran conscientes, se utilizó el viejo modo de elevación de un hombre a la jefatura de un clan o un pueblo; para ello, subieron a Pelayo sobre un gran escudo. A continuación, cuatro fornidos hombres elevaron el escudo sobre sus hombros para después pasear de esa manera, con Pelayo de pie encima del escudo, entre las fuerzas que componían el campamento a fin de que todos los hombres lo aclamaran.

Después de la ceremonia, Pelayo se reunió con sus lugartenientes, entre los que estaba por supuesto Martín y El Tuerto: analizaron el terreno y la estrategia. Sabía que los moros, encabezados por Alqama les buscarían allá donde estuviesen. Tenían los musulmanes tanta confianza en sus fuerzas, muy superiores en número y armas, que querían practicar un acoso constante sobre los montañeses hasta aniquilarlos. Debían aprovecharse de esa confianza.

En total, los efectivos de Pelayo rondaban los mil quinientos hombres. Calculaban que el ejército de Alqama lo componían unos dieciocho mil. La proporción era de cerca de dieciocho moros por cada montañés, una proporción ciertamente devastadora a favor de los moros. Sin embargo, Pelayo no se desanimó. Era un gran soldado que desde muy joven se había educado estudiando a los clásicos y las tácticas guerreras de la antigüedad. Después de elaborar la estrategia con sus mandos, se dirigió a sus hombres reunidos en una explanada:

—¡Soldados! —Llamó con su voz atronadora—. Hace muchos siglos, Cayo Mario, un general romano, venció a los Teutones en Vercelae. Mario contaba con tan solo tres mil hombres frente a los más de doscientos mil Ambrones que componían las fuerzas teutonas; pero eligió el terreno para la batalla. Frente a los que le llamaron loco por enfrentarse a tan gran ejército, Mario objetó que el desmesurado tamaño de las fuerzas teutonas sería precisamente la causa de su derrota. Así fue. Mario dispuso a sus hombres de tal manera que los Teutones en su avance no podían atacar con todos sus efectivos a la vez. Es más, se estorbaban y se aplastaban entre ellos al intentar avanzar. La sólida defensa de Mario y sus hombres hizo que el propio ejército de los Ambrones se matara entre ellos al aplastarse y pisotear a los que caían. Al final, la batalla se decidió a favor de Mario. En el campo de batalla quedaron cien mil Teutones muertos. Mario apenas perdió a trescientos hombres.

Los hombres le escuchaban en silencio impresionados. Martín advirtió la astucia de Pelayo al dirigirse a sus hombres de esa manera. Por un lado comparaba las dos batallas presentando a un enemigo muy superior en número, como era el caso; por otro, les daba esperanzas aportando referencias de batallas pasadas en donde, con las mismas condiciones, otros hombres habían salido victoriosos.

—Debemos obrar con audacia y con determinación. El momento es ahora y el lugar el que elijamos. ¡ESA ES NUESTRA VENTAJA! ¡Y ESO SERA LO QUE NOS DE LA VICTORIA! —acabó gritando para dar fin a la arenga.

Los hombres saludaron las palabras de Pelayo dando golpes con las espadas en los escudos. Una gran aclamación llenó la montaña. En ese momento llegó un mensajero. Las tropas de Alqama estaban a menos de medio día de distancia, y se dirigían hacia donde estaba Pelayo.

—Es la hora de la verdad —anunció dirigiéndose a sus capitanes.

Pelayo sonrió. Se abrazó a Martín.

—Suerte, Martín: dependemos de tus fuerzas.

—Suerte, Pelayo: dependemos de tu sabiduría.

La batalla era inminente.

LII

PELAYO había dividido sus fuerzas entre las cimas del Monte Ginés y el Monte Auseva. En el Monte Auseva una cueva, la Cueva Longa, o Covadonga, se asomaba a un precipicio debajo del cual aparecerían las fuerzas de Alqama. En realidad, el ejército bereber no tenía otra opción; la orografía del sitio era tal que el ejército moro solo podía entrar por donde estaba haciéndolo, un paso estrecho y angosto en donde el ejército no podía desplegarse. Llegarían a la base de la montaña en la que se localizaba la cueva en donde esperaba Don Pelayo con ciento cincuenta hombres. Y desde allí no había ninguna salida. Los montes formaban un cerrado natural al cual solo se accedía por donde estaba el ejército de Alqama.

Alqama al conocer la situación, se sintió seguro de su victoria. Pelayo —pensaba Alqama—, aunque estaba en una cueva a gran altura, no podría escapar. No había salida. Él con su poderoso ejército controlaba la única. Era increíble lo iluso que había sido Pelayo al escoger el lugar, o eso pensaba el general bereber.

El ejército moro se introdujo en la planicie de debajo de la cueva y allí se asentó, al menos en parte, ya que un gran número de efectivos quedó en el desfiladero de entrada al ser imposible alojar a todo el ejército en la pequeña llanura. Pelayo se asomó a la boca de la cueva mientras de las filas del ejército moro una figura subió hasta una gran piedra que, situada sobre un montículo, se elevaba un poco sobre el ejército bereber. Se trataba de un hombre recio, de una edad que rondaría los sesenta años y que lucía una bien cuidada tonsura.

—Don Pelayo, soy Oppas, obispo de Córdoba. Mi señor Ambassa, emir de Córdoba, me envía para que negocie contigo el fin de la lucha.

Oppas, el hermano de Witiza, el obispo traidor que abandonó la batalla en Lete permitiendo que el rey Don Rodrigo cayese en una trampa. Él era el elegido para tratar de convencer a Pelayo a fin de conseguir su rendición.

—No soy yo el que he salido de casa a pelear —respondió Pelayo asomado a la boca de la cueva incrédulo de que se hubiese atrevido precisamente él ir a buscarle.

Martín, lejos de donde se estaba desarrollando la escena, solo atinaba a ver a un hombre parlamentando con Pelayo. Desde luego no acertaba a escuchar nada. Además de la lejanía, una fina lluvia que no cesaba desde hacía casi una semana, amortiguaba aún más el sonido de las palabras. Por supuesto, también lo hacía con los sonidos que sus hombres hacían por la montaña, por lo que estaba encantado con el clima. Su posición era cada vez más alejada de donde estaba Pelayo. Debía situarse con sus hombres en la cola del ejército moro. Allí estaría la retaguardia y los suministros. Y allí estaba su puesto. Con sus cien hombres procedentes de las aldeas y clanes vecinos, y otros doscientos que le había añadido Pelayo de sus fuerzas, se desplazaba con agilidad y premura por las cimas rocosas. La tensión era máxima

aunque los hombres avanzaban a buen ritmo deseosos de entrar en combate. Cada cierta distancia, siempre con el ejército musulmán a sus pies a lo largo del angosto paso, dejaba diez hombres a los que ordenaba aprovisionarse de abundantes piedras y troncos y esperar la señal. Por fin, llegó a la cola del ejército. Los soldados bereberes permanecían ociosos lejos del frente. Las numerosas carretas que portaban los útiles y víveres del ejército formaban una enorme fila. Después de hacer un recuento, tras haber ido posicionado hombres en el trayecto, se encontró que disponía de un contingente de casi ciento cincuenta hombres para hacer efectivo el plan. Ordenó a la mitad de los hombres que bajaran tan cerca como fuera posible hasta la cola del ejército bereber sin que les localizaran y se quedó con el resto aguardando a que comenzara la batalla.

Pelayo, por su parte, continuaba el diálogo con el obispo Don Oppas. Don Oppas en ese momento se dirigía a él en estos términos:

—Hermano, dejemos las rencillas dialécticas y vayamos a lo que importa. No tenemos por qué pelear. Si todo el ejército goda no fue capaz de detener al imperio ismaelita, ¿cómo lo vas a conseguir tú, hijo mío, desde arriba de este pico? Lo veo francamente difícil.

Ante la sonrisa irónica de Pelayo, continuó hablando el obispo:

—Escucha mi consejo, hermano, revoca la voluntad de tu ánimo. Te prometo que serás recompensado si te unes a las fuerzas del emir.

Pelayo tras escuchar la propuesta del obispo le respondió apelando a las escrituras de las que era un gran conocedor por ser un hombre muy pio.

—¿Acaso no pone en las Sagradas Escrituras que la iglesia de Dios es como una pequeña semilla que por la gracia del Señor puede crecer hasta formar un gran árbol? —dijo con su voz atronadora.

El obispo, asintió, no sabiendo a donde quería ir a parar Don Pelayo. En ese momento Pelayo prosiguió enarbolando una sencilla cruz de roble en su mano.

—Pues bien, nuestra fe es Cristo, y desde este pequeño monte, plantaré la semilla de lo que será otra vez, por la gracia del Señor, la restauración de la nación goda y la restauración de la verdadera fe en Dios. Por ello, además te exijo que no vuelvas a llamarme hermano, ya que has vendido tu patria y tu fe a esta multitud de árabes a los que desprecio y a los que no tengo ningún miedo. Por lo que respecta a la lucha con que nos amenazas, tenemos a Jesucristo de nuestra parte apoyando y dando fuerzas a estos pocos soldados.

Una gran ovación saludó las palabras de Pelayo; provenía de los hombres que le acompañaban en la cueva.

El obispo don Oppas, bajó de la roca y se dirigió hacia el general Alqama, que divertido, observaba el diálogo mantenido.

—Avanzad y luchad. Ya habéis oído lo que me respondió. Dada su voluntad, solo por la espada tendréis acuerdo y paz.

Alqama desenvainó la espada y ordenó atacar la gruta.

Miles de gargantas gritaron entonces. Hasta Martín, bastante alejado de la cueva, lo escuchó con nitidez. Los moros cargaron las hondas y los arcos y lanzaron una nube de saetas y rocas hacia la cueva en donde Pelayo y sus hombres se apresuraban a organizar la defensa.

La primera andanada cayó casi por entero encima de los bereberes que se situaban justo al pie del farallón. La cueva estaba ligeramente inclinada en la pared hacia el vacío. Tras el impacto de cientos de proyectiles sobre las rocas, estos rebotaron hacia abajo, resultando mortales para las huestes de Alqama que, por efecto del exiguo espacio, se agolpaban al pie de la montaña. Tras esta primera andanada, Pelayo ordenó a los suyos que dispararan. Los honderos y los arqueros de Pelayo no fallaron. Era prácticamente imposible. Tal era la aglomeración de soldados enemigos en el pequeño valle, que constituían un blanco perfecto pese a que no se apuntara. Tras esta andanada, sobrevino una segunda de las fuerzas árabes que tuvo idéntico resultado que la primera, pues fue a caer sobre sus propias huestes tras rebotar en la roca. Cierto es que algún proyectil entraba por la boca de la cueva, pero eran los menos. Además, Pelayo había organizado una empalizada de escudos en previsión de esta posibilidad, con lo cual apenas sufría bajas.

Pelayo hizo sonar los cuernos. Era la señal acordada para que el ataque cristiano se realizara con toda su potencia. De las crestas de los montes que rodeaban el valle, emergieron las fuerzas al completo de Pelayo. Todos los soldados cristianos portaban arcos u hondas. Era una batalla en la que prácticamente no habría lucha cuerpo a cuerpo. Una miríada de proyectiles cayó entonces sobre los aturcidos musulmanes. Allá donde miraran había un enemigo en los altos lanzándoles piedras o dardos. El caos empezó a dominar a los árabes.

Martín al oír los cuernos sonar, lanzó el ataque. Prendieron unas flechas untadas con pez y las lanzaron justo contra los primeros carros que portaban forraje para los caballos y las bestias de carga. Los carros prendieron al instante pese a la persistente lluvia. Tras la sorpresa inicial, la cola del ejército reaccionó de la manera que preveían Martín y Pelayo. Las llamas hicieron que se separaran los soldados de las provisiones y empujó a los soldados hacia el cañón ya repleto de hombres que no podían desplazarse hacia delante. Los carros y los arrieros quedaban separados de los soldados. Martín dio orden a los hombres que permanecían más cerca de ellos abajo para que se hicieran con los carros y taponaran la salida del desfiladero. La segunda andanada de Martín fue de hondas y flechas que caían sobre la retaguardia del ejército moro. La desbandada en sus filas fue total. Los hombres, huyendo de los proyectiles, empujaban a sus compañeros hacia dentro del cañón mientras caían a cientos. Además, la retaguardia del ejército moro estaba formada por la caballería, dado que esta no entraría en combate por la orografía del terreno. Los caballos, al ver cerrado el paso por los carros en llamas, huían espantados del fuego siempre hacia dentro del cañón en el que ya se hacinaban las tropas.

En la boca de la cueva, la situación no variaba demasiado. Pese a que Alqama

trataba de organizar las defensas, y preparar un ataque decisivo, la insistente lluvia de objetos y flechas estaba causando una sangría en sus hombres. Además, empezó a percibir cómo, fruto de la presión que se estaba creando en la cola del ejército, cada vez irrumpían más hombres en la llanada pisando y aplastando a los caídos.

Tras casi una hora de hostigamiento total, la batalla estaba claramente del lado de las fuerzas de Pelayo. Pese a que Alqama había ordenado que se cubriera a los arqueros para que estos pudieran disparar de forma continuada sobre los defensores de la cueva —realmente los únicos expuestos a los proyectiles de los árabes—, parecía que las fuerzas de los hombres de Pelayo no menguaban. Alqama no entendía cómo era posible. Por bien fortificados que estuvieran adentro, la cantidad de flechas que llegaban a la boca de la cueva era tal que por fuerza debían tener bajas; pero cuando se asomaban a disparar parecía que no faltaba ningún defensor. La boca de la cueva se veía poblada de lado a lado de arqueros y honderos que los machacaban sin parecer tener bajas entre ellos. Lo que no sabía Alqama era que, a diferencia de él, Pelayo no se había metido en un lugar sin salida. Al pie de la cueva, una cascada procedente de la vega de Orandi proporcionaba a sus soldados una salida para evacuar a los heridos y sustituirlos por soldados de refresco.

Martín, a medida que avanzaba hacia la cueva, siempre por los altos, enlazaba con los soldados que había apostado en las cumbres y a los que había encargado recoger piedras y troncos. Cuando llegaba hasta ellos, entre todos lanzaban lo recogido sobre las indefensas fuerzas bereberes que seguían huyendo hacia delante. En la llanada, los atacantes, ahora atacados, pisaban sobre los cuerpos de sus compañeros caídos. La batalla se estaba convirtiendo en una matanza. Y así siguió durante un buen rato. Finalmente, los moros, huyendo ya en desbandada monte arriba, consiguieron llegar a una cima para desde allí iniciar una huida por un territorio desconocido para ellos. Otros, heridos o simplemente agotados se rindieron en la llanada. Pelayo detuvo el ataque cuando en el valle apenas quedaban hombres en pie. En el fondo del valle y en el desfiladero que discurría hasta él, quedaron más de quince mil muertos de las fuerzas árabes. Pelayo apenas lamentó treinta bajas.

Destinó a varios de sus hombres para que fueran a perseguir a las fuerzas moras que en desbandada habían huido por los montes. La consigna era no dejar de hostigarles, aunque sin entablar batalla. Aún muy menguados de efectivos, los moros huidos no serían menos de dos o tres mil hombres. Pese a su elevado número, eso mismo los hacía vulnerables. Sin suministros y en un paraje tan hostil y tan desconocido para ellos como las altas montañas, tanta cantidad de hombres serían fuente continua de conflicto. Solo había que acosarles cuando se dirigieran hacia alguna aldea. Había que procurar que siguieran por la montaña. El clima, el hambre y las penalidades harían el resto.

Martín llegó junto a Pelayo y se fundieron en un gran abrazo. Martín tan solo había tenido tres bajas entre los hombres que habían bajado hasta los carros. Juntos se dirigieron hacia la llanada en donde los soldados de Pelayo ya procedían a concentrar

a los prisioneros.

Nada más llegar al fondo del valle, un soldado de Pelayo le informó de que el general Alqama había sido hallado muerto. Pelayo le dio las gracias y se dirigió hacia el grupo de prisioneros. Apenas eran doscientos y muchos estaban heridos. Martín caminaba al lado de Pelayo, cuando con sorpresa constataron que tenían un ilustre prisionero. Se trataba del obispo Don Oppas.

Pelayo se colocó frente a él y lo saludó con ironía.

—Señor obispo —dijo con voz meliflua.

—Misericordia, Don Pelayo —solicitó el obispo.

—Creo que eso lo decidiremos más adelante.

Martín sintió que se le erizaba el cabello al descubrir a una figura detrás del obispo. Aunque con múltiples magulladuras y cubierto de barro, reconoció la nariz ganchuda y los ojos fríos de Don Siro. Se plantó delante de él mirándole fijamente.

Don Siro tenía la mirada baja como queriendo evitarse protagonismos. Al notar que alguien se había detenido a su altura, levantó la mirada para ver a un enorme montañés que le miraba con ojos furibundos. Había algo que le recordaba a alguien de su pasado, pero no acertaba a localizarlo. De pronto, el montañés se dirigió a él.

—¡Don Siro! Cómo no. Mala hierba, nunca muere —dijo Martín con una voz que cortaba más que una espada.

Don Siro miró con más detenimiento al montañés y, de pronto, lo reconoció al tiempo que un sudor frío le recorría el cuerpo.

Martín vislumbró el miedo en los ojos de Don Siro.

—¿Has venido con tu cohorte de asesinos y violadores? —preguntó Martín incisivo.

Pelayo intervino:

—Martín, sé quién es este hombre —señalando a Don Siro— y soy consciente de que ha hecho cosas terribles; pero no temas, lo juzgaremos y le aplicaremos el castigo que le corresponda.

Martín miró a su amigo Pelayo. Tenía razón, él no era un asesino y nunca se perdonaría matar a sangre fría a un ser humano, aunque fuera tan odioso como Don Siro. Por otro lado, conocía las duras leyes de la montaña y no quería estar en la piel de Don Siro cuando le juzgasen.

Pelayo volvió a dirigirse a Martín.

—Necesito que ahora vayas a por Munuza. Únicamente se ha quedado con una pequeña guarnición y nuestra victoria no será completa hasta que le expulsemos de nuestras tierras.

Munuza. Sí, era justo que fuera él quien se enfrentase al gobernador bereber. Martín obedeció. Formó un nutrido grupo de jinetes y partieron hacia Gegio. Era increíble, en un mismo día tendría la oportunidad de derrotar a los hombres que habían marcado su vida con la desgracia: Don Siro y Munuza.

Llegó a Gegio al día siguiente y se encontró con que Munuza, avisado de la

derrota de Covadonga, había huido temeroso de que la población de la ciudad costera atacase el cuartel. Por las indicaciones de algunos ciudadanos dedujeron que se dirigía a la meseta. Hacia allá galoparon por la calzada romana que ochocientos años antes construyeran aquellos maravillosos ingenieros. Munuza solo podía huir por el enclave del puerto de la Mesa. La otra calzada romana que podía haber utilizado era la llamada Carisa y en ella había un destacamento de los astures en una fortificación llamada el Homón que habían construido en la cima del puerto, tal y como ya lo habían hecho setecientos años antes los romanos en ese mismo enclave. Por ello galoparon hasta el puerto de la Mesa. La calzada unía las poblaciones de Gegio con Astorga. Ya casi llegando al puerto de montaña divisaron al grupo de Munuza bajando del monte, ya en tierras leonesas, Munuza había descabalgado a sus hombres intentando presentar batalla; pero Martín al verlos azuzó a su caballo hacia la confrontación. Sus hombres siguieron ciegos a su fornido jefe que galopaba como un loco contra los bereberes.

El choque de las dos fuerzas fue brutal. La sed de victoria y el empuje de los cristianos resultó fundamental. Martín descabalgó en medio de la refriega mientras gritaba el nombre del hombre que había mandado matar a su mujer, a Hana. Munuza se le apareció como por encanto. Con las espadas en alto comenzaron la lucha. Martín asestaba enormes mandobles con sus poderosos brazos a un Munuza que solo acertaba a parar a duras penas los envites de su adversario. Del encuentro de las dos hojas, saltaban chispas. Munuza solamente podía retroceder ante el empuje de Martín que parecía inasequible al cansancio que imponía el manejo de un arma tan grande y pesada como la espada visigoda. Pero Martín, además de entrenado con un hacha aún más pesada, tenía la fuerza que da la ira. En un golpe particularmente violento, Martín partió la espada de Munuza por la mitad. En ese momento, dos moros que vieron a su jefe en apuros se abalanzaron gritando sobre Martín. Este, viendo el ataque de los soldados, clavó la espada en el suelo y lanzó con mortal precisión sus franciscas sobre los bereberes. Por el rabillo del ojo observó cómo Munuza intentaba aprovechar el momento para abalanzarse sobre él blandiendo un puñal. Martín desclavó la espada del suelo y se giró para, con un movimiento fluido, cortarle limpiamente la cabeza al otrora general bereber.

Había vengado a Hana.

LIII

MARTÍN regresó a Covadonga después de la persecución y muerte de Munuza y sus hombres. Tras las agotadoras jornadas de la batalla y la búsqueda de Munuza en el Puerto de la Mesa, Martín decidió dar a sus hombres un descanso. De hecho, hasta sus monturas estaban agotadas. Así, regresaron pasados dos días. La noticia de la victoria sobre los moros había corrido de pueblo en pueblo. La gente les saludaba al saber que eran soldados. E incluso se les unió algún que otro habitante de las aldeas para engrosar así el ejército de don Pelayo.

Al llegar, encontraron a Pelayo atareado organizando defensas por si un nuevo contingente musulmán regresaba.

—Martín, gracias a Dios, estás bien. Cuéntame —pidió Pelayo mientras se abrazaba a Martín dándole grandes palmadas en la espalda.

—Munuza ya solo es historia. Su cabeza rodó, como rodó la de Hana —informó Martín—: Gegio está libre.

—¡Bien! —exclamó enérgicamente Pelayo. Era evidente que a pesar de los días transcurridos desde la batalla, aún se mantenía en tensión.

—¿Se sabe algo de los moros huidos por la montaña? —preguntó Martín.

—Nada aún. Pero deben estar pasándolo muy mal. Ya ves cómo llueve ahora —dijo tendiendo la mano hacia delante para hacer ver que el agua le rebotaba en el dorso de la mano, aunque era un gesto innecesario pues la lluvia no había abandonado la zona desde antes del día de la batalla—. No ha parado de llover ni de día ni de noche. Es más, hubo una pavorosa tormenta anoche en la que cayó tal cantidad de agua que no se veía un caballo a treinta pasos.

Martín ya la había sufrido en el camino hacia Covadonga. Los prados eran enormes lagos y en muchos sitios el barro dominaba el paisaje. Conocedor de las montañas, sabía que las rocas desnudas eran sumamente resbaladizas cuando se mojaban. Además, encontrar refugio en las alturas para una muchedumbre de casi dos mil almas, era imposible. Así que estarían exhaustos y calados hasta los huesos. Por no hablar del frío de la noche, cuando las temperaturas bajaban hasta casi helar. Sabía por experiencia que la noche se hacía terriblemente larga en esas circunstancias. No, decididamente no envidiaba a los moros huidos.

—¿No crees que puedan ser peligrosos esos moros? —preguntó Martín pensando en su aldea, situada en las montañas.

—Lo creo, por eso he mandado otro contingente de hombres por los valles, para tener a las gentes de la montaña informada. Prácticamente todos los clanes deben estar sobre aviso en estos momentos.

Martín apreció una vez más las dotes de gran estratega de su amigo Pelayo. No se había olvidado de los clanes pequeños, ni de los enclaves perdidos en los montes.

Quería tener todo controlado incluso en un entorno tan complicado como era la montaña.

—¿Y los prisioneros?

Pelayo, esbozó una sonrisa.

—Hay que juzgarlos. Tienen muchos y duros crímenes que purgar. He creído conveniente esperarte. Además, dado que uno de los prisioneros es un viejo conocido tuyo, he pensado que el juicio debiera realizarse en tu aldea.

—¿En mi aldea? —preguntó incrédulo Martín.

—Creo que es lo más conveniente. Hay un testigo de su crueldad extrema que no podría desplazarse hasta aquí para declarar.

Martín agradeció el gesto de Pelayo. Ciertamente, Leandro era un testigo a la vez que la prueba más notoria de la crueldad que había exhibido Don Siro a lo largo de toda su vida. Y Pelayo volvía a dar muestras de su gran inteligencia al apoyar a su amigo y compañero de tantas aventuras a la vez que impartía justicia.

En esos momentos se escuchó un gran revuelo en el campamento. Un emergente barullo fue convirtiéndose poco a poco en un griterío generalizado. Pelayo y Martín dirigían la mirada hacia el origen del escándalo. Un hombre con un paño atado sobre un palo corría hacia el centro del campamento. Los soldados con los que se cruzaba gritaban al encontrarse con él. Tras ello, le acompañaban corriendo a su vez.

Al fin entendieron el grito que emergía de cientos de gargantas.

—¡Victoria! ¡Victoria!

Martín y Pelayo se aproximaron a donde estaba el hombre de la bandera. Cuando llegaron, pese a estar sin resuello, el hombre hincó una rodilla en tierra frente a Pelayo.

—Victoria, Don Pelayo —dijo casi asfixiado.

En su cuerpo se adivinaba el castigo que había sufrido hasta llegar a dar la buena noticia. Unas tremendas ojeras daban fe de que estaba exhausto. Y sus piernas, fuertes y musculadas, aparecían llenas de moratones y pequeñas heridas de su carrera entre los riscos. Sin embargo, todo esto lo tapaba su sonrisa franca, sincera, enorme; la sonrisa del que se siente orgulloso de su cometido. Martín se fijó entonces en el estandarte que portaba el mensajero. Se trataba de un paño con una cruz pintada en él. Era una clara referencia a la cruz que Pelayo exhibió frente a la morisma de la llanada de Covadonga. Las gentes de la montaña, ya tenían su primer símbolo de la batalla.

Un asistente de Pelayo le ofrecía al cansado mensajero un odre con vino y unos trozos de cecina y pan.

El corredor elevó el odre por encima de su cabeza y el vino cayó con abundancia sobre su boca ansiosa. Tosió atragantado por el caudal del chorro que vertía el odre, mientras los hombres que lo rodeaban esperando su relato, reían observando la escena.

Tras recuperarse del acceso de tos, pidió perdón por haber derramado parte del vino. Ese era el carácter de las gentes humildes de la montaña. Se había jugado la

vida entre peñas y riscos. Había corrido durante horas salvando abruptos desniveles. Todo para llevar un mensaje a su general. Y al llegar, exhausto, sediento, golpeado, calado y derrengado, se sentía mal por haber derramado un poco de vino.

—Siéntate soldado, y cuéntame a qué victoria te refieres —le pidió Pelayo con una sonrisa indicando unos troncos cercanos para que descansara el mensajero.

—Vengo de Cosgaya, al otro lado de las montañas —dijo aún con la voz entrecortada.

Martín se quedó helado. Cosgaya era un pueblo situado en tierras de los cántabros. Era una travesía tremenda hasta Covadonga. Aún era más encomiable el esfuerzo del buen hombre. Pelayo, de hecho, conocía bien la zona. Era el pueblo de su mujer Gaudiosa y en donde criaba caballos antes de ser perseguido.

—Un soldado nos comentó la gran victoria que se había producido en la Covalonga, y nos había avisado de que un contingente de moros que huían, estaba próximo al pueblo. Los hombres que quedamos en el pueblo tomamos las armas dispuestos a impedir que entrasen. Su propia esposa, Doña Gaudiosa, nos alentaba.

Pelayo asentía escuchando el relato y cuando oyó nombrar a su esposa, a Martín le dio la sensación de que se recrecía de orgullo.

—Nos dirigimos hacia el Monte Subiedes, que era por donde nos indicó el soldado que aparecerían. Poco antes de llegar, un enorme estruendo seguido de gran griterío nos recibió. Debido, sin duda, a la intervención divina, un gran argayo se había llevado por delante a más de la mitad de los moros mientras rodeaban el monte.

Martín, más pragmático, echó la culpa del desprendimiento de tierras a las incesantes lluvias de los últimos días. A no dudar, el suelo de la ladera estaría suelto tras horas y horas de agua cayendo sin cesar.

—Aprovechamos el caos tras el corrimiento de tierras para atacar a los supervivientes, que, con el miedo en el cuerpo, trataron de vadear el río Deva. Al estar muy crecido por las aguas de estos días, se ahogaron casi todos. Otros moros se rindieron, estaban muy mal y lloraban de rodillas pidiendo clemencia.

—Gracias por tu informe soldado. Ahora come y bebe tranquilo, te lo has ganado. Te nombraré mi portaestandarte —dijo Pelayo dándole una palmada en el hombro mientras el soldado demudaba la expresión al oír la distinción de que le hacía gala el general.

—Son excelentes noticias, Pelayo —comentó Martín congratulándose de que la campaña hubiese acabado de manera tan benigna para sus tropas.

—Lo son, Martín, lo son.

Y tras unos momentos en que parecía pensar algo, aún agregó:

—Voy a mandar aviso a todos los clanes. En una semana nos veremos en tu aldea para celebrar los juicios a los presos.

Martín, al escucharlo, sintió que iban a ser los siete días más largos de su vida.

LA gente había llegado desde los rincones más remotos de las montañas. Una enorme cantidad de hombres se querían unir a las fuerzas de Don Pelayo animados por una victoria tan rotunda sobre un enemigo superior como fue en la batalla de Covadonga. No solo acudieron hombres desde las montañas, también desde otros puntos de la Península comenzaban a llegar familias godas e hispanorromanas que se trasladaban a ese trozo de tierra libre del poder musulmán. Unos querían engrosar el ejército de Pelayo; otros, simplemente, huir de los moros.

El valle en el que se situaba la aldea de Martín estaba repleto de pequeños campamentos. Por la noche, multitud de hogueras rompían la oscuridad. Por doquier se observaban corros en donde la gente, feliz, cantaba y bailaba.

Martín, en contra de lo que pensaba que sería una espera eterna, descubrió que la semana que Pelayo había designado hasta el juicio de los presos, había transcurrido como en un suspiro. Estuvo muy atareado realizando los preparativos y era el encargado de recibir a los jefes de los clanes. Por un lado como amigo personal de Pelayo actuaba en su nombre; y por otro, por ser habitante de la aldea en la que se celebraría el evento, se encargaba de organizar los distintos campamentos en diversas zonas del valle.

Casi no tuvo tiempo de estar con su hijo Nunho, y mucho menos con su amigo Alvar, del cual quería escuchar la historia de los musulmanes que escaparon de Covadonga. Alvar había estado en el grupo de acoso a los moros en su huida por las montañas.

Por fin estaba todo arreglado. Era la noche previa al juicio y ya habían llegado todos los clanes. Sentía una tensión extrema. Por una parte la alegría de que se fuera a impartir justicia, por otra un sentimiento de vacío le embargaba y no sabía muy bien por qué. Respiró hondo y se dijo que necesitaba un trago de vino. Se encaminó a una de las muchas hogueras del prado en la que sabía estaba Alvar.

—¡Venga, Martín! ¡Acércate! —gritó Alvar en cuanto le vio—. Te estaba esperando para contar la historia de la huida de los moros.

—Ya voy, fanfarrón —exclamó Martín riéndose mientras cogía un odre de vino y se sentaba en un tronco al lado de Alvar.

—Venga Alvar, comienza —vociferó alguien del corro impaciente por escuchar el relato.

Alvar se sentía henchido por el protagonismo que se le daba. Se tomó su tiempo haciendo que algún otro participante le animara a comenzar y se dirigió a los hombres que se reunían alrededor de la fogata.

—Salimos detrás de los moros. Ellos eran más de tres mil —dijo sin duda exagerando la cantidad—; nosotros, apenas doscientos. Los moros corrían como alma

que lleva el demonio. La consigna era hostigarles lo más posible y, sobre todo, evitar que se dirigieran a alguna aldea.

Contaba el relato mirando alternativamente a derecha e izquierda observando cómo todos los congregados alrededor del fuego le escuchaban atentamente.

—No parecían ser dirigidos por un jefe definido y poco a poco fueron perdiendo unidades. Se notaba que no estaban acostumbrados a caminar por las montañas. Algunos estaban heridos y no podían continuar, otros directamente se despeñaron al dar un salto o resbalar en un risco. Nosotros, al principio, enardecidos aún por la victoria, pasábamos a cuchillo a los que encontrábamos caídos por el camino. Después de matar a más de treinta heridos, el jefe de nuestra unidad nos ordenó dejarlos y seguir al grupo principal. A fin de cuentas, los caídos no se podían desplazar y la montaña no tendría piedad de ellos.

Martín comprobó que pese a que se trataba de enemigos, le desagradaba el hecho de pensar que habían pasado a cuchillo a los heridos que quedaron por el camino. Siguió escuchando a Alvar:

—Al caer la tarde, subió la niebla de los valles. Por supuesto, buscamos de inmediato abrigo y nos cobijamos como pudimos al lado de una pared con una ligera hendidura que nos protegía de la lluvia. Y no os lo vais a creer —recalcó Alvar casi gritando— ¡Los moros siguieron andando!

Un murmullo surgió de las bocas de los que estaban en el corro escuchando a Alvar. Si había algo que todos los padres de los valles de las montañas enseñaban a sus hijos, era que, al llegar la niebla, debes sentarte y esperar a que levante. Estés donde estés. Las nieblas en esas montañas llegaban con prontitud cubriendo todo en cuestión de unos instantes. Eran tan densas que en ocasiones casi no te veías los pies.

—Como os lo digo, siguieron andando.

—¿Y cómo lo sabíais?—preguntó una voz en el corro.

—Porque escuchábamos sus voces al caer por los cortados. Fue una noche terrible. No pudimos pegar ojo, por todos lados se oía a los moros llamándose entre sí. De cuando en cuando, un alarido indicaba que alguno se había despeñado.

Tomó un trago de vino y prosiguió.

—Poco antes de amanecer se levantó la niebla, por lo menos lo suficiente para ver por dónde se pisaba. El numeroso grupo de musulmanes estaba dividido en tres o cuatro grupos bastante alejados entre sí. Uno de ellos, formado por unos trescientos hombres, había tomado una ruta que, de continuarla, le llevaría a una aldea de los astures. El jefe nos ordenó atacarles. Para ello subimos treinta de nosotros a una peña que tendrían que rodear y allí los esperamos emboscados. Cuando llegaron, les recibimos con piedras y flechas. Cayeron casi cincuenta de ellos en la primera andanada. El resto cambió de nuevo de ruta volviendo por el camino que habían venido. Fuimos tras ellos realizando ataques fulgurantes. Trepábamos a un risco, y desde allí, fuera del alcance de sus flechas, disparábamos las nuestras. Los diezmamos rápidamente y al final se dirigieron a donde el resto de nuestro grupo les

esperaba. No quedó ni uno solo de ellos.

—Viendo lo fácil que había sido acosarles, decidimos hacer lo mismo con el grupo principal —prosiguió Alvar animado—. Continuamente les disparábamos dardos y piedras a los que se quedaban en la retaguardia. Esto hizo que todos quisieran avanzar puestos en el grupo. Cuanto más corrían, más moros se despeñaban. A veces simplemente se torcían una pierna al pisar mal o al resbalar, pero quedaban fuera de combate en el suelo.

—La segunda noche fue especialmente dura. Se levantó una tremenda tormenta. La noche se iluminaba con los rayos —en esos momentos, Alvar movía las manos hacia arriba para acentuar sus palabras—. En verdad os digo que nunca vi una igual. Además nos había pillado en las cercanías de unas peñas peladas. Ya sabéis cómo rebotan los rayos en las peñas.

Era cierto. Martín recordaba el modo con que, en cierto tipo de rocas peladas, los rayos caían con frecuencia. Era realmente peligroso avanzar por la montaña con tormenta.

—Pasamos nosotros tanto miedo como los moros. Recuerdo haber visto a lo lejos cómo les caía un rayo a un grupo de tres o cuatro bereberes. Uno de ellos llevaba una lanza para ayudarse a andar a modo de bastón. El rayo cayó directamente sobre la lanza y ya no los volvimos a ver.

Los hombres escuchaban el relato con gran atención. Nadie interrumpió a Alvar.

—Al día siguiente, el grupo principal se dirigía directamente hacia un pueblo llamado Cosgaya. Nuestro jefe mandó un mensajero para que avisara a los hombres del pueblo. Mientras tanto, intentaríamos evitar que llegasen a él. Si percibían el olor del humo, sabrían que había un poblado cerca y con el hambre y las penurias por las que habían pasado, sin duda, se lanzarían como una jauría de lobos sobre él. Uno de nuestros hombres era de ese pueblo y conocía un atajo. Decidimos tomarlo, pese a la gran dificultad de la ruta. Nos aseguró que desde lo alto del monte al que tendríamos que ascender, se podía montar una buena emboscada. La peña estaba al lado del monte Subiedes que los moros rodeaban en ese momento.

En este punto Alvar, viviendo de nuevo la situación, se puso de pie mientras proseguía el relato:

—Entonces, se produjo el argayo. Toda la ladera del monte Subiedes, bajo el cual andaban los moros, se desplomó sobre ellos. Rocas, tierras y árboles se precipitaron sobre el ejército musulmán. Nosotros no llegamos ni siquiera a lanzar una flecha. El desprendimiento de tierras arrojó el centro de la columna de los moros y la sepultó. Cuando el argayo se detuvo, lanzamos el ataque hacia los que habían sobrevivido. Los moros, aterrados, intentaron cruzar el río Deva, que corría muy crecido por las lluvias. Creo que ninguno lo consiguió. La corriente se llevó a tantos que las orillas se llenaron de cadáveres. Solo unos pocos intentaron luchar, sin duda los que no sabían nadar o habían visto a sus hermanos arrastrados por las aguas. De estos, dimos buena cuenta nosotros y los habitantes de Cosgaya, que llegaban en ese momento. Los

arrasamos.

Martín decidió irse a dormir. Estaba llegando el momento en el que Alvar contaría cómo había atravesado a diez o doce moros él solo. Y aunque con los brazos que tenía, bien pudiera ser verdad, a Martín esa parte de la historia ya no le interesaba.

Se acostó agotado y se durmió casi al instante. Le esperaba un largo día en el juicio.

A PENAS clareaba el día cuando la gente ya se disponía en torno al espacio dispuesto para celebrar el juicio. Martín estaba nervioso. Había dormido mal y al final se había levantado antes del alba para dar una última inspección al lugar establecido.

Ordenó los distintos clanes en función de su importancia en hombres y en fuerza. Habían llegado representantes, casi siempre los jefes, de todos los clanes de la montaña e incluso de más allá de las montañas. La celebración del juicio se efectuaría en breve. Al fondo, en un cercado para ovejas, estaban reclusos los presos. Prácticamente se trataba en casi todos los casos de oficiales del ejército moro. Aunque Martín no se olvidaba de Don Siro y nadie del obispo Don Oppas, el preso más importante a juzgar.

Servando, como jefe del clan local, se levantó para hablar el primero:

—¡Amigos! Hace diez días un peligro que nos amenazaba a todos los clanes se cernía sobre nosotros. Unos hombres que provienen de más allá del mar, querían apropiarse de nuestros pueblos y de nuestras mujeres.

Martín sonrió pensando que era un tanto exagerado; aunque pensándolo bien...

Servando continuó:

—Un hombre, que ya había luchado contra ellos en el pasado, volvió a enfrentarse a este pueblo invasor. En el monte Auseva lo nombramos general de nuestro exiguo ejército. Y él supo darnos la victoria. Una aplastante victoria que se cantará por los siglos de los siglos.

La gente ovacionaba y gritaba ¡Pelayo, Pelayo! Cuando se calmó un tanto el ambiente, Servando prosiguió:

—Hoy, como jefe de mi clan, quiero jurar obediencia a este hombre. A don Pelayo.

De nuevo los gritos de ¡Pelayo, Pelayo! inundaron el ambiente. Otro hombre, jefe del clan de los cántabros que habitaban en Cosgaya, se levantó y exclamó:

—Yo también le juro obediencia.

Una voz que correspondía a otro jefe, se dejó oír:

—Y yo.

Y otra y otra voz: todos los jefes de los clanes que habían acudido al juicio, estaban levantados jurando obediencia a Pelayo. Pelayo estaba también levantado, observando con sus penetrantes ojos cómo todos los jefes de los clanes, se ponían a su servicio.

En ese momento cuatro fornidos hombres se acercaron a Pelayo con un enorme escudo. Lo dejaron frente a él, en el suelo y le invitaron a subir encima. Pelayo dudó unos instantes y al fin accedió a subir. Los hombres elevaron el escudo con Pelayo en

pie encima. En ese momento, el griterío fue ensordecedor. Alguien comenzó gritando dos palabras y al instante, todos los hombres las coreaban.

—¡Pelayo, rey! ¡Pelayo, rey!

Pelayo, saludaba desde lo alto del escudo. Mandó al fin que le bajaran y se encontró con que los jefes de los clanes, se arrodillaban frente a él. Servando se dirigió a Pelayo:

—Don Pelayo, por aclamación popular, os elegimos Rey de las Montañas. ¿Aceptáis?

Pelayo miraba a la multitud que, ahora en silencio, esperaba expectante.

—Si es lo que queréis, acepto —dijo con su voz grave y seria.

Como por ensalmo una corona apareció de la nada. Martín, encargado de organizar todo, se preguntaba cómo había evolucionado la situación. En un momento se había pasado de un juicio a una coronación sin enterarse él de nada. Al poco tiempo, Pelayo lucía con orgullo una humilde corona de hierro.

Acabada la elección del rey Don Pelayo, comenzó el juicio. Poco a poco, fueron apareciendo distintos oficiales del ejército bereber. Casi todos estaban destinados a ser esclavos. Solo un oficial fue condenado a morir tras demostrarse que había intentado escapar matando a un hombre en el intento.

Martín estaba como ausente. Esperaba con ansiedad el juicio de Don Siro y no se fijaba en los hombres juzgados.

De pronto, una voz le resultó conocida. Se estaba interrogando a un oficial que en ese momento daba la espalda a Martín.

—¿Dónde estuvo durante la batalla y qué cargo ocupaba en el ejército de Alqama? —habían preguntado al preso, como a todos los anteriores presos.

—Estaba en los carros de retaguardia. Me ocupé de los heridos —respondió el preso con un tono que Martín reconoció al momento.

—¿Sigues leyendo a Dioscorides? —preguntó Martín levantándose y acercándose a un sorprendido Aziz que se daba la vuelta para ver a su interlocutor.

Una gran alegría se dibujó en la cara de Aziz. Pese a estar atado con las manos a la espalda, los dos hombres se abrazaron mientras Aziz lloraba en el hombro de Martín como fruto de un enorme alivio. Martín habló entonces a favor de su amigo. Contó cómo Aziz le había ayudado cuando él mismo estuvo preso en la batalla del río Lete y cómo posteriormente le ayudó a escapar de Córdoba. El jurado, compuesto por los jefes de los clanes y miembros de la nobleza goda que habían huido a las montañas y ahora presidido por el novísimo rey Don Pelayo, aceptó dejar a Aziz a cargo de Martín.

Martín encargó a un soldado que acompañara a Aziz a su casa. Aziz estaba totalmente exhausto por la durísima semana de cautiverio que había pasado. Él mismo lo hubiera llevado, pero se acercaba el turno de juzgar a Don Siro.

Don Siro avanzó hasta el centro del semicírculo que formaba el jurado. Tras presentarse como espartario del obispo Don Oppas, Don Siro permaneció altanero y

desafiante.

El hombre que formulaba los interrogatorios había sido un noble goda con amplia experiencia en asuntos jurídicos. Era un hombre enjuto y de edad avanzada, de larga barba cana y con una voz contundente y sorprendentemente fuerte. Comenzó el interrogatorio:

—Se le acusa de muchos y graves cargos. Además de haber colaborado con el invasor en numerosas ocasiones, incluida la batalla de Covadonga.

—¿Cuáles son esos otros cargos de que me acusan? —preguntó despectivamente Don Siro.

—Mutilaciones, violaciones, incendio y asesinato.

—Todo eso son mentiras —contestó mientras escupía al suelo.

—Ya veremos quién miente —dijo Martín exasperado mientras se levantaba.

Don Siro sonrió irónicamente a Martín, haciendo que a este le diesen ganas de usar las franciscas. El juez interrumpió el diálogo:

—Se le juzgará de todos y cada uno de los cargos y se le aplicará la pena que corresponda a cada uno de ellos.

—Será una patraña —exclamó Don Siro—. Este tribunal es una farsa. Mátenme ya, total para la justicia que se va a impartir aquí...

Era evidente que Don Siro quería provocar la indignación en el juez. Pretendía que este se viera obligado a realizar un juicio lo más justo posible para salvar su honor como juez imparcial. Así, esperaba salvarse.

El juez, tal y como había previsto Don Siro, se enervó por el comentario que sobre su imparcialidad se había vertido.

—Este será un jurado justo y un juicio justo —afirmó el juez mientras se le marcaba una vena en la frente fruto de su indignación.

—Claro, claro. Y los montañeses le harán caso —dijo aún Don Siro en un tono irónico.

—Lo harán, porque lo dice su rey —dijo Don Pelayo con su potente vozarrón.

Don Siro, tan sorprendido como el juez y Martín, inclinó la cabeza a modo de reverencia ante Don Pelayo. Acababa de conseguir lo que pretendía, escapar de la ira de Martín que le conseguiría una segura condena a muerte. No podrían probar ninguna de las acusaciones que se vertían sobre él.

Por lo menos eso es lo que pensaba.

MUY felices se las prometía Don Siro cuando comenzó el juez:

—Se le acusa de haber ayudado al enemigo musulmán, de haber convivido con él e incluso haber puesto la espada a su servicio para la aniquilación de nuestras fuerzas.

—Eso no es así —replicó Don Siro.

—Explíquese.

—Soy un espartario, un guardia de corps, un escolta. Como lo quieran llamar. El caso es que me debo a un señor. En este caso el obispo Don Oppas. Yo solo me limito a custodiarlo allá a donde quiera que vaya. Por eso estoy aquí, únicamente en calidad de guardia de mi señor.

Se había expresado con énfasis. Había mirado a todos los jefes de los clanes al hablar, consciente de que el honor era algo de lo que entendían todos los presentes.

—¿Aunque su señor esté con los invasores musulmanes? —preguntó el juez.

—Esté donde esté. Majestad, ¿acaso no estuvo en el mismo caso que el mío con el rey Don Rodrigo? —dijo dirigiéndose a un Pelayo sorprendido por su implicación en el conflicto—. Porque Don Pelayo, el rey, vuestro rey, fue espartario también en su día —informó Don Siro al tribunal—.

—¡Pero nunca de un moro! —contestó una voz procedente de entre los nobles godos que acompañaban a Don Pelayo.

—¡Yo tampoco!— contestó Don Siro inmediatamente de forma que parecía expresar un profundo desprecio por los musulmanes—. Si mi señor estaba con los moros, o con los godos, o con los francos, yo solo estaba con mi señor, no con las fuerzas que este frecuentase. Cuando Don Pelayo estuvo como espartario del rey Don Rodrigo, se debía a su señor, al rey. Aunque el rey hiciera pactos con unos u otros, Don Pelayo solo se debía a su rey y le acompañaría a donde él fuera. Esa es la función de un espartario, ¿o no es así, alteza? —dijo dirigiéndose a Don Pelayo que, con fuego en los ojos, le miraba.

—Así es —asintió con su voz grave mientras Don Siro sonreía.

Martín advirtió la enorme inteligencia de Don Siro. Con gran astucia, había cambiado las cosas a su favor. Se había librado elegantemente de la acusación de ayudar al enemigo invasor, escudándose en una cuestión de fidelidad. Nadie le condenaría por ello. Pero aún quedaban los demás cargos... El mismo Martín había elaborado la lista de ellos y se la había entregado al juez.

—El siguiente cargo es el de mutilar brutalmente a varias personas.

—Nunca he hecho algo así —mintió vilmente Don Siro.

—¡Canalla mentiroso! —gritó Martín.

Don Siro volviéndose hacia él le dirigió una de sus execrables sonrisas. Martín

sentía la sangre hirviendo en sus venas. Debería haberlo matado cuando lo vio en Covadonga. Como leyendo sus pensamientos, Pelayo, el rey Don Pelayo ahora, le posó una mano en el hombro.

—Tranquilo, Martín. Se hará justicia —le susurró en voz baja intentando sosegarlo.

Martín miró a su amigo, ahora su rey, y asintió mientras inspiraba hondo para tranquilizarse.

El juez prosiguió:

—Tengo una lista de los daños que ha infligido. Cortó la lengua a dos personas en Toledo, Luisa y Ramón. El hombre murió como consecuencia de las heridas.

—¡Qué horror! —dijo siempre fingiendo Don Siro.

—Por otro lado, cegó de un ojo, le cortó una oreja y torturó quemando el rostro a Don Leandro. Además le dejó cojo de por vida partiéndole varios huesos de la cadera y piernas. Incluso le llevó a la locura por estos actos. Después quemó la vivienda de Don Leandro en Toledo.

—Conocí en Toledo a un loco en un monasterio, es cierto. Pero no fui yo quien cometió esas atrocidades —mintió una vez más Don Siro—. El pobre hombre había perdido su lucidez y su entendimiento, así que dudo que su acusación sea cierta. En su estado, podría acusar a cualquiera —esto último lo dijo con una voz que expresaba un total convencimiento. Era un artista de la manipulación, comprendió Martín.

El juez continuó leyendo los cargos:

—Así mismo, se le acusa de haber violado a Doña Inés, hija de Don Vicente, herrero de Toledo que falleció mientras era obligado a contemplar como forzaban a su hija.

—Eso no es más que una invención, ¿dónde está esa tal Inés? Se me está acusando por lo que pone un papel que ha escrito ese Martín —dijo mientras con la cabeza señalaba a Martín—. Mutilación, violación, asesinato. ¡Señores, soy un caballero! Acúsenme de elegir mal a mi señor; es mi único pecado; pero, por favor, no quieran colgarme con cualquier pretexto.

La gente empezaba a murmurar. Ciertamente no se había probado nada en contra de ese tal Don Siro. Martín advertía los murmullos de la gente. Entonces se abrió un espacio por donde apareció Leandro. La gente se silenció al momento. Don Siro, que no estaba mirando hacia donde había aparecido Leandro, se percató de que algo había sucedido a su espalda. Cuando se volvió, Martín advirtió cómo el color desaparecía de las mejillas de Don Siro. No esperaba ver allí a Leandro.

—Caramba, es el pobre Don Leandro —dijo fingiendo conmiseración—. El pobre orate. Sin duda, si le interroga el juez como él sabe hacerlo —dijo dando coba al juez—, Don Leandro acusará a la mitad de los que aquí estamos de haberle provocado esas horribles heridas.

Por lo visto, comprobó Martín, Don Siro pensaba que Leandro aún permanecía en su antiguo estado de locura. Leandro se acercó a Don Siro sin abrir la boca.

—¡Don Leandro! —dijo el juez.

Y Leandro se volvió para mirarlo.

—¿Es este hombre el que provocó las heridas de la cara, su ceguera de un ojo y su cojera permanente? ¿Quemó así mismo su vivienda?

Leandro volvió a mirar a Don Siro con su único ojo y respondió lacónico:

—Sí.

—Ahora pregúntele si es otro hombre cualquiera. Verá como también le acusa o dice alguna cosa absurda —exigió Don Siro.

—No hace falta, señor juez. Este hombre es el que me mutiló —confirmó con la voz perfectamente clara Leandro—. Además, es cierto que durante el tormento perdí la razón y permanecí unos meses en un estado de locura del que, gracias a Dios, ya me recuperé; pero no es menos cierto que fue producida por sus continuos tormentos a mí y a las personas que me acompañaban en esos momentos y cuyas horribles heridas ya se han comentado.

Don Siro no daba crédito a lo que oía. Leandro se había recuperado y lo que es peor, estaba en esa perdida aldea acusándole. Por primera vez se quedó sin palabras.

Leandro se dirigió de nuevo al tribunal:

—Como hombre de Dios que soy en la actualidad, debo pedir al tribunal que no se aplique la pena de muerte al acusado. Sé que por el incendio y por los terribles actos que cometió en el pasado, la pena capital es la que le corresponde; pero quiero pedir a este tribunal que busque otra alternativa. No quiero cargar con la losa de haber enviado un hombre a la muerte.

El tribunal escuchó impasible a Don Leandro, como se le conocía en todos los valles. El juez tomó de nuevo la palabra:

—Queda demostrada la culpabilidad de Don Siro en el cargo de mutilación. En el caso de la violación de Doña Inés, no es posible corroborarlo con la víctima y Don Leandro, como testigo, había perdido la razón en el momento de infligirse el acto. Por ello no se le condena como violador —afirmó el juez.

Don Siro casi quería llorar. Había perdido el juicio, sí; pero viviría para contarlo. La intervención de Leandro pidiendo no se aplicase la pena de muerte, quizás le condenara a la esclavitud; pero confiaba en poder escapar. Era un guerrero de élite y no le faltarían oportunidades de huir a su destino.

—¡Sí, es un violador, señor juez! —se oyó la voz de una mujer levantándose de entre la gente que ya le hacía espacio para que se aproximara al semicírculo central. Era Leonor.

Don Siro la miró con estupor y una profunda rabia se apoderó de él.

—¡Sucia puta! —exclamó.

Leonor le miró fijamente. Estaba arrebolada. La dura expresión de su rostro indicaba la vergüenza que estaba pasando frente a todo el mundo; pero también su determinación de no dejar impune a Don Siro.

A continuación relató el episodio de Córdoba y cómo había tenido que huir de la

ciudad. Al final, Martín, viéndola llorar mientras acababa su relato, se acercó a ella para abrazarla y acompañarla fuera del semicírculo.

Al cruzarse por delante de Don Siro, este les miró y dijo en voz baja, tan baja que solo ellos pudieron oírle:

—Así que me he follado a dos de tus putitas ¿eh? —todo ello sonriendo con esa mueca que tanto irritaba a Martín.

Martín soltó un tremendo puñetazo a la cara de Don Siro. Este voló hacia atrás como consecuencia del impacto. Un diente saltó de su boca, ya mellada años antes por Martín.

—Así que te he sacado dos de tus dientes ¿eh? —exclamó Martín en el mismo tono que había utilizado Don Siro anteriormente.

El juez hizo salir a Martín mientras le amonestaba verbalmente. El público, sin embargo, aplaudió la acción de Martín. Don Siro fue ayudado a levantarse y Martín fue situado al fondo del semicírculo, alejado de Don Siro.

El juez se pronunció después de estar aplacados los ánimos:

—Ha sido demostrado que el acusado, Don Siro, es culpable de violar al menos a una mujer y de mutilar a varias personas. Atendiendo a los deseos expresos de Don Leandro, no se le condenará a muerte por los hechos antes referidos. Por ello, tal y como contempla el código de Alarico II en el «*Liber Iudiciorum*», se le aplicará en cambio la pena del talión.

Al oírlo, Don Siro tuvo un sobresalto. El talión era la ley del ojo por ojo. Y en este caso, nunca mejor dicho.

—Por el delito de mutilar a otras personas, se le condena a «*turpiter decalvare*», es decir, decalvación en cabeza y cara. Así mismo será cegado de un ojo y le será amputada una oreja. Tal y como el acusado hizo en el pasado con Don Leandro.

La decalvación era un castigo que marcaba al reo para siempre. Se le erosionaba la piel o bien se quemaba para que quedara sin pelo, mostrando así su castigo a cualquiera que lo mirara. El juez continuó:

—Por el delito de violación de una mujer libre, se le condena a ser emasculado.

La gente aplaudió la sentencia a la vez que Don Siro, con la cara descompuesta, lloraba al escucharla.

—Por el delito de incendio de una vivienda y maltratos corporales, le serán cortadas ambas manos.

Don Siro, caído de rodillas, lloraba con espanto mientras seguía escuchando:

—Finalmente, por intentar engañar al tribunal durante la celebración de este juicio, mintiendo descaradamente en varias ocasiones, se le condena a que le sea cortada la lengua.

En este momento, Don Siro se derrumbó gritando perdón. Los delitos que había cometido eran atroces y todos ellos eran susceptibles de tener una sentencia de muerte. No obstante, tras la intervención de Leandro, al no contemplarse la pena de muerte, había quedado una sentencia que equivalía a una muerte lenta, infamante y

muy, muy dolorosa. Sería casi imposible que Don Siro sobreviviese largo tiempo impedido de manos, lengua y un ojo; por no hablar de su virilidad. Hubiese preferido mil veces la pena de muerte que sufrir el tormento por el que iba a pasar.

Martín y Leonor, sin embargo, sintieron que se había hecho justicia. Don Siro había sido un malnacido y como tal había sido tratado.

La sentencia se llevaría a cabo de inmediato. Martín, pese al profundo desprecio que sentía por Don Siro, no era capaz de presenciársela, por lo que, siempre del brazo de Leonor, se encaminó hacia su casa. A mitad de camino, los primeros alaridos de Don Siro se oyeron por encima del bullicio del gentío.

LVII

Y al día siguiente le tocó el turno a Don Oppas.

Martín esperaba, como todo el mundo, a que apareciese el obispo Don Oppas. Había dormido poco. Pasó casi toda la noche hablando y bebiendo con Aziz y con Leonor. Era curioso las vueltas que daba la vida. Había pasado de ser un prisionero, a ser el guardián del preso. Aziz les contó que le detuvieron en el ataque cristiano mientras intentaba curar a un soldado moro con una flecha en la espalda. Había pasado unos días terribles con privación de comida aunque el agua la tenía por exceso, ya que apenas había parado de llover. Al final, el sueño se impuso y durmieron unas pocas horas antes del amanecer. Leonor y Martín dejaron a Aziz durmiendo, ya que estaba agotado, y se dirigieron a la explanada donde se celebraba el juicio.

La gente estaba soliviantada. Que el prisionero fuese nada más y nada menos que un obispo, daba un enorme morbo a la comparecencia de este ante el tribunal. Aún se comentaba el juicio de Don Siro el día anterior y muchos de sus paisanos le dieron una palmadita en el hombro o en la espalda a Martín, como muestra de apoyo. Le felicitaban por haber conseguido vengar a su familia.

Por fin, llegó el rey, Don Pelayo. Se le hacía difícil a Martín pensar en su amigo como rey; pero estaba convencido de que era una elección necesaria. Pelayo era un líder justo que velaría por el bien de sus súbditos.

El juez, al ver a Don Pelayo, hizo llamar al prisionero Don Oppas. Apareció custodiado por tres soldados. Vestía como un monje. Le habían despojado de sus ricas vestiduras y a cambio le habían proporcionado un humilde hábito. Por lo demás, no parecía tan cansado y hambriento como Aziz. Seguramente, en honor a su cargo, habría pasado mucho mejor su cautiverio. El gesto era altivo y miraba al tribunal con desdén.

—Obispo Don Oppas, se le acusa de traición a su pueblo —pronunció el juez—.

—No reconozco a este tribunal. Soy un hombre de Dios y como tal, solo otros hombres de Dios tienen capacidad jurídica para juzgarme —dijo en voz muy alta para que todo el mundo le oyese.

Un gran murmullo siguió a sus palabras.

—Yo, Don Pelayo, Rey, ordeno que se juzgue a este hombre.

El juez prosiguió después de la intervención de Don Pelayo.

—Se le acusa de traición a su pueblo y de unirse al enemigo. Asimismo, se le acusa de traicionar a la iglesia católica, a la que representa, aliándose con los ismaelitas.

—No reconozco este tribunal. Soy el obispo don Oppas. Exijo que se me devuelva a Toledo —dijo de nuevo a viva voz.

—Este tribunal está avalado por el rey Don Pelayo. Por lo que tiene capacidad

suficiente para juzgar los hechos que se presentan —afirmó formal el juez.

Oppas estaba indignado. Sostenía una mirada furibunda hacia donde estaba el juez. Se veía claro que no estaba en absoluto acostumbrado a que se cuestionara su autoridad.

—Pelayo es el traidor. Ha traído la guerra a este rincón de las montañas. ¿O cuánto creéis que tardarán los musulmanes en enviar un ejército para aplastaros? —dijo muy seguro Don Oppas.

La gente recibió sus palabras con ira. Para ellos, Pelayo era, además de su rey, su máximo héroe. Había derrotado a un ejército musulmán prácticamente sin sufrir daños. Martín pensó que Don Oppas se equivocaba si seguía por ese camino. Solo conseguiría que los ánimos de la gente fuesen contra él.

Pelayo, al ser interpelado se levantó. Se situó en el centro del semicírculo, muy cerca de Oppas y habló con su voz fuerte y grave.

—Quizás tenga razón el obispo Don Oppas.

La gente se quedó muda al oír hablar así a su rey.

—Puede que un juez no tenga el rango suficiente para juzgar a un obispo.

A Oppas, como a todos, se le cambió la cara. Parecía vislumbrar una salida.

—Por ello —continuó Pelayo—, yo, Pelayo, rey, asumo el papel de juez en este tribunal.

El juez se inclinó ante Don Pelayo y se sentó entre los notables. Oppas fue a decir algo; pero no sabía que argumento esgrimir en esta ocasión. Ciertamente un rey sí tenía el rango suficiente para juzgar a un obispo. Pelayo comenzó:

—Hace once largos años, el obispo Don Oppas, prestó su ayuda, como era su deber, al rey Don Rodrigo en su lucha contra el moro invasor en las cercanías del río Lete, en la ceca bética. Comenzada la lucha, Don Rodrigo, el rey, se dirigió con arrojo y valentía a la batalla en el centro de su ejército. Se creía acompañado y salvaguardado por sus alas, comandadas por Oppas en el ala izquierda y su hermano Sisberto que mandaba el ala derecha. Tras el primer encuentro con el ejército invasor moro por parte de Don Rodrigo, el rey se vio rodeado por los soldados musulmanes. Nunca llegó a entender qué había pasado. Don Rodrigo cayó en esa batalla porque las dos alas del ejército en las que confiaba, se habían disuelto al huir del combate sus generales, Oppas y Sisberto.

La gente bramaba. Toda clase de invectivas salían de sus bocas dirigidas a Oppas que observaba, con el terror pintado en su semblante, cómo las cosas se le ponían cada vez más cuesta arriba.

Pelayo acalló los gritos de la gente y prosiguió:

—Lo sé porque yo estaba en esa batalla y advertido por Martín, también presente hoy, salvé la vida, aunque no pude salvar la de mi rey, Don Rodrigo.

Martín observó como todo el mundo le miraba. Hasta Leonor parecía sorprendida. Era evidente que desconocía la historia. Pelayo continuó:

—Hace unos días, el obispo Don Oppas, acudió de nuevo a la batalla en

Covadonga. Y de nuevo nos traicionó. Traicionó a todos los que luchamos contra el invasor, a todos los que estamos bautizados. No merece ser obispo de la iglesia porque a ella también la ha traicionado.

La gente estaba realmente enardecida. El discurso de Pelayo era demoledor. Moviendo las manos para acallar a sus vasallos prosiguió aún:

—¿Y sabéis por qué lo hizo? Por un nombramiento: para que su sobrino fuera rey. Por tener más poder y más posesiones. Vendió a su rey y a su patria por dinero y riquezas. Y lo más grave de todo, vendió su alma y la religión cristiana al Dios de los mahometanos. ¡Es un nuevo Judas!

—¡Muerte! ¡Muerte! —grito alguien entre el público. El grito fue coreado inmediatamente por casi toda la audiencia presente.

Oppas estaba desolado. Ciertamente, Pelayo había estado presente en las dos ocasiones en las que había acudido a la batalla. Y en las dos, Oppas fue protagonista al aliarse con los musulmanes. No sabía qué argumentos podía esgrimir. En realidad no tenía ninguno. Era cierto que tras la batalla del río Lete, con la victoria de los musulmanes, su familia y él habían obtenido grandes parcelas de tierras y otros muchos beneficios. En realidad, facilitaron la entrada al moro para, a cambio de botín, quedarse con el poder en Toledo. Tras la negativa a irse de los musulmanes una vez tomada la capital visigótica, y la consecuente decepción de la familia de Oppas, se habían visto sin embargo muy favorecidos por el trato de Tariq primero y Muza después. Toda la familia del obispo ocupó altos cargos en la administración musulmana y además se hicieron con gran cantidad de bienes y tierras.

Pelayo continuó para acabar:

—Mi primer acto como rey va a ser juzgar a este hombre, a este traidor, a este Caín que mató a su hermano de fe además de rey.

—No olvidéis mi condición de obispo — replicó aún Oppas pero ya sin convicción intentando acaso una reducción de la pena escudándose en su cargo.

La gente aguardaba la sentencia expectante.

—Será despeñado por uno de los barrancos que hay en estas gargantas. A modo de roca Tarpeya de Roma, donde nuestro Papa vela por la resistencia de la fe cristiana frente a los musulmanes. Y a modo de roca Tarpeya de Toledo, en donde, tristemente, ejerce su obispado este traidor. La sentencia se cumplirá inmediatamente.

La gente gritaba alborozada. El prisionero bajó la cabeza al escuchar la sentencia y se vio pronto rodeado por la turba. Alguien le colocó una mitra hecha con ramas de zarzas. Así le condujeron hasta los profundos precipicios de la garganta que, al final del largo valle, separaba dos grandes macizos de piedra. Una vez allí, prendieron la mitra de zarzas y lo arrojaron al vacío a donde cayó mientras soltaba un gran alarido de terror.

La gente, encabezada por su rey Don Pelayo, regresó a la aldea. Al llegar, Don Pelayo reunió a sus nobles y allegados y se dirigió a la pequeña ermita de la aldea.

—Quiero ser coronado frente a Dios, en una iglesia.

Leandro, como sacerdote de la aldea estaba anonadado. Pero accedió al instante. En una sencilla ceremonia, tras oficiar la misa más multitudinaria que había realizado nunca, coronó rey a Don Pelayo.

Pelayo se dirigió entonces a su pueblo allí reunido:

—Fundaré mi capital en Onís. Pero en esta aldea y en este valle se hizo justicia y se me coronó rey de todos vosotros. A partir de ahora, a esta aldea se la conocerá como Corona.

La gente repitió el nombre.

—¡Corona, Corona!

Pelayo prosiguió:

—Al paraje en donde murió el obispo traidor, se le llamará Caín, como recuerdo del hombre que traicionó a sus hermanos. Y esto digo para que nunca se olvide que en estas montañas se forja la reconquista del reino visigodo cristiano frente al invasor musulmán y se hizo justicia.

Aquella noche hubo una gran fiesta. La gente cantaba y bailaba por doquier. Cien hogueras brillaban en la noche. Martín sintió que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, estaba en paz con el mundo. Se había hecho justicia. Munuza y Don Siro habían recibido su castigo.

Nunho hacía rato que se había ido con sus amigos a corretear y a escuchar a los músicos. Martín se reunió con Aziz y Leonor y se dirigieron a una de las hogueras a participar en los festejos. Con un cuenco de vino, los tres amigos recordaron su pasado en Córdoba y las muchas vicisitudes que habían vivido desde entonces. Cuando acabaron de contar su historia Martín y Leonor, Aziz les preguntó.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

Martín y Leonor se miraron. Ambos estaban sorprendidos por la repentina pregunta. En realidad, era algo que no se habían planteado. ¿Qué había entre ellos? ¿Solo amistad? ¿Solo deseo? ¿Amor?

—Sea lo que sea que hagamos, Aziz —dijo Martín cogiendo de la mano a Leonor— lo único que sé, es que lo haremos juntos.



VÍCTOR J. ANDRÉS (León, España, 1967). Cursó estudios de agrónomos, empresariales y turismo. Aficionado a la historia y a la geografía de España ha participado como colaborador en prensa escrita en diversas publicaciones. Actualmente dirige una tertulia literaria en Alicante. *El Godo* es su primera novela.

Notas

[1] Hola, ¿cómo estás? <<

[2] Bien, gracias amigo. <<